

2.004

The image shows a close-up of a marbled paper pattern. The design consists of dark green, brown, and red swirling veins on a lighter background, with numerous small white speckles scattered throughout. In the top left corner, there is a small, rectangular, blue-bordered label with the number '2.004' printed in black.



B
12-243

Thun
tro

B-141

TRATADO
del verdadero origen
DE LA RELIGION
Y SUS PRINCIPALES ÉPOCAS,
en que se impugna
LA OBRA DE DUPUIS

TITULADA:
origen de todos los cultos.

POR EL
Mtro. Fr. José de Jesus Muñoz,
Agustiniano.

TOMO SEGUNDO.



CON LICENCIA:
MADRID: IMPRENTA DE ESPINOSA.
AÑO DE MDCCCXXVIII.



Reg. 12,018

TRATADO

del verdadero origen

DE LA RELIGION

Y SUS PRINCIPALES EFECTOS

LA OBRA DE DIOS

— TITULO —

origen de todas las cosas

DE LA RELIGION

— TITULO —

Don J. de la Cruz y Arce

Escritor

TOMO SEGUNDO.



CON APROBACION

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN MADRID EN 1804

INDICE



PARTE SEGUNDA.

ÉPOCAS PRINCIPALES

DE LA RELIGION.

DE LA RELIGION.
PARTE SEGUNDA.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOLOS

contenidos en esta segunda parte.

	<u>PÁGINAS.</u>
CAPÍTULO I.º <i>Idea de la Religion primitiva.</i>	1.
CAP. II.º <i>Origen de las falsas religiones. . . .</i>	12.
CAP. III.º <i>Segunda época de la Religion. . . .</i>	40.
CAP. IV.º <i>Progresos de los errores religiosos.</i>	55.
CAP. V.º <i>Conatos de la razon humana para reparar los estravios religiosos, y resul- tados de estos conatos.</i>	78.
CAP. VI.º <i>Oportunidad de la promulgacion de la Religion de Jesucristo.</i>	142.
CAP. VII.º <i>Caracter de la Religion cristiana.</i>	161.
CAP. VIII.º <i>Los hechos que son el funda- mento de la Religion cristiana, no se han tomado de las fábulas ó mitología de los idólatras.</i>	187.
CAP. IX.º <i>La Religion cristiana no ha reci- bido sus dogmas de los sistemas de los filósofos.</i>	309.

CAP. X. <i>El culto cristiano no se deriva del mithriaco ni de algun otro usado entre los idólatras.</i>	362.
CAP. XI. <i>Verdadero origen de las principales ceremonias del culto cristiano.....</i>	433.
CAP. XII. <i>Satisfúcese á algunas objeciones sueltas del Dupuis, y conclusion de esta obra.....</i>	469.

PRÓLOGO

CAP. I. <i>Origen de las falsas religiones.</i>	12.
CAP. II. <i>Segunda época de la Religión.</i>	40.
CAP. III. <i>Progresos de las errores religiosos.</i>	55.
CAP. IV. <i>Comentarios de la razón humana para reglar los errores religiosos, y restituir todos de estos comentarios.</i>	73.
CAP. V. <i>Oportunidad de la promulgacion de la Religión de Jesucristo.</i>	112.
CAP. VI. <i>Caracter de la Religión cristiana.</i>	161.
CAP. VII. <i>Los hechos que son el fundamento de la Religión cristiana, no se han tomado de las fábulas é historias de los idólatras.</i>	187.
CAP. VIII. <i>La Religión cristiana no ha recibido sus dogmas de los sistemas de los filósofos.</i>	209.



Capítulo Primero.

IDEA DE LA RELIGION PRIMITIVA.

Despues de haber descubierto el verdadero origen de la Religion, vamos á examinar sus principales épocas, á saber : la primera, que se estiene desde Adan á Moises ; la segunda, desde Moises á Jesucristo ; y la tercera, desde Jesucristo hasta hoy, y hablemos primero de la primitiva. Y puesto que solamente en el Génesis podemos hallar noticias fidedignas, como hemos demostrado, acerca de lo que fue la Religion en aquella época, tomaremos de este original los rasgos que se conservan en él para nuestra instruccion. Desde luego se ve resplandecer alli una sencillez, una verdad, una belleza, una sabiduría, que nos descubre la magestad de su divino Autor. Adan pecador pierde una gran parte de la ciencia é ilustracion en que fue criado ; pero conserva nociones suficientes para mantener en su familia, y trasmitir á sus descendientes las principales verdades indispensables para hacer su felicidad en este mundo y en el otro. Conserva la idea sublime del

Criador, la historia de la creacion todavía reciente, sabe los derechos que sobre él y sobre el género humano tiene su Autor, y las obligaciones que le imponen aquellos derechos. Distingue la virtud del vicio, porque permanecen gravadas en su alma las leyes eternas que el Señor le imprimió al criarlo.

Su caida le hizo conocer por experiencia propia cuanta debilidad y flaqueza habia contraído, y los castigos á que se habia hecho acreedor por su desobediencia. Desde entonces se le indicó para su consuelo el grande remedio que se preparaba á su desgracia, y los medios de espíar sus delitos entretanto que llegaba el tiempo de la reparacion del género humano. Estos fueron los dogmas fundamentales de aquella Religion primitiva, y las largas conversaciones que con sus hijos tendria el primer hombre, y la grande autoridad que daban á sus palabras, su sabiduría, su prudencia, su edad, su virtud, su noble dignidad, y la magestad que conservaba, aun despues de caído, en su persona y en sus discursos, todo contribuía á fijar profundamente en su descendencia aquellas preciosas verdades. Su larga vida le proporcionó permanecer siendo por mas de nueve siglos, depositario fidelísimo de aquellas doctrinas, sin permitir en ellas la alteracion mas leve, al menos en aquellos descendientes suyos que fueron dóciles á su voz y sumisos á su enseñanza.

Era la Religion de aquellos patriarcas sumamente sencilla, y consistia casi toda en el culto interior que tributaban á su Dios por la fe, la

esperanza y la caridad: creyendo sus palabras comunicadas por el conducto de su padre comun, comprobadas por los vestigios que tocaban aun de los grandes sucesos que este les referia, y por las manifestaciones que á ellos mismos se dignaba hacer el Señor en los casos necesarios como á Abel y á Cain: esperando el cumplimiento de las promesas que se le habian hecho á Adan y á Eva, y amándole de todo su corazon. Añadian á esto sacrificios de víctimas y frutos de la tierra, segun la ordenacion del Señor, en los cuales reconocian su supremo dominio sobre todas las cosas: le tributaban gracias por los beneficios que de él recibian, é imploraban el perdon de sus culpas y el logro de los bienes de que habian menester. Y aunque no se habia establecido entonces órden ó ministerio sacerdotal, distinto de los cargos domésticos, ni el Señor habia señalado lugares en que debiesen esclusivamente celebrarse los sacrificios, no puede dudarse que Adan habia recibido instrucciones terminantes sobre el modo y forma en que se debian ofrecer, cuáles habian de ser las víctimas, sobre las ceremonias con que se habian de celebrar y en qué tiempos, y sobre todo acerca del espíritu con que debian ir animados los que sacrificaban.

Sabian muy bien Adan y sus descendientes que nada tenian en sí mismos que ofrecer á Dios que fuese digno de su Magestad, porque no es digno de Dios sino lo que es puro, y en el hombre pecador todo estaba impuro y manchado. Por otra parte, se habia hecho incapaz de ofrecerse á

sí mismo á su Criador, porque su alma, enferma y propensa al amor injusto de sí mismo y de las criaturas, no tenia fuerza para elevarse por sí sola con sus deseos hácia el que debia ser su fin. Mas á pesar de esto, el Señor no habia perdido por el pecado del primer hombre los derechos que tenia sobre él y sobre su descendencia. El hombre por ser indigno de ofrecerse á Dios, no está libre ni esento de hacerle el sacrificio de sí mismo, porque siendo criatura suya y criatura inteligente, era para él de una obligacion indispensable vivir para Dios, consagrándole todos los pensamientos de su entendimiento, todos los afectos de su voluntad. Era una víctima impura por causa de su pecado, pero siempre era víctima en el fondo de su ser, que debia consagrar al que se lo dió. Así es, que faltando á esta obligacion, se hacía víctima de la divina justicia y merecia ser destruido é inmolado á su venganza; por eso se pronunció contra él la sentencia de muerte despues de su pecado, y se ejecuta sobre sus descendientes pecadores como él.

Pero este sacrificio involuntario y forzado de parte del hombre, no lo restituía al órden. Era suplicio del reo; pero no homenaje libre de la criatura á su Criador. Por tanto resolvió Dios dar al hombre en la persona de su Hijo Único, una víctima pura y sin mancha que se ofreciese en su lugar, con la que purificado de la inmundicia de la culpa, pudiese ofrecerse á sí mismo por la union que tendria con aquella víctima inmaculada. No perdonó, dice San Pablo, á su propio

Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros; el cual se hizo á sí mismo víctima del pecado por nosotros, á pesar de que no conocia el pecado, á fin de que llegásemos á ser justos con la justicia de Dios. Entre tanto que aparecia esta víctima en el mundo, para hacer Dios que se acordase el hombre de lo que debia á su Magestad soberana, y de lo que merecia por su pecado, quiso que desde el principio del mundo se le ofreciesen sacrificios; y sustituyendo la vida de los animales y de las aves á la del hombre que tenia derecho de exigir, quiso que la sangre de estas criaturas inocentes ocupase el lugar de la del culpable, y que la ofrenda y la destruccion de aquellas cosas asi animadas como inanimadas, que hacía el hombre en honor suyo, fuesen una confesion ó protestacion pública de su dependencia y servidumbre. Pero todos estos sacrificios ofrecidos á Dios desde el principio del mundo no le eran agradables, sino en cuanto eran figuras del sacrificio de su Hijo, y los que los ofrecian no podian serle agradables, ni obtener gracia alguna en el órden de su salvacion, sino se unian por la fe á aquel sacrificio santo, y fundaban toda su confianza en el mérito infinito de la víctima que debia ser sacrificada sobre la cruz, por la salud del género humano (1).

Este es el origen de los sacrificios y la verdadera causa de su institucion. Los hemos visto practicados por las naciones mas antiguas del

(1) *Explicat. de l'ancien Testam. T. 1º p. 81.*

mundo, sin hallar en la razon humana, qué motivos pudo tener el hombre para adoptar semejante culto, especialmente en aquellas primeras edades del género humano, como deciamos antes, lo cual indica ser una práctica ordenada por el mismo Dios.

Paréceme á mi que en todo el tiempo que corrió desde la creacion del mundo hasta el Diluvio, no hubo otra Religion en la tierra que la única verdadera, y me inducen varias razones á pensarlo asi. No sabemos que en aquella época hubiese otro conducto para comunicarse los conocimientos de una generacion á otra, que la tradicion oral trasmitida de padres á hijos. Esta tradicion fue en aquella época tanto mas constante é inalterable, cuanto que los testigos por su longevidad podian impedir fácilmente toda innovacion, y sostener por mas largo tiempo el depósito de las verdades que habian recibido sin mudanza ni alteracion alguna. Adan vivió novecientos treinta años, y Noé cumplió seiscientos antes de entrar en el Arca, que suman mil quinientos treinta años. Admitido el cómputo del testo hebreo, que siguió la Vulgata, pudieron muy bien los hijos de Adan instruir á Noé en las doctrinas religiosas, ó cuando mas lo hicieron los nietos del primer padre, y no era fácil que Adan ni sus buenos hijos, herederos de su espíritu como Seth, olvidasen ni corrompiesen una doctrina que miraban con el mas profundo respeto.

Muéveme ademas á pensar asi, que hablándose en el Génesis de las dos razas de hombres

buenos unos y malos otros, los unos descendientes de Cain y los otros de Seth, y de la general depravacion del género humano en la edad de Noé por la mezcla de estas dos razas, no se les imputa cosa de idolatría en el testo sagrado, si de orgullo y soberbia, y de intemperancia desenfrenada. Mas aun cuando se hubiese desfigurado y corrompido la verdadera Religion antes del Diluvio, nada nos hace al caso saberlo, puesto que aquel castigo consumió á todos los prevaricadores, y no quedó otra familia sobre la tierra que la de Noé, en la que se conservaba el verdadero culto y la Religion primitiva.

Observemos aqui la conducta de Dios para con el hombre en aquella primera edad: conducta propia de su sabiduría infinita. Crió al hombre libre y adornado de tales cualidades y prendas, que él por sí y sin otro auxilio que el de la gracia de su Criador, que no habia de faltarle, podia vivir feliz y prolongar su felicidad por el tiempo sin fin. Gravó en su alma las leyes inmutables, cuya observancia habia de conducirlo á su felicidad; por manera, que para ser feliz, él podia y sabia lo que debia hacer; mas como todas aquellas leyes se encaminaban á su propio interes; como todas eran consecuencias de sus relaciones con su Autor, consigo mismo, con sus semejantes, con los demas seres del universo; ninguna le mostraba á las claras la dependencia absoluta en que debia vivir de su Hacedor, porque podia concebir que este por una necesidad hipotética lo habia sujetado á aquellas leyes eter-

nas, que se derivaban de los atributos de Dios y las exigia la naturaleza del hombre. Para hacerle conocer que la dependencia que tenia de su Autor, no era como la que tiene el cuerpo atraído del atraente, el instrumento del que lo maneja, las partes de una máquina del resorte primero del que recibe el impulso para moverse: para que conociese que el Autor de su ser era libre, y tenia derecho para mandarle lo que quisiese, aunque no tuviera su obediencia el estímulo de su interes inmediato y sensible para prestarse á ella, ni el precepto se fundase á las claras en los mismos atributos de Dios, en su verdad que es el fundamento de la fe, en su fidelidad que es el cimiento de la esperanza, en su bondad infinita que es la razon que nos mueve á amarlo, era necesario sensibilizar su supremo dominio, imponiéndole al hombre algun precepto que no tuviera otro fundamento, otro motivo, que su voluntad misma, y que debiese cumplir el hombre solo por ser mandato de su Dios, porque era criatura suya, por pura obediencia y no mas. Reflexionemos sobre este discurso, comparemos la situacion en que se veía el Criador con la del primer hombre considerados recíprocamente, ó con respecto del uno al otro: y mientras mas profundizemos sobre ella, mas nos convenceremos de la justicia y de la necesidad de aquel precepto positivo. Muchos y muy difíciles de cumplir pudo Dios imponer al hombre; mas uno solo y sumamente fácil fue el que le impuso. Entre tantos y tan delicados manjares como le presentó en aquel jardín de de-

licias, le vedó comer de uno solo, no el más apetitoso y para él muy nocivo, que fue tratarlo con la mas fina delicadeza y mas escrupuloso miramiento. Aunque un padre de familias nada mande á sus hijos, no por eso dejan estos de estar obligados á respetarlo y honrarlo en todo; mas entonces reconocen el dominio que tiene sobre ellos, cuando los intima algun precepto á que deben obedecer: entonces es cuando ejerce libremente la autoridad de padre; cuando la da á reconocer á sus hijos, cuando se sensibiliza el dominio que tiene sobre ellos, y este es el caso de nuestros primeros padres.

He aqui toda la Religion del primer hombre. Aquel supremo y sapientísimo legislador, no le dió otras leyes que las que son consecuencias de las relaciones que en este orden de cosas tiene el hombre con su Hacedor, con sus semejantes y consigo mismo, ni le prescribió otro culto esterno que el sacrificio como señal de su dependencia y para los fines que hemos explicado, el cual podemos decir que se sustituyó al precepto de no gustar la fruta prohibida. Con esta misma sencillez de obligaciones habria vivido el hombre siempre, si siempre las hubiera cumplido, porque el Autor de su ser, que lo crió libre, economizaba infinitamente las leyes y las obligaciones para conservarle toda la estension posible, á aquel don precioso, el mejor de cuantos le habia dado, y por el que se semejava mas á su Hacedor, puesto que cada ley es una escepcion que se pone á la libertad de obrar ó no, de hacer

esto ó lo otro, á la libertad no física, sino moral del hombre.

Mas como las épocas de Dios distan tanto de las épocas del hombre, y sus planes de los planes humanos, nada casi alteró en su primer plan, á pesar de la depravacion de la especie humana y del abuso horroroso que hizo de su libertad, en tantos siglos como pasaron desde Adan hasta Abraham, padre de los creyentes. Es verdad que castigó á los hombres sumergiéndolos en las aguas del Diluvio, pero al salir Noé del Arca con sus hijos, solo vemos que le intima de viva voz, digámoslo así, el precepto que ya tenia de no matar, amenazando con pena igual al que lo quebrantase: y si prohíbe el comer de la sangre de los animales, no sabemos si esta fue escepcion de unas facultades que les concedió entonces, y que no habian tenido antes del Diluvio, á saber, las de mantenerse de carnes, ó freno con que quiso apartarlos de la fiereza de su condicion depravada. Solo cuando se vió obligado, si puede decirse, á separar á Abraham de su pais y de su familia, para que en él y en sus descendientes se conservase pura la tradicion primitiva, tuvo á bien celebrar con él un pacto formal, y sellar este pacto con una marca visible que sirviese como de sello y rúbrica ó firma con la que atestiguasen los que entraban en él su consentimiento y obligacion de cumplirlo de su parte en lo que les tocaba. Esta señal fue la circuncision, única obligacion nueva que imponia en adelante á los hombres que se habian de consagrar á su culto. Se-

ñal admirable por todos respetos; porque con ella se debilitaban los estímulos de la concupiscencia, de aquel fomes maligno, principal acaso y mas poderosa causa de su separacion del Señor: con ella se simbolizaba bien á las claras la obligacion interna de circuncidar el corazon, esto es, de resistir y sufocar todo el desórden de sus apetitos: con ella iban por donde quiera descubiertos, y éran reconocidos por hijos del común padre de su fe y de la nuestra; y obligados á conservar en su alma la misma creencia y el mismo culto del patriarca, cuyo sello llevaban en su cuerpo. Podian á la verdad ser apóstatas de aquella Religion, y muchos lo fueron en adelante; pero su carne circuncidada era un testigo siempre vivo y constante de su apostasía. Veámos ahora como y cuando se apartaron los hombres de aquella primitiva creencia.



Capítulo Segundo

ORIGEN DE LAS FALSAS RELIGIONES.

Asi como la unidad de idioma que hubo en el mundo antes del Diluvio, y la tradicion constante de la verdadera Religion transmitida por testigos, cuya vida alcanzaba casi á mil años de duracion, y la dependencia en que vivieron por nueve siglos los descendientes de Adan, á quien respetaban como á padre comun de todos, hizo que se conservase pura la Religion primitiva, que aquel habia recibido del mismo Dios; asi por el contrario la confusion de las lenguas, la variedad de idiomas, la separacion de las familias para formar naciones distintas, la corta vida de los hombres y su independencia los unos de los otros, que hacia inconstante y fácil de oscurecerse la tradicion, fueron las causas de las primeras alteraciones que sufrió la Religion en los siglos posteriores al Diluvio, y estas alteraciones se estendieron á sus dogmas y á su culto: aquellos se viciaron por la ignorancia ó curiosidad que quiso explicarlos: este por la supersticion, hija del miedo que quiso sensibilizar los objetos de sus adoraciones y respetos.

Y por lo que hace á los dogmas no tiene duda, que alejados los primeros pobladores del centro comun, donde se conservaba la tradicion primitiva en la familia de Noé, y habiendo cambiado de idioma, sin conservar rastro del original, no pudo menos de oscurecerse la verdad; resultando de aqui una ignorancia mas ó menos profunda de los antiguos hechos y doctrinas. Y estimulado por otra parte el hombre de la curiosidad en asunto que tanto le interesaba, queriendo saber lo que habia perdido, y esplicar lo que no entendia, dió suelta á su imaginacion para llenar aquel vacío con sus propios delirios.

Pero conoce muy poco al hombre quien se persuade que una nacion cambia repentinamente de Religion. La esperiencia no menos que la filosofía del corazon humano nos enseñan, que ningunas ideas se graban mas firmemente en su alma que las ideas religiosas, y que es sumamente difícil destruir y desvanecer las doctrinas y prácticas que forman el sistema religioso en que se ha educado, y que ha visto creer y practicar á sus padres. Como tiene por reveladas aquellas doctrinas y prácticas, las mira como emanadas de la misma Divinidad, y la fuerza que dan á las palabras y enseñanza de los padres, de los ancianos y de las personas constituidas en dignidad, su autoridad, sus canas, y la superioridad y dominio que ejercen sobre el pueblo, hace que asientan á ellas con tal veneracion y respeto, que nada es capaz de debilitar. Si la historia nos ofrece algunos cambios de Religion en algunas na-

ciones, momentáneos al parecer, no aparecen tales, cuando se observa con mas cuidado la sucesion de ideas, que ha tenido lugar en aquel pueblo. Y se echa de ver que, ó las ideas religiosas que antes tenia, habian llegado á perder en sus cabezas de tal suerte el prestigio, que cualquiera novedad introducida por un hábil dogmatizador podia ya acabarlas de desacreditar en el concepto de aquellas gentes: ó bien que las ideas nuevas que han abrazado en materia de Religion, no se han sustituido de un golpe á las antiguas, sino que insensiblemente y por grados, se han ido amalgamando con aquellas y las han ido desfigurando poco á poco, hasta que á fuerza de tiempo apareció del todo mudada la faz de la Religion primitiva: que es cosa semejante á lo que sucede en la naturaleza con la luz y con las tinieblas, ó con el dia y la noche: porque acercándose el Sol al ocaso, como sus rayos son mas débiles y mas raros, se va aminorando la energía de la luz en el orizonte poco á poco, por todo el tiempo que dura el crepúsculo vespertino; y á ese mismo paso van las tinieblas ganando todo el terreno que pierde el resplandor del dia. Mas por el contrario, á la madrugada empieza el Sol á apuntar sus rayos que, tendidos por la atmósfera y refractados en ella, van mezclándose con el aire y dándole la claridad de la aurora, y á proporcion van disipándose las tinieblas hasta que asomando el astro refulgente, las precipita al opuesto orizonte. Cosa muy parecida á esto sucedió al género humano en materia de Religion.

Porque, como decíamos, la variedad de nuevos idiomas, la separacion de las familias, la corta vida de los hombres, hizo que se fuera perdiendo de la memoria en el trascurso de las nuevas generaciones el depósito de la doctrina primitiva. Sabian por ella los hombres la existencia de la primera causa, reconocian un artífice del universo, mas habiéndose olvidado, ó confundida la noticia del modo con que lo construyó, no alcanzando con la razon cómo pudo criarlo de la nada, apelaron para esplicar este dogma á lo que sus sentidos les enseñaban en casos semejantes, sin detenerse á calcular por entonces los absurdos y contradicciones que resultaban de eso, porque no alcanzaban á preveerlos. Toda produccion natural se hace por una emanacion mas ó menos perfecta, y de aqui infirieron que la produccion del mundo habia sido tambien una emanacion, y que el universo habia sido hecho por su Autor á la manera que el pollo es producido por la gallina, de la que sale el huevo que lo contiene. Pero si en esta parte alteraron el dogma primitivo, se conservó no obstante en la memoria el número de periodos, en que Dios crió las cosas, conforme lo refiere Moises. Este dice, que se crió en seis dias: los persas en seis ghaambars: los etruscos en seis millares. En estas y en otras circunstancias se encuentran conformes todas las antiguas cosmogonías.

“Hombres de saber y de vastísima erudicion, dice el cardenal Gerdil, han indagado con sumo estudio las circunstancias con que se refiere la

formacion del mundo en las cosmogonías de los pueblos antiguos, tales como las de los caldeos, egipcios, magos, árabes, etruscos y fenicios, y habiéndolas cotejado diligentemente con la narracion del sagrado texto, descubrieron tantos y tan espesos vestigios de conformidad entre aquellas y esta, que se inclinaron á creer, y aun tuvieron por cierto é indudable, que de la historia de Moises debieron ciertamente aquellas gentes derivar los principios de su teología, la cual, aunque adulterada por el trascurso de los tiempos con fábulas monstruosas en estraña manera, retiene no obstante ciertos lineamentos, y algun colorido de su original. Ello es cierto que esta misma opinion ha sido fuertemente impugnada por muchos críticos igualmente eruditos y perspicaces, á quienes ha parecido mucho mas antigua que Moises la teología fabulosa de los pueblos citados, y lo fundan en muchas y probables razones. Por lo tanto creyeron debia buscársele á ésta otro origen distinto enteramente de la historia sagrada. Empero cuando han trabajado en buscar este origen no han conseguido hasta ahora hallar otra cosa que congeturas ó especulaciones no mas fundadas ni mas probables que aquellas en que fundan los otros la aplicacion de la historia sagrada á las fábulas de los gentiles, de las que sin embargo se burlan los que sostienen esta opinion segunda. Si fuera dado á mi pequeñez esponer con el debido respeto á tan grandes hombres mi modo de pensar acerca de esta disputa, agitada de una y otra parte entre varones

doctísimos, diria que los primeros de un principio firme y seguro deducen una consecuencia no necesaria del todo, ó que no se infiere rigurosamente de aquel principio; y que los otros de la falsedad de esta consecuencia deducen sin razon la falsedad del principio. El principio es este: que viéndose contado el hecho de la creacion en la teología de muchos pueblos con varias circunstancias uniformes entre sí, y semejantes á las que se refieren en el Génesis, esta conspiracion ó concordia, que es imposible esplicar de otro modo, demuestra claramente que Moises y aquellos otros pueblos bebieron de una fuente misma la noticia de aquel célebre hecho. Este principio está apoyado sin duda, y fundado en las reglas más comunes, mas aplaudidas y mas sanas de la crítica acerca del modo de determinar cuál sea el origen de una tradición que se encuentra en tiempos modernos esparcida y dilatada por muchos y distintos paises. Pero que de Moises como de primitiva fuente y autor, haya penetrado la memoria de la creacion del mundo al Egipto, á la Caldea, á la India, etc.; esta es una consecuencia no enlazada rigurosamente con aquel principio de que se dedujo quizá sin la debida detencion. Concédase enhorabuena que el conocimiento de la creacion del mundo, del Diluvio y de los hechos que precedieron y se siguieron á él no haya pasado de Moises á las otras naciones. Concédase enhorabuena que en esas naciones los sacerdotes ó los padres de familias principalmente conservaron la memoria de aquellos hechos sobre los que esta-

blecieron su teología. Concédase que por la idolatría, que despues se introdujo, se corrompió aquella con el discurso del tiempo, y se amancilló feamente, y de este modo se desvanecerá toda aquella oposicion entre los críticos, y se conciliará con maravillosa facilidad toda esta desavenencia. La teología de los gentiles, bajo cuyo nombre se comprenden todas las antiguas cosmogonías y teogonías, se hallarán conformes en ciertos puntos en todos los pueblos, y en otros puntos se encontrarán discordes y opuestas. Estan conformes en aquellas circunstancias en que convienen con la narracion de Moises, porque éstas hacen el fondo que es comun á todas. Serán discordes las tradiciones gentílicas entre sí en aquellos puntos en que se separán de Moises, porque estos se fueron introduciendo poco á poco, al paso que se introducía el culto idolátrico; y como son partos de la fantasia, é hijos del error, debian ser distintos en los diversos pueblos. Pues de que los egipcios, los caldeos, los fenicios ú otros, no hayan tomado de Moises los fundamentos de su teología, no se sigue que sus tradiciones no hayan tenido en tiempos muy anteriores á Moises un origen comun; con esta gran diferencia, que en los libros de Moises se conservó pura y sincera la narracion de aquellos hechos, la cual se corrompió en la teología de los gentiles por la depravacion de sus opiniones."

Esta opinion del sabio Gerdil, que es la que he procurado desenvolver y demostrar en la primera parte de esta obra, y con la que se satis-

face á los sofismas del Dupuis, la confirma aquel cardenal con el ejemplo de la doctrina de la emanacion de que ibamos hablando. "Fue, dice, el sistema de la emanacion comun á los egipcios, á los magos que lo recibieron de Zoroastro, á los gimnosophistas de la India, y á los árabes. Pasó despues á la teología popular y fabulosa de los griegos. Se le halla en los monumentos mas antiguos de la filosofía de la China y del Japon, y lo que es mas admirable, aun en las naciones mas salvages de la América se descubren rastros de este sistema. Y puesto que no se funda en ninguna idea inmediata de sensacion, ni dirá nadie que sea efecto de ideas innatas, es preciso buscar por otra parte la razon suficiente de la universalidad tan completa de este sistema, razon por la que se explique y entienda cómo haya podido difundirse por tantos pueblos de genios y costumbres tan diferentes. Para hallar esta razon, basta reflexionar, que el fundamento de este sistema es un hecho, esto es, la creacion del mundo: hecho el mas grande, el mas admirable, capaz de causar por sí solo impresiones las mas profundas y duraderas en el ánimo de los hombres, y de propagarse de padres á hijos hasta la mas remota posteridad. Pues este hecho se encuentra envuelto en el sistema de la emanacion, porque se funda en él, y lo supone entre todos aquellos pueblos tan diferentes y tan separados unos de otros, y se conserva, no solo en lo sustancial, mas tambien en cuanto á ciertas particularidades y circunstancias, como hemos dicho, que

suponen, ó mas bien dan evidentemente á entender, que aquel sistema no fue fruto puramente de una especulacion filosófica, sino que se fundaba, al menos en parte, en alguna narracion antiquísima del acontecimiento, que forma su base principal. Y á la verdad, que la concordia que se observa en los pormenores del sistema, no puede dimanar sino de una historia ó tradicion que de un origen comun haya trasmitídose á todas las partes del mundo, adonde la creencia del hecho se encuentra unida á la conformidad de circunstancias semejantes. De aqui es, que la época antiquísima del origen de esta tradicion tan universal debió preceder al tiempo en que los hombres, desmembrándose de una misma familia, y partiendo de una morada comun, se dividieron; y aumentándose ocuparon toda la tierra conocida, y asimismo por consecuencia no pudo distar mucho la época de esta tradicion comun del tiempo en que podia estar todavía reciente y viva la noticia del hecho, y en que el género humano en su infancia, reducido á pocos individuos, aun se maravillaba de su propia existencia. Esta es pues la razon suficiente, y no hay otra, de encontrarse el sistema de la emanacion cundido entre los caldeos y magos, los egipcios, los árabes, los etruscos y los fenicios, y revestido de circunstancias muy semejantes á las que refiere el mismo Moises.

“De todo lo dicho, infiere el Gerdil, que el sistema de la emanacion en su origen no fue otra cosa, que la creencia de la creacion de la nada

obrada por la virtud de Dios, que de su esencia sin disminucion ni comunicacion de su propia sustancia, estrajo el mundo y le dió el ser. Y en verdad que no podia la idea de la emanacion entrar por otro medio en la cabeza de tantos hombres. Los filósofos que meditaron mas sobre el origen del mundo, nunca fueron conducidos por sus meditaciones á tal idea. Todos supusieron una materia preexistente: unos la dieron virtud de moverse, de donde por la variedad de movimientos vino á hallarse en el órden que la vemos en este mundo: otros, conociendo el absurdo que envuelve atribuir á la materia semejante virtud, y suponer que de encuentros casuales desordenados de partes confusas, pueda haber resultado el órden bellísimo que se admira en el mundo, pensaron que el movimiento y su órden era efecto de una mente sabia que lo imprimió en la materia, y creyeron que el mundo habia sido fabricado por Dios, á la manera que vemos fabricarse por los hombres los palacios y las ciudades. Pero jamás pudieron los sentidos ni la reflexion darles idea de esta emanacion, por la que Dios de su misma sustancia sacó el mundo y le dió la existencia. Lo que demuestra, que esta idea no pudo haberse sino por el conducto de una relacion muy autorizada, ó por revelacion (1).”

Para acabar de poner en claro este punto, es necesario entender, por qué dije antes que los primeros corruptores del dogma de la creacion ape-

(1) *Obras de Gerdil. T. 1º p. 311 y 312.*

laron , para esplicarlo, á lo que sus sentidos les enseñaban en casos semejantes , esto es, al sistema de la emanacion ; cuando por otra parte da por cierto el Gerdil , que este sistema no se funda en ninguna idea inmediata de sensacion. Distingamos para entenderlo el hecho que sirve de fundamento al sistema del sistema mismo. Si los hombres hubieran carecido de la noticia de aquel hecho , nunca hubieran forjado aquel sistema para esplicarlo. Cuando pues dice el Gerdil , que el sistema de la emanacion no se funda en ninguna idea inmediata de sensacion , es como si dijera que se funda en un hecho que no pudo el hombre saberlo por los ojos ni por otro sentido, que oyéndolo contar al primer hombre , á quien se lo reveló el Criador. Cuando dije que apelaron los hombres á lo que sus sentidos les enseñaban, para esplicar la creacion del mundo , los suponía instruidos por la tradicion en el hecho , y solo para esplicar el modo conducidos por analogía de lo que sus sensaciones les enseñaban en casos semejantes. Ni es probable que jamás hubieran imaginado , que el mundo habia comenzado á existir , sino lo hubieran aprendido de quien le dió el ser : puesto que aun los filósofos mas agudos de la Grecia y de Roma , ó negaron absolutamente que el mundo hubiese comenzado jamás, ó á lo menos dudaron de ello.

Volviendo , pues , ahora á tomar el hilo del discurso , la misma tradicion primitiva enseñaba , que desde el principio del mundo habia existido un ser enemigo de Dios , superior al hombre,

que llevado de la soberbia que entumecía su espíritu, deseoso de vengarse de su Autor, por el que se veía humillado y castigado por su orgullo, y envidioso del hombre, criatura la mas perfecta entre las visibles, intentó en su desesperacion borrar en él la imagen que de sí mismo habia puesto el Criador en su alma, y seducirlo atrayéndolo á que le tributase homenajes. La sencilla creencia de los primeros pueblos sobre este punto, está bien esplicada al estilo oriental en el principio del libro de Job. Alli se nos dice, que como un cierto dia hubiesen llegado los hijos de Dios ó los ángeles á hacer corte y á asistir ante Dios, se presentó entre ellos tambien Satanás, á quien preguntó el Señor: ¿de dónde vienes? Y él respondió. He dado una vuelta á la tierra y la he registrado de un cabo á otro. Y el Señor le dijo: ¿Por ventura has parado tu atencion en mi siervo Job, que no tiene semejante en la tierra, varon sencillo, recto y temeroso de Dios? A que respondió Satanás. Y qué, ¿Job teme á Dios de valde? Tú, Señor, lo proteges á él y á su casa, familia y hacienda, defendiéndolo de todos sus enemigos, y echando tu bendicion á su labranza y crianza que ha pujado asi infinito; pero á fe mia que si cesas de protegerlo, y perece su hacienda, él te maldecirá. Ea pues, ve, le dice Dios, y consume todos sus bienes, tienes mi licencia para hacerlo asi, pero guardate de tocarle en el pelo de su vestido. Con esto Satanás empezó á perseguir á Job hasta empobrecerlo, hízolo huérfano de sus hijos, que todos murieron muertas

muy trágicas, y por último reducido á soledad y miseria, lo plagó de pies á cabeza con una llaga pestilente y hedionda. En esta historia asi referida, está esplicada con cierto candor de imágenes y figuras de estilo la creencia primitiva de los hombres antediluvianos, conservada aun despues del Diluvio tal como se hallaba en la Idumea unos dos mil años antes de Jesucristo. Y ya se echa de ver cuán poco hay que perder para pasar de aqui á suponer que eran dos agentes superiores los que gobernaban el mundo, de los cuales uno tenia por oficio, como dice Plutarco, hacer el bien, y otro causar el mal. De aqui cuando los hombres se veían oprimidos de males, y clamaban para libertarse de ellos al principio del bien, y no lo conseguian, empezaron á recelar que el principio malo tenia igual poder, y á veces superior al bueno. Bien que en toda la antigua teología, de los dos principios, aunque se supone lucha y empeñados combates entre los dos, siempre se atribuye la victoria completa y el triunfo decisivo y final para siempre al principio bueno. Y que ambos principios dimanasen y fuesen criaturas del Dios supremo lo vemos confesado en los libros simbólicos de los indios y persas, antes citados.

Por una espiriencia dolorosa y continua siente el hombre dentro de sí mismo cierta discordia y desavenencia entre su razon y los deseos de su voluntad, pues de continuo se ve arrastrado por éstos á ejecutar acciones que desaprueba su razon, ya porque conoce que son contrarias

al órden que conserva y mantiene la sociedad, ya por estar convencido por la esperiencia de que le son dañosas. Y no es esta sola contienda la que le demuestra la corrupcion de su naturaleza, sino que los males fisicos que la afligen son tantos y tan pesados, que bien se echa de ver, que su estado no es feliz como podia ser; es sí un estado de miseria y castigo; que por eso decia un antiguo, que el hombre no habia sido tratado por la naturaleza como por una madre cariñosa, sino como por una cruel madrastra. Entre los dogmas fundamentales de la Religion primitiva, y los hechos cuya memoria se conservaba en la tradicion antigua, estaba descifrado este misterio, porque se conservaba en ella la noticia de la culpa de Adan, y de las penas á que quedó sujeto por ella todo su linage. En aquel depósito de pura doctrina se enseñaba que nuestra alma era un soplo de vida, una sustancia simple, un espíritu puro semejante al Criador mismo, y distinta del cuerpo, que separada de él por la muerte habia de sobrevivir, y que en aquel estado futuro recibiria recompensas y premios, ó penas y castigos, segun que fuese acreedor el hombre á aquellas ó á éstas por las buenas ó malas acciones que hubiese hecho durante esta vida. Todo esto sabian los antediluvianos por la enseñanza de nuestros primeros padres; pero oscurecidos estos dogmas despues del Diluvio por la dispersion de las familias, y la diversidad de los idiomas, queriendo la curiosidad suplir lo que la ignorancia habia hecho perder por el ol-

vido, se aprovechó de los restos de aquella tradicion primitiva, del vicio de nuestra naturaleza, efecto de un crimen, de la espiritualidad é inmortalidad de nuestros ánimos, y de la existencia de una vida futura; y añadió á ellos sus invenciones propias, para explicar lo que experimentaba sin entenderlo. Supuso á las almas de los hombres en un estado anterior al presente en el cual habian contraido por culpas personales el reato que les hacía acreedores á los males y desdichas que padecian en el presente estado, porque no alcanzaba á concebir que estas fuesen reato de culpa original: y que si en esta vida se purificaban con buenas obras de los vicios y malas inclinaciones que aqui trajeron, ascenderian separadas del cuerpo á otro estado mejor y feliz. Mas si por el contrario, viviendo en este cuerpo daban rienda á sus pasiones desordenadas, y volvian á reincidir en las culpas y crímenes antes cometidos; haciéndose asi mas viciosas é impuras, pasaban á otro estado aun mas desgraciado que el presente, uniéndose á cuerpos de animales mas ó menos estúpidos, segun su mayor ó menor demérito en esta vida.

Pues esta doctrina de la Metemiscosis supone sin duda la creencia de aquellos dogmas primitivos, de que hablábamos antes, los comprende todos, y no es mas que esos mismos dogmas desfigurados y explicados de un modo, que á primera vista aparece menos disonante á la razon, aunque bien examinado es totalmente absurdo. Los dogmas de la inmortalidad del alma, de su

distinción del cuerpo, de la corrupcion de nuestra naturaleza, de una vida futura feliz para los buenos, é infeliz para los malos, se comprenden todos en el dogma de la Metensicosis, como lo esplica muy bien el mismo Dupuis (1). Y á la verdad, si nuestra alma pasa á animar otros cuerpos; luego es distinta de ellos: si estas trasmigraciones no tienen un término sino para entrar en el centro de un reposo eterno y bienaventuranza sin fin; luego es inmortal: si el hallarse unida á este cuerpo es para espiar crímenes cometidos en otro; luego el estado de esta vida es una degradacion para nuestra alma: si esta union es una pena ó un premio segun el cuerpo que ocupó anteriormente, y al fin ha de parar en un estado inalterable de gozo ó de pesar eterno conforme á sus méritos ó deméritos; luego existe un estado futuro en el que se recompensa la virtud y tienen condigno castigo los delitos humanos.

Estos dos sistemas, el de los dos principios y el de la Metensicosis, que son como el primer grado de depravacion que sufrieron los dogmas fundamentales de la Religion primitiva, se idearon sin duda en el periodo de tiempo que tenemos á la vista. Del primero dice Plutarco, que es opinion antiquísima derivada de una tradicion á la que no se le halla principio, conservada por los sacerdotes y legisladores de todos los pueblos, aunque se ignora cuál sea su autor; pero creida siempre con asenso firme é indeleble, y con-

(1) *Secc. 1.^a de la tercera parte del T. 2.^o pág. 173.*

sagrada, no solo por el comun sentir de las naciones todas, sino tambien por los misterios y sacrificios, no solo de la Grecia sino de todo el mundo (1). La Metensicosis, dice Dupuis, hacia parte de los dogmas teológicos de los persas é indios, como observa Porfirio. Ni hubo jamás doctrina mas universalmente estendida que esta, ni que tuviese origen mas antiguo. Ella reinó en el Oriente y en el Occidente, en las naciones cultas y entre las bárbaras, y sube á una antigüedad tan remota, que Burnet dice ingeniosamente, que se creeria descendida del cielo, pues no se le encuentra padre, ni madre, ni genealogía. Herodoto la halló establecida entre los egipcios de quienes recibieron los griegos sus ideas religiosas. Manes la encontró en todas las naciones del Oriente, en todos los pueblos que los griegos llamaban bárbaros. Los curdos, dice Hyde, los indios, los chinos, envian las almas á los cuerpos de las bestias, creyendo que sufren diversos grados de penas ordenadas para su purificación, y al fin entran en el cielo. No examinaremos mas á la larga, concluye, esta doctrina que puede mirarse como una de las mas antiguas, y de las mas estendidas entre cuantas se han enseñado á los hombres (2). Y he aqui como los tres dogmas religiosos mas antiguos que nos ofrece la erudicion profana, el de los dos principios y el de la Metensicosis, son la misma Religion primitiva

(1) *De Iside et Osiride.*

(2) *Tomo 2º, pág. 183.*

alterada y desfigurada en sus dogmas por la ignorancia, y por una impotente curiosidad, y lo mismo debe decirse del dogma de la emanacion.

Asi tambien la supersticion, hija de la misma ignorancia y del miedo, desfiguró el culto sencillo y magestuoso de las primeras edades del mundo. Naturalmente guiados los hombres por cierto instinto, levantan sus ojos y sus manos al cielo para invocar á la Divinidad: instinto que no pudo borrar la ceguedad de la idolatría; pues, como decia Tertuliano, cuando se ven agitadas las gentes de grandes afectos de gozo, de temor, de esperanza, todos esclaman: Dios nos lo ha dado: Dios lo ve: á Dios lo encomiendo: Dios me lo premiará, y vuelven los ojos al prorumpir en estas naturales exclamaciones al cielo y no al capitolio. *Pronunciants hæc non ad capitolium, sed ad cælum respicit* (1). Obedeciendo á este instinto establecian sus áras, é inmolaban sus víctimas en las cumbres de los montes escelsos, en donde se creían mas inmediatos á la habitacion del Altísimo, y desde donde descubrian mejor toda la redondez de los cielos que subia sobre el orizonte. Sus ideas y sus pensamientos grandes y nobles como la naturaleza, los llevaban á considerar los montes y colinas como otros tantos altares, levantados por la misma naturaleza para tributar desde alli los homenajes debidos al Autor de todas las cosas. Miraban al cielo como un

(1) *In Apologetico.*

palacio magnificentísimo donde residia el Ser supremo, y por entonces no tuvieron aquellos hombres, aun los mas religiosos, otros templos en que ejercer las funciones del culto que al universo, otros altares que las verdes colinas, ni otras áras que piedras brutas. Iban tan conformes en esto la antigüedad sagrada con la profana, que cuando leémos lo que dicen Herodoto, Estrabon, Genofonte, del culto público primitivo de los persas é indios, nos parecen describen el de los patriarcas de la ley natural. Y cierto, que si estos autores ú otros antiguos hubiesen presenciado ó tenido noticia de los sacrificios de Abel, de Melchisedek, de Abrahan y de Job, asi nos lo habrian pintado, como nos refieren los de aquellas naciones. Mas como quiera que los griegos dirigian ya sus cultos á seres visibles cuando escribian aquello, por eso viendo á aquellos pueblos dirigir hácia el cielo sus manos en los sacrificios, inferian que adoraban, como dice Herodoto, la vasta redondez del empíreo.

Sin embargo, ni los mas antiguos persas, ni tampoco los patriarcas contemplaban el cielo sino como habitacion de la Divinidad; mas esta habitacion pareció con el tiempo al hombre mezquino y sensual demasiado vasta é indeterminada; y aunque suponian á Dios inmenso y sin límites, creyeron que debia residir de un modo especial en lugar ó sitio mas determinado y sensible, que escudiese á lo demas en magestad y grandeza. Este lugar es lo que llamaron los orientales *Shekinah*, es decir, símbolo de la presencia

Divina, y los persas lo llamaban el *Hebla*. De aqui buscaron en los cielos mismos, puntos ú objetos fijos en que poner el Hebla ó Shekinah de Dios: y ¿á cuál otro pudieron en este caso dar la preferencia que al Sol? ¿No es la carroza mas magestuosa que pudo escoger para sí el Autor de todo lo criado? En ella rozagante y hermoso como el esposo en el tálamo de sus amores, recorre con velocidad inconcebible toda su inmensa obra, inspirando calor vivificante á toda la naturaleza, y refulgente triunfa con sus brillantes rayos de las densas tinieblas que huyen á su vista despa- voridas. Esa es, dijeron, la morada especial de la Divinidad, y asi como los cielos son el pavimento del palacio estrellado en que habita, asi el Sol es su principal tabernáculo.

Pero ademas de la ignorancia y de la supersticion hubo otra causa, que con aquellas contri- buyó en gran manera á que se viciase la Religion primitiva. Porque convienen los filósofos, que han examinado el language de los sonidos articulados, y ademas lo acredita la esperiencia, que para de- notar objetos invisibles y abstractos se han valido siempre los hombres de voces destinadas prime- ro á significar objetos sensibles, entre cuyas cua- lidades y las del objeto invisible á que se aplica- ron despues, advirtieron cierta analogía. Asi se llamó espíritu, primero el aire, y despues se apli- có esta voz para significar el alma. Y en el idio- ma latino *spiritus* en sentido propio significa el aire: en sentido metafórico el alma y todo ser invisible que no consta de partes, porque al aire

y al alma los tenemos por invisibles y parecidos en sutileza y agilidad.

A ese modo veían aquellos hombres, que el fuego material era al parecer el que por su energía y actividad daba y conservaba la vida á todos los seres: el que mantiene en la atmósfera el calor tan necesario para las grandes operaciones que continuamente se hacen en el globo terrestre, componiéndose unas sustancias y descomponiéndose otras: el que fomenta los vegetales: el que anima y fecunda á los animales, se mueve por sí mismo con velocidad asombrosa, y da movimiento á todo en la naturaleza. Cualidades semejantes á estas concebían en el Ser supremo, en cuanto él es principio invisible y activo de la organizacion y la vida de todos los seres, primer movil y motor en el universo, y de aqui se creyeron autorizados para aplicar á Dios metafóricamente el nombre de fuego. Dios es fuego, se diría al principio para denotar que poseía cualidades análogas á las del fuego material, y mirarian á este como una imagen de Dios visible, que ejercia materialmente las operaciones y producía los efectos que procedían de aquel primero y principal agente: y así vino la palabra fuego á pasar del sentido propio al metafórico, significando al fuego material en el sentido propio y á Dios en el metafórico. Por esta razón los caldeos, de quienes aprendieron quizá los persas, llamaban á Dios *Or* ó *Our*, esto es, fuego, y para distinguirlo del fuego material añadían que Dios era el *fuego principio, fuego inteligente, luz increada, es-*

plendor eterno (1). De esta suerte y por la misma causa, admitiendo como admitian dos principios el uno bueno y el otro malo, si llamaron fuego y luz al principio del bien, apellidaron á su contrario tinieblas y oscuridad. Era Dios llamado fuego, era llamado luz, se comparaba y aun comparamos nosotros, fundados en la autoridad de las escrituras, á Dios con el fuego y con la luz, y aun él mismo se llamó luz del mundo y fuego abrasador, y como tal se miraba á la Divinidad como fuente de luz que alumbra nuestros entendimientos para conocer la verdad; como la luz material alumbra nuestros ojos para conocer y discernir los objetos corpóreos, y como fuente de vida y de movimiento que anima y produce y dirige todos los movimientos del universo. Opuestos eran á la luz y al fuego, el frio y las tinieblas, y de la oposicion física que se toca entre el frio y el calor, entre la luz y las tinieblas y la que hay entre el bien y el mal, resultó que, como refiere Plutarco, decian los antiguos para esplicar metafóricamente la naturaleza de los dos principios, y se dice en el Boun-dehesh que Oromaces, principio del bien, aunque subalterno, era una emanacion de la luz purísima ó de Dios mismo, y él era luz y habitaba en la luz; y al contrario su enemigo Ahriman, principio del mal, era oscuro y semejante á las tinieblas. Asi los caldeos llaman luz y tinieblas á

(1) Batt. Memoria primera sobre el principio activo del universo.

estos dos principios, segun refiere el Batteux en el lugar citado.

Acostumbrados asi los hombres á significar con un mismo signo dos objetos tan diferentes como el elemento del fuego y la Divinidad, pasaron fácilmente á creer por la analogía que suponian entre ciertas cualidades del uno y otro, que asi como esta voz *fuego* era signo arbitrario de ambos, asi el fuego material podia y debia tenerse por signo natural ó símbolo de la Divinidad, y este fue otro paso que se dió por la senda del error. Túvose al fuego que alumbraba con su luz y vivificaba con su calor por un símbolo, una imagen viva y visible de la Divinidad en cuanto con su movimiento, su calor, su resplandor, su energia representaba al principio eterno é invisible de todo movimiento, de la vida, de la luz y de toda la belleza del universo.

Veíanse varios fuegos en el mundo, varias porciones de este elemento, ya sostenidas constantemente por la naturaleza, ya escitadas y conservadas por el hombre. Mas entre todas nadie pudo titubear un momento en darle la preferencia al Sol, á ese padre y origen del calor y de la luz, de la vida y de la hermosura que álumbraba, anima y fomenta á la tierra, á las plantas, á los animales. De aqui se coligió fácilmente que el Sol era entre todos los fuegos la mas bella, la mas noble representacion, la imagen natural, digámoslo asi, de la Divinidad, y como su vicegerente visible en el universo: y he aqui á los hombres en el borde del precipicio.

Tenemos ya por ambas razones considerado al fuego y especialmente al Sol como Hebla sagrado, ó Shekinah religioso. El abuso de la metáfora necesaria en todo idioma, y la propension natural del hombre, limitado por sus sentidos, á circunscribir la Divinidad á un lugar determinado, ó á un objeto fijo, lo condujo, como hemos visto, á reconocer y á adorar al Ser supremo en el Sol y en el fuego que son las dos formas mas antiguas de la supersticion de los Bracmanes de la India, de los magos de la Persia y aun de sus antecesores los caldeos y asirios. Entre estas naciones, y al principio los magos, sacerdotes ó sabios, que conservaban ideas de la Divinidad mas puras, miraban al cielo y aun al mismo Sol como habitacion especial del Dios invisible; pero el vulgo grosero muy pronto empezó á confundir el morador del Olimpo con el Olimpo mismo, á Dios con el cielo y con el mismo Sol. Pudo ser que por muchos tiempos el culto que se tributaba al rey de los astros, al monarca del firmamento, fuese relativo aun en el mismo pueblo, mas poco á poco fue haciéndose absoluto, y asi vinieron á parar las naciones en el sabeismo.

Porque ya vimos que era otro de los puntos consignados en la tradicion primitiva la existencia de los ángeles, espíritus puros, ministros encargados de hacer la voluntad, y cumplir las órdenes y mandatos del Ser supremo. Y asi como en aquellos primeros reinos ó imperios el gefe principal, rey ó emperador se valía de varios

subalternos que como ministros suyos, y bajo sus órdenes administraban los diversos ramos del gobierno; á ese modo se figuraban que Dios se valía de sus ángeles para la direccion y gobierno del universo, y que de éstos unos presidian al movimiento de los astros, de donde colegian que residian en ellos, y otros desempeñaban distintos ministerios. Esta era la teoría fundamental de la religion que se llamó Sabeismo ó culto de los astros: culto tambien antiquísimo y muy extendido por varias naciones y provincias. "Los sabeos, dice Dupuis, que reconocian un gran Dios supremo y único á quien llamaban Señor de los señores, le subordinaban ángeles á quienes llamaban medianeros (1)." Estos seres, de cuya existencia estaban ciertos por la tradicion primitiva; vinieron por consiguiente á ser con el Sol objetos del culto, y suponiéndolos residir en la Luna, en los planetas y en las constelaciones conocidas; primero, adoraron á la Luna, á los planetas y á toda la milicia del cielo, segun la expresion de la Santa Escritura, confundiendo la morada visible con el que la ocupa y es invisible, y al principio con culto relativo adorando al morador en su morada, y despues absoluto, como deciamos, adorando á la morada olvidados del morador, siempre con un culto que podemos llamar de *Dulia* comparado con el del Sol que era de *Latria*.

Ya entonces mas estúpido el hombre, mien-

(1) *Lib. 1º, p. 282.*

tras mas separado de la verdad , no se contentó con tener dioses visibles puestos allá en el cielo: quiso acercarlos mas á sí mismo. Podia disponer del fuego á su arbitrio, y encendió fuegos acá en la tierra para venerar en ellos los luminares del firmamento. Acaso por estos tiempos hubo ya algo de pireos ó de templos, y empezó el charlatanismo de ciertos hombres á encargarse del culto y á vivir de la crédula ignorancia del vulgo. Finalmente, ansiosa la supersticion tímida de obtener de la Divinidad garantias mas inmediatas y mas visibles de su proteccion y tutela, con las que pudiesen vivir seguros de todo mal que les amenazase; exigió de los embaucadores que les diesen amuletos, medallas ó talismanes que conducir consigo, para que no apartándolos de su lado los preservasen de cualquier contratiempo, como cuelgan las madres entre nosotros manecitas de tejon, y astas de venado engarzadas en plata á sus niños de la fajas, para preservarlos del *mal de ojo*. ¡Tan antigua es la supersticion, y tan difícil de desarraigar de la tímida y necia imaginacion del hombre ignorante! Ya en tiempo de Raquel y Jacob hay noticia de que se usaban esos idolillos ó talismanes, que aquel patriarca enterró bajo el terebinto inmediato á Sichem. Y en el espacio de tres mil quinientos años, ni la religion judáica ni la cristiana, tan opuestas á semejantes supercherias, han podido desterrarlas del mundo, acabando con ellas como era de esperar, si el hombre fuera tan dócil para abjurar el error, como lo es para dejarse engañar de em-

busteros y mentecatos que abusan de su miedo y debilidad.

Pero no se crea que por adorar los hombres al Sol y á los astros, ni aun practicando las supersticiones del sabeismo, abandonasen del todo la antigua creencia de sus mayores. Pues así como vemos que los habitantes de Samaria que se quedaron en aquel país, ó que vinieron á poblarlo de orden de Salmanasar, después que este se llevó en cautiverio á la Asiria las diez tribus, mezclaban el culto del verdadero Dios de sus padres con el de los ídolos adorados en sus países, según se dice en el libro de los Reyes (1): del mismo modo en Ur de los caldeos se conservaba muchos siglos antes la noticia del verdadero Dios, y quizá su culto, al menos en la familia de Abraham, y al mismo tiempo se adoraban el Sol, el fuego y los astros, y había idolillos, fetiches ó talismanes idolátricos. Porque Laban y su padre Batuel, apenas oyeron al mayordomo de Abraham referir, que venia enviado por su amo á buscar esposa para su hijo, y las diligencias que había practicado para encontrarla, y como el Señor había guiado sus pasos y le había dado á conocer su voluntad, proporcionándole en el encuentro, al parecer casual, con Rebeca lo que venia buscando, le responden: *A Domino egressus est sermo, non possumus extra placitum ejus quidquam aliud loqui tecum* (2). “Es claro ser esa la volun-

(1) Reg. 4.^o c. 17. v. 41.

(2) Génesis 24. v. 50.

tad de Dios á la que no podemos contradecir.” Y despues quando el mismo Laban salió en pos de Jacob y lo alcanzó en el camino, despues de desvanecidos los motivos de queja que tenia contra su yerno, al celebrar las paces, levantan un monumento para eterna memoria de aquel tratado, y dice Laban: “Este túmulo será perpetuo testigo de los dos, y Dios lo será de nuestros procederes, y nos juzgará y castigará si somos infieles á lo que nos prometemos aqui recíprocamente en su presencia.” *Intueatur et judicet Dominus inter nos* (1). Pues este mismo Laban tenia en su casa y repartia á su familia de aquellos amuletos ó idolillos de que hablamos, que llevaba Raquel y sus criados consigo en el mismo viage; pero Jacob luego que lo supo les mandó que se los entregasen y se purificasen y mudasen de vestidos, para inspirarles horror á aquellas figurillas que sepultó bajo del Terebinto.

(1) *Genesis* 31. v. 49.

Capítulo Tercero.
SEGUNDA ÉPOCA DE LA RELIGION.

Pero estas reliquias de la Religion eran ya muy pocas y muy pocos los que las conservaban; y como se hallaban mezcladas con supersticiones y falsas creencias, puede decirse que se habia estinguido casi del todo la Religion verdadera y el culto puro; el solo que podia ser agradable á Dios, y amenazaba borrarse del todo sobre la tierra. Para precaver su total esterminio arranca el Señor á Abrahan, en quien se conservaba todavía sin mezcla de errores, de su pais ya viciado y de la casa de su padre Nacor y de su familia, en la que se habia introducido la corrupción; y para que no se contaminase él ni su descendencia con las supersticiones patrias y domésticas, le manda emigrar á un pais distante, de gentes desconocidas, y vivir en él errante sin hogar fijo á estilo y usanza de pastores, albergados en tiendas de campaña que las llevaban trasladándolas de un punto á otro muy á menudo, segun lo exigia la comodidad de pastos para el ganado. Por este

medió pudo conservarse pura la Religión en Abraham y su familia, en sus hijos y nietos. Para hacerle el Señor llevadero aquel género de vida sin propiedades, sin domicilio, sin descanso ni abrigo, le promete larga y numerosa sucesion y la propiedad de aquel pais fertilísimo para sus descendientes, y celebra con él el pacto de que hablamos antes, sellado con el sello de la circuncision. Prohíbele empero que enlace á los herederos de la promesa con mugeres de aquel pais, para conservarlos siempre aislados y separados de todo trato íntimo y familiar con los idólatras; y quando multiplicándose su descendencia era casi imposible continuar viviendo en aquel pais sin mezclarse con ellos, dispone que una hambre extraordinaria los obligue á salir de la tierra de Canaam y los conduce á Egipto, á donde de antemano les habia preparado favorable acogida por medio del jóven José, que con su sabiduría y prudencia se habia hecho lugar en el palacio de Faraon, y habia llegado á ser su primer ministro. Pero no siendo compatible su género de vida pastoril con las costumbres y opiniones de los egipcios, que tenian por infame el ejercicio de los pastores, los confina José por orden de Faraon á las dehesas y pastos de Gesen, donde habitaron poco mas de doscientos años, sin mezclarse en nada con los egipcios.

En este tiempo se aumentó la descendencia de Abraham extraordinariamente hasta tal punto, que por su número y la abundancia de sus rebaños comenzó aquella colonia á dar cuidado á los

mismos egipcios. Para precaver estos que intentasen aquellos colonos alguna empresa contra los naturales del pais, trataron los monarcas de Egipto de aminorarlos, empobrecerlos y oprimirlos con trabajos superiores á sus fuerzas. En este estado de cosas, reducidos los hebreos á la esclavitud y á punto de verse obligados á profesar la religion de sus señores, y de ser seducidos por ellos al efecto, era forzoso sacar á esta nacion de Egipto (como á Abrahan de Ur), si habia de conservar pura la Religion de sus mayores, y si habia de mantenerse aislada sin confundirse con los egipcios. Mas ya no era una familia sola la que debia emigrar, como lo era cuando entró en Egipto: era un pueblo, una nacion numerosísima, y esto hacia que fuese mas inminente el peligro de que se alterase el depósito de la tradicion, que hasta entonces habian conservado puro; porque entre tantas familias no era fácil que todas tuviesen un mismo esmero en retener la tradicion, cual la habian recibido de sus mayores, y el mismo cuidado en apartar de ella todo lo que pudiera amancillarla, fábulas, errores, supersticiones: tanto mas cuanto que el ejemplo de la depravacion era general, y el hombre, como hemos dicho, propendia desgraciadamente á la idolatría. Y aun cuando tuviese aquel cuidado alguna otra familia, siendo todas iguales y no guardando entre sí subordinacion, nada podia el buen ejemplo de una ó de pocas para contener el torrente de la corrupcion, y aun llegaria el caso y no muy tarde, de que este mismo torrente arrastrase á

todos sin escepcion alguna , y borrarase en todos los hombres las ideas de la doctrina religiosa y culto primitivo.

Por estas razones era ya necesario hacer popular la Religion que hasta entonces habia sido familiar solamente. Era necesario organizar un pueblo , una sociedad política : establecer en ella una forma de gobierno : dictar leyes : escoger ministros encargados especialmente de conservar intacto el depósito de las tradiciones religiosas , tal como lo habian recibido ; y que formasen un tribunal irrecusable que enseñase y desatase las dudas que se podian ofrecer en materia de Religion : que tuviesen á su cargo las funciones del culto. Era necesario determinar cuáles debian ser estas , los ritos y ceremonias que debian practicar todos los israelitas. De esta suerte la Religion , que hasta alli habia sido negocio doméstico , y que corria á cargo de los padres de familia solamente , debia llegar á ser negocio público y Religion nacional , con lo que se consulta á su conservacion y permanencia.

Y para conocer mas á fondo la conveniencia de esta medida demos una ojeada á la situacion y carácter de los hebreos en aquella época. Era el pueblo de Israel al tiempo de su salida de Egipto un conjunto ó coleccion de familias que no tenian entre sí mas enlaces que los de parentesco , y los que resultaban de vivir todas juntas en un mismo género de vida : todos pastores y todos colonos , tributarios ó mas bien esclavos de los egipcios , pero sin haber entre ellos ningun

orden civil que estableciese la subordinacion, sin autoridades ni magistrados de su nacion á quienes debiesen obedecer los demas: y asi todo hebreo estaba en el caso de poder decir á otro hebreo que se tomase la mano para juzgarle, lo que uno de ellos dijo á Moises: *¿Quis te constituit principem et judicem super nos* (1)? Eran tenaces en conservar las tradiciones relativas á lo esclarecido de su origen: orgullosos con la esperanza del cumplimiento de las promesas que se habian hecho á sus padres; pero envilecidos con los tratamientos inhumanos, y por el abatimiento y miseria á que los habian reducido los egipcios, se habia formado en ellos un corazon duro, habian llegado á una ignorancia crasa, costumbres corrompidas, modales groseros: habíanse hecho estúpidos y viles: incapaces de cultura, de elevacion de ánimo, de generosidad, de ningun sentimiento noble. Solo el terror podia reprimirlos: solo con castigos atroces y horrorosos escarmientos se les podia separar de sus malos hábitos. Ni aquellas almas podian estimularse á la virtud, sino ofreciéndoles premios y recompensas, que tocasen, digámoslo asi, con la mano, visibles, inmediatas; ni se les podia separar de sus vicios amenazándolos con castigos distantes é invisibles. Finalmente, como tan materiales y tan ignorantes, sumidos en los pensamientos y afectos terrenos y carnales, propendian sobremanera á la idolatría, y ciertamente todos la habrian seguido, si

(1) *Exodi c. 2º v. 14.*

no la seguía como me presumo la mayor parte de ellos en los últimos años de su detencion en Egipto, si su trato hubiera sido mas frecuente con los egipcios, ó si éstos los hubiesen admitido desde el principio á sus templos ó á las solemnidades públicas de su culto. Tal era el carácter de los israelitas y tal su situacion en aquella época.

Aun mas desesperada y lastimosa era la de las naciones que poblaban el pais, donde iban á establecerse los israelitas. Habíanse borrado hasta tal punto en ellas las nociones aun mas sencillas de la virtud y del vicio, que solo les servian sus pasiones y apetitos desordenados de regla de vivir en lugar de conciencia. Eran estados pequeños en donde no se conocia otro derecho natural ni de gentes que los caprichos bárbaros de un hombre feroz, que se habia erigido en déspota cruel de cada uno de ellos, marchando por la senda de los crímenes mas atroces empapada en sangre de infelices víctimas, y que solo trataba de conservar y estender su poder oprimiendo mas y mas á los propios, y usurpando y robando á los comarcanos. Vivian así en un estado de continua guerra en la que se devoraban unos á otros sin ninguna consideracion, en la que se llevaba la venganza al último extremo, clavando sus armas en el corazon del infante tierno pendiente del pecho de su madre con la misma saña que atravesaban al enemigo en el campo de batalla: los rebaños, los muebles, los edificios, las ciudades enteras, cuando no eran pábulo de

su crueldad ó de su codicia, lo eran de las llamas devoradoras. Ningun derecho sino la fuerza, ninguna obligacion sino la debilidad. Su religion y culto habia llegado igualmente al último grado imaginable de corrupcion. Probablemente no estendian su culto sino al Sol y á los astros, pero reverenciaban ya á estos representados en figuras é imágenes horrorosas, Moloc, Melchom, etc.; y su principal culto consistia en ofrecerles en holocausto víctimas humanas, y aun sus hijos los mas amados, sofocando con horribles alaridos los gritos de las víctimas inocentes, para que no se enterneciese al oirlos el ánimo de sus padres. Y á tal religion y tal culto correspondia en todo su moral. La lascivia habia llegado á tal punto, que los hombres abusaban torpemente y en público los unos de los otros, despreciando aquellos placeres á que lleva al hombre no corrompido la propension de la naturaleza, como se vió en la Pentápolis y en el caso del Levita de Efraim. Este era el hombre de aquellos tiempos, y peor donde era mas rico, mas fuerte, mas poderoso, por habitar en paises mas amenos y fértiles.

Ciertamente, fue lástima que no hubieran aparecido en el mundo en aquella época un Dupuis ú otro de estos hombres grandes, regeneradores de la especie humana, que todo se lo hallan hecho en dos rasgos de pluma ó cuatro palabrotas, y que sin otros recursos que su filosofía y sus grandes luces se prometen enmendar todos los vicios, reformar todos los abusos, remediar todos los males y hacer felices á todos los

hombres. Hubiéranles sin duda anunciado sus dogmas políticos libertad, igualdad, independencia: hubiéranles predicado odio á la tiranía, odio á los sacerdotes, odio á los reyes: les hubieran enseñado su código de la naturaleza, y cádate ahí todo el mundo puesto en razon. Pero, ¡qué miserables son los proyectos humanos, y que insubsistentes sus providencias! El criador del hombre, el autor de su ser obró por planes muy diferentes; pero planes los mas justos y los mas eficaces. Acabó con las naciones que habitaban la tierra de Canaan á quienes por varios medios ya de dulzura, y ya de rigor, habia procurado separar de sus crímenes (1), y que, haciéndose cada dia peores, habian acreditado que eran incorregibles: asi como en toda sociedad bien organizada, despues de haber empleado en valde todos los medios de correccion para lograr la enmienda de los malos, ó se les lanza de la sociedad, ó se les castiga con el último suplicio. No era propio de su sabiduría alterar la naturaleza del hombre: dejándolo cual era, convenia reformarlo. Abandonó á los que se manifestaban incapaces de enmienda; y en cuanto á su pueblo escogido, al que queria conservar como único depositario de su palabra y del culto que le era agradable, lo constituyó é hizo nacion especial suya, dándole una Religion, un gobierno, unas leyes, que servian para acostumbrarlos á la obediencia, apartarlos de la supersticion, arreglar sus costum-

(1) *Sapientia cap. 12.*

bres y conservar su salud. Una Religion, un gobierno, unas leyes, que si bien miradas en sí mismas, ó en abstracto, no eran las mas perfectas, lo eran no obstante para aquella nacion considerada en la situacion y circunstancias en que se hallaba, atendido su carácter, sus hábitos, su ignorancia, sus vicios, sus toscas ideas y sus modales rústicos. Una Religion, un gobierno, unas leyes que describian á su libertad una órbita á la verdad mas estrecha que la que habia el mismo Señor señalado al hombre al principio; pero al mismo tiempo mas estendida y mas anchurosa que cuantas han descrito los legisladores filósofos á sus súbditos en todas las edades, porque jamás hubo en el mundo un pueblo, una nacion mas libre que la nacion hebrea, ninguna mas independiente, ninguna mas igual civilmente; y si con el tiempo llegó á perder esas ventajas inapreciables, ella misma fue la que se puso sobre sus cabezas el yugo con que quiso ser oprimida. Dióles una Religion finalmente, un gobierno, unas leyes tan identificado todo entre sí, que su Religion era su gobierno y sus leyes, y estas y aquel eran su Religion. Gobierno teocrático, Religion nacional, todos los códigos dictados por el mismo Dios y escritos por Moises, formaban su teología, su política y el sistema entero de su legislacion.

Aquel Señor, que solo sabe y puede aplicar al género humano las medicinas oportunas y apropiadas á los distintos tiempos y convenientes para las diversas necesidades y dolencias que ha

padecido en varias épocas, que en la que llamamos de la ley natural, esto es, desde Adan hasta Moises, habia reducido la Religion á tan pocos dogmas y preceptos, á prácticas de un culto sencillo y fácil; se vió comprometido y obligado, si puede decirse, por la dureza y rebeldía, por la corrupcion de los hombres á imponerles un yugo mas pesado, una Religion y especialmente un culto mas complicado, mas trabajoso de practicar; no una Religion nueva, porque la verdadera Religion ha sido siempre una misma desde el principio del mundo, y no puede variar jamás; sino aquella misma Religion que guardó Adan, que practicó Abrahan y sus descendientes; pero con un aparato de leyes, con un gobierno, un culto mas complicado, que el que habian tenido hasta alli los herederos de la fe y de la Religion de aquellos patriarcas. Antes no se conocian entre estas otras leyes que las naturales que hallaba el hombre en su corazon; ahora les íntima ademas leyes positivas que les imponen nuevas obligaciones; leyes fundamentales que forman la estructura, la organizacion de su gobierno; leyes religiosas que prescriben todo lo concerniente al culto; leyes civiles; leyes criminales; leyes que los dirigen y ordenan como han de ejecutar aun las acciones mas comunes de la vida, la comida, el aseo y limpieza, el vestido, ect. Antes no habian reconocido entre sí otro gobierno que el paternal ó doméstico. En cada familia el padre era el soberano que, uniendo al amor que le inspiraba la naturaleza á sus súbditos, la au-

toridad que le daba su edad, su experiencia, y su puesto, conducia á sus hijos y siervos con dulzura y con eficacia. Mas ahora se ponen todas aquellas familias bajo el imperio y direccion de un solo hombre, de Moises que al principio solo, y despues asociado con otros ancianos reunian todos los poderes que deben residir en un gobierno ó en los magistrados. Antes el culto era tan sencillo, que á escepcion del sacrificio establecido, como dejamos dicho, por el mismo Dios, en todo lo demas pendia de la voluntad de los padres de familia que eran aun mismo tiempo reyes y sacerdotes, y como tales elegian las víctimas, fijaban los dias, tomaban los lugares y sitios para los sacrificios, y los ofrecian por sus mismas manos. Ahora se les señala lugar determinado, días y horas fijas, víctimas que han de sacrificarse: se eligen ministros especiales para ejercer esclusivamente las funciones públicas del culto, separando del altar á todos los demas; y se reviste todo el culto de un aparato magestuoso é imponente, y de infinitas ceremonias que lo hacen mas augusto y solemne.

Pero consideremos esta Religion, este nuevo pacto celebrado por el ministerio de Moises con los israelitas en las faldas del Sinaí, comparándolo con el carácter y circunstancias de aquel pueblo, y con el estado del género humano en aquella época. Era un pueblo ignorante y estúpido, y lo enseña el Señor de un modo proporcionado á su corta capacidad. Apenas aparece en cuanto Moises nos dejó escrito otro dogma que

el de la unidad y espiritualidad de Dios, y de su dominio y providencia sobre su pueblo. Lo que al fin les indica Moises acerca del gran Profeta, que suscitará el Señor en la edad venidera, que ha de obrar la gran reparacion del género humano, es oscuro, y como si dijéramos, no lo manifiesta á las claras, solo lo bosqueja con una pincelada cuanto es necesario para que lo esperen, lo deseen y pongan en él toda su confianza. Les hace entreveer en sus espresiones la vida futura y las recompensas y penas reservadas á los buenos y malos, despues de la muerte; pero insiste con mas frecuencia y mas claridad sobre los premios y castigos inmediatos, sensibles y materiales de la virtud y del vicio, porque la esperanza y el temor de estos mas bien que de aquellos eran resortes mas eficaces para atraer al bien y separar del mal á un pueblo tan grosero y carnal. En nada pone tanto empeño como en separarlos de la idolatría, y aunque condescendiendo con sus ideas toscas y materiales les señala un Hebal, un Shekinah, un sitio especial al que deben dirigirse en su culto, considerándolo como residencia propia de la Divinidad, remueve y aparta de él toda figura, todo objeto á que puedan dirigirse sus adoraciones, para que supiesen que adoraban al invisible, y manda colocar allí en una arca preciosa los documentos fehacientes del pacto que habia celebrado con ellos: las tablas de la Ley, la vara de Moises y el Maná, como monumentos eternos de los prodigios y maravillas con que los habia sacado de la esclavitud del

Egipto, y los habia conducido y mantenido cuarenta años por el desierto, y la escritura original de donde constaban los derechos del Señor sobre su pueblo, y las obligaciones del pueblo para con su Dios. Multiplicó los sacrificios, escogió las víctimas que habian de ofrecérsele, los dias y tiempos en que habian de sacrificarse, los ritos y ceremonias de los sacrificios tantos y tan varios que los ocupasen en torno del templo, y á los pies del altar para divertirlos de la idolatría. Prohíbeles que ellos por sí mismos sacrifiquen indistintamente. Nombra á Aaron y á sus hijos para este ministerio, y consagra á él toda la tribu de Leví á fin de que no sean árbitros para alterar en lo mas mínimo, ni la accion del sacrificio, ni sus circunstancias, ni el objeto de sus cultos y ceremonias.

No quiero decir con esto que toda la doctrina religiosa que comunicó Dios á su pueblo por el ministerio de Moises, esté contenida en el Pentatéuco; antes me persuado á que ademas de lo que alli leémos, recibió de Dios aquel legislador y comunicó á los mas instruidos del pueblo, especialmente á su hermano Aaron, muchas otras verdades y le hizo otras prevenciones que se conservaron en los descendientes de aquel sumo sacerdote por tradicion; y que esta doctrina, no secreta sino mas sublime, aunque se insinúa en los libros sagrados con alguna oscuridad, era clara y manifiesta á los que estaban encargados en conservarla, y á las personas de mejor corazon que penetraban el verdadero sentido que se encubria muchas veces en la letra de aquellos li-

bros. Así, cuando el Señor promete á Abraham que le dará la tierra de Canaam, *omnem terram quam conspicias tibi dabo* (1): cuando le predice que iria despues de su muerte á reunirse á sus padres en paz, *tu autem ibis ad patres tuos in pace* (2): entendian que la tierra que habitaban era figura de la verdadera tierra de promision, ó de la bienaventuranza, á donde vivian los santos patriarcas ascendientes de Abraham, con quienes le ofrece el Señor que la poseerá en paz para siempre. Y aun es de creer que para estos israelitas espirituales escribió Moises el libro ó el poema de Job, en el que vierte con toda claridad aquellas verdades que solo habia anunciado oscuramente al vulgo de los israelitas. Porque alli se habla del Salvador del mundo, de la resurreccion de la carne, y de la vida eterna para los buenos y eterna perdicion para los malos, y toda la historia de aquel héroe es una demostracion de que la virtud no siempre recibe premio en esta vida, y de que el vicio no siempre recibe la pena que merece en este mundo: que ni nos debe escandalizar la prosperidad del impío, ni la calamidad del virtuoso; antes colegir de una y otra la existencia de otra vida y de otro estado de cosas, en que será indudablemente premiada la virtud y castigado el vicio, por una providencia tan justa en su conducta como infalible en sus promesas. Verdad la mas interesante para fortalecer la fe de los buenos israelitas, que á veces

(1) Génesis c. 13 v. 15. (2) Ibid. c. 15. v. 15.

eran envueltos en las calamidades públicas con que afligia el Señor á aquel pueblo prevaricador, y que tenian á la vista la bienandanza de muchos perversos que disfrutaban alegres el fruto de sus rapiñas é iniquidades: interesante tambien para avisar á estos cuan en breve se cambiarian las cosas y recibirian buenos y malos su merecido.

Tan admirable, tan bien ordenada, tan enlazada en todas sus partes, tan robusta y tan firme se deja ver la obra de Dios en esta época de la Religion. Ella se gravó en la nacion hebrea de tal manera, que en el espacio de tres mil trescientos años, ni las frecuentes y casi totales prevaricaciones de Israel, ni sus emigraciones en cuerpo de nacion á países remotos para servir á príncipes estraños, ni la dominacion de idólatras que la sojuzgaron y la hicieron esclava ó tributaria de ellos, ni el ejemplo general tanto mas eficaz quanto eran ellos mismos mas propensos á la idolatría, ni las nuevas luces de la tercera época de la Religion ó del Evangelio, ni el estermio total y absoluto del cuerpo político de nacion que ha sufrido Israel, ni su dispersion entre todas las naciones del universo, por donde vaga errante hace ya diez y ocho siglos: nada ha sido capaz no digo de acabar con aquella Religion, pero ni aun de confundirla con otras, ni de admitir de otras la mas leve señal, ni de alterarla en cosa alguna; y aun se puede decir que se conserva hoy mas pura que en algunas de las pasadas épocas, y viven los hebreos mas adheridos á ella que lo estuvieron jamás.



Capítulo Cuarto.

PROGRESOS DE LOS ERRORES RELIGIOSOS.

De lo espuesto en el capítulo segundo se sigue, que el orden por el que debieron ir corrompiéndose las ideas primitivas de la verdadera Religion, fue pasar el hombre de la adoracion del verdadero Dios, que le tributaba á donde quiera por que lo suponía presente en todas partes, á adorarlo especialmente en el Sol, ó á dirigirse especialmente al Sol para adorarlo, suponiendo que residia de un modo particular en aquel astro, como en trono el mas hermoso de su gloria ó tabernáculo el mas propio para ostentar desde él su magestad, su poder, su beneficencia. Sensibilizado ya así el trono de la Divinidad, era consiguiente al hombre material que solo percibe cuerpos por sus sentidos, concebir como sensible la Divinidad misma, y esto lo hizo confundiéndola con su trono, como imagen la mas adecuada de sus atributos. De aqui resultó el culto del Sol, y poco despues el de los astros principales, la Lu-



nā, los planetas, en los que daban por supuesto que residían seres invisibles subalternos del Ser supremo que ahora llamámos ángeles, y á esta religion del Sol y de los astros se ha llamado despues Sabeismo.

Si toda la erudicion que acumula el Dupuis, se ciñera á demostrar que esta fue la primera y la mas antigua de todas las falsas religiones: que fue una religion universal seguida por todas las naciones, sin mas escepcion que la de muy pocas familias ó un pequeño pueblo escondido por decirlo asi, en un ángulo de la tierra: si solo intentase probar que en todas las falsas religiones que vinieron despues del sabeismo, se encuentran vestigios de aquel error primero, fecundo origen de todos los demas, estaria perfectamente de acuerdo con todos los sabios que han tratado de esta materia. Su necedad consiste en querernos persuadir á que por haber sido el sabeismo la primera entre las religiones falsas, haya de ser la primitiva y original del género humano; por haber sido universal en todas las naciones, haya de haber sido esclusiva y única de modo que no haya habido otra en el mundo, y esto por muchos siglos; y finalmente, que por hallarse en todas las religiones falsas vestigios del sabeismo, pruebas de su filiacion de aquel culto, la religion judáica y la cristiana han de proceder de él como las demas. Esto se llama generalizar demasiado y estender un sistema á esplicaciones que él no abraza, ni puede admitirse por ningun hombre cuerdo. Pero volvamos á nuestro asunto.

Si se creyó que el Sol era imagen de Dios, con facilidad se pasó á asegurar que el fuego era imagen del Sol, y habiendo tributado culto á la imagen que se creía mas inmediata y mas propia de la Divinidad, tambien debió tributársele á la copia ó retrato de aquella imagen cual es el fuego. Bien asi como nosotros tributamos cultos á las imágenes de talla ó á las estatuas de la vírgen María y de los santos, y tambien á las estampas que corren con el título de verdaderos retratos de aquellas imágenes. Por eso la religion del fuego fue la segunda época del error ó la hija primogénita del sabeismo. Estas dos religiones, no se si por razon de su antigüedad ó por haber echado raíces en los dos imperios mas antiguos del mundo, se han conservado puras hasta nuestros dias en la India y la Persia, al menos en aquellas provincias y pueblos que apénas han tenido trato ni roce alguno con gentes de otros paises y de religiones distintas.

La idolatría ó culto de imágenes fue sin duda el tercer paso que dió el hombre en la carrera de sus errores religiosos; aunque no es fácil explicar en un asunto tan antiguo y oscuro, porque ideas intermedias pasó el hombre del culto de aquellos símbolos, que en cierto sentido podemos llamar animados, siquiera por el aire de vida que aparentan con su movimiento espontáneo cual sucede al Sol y al fuego; á la adoracion de imágenes mudas é inanimadas cuales eran los ídolos. Entre estos los primeros ó mas antiguos de que se conservan noticias ciertas, son

á aquellos talismanes ó amuletos que sacaron Ra-
 quel y la familia de Jacob de casa de Laban, los
 cuales debieron ser pequeñuelos y como ciertos
 dijes ó medallas que por consentimiento arbitra-
 rio de los hombres eran símbolos de los astros,
 verdadero objeto del culto Sabeo. Parece que en
 este punto está acorde la erudicion profana con
 la sagrada, puesto que aquel Júpiter Amon Sy-
 rio, se representaba en talismanes que llevaban
 una figura circular como un ombligo, ó una
 imagen redonda como una esfera: *Unde dice el*
Kilker, hablando del culto antiguo de los egip-
cios á Júpiter Amon, unde et primi Ægyptiū
eum per figuram aliquam incognitam, umbili-
cum, aut nescio quid circulare, aut sphericum
affectantem referebant (1). Y aquel Dios Helio-
 gabalo, Agalibalo, ó Agool-Baal, que como ve-
 mos es el dios Sol, le llamaban los asiáticos *Epi-*
cididios, esto es, circular ó volteador segun Sel-
 deno, y lo veneraban en unas piedras grandísi-
 mas circulares en su base, y que iban angostando
 á manera de cono. *Cujumodi erant*, continua Sel-
 deno, *effigies Apollinis, Aumeos et Paphiae Ve-*
neris, y aquellas piedras sagradas que llamaban
 los fenicios, betylos ó betilias y midros los grie-
 gos (2). De una y otra costumbre, esto es, de
 los amuletos y de los peñascos sagrados, se con-
 servan aun rastros en aquellas naciones que no
 han llegado á adquirir conocimientos de escultu-

(1) *Oedip. Ægip. T. 1º p. 202.*

(2) *Georg. Alph. thib. p. 119.*

ra, ó no los tienen sino muy imperfectos. El africano atezado conserva sus fetiches, y algunos isleños del mar de Sur sus grandes losas circulares como símbolos ó imágenes de la Divinidad.

Y en cuanto á lo primero, esto es, á los amuletos portátiles, no pudo tener esa supersticion otro origen que el que ya insinuamos, el deseo de tener cerca de sí, y de llevar donde quiera alguna imagen ó símbolo de la Divinidad á quien acudir en sus necesidades y apuros. ¿Y qué extraño es que así lo quisieran, cuando aun nosotros que creemos á Dios inmenso, que nos oye donde quiera que nos hallemos, pronto á socorrernos cuando le invocamos de veras, que tiene puestos sus oídos, como dice David, en los labios del pobre para escuchar sus clamores aun antes que le salgan de la boca: *præparationem cordis eorum audivit auris tua*, nosotros no estamos contentos con eso, sino traemos al cuello el rosario, el escapulario, la medalla, la stampa del Santo de nuestra devocion? En lo cual no es mi ánimo censurar esta piadosa costumbre de los cristianos de ahora, sino inferir de ella lo que naturalmente debió dar origen á semejante uso desde los primitivos tiempos.

Ni dejarían de suponer aquellos sabeos ó adoradores de los astros, como suponen muchos rudos entre nosotros, que residia cierta virtud especial en sus amuletos, para librar á los que los llevaban consigo de rayos y otras calamidades y desgracias en fuerza de relaciones ocultas y secre-

tas que suponían existir entre los astros que adoraban y los amuletos en que se simbolizaban aquellos astros. Para formar y estrechar estas relaciones cuidaban de fabricar aquellos amuletos bajo el influjo de este ú otro astro, ó de varios á un tiempo en la forma en que se presentaban combinados en el cielo en tal día y tal hora. Tales parecen ser esas pedrezuelas que traen los viajeros de Persia, en las que estan grabadas ciertas figuras ó carácteres, cuya esplicacion ha hecho sudar á muchos sabios del siglo pasado. Los cuales grabados vienen macizos ó cubiertos con unas cuñitas ó clavos de la misma figura de los carácteres que los tapan ajustándose cada uno en el hueco del que le corresponde (1). Y por semejante manera repartia Basilides y sus discípulos las abrajas ó medallas á los que se dejaban embaucar de sus embustes, creyéndose defendidos con ellas de todo peligro y adversidad.

Pues en cuanto á las piedras Bethilias no puede ocultarse aun al menos atento, que se les vino á venerar como cosa sagrada, y de ahí á dárseles cierta especie de culto, de haber sido las áras sobre las cuales habian acostumbrado á inmolar sus víctimas. Y que habiéndolas destinado á este uso las veneraban, tributando ante ellas sus adoraciones á los astros, aun fuera del tiempo de los sacrificios, y suponiendo presentes en cierto

(1) *De cuneatis inscription. Persepolitannis de Tichsen, impresa en Bostok 1798, y otra de Federico Munter en Copenhague en 1802.*

modo en aquel lugar las divinidades que eran el principal objeto de su culto. De esta consagracion de las áras ó piedras sobre las que se ofrecian los sacrificios, tenemos un ejemplo en lo que hizo Jacob cuando peregrinaba á la Mesopotamia. En el capítulo 28 del Génesis se cuenta que habiendo dormino una noche sobre una piedra que le sirvió de cabecera, tuvo en sueños la vision misteriosa de la escala, en memoria de la cual consagró aquella piedra derramando un poco de aceite sobre ella, y dedicándola á que fuese monumento eterno que conservára siempre la noticia de aquel suceso, y que sirviese de altar y ára para ofrecer sacrificios y libaciones: llamó á la ciudad inmediata Bethel, como fuese así que antes era llamada Luza, y dijo: "Esta piedra que he consagrado, para que en adelante sirva de título ó altar, se llamará Casa de Dios ó Beth-el, que todo es una misma cosa." Y adviértase de paso la semejanza de la palabra Bethel con el nombre de Betilos ó Bethilias que daban los fenicios á semejantes piedras. De esta misma clase parece que son las que se han encontrado en medio de los imarais ó morais de algunas naciones salvages, los cuales son unas plazuelas redondas ó cuadradas, semejantes á nuestras eras puestas en medio de los campos, á donde se reunen aquellas gentes al raso para hacer sus sacrificios y demas funciones del culto. En el alcázar de Sevilla se conservaba por los años de mil setecientos noventa, en que yo lo ví muchas veces, un peñasco de estos casi redondo, pero sin pulimen-

to alguno, y en su tosco y desigual contorno grabada una inscripcion en caractéres desconocidos, que pudo ser una Betilia.

Hasta aqui hemos podido rastrear alguna cosa acerca del origen de la idolatría, que supo-
nemos ensayada, digámoslo así, en los talismanes ó amuletos portátiles que todavía no eran objeto de culto público, y en la veneracion que se tenía, tanto á los lugares en que se reunian para tributar á los astros sus cultos, como á las piedras que servian de áras para sacrificar las víctimas. Acercándonos ahora á averiguar el origen de los ídolos, esto es, de las estatuas ó imágenes que representaban á las divinidades y se colocaban en los templos, y alli se adoraban por los pueblos, no hallo otro mas verosimil, aun segun el humano discurso, que el que le señala el autor del libro de la sabiduría. Cierta padre, dice, penetrado del dolor mas agudo por la pérdida de un hijo el mas amado de su corazon, muerto en la flor de su juventud, se quiso hacer un retrato, una imagen del tierno objeto de su cariño, y empezó á adorar como á un Dios al que habia visto morir como los demas hombres, y le arregló un culto especial que habian de tributarle sus siervos. Y cuando con el discurso del tiempo fue estendiéndose y prevaleciendo esta mala costumbre, se pasó á hacerse de ella una ley autorizada por el despotismo de los tiranos. Se hicieron estos copiar en bronce y en mármol, y llevadas estas imágenes suyas á los pueblos lejanos, exigieron de estos que las tributasen los mismos honores y

veneración que tributaban á sus personas cuando estaban presentes (1).

Vemos en esto varios grados por los que comenzó y fue propagándose el culto de los ídolos: fue primero privado y despues público: primero civil y luego religioso. Era cosa muy natural que el padre, la esposa ó el hijo doloridos colocasen en el lugar mas preeminente de su casa al ídolo de su amor y de su dolor, que lo visitase allí con frecuencia, lo besase é hiciese mil caricias, y exigiese de sus domésticos las mismas señales de aprecio y de cariño, y ¿á qué escesos no llegarían estas demostraciones en un padre tierno, en una esposa enamorada, en un hijo amante de sus padres difuntos? Era ciertamente muy fácil el tránsito de este culto que solo era de afecto, á un culto propiamente religioso, y en la práctica se iría haciendo por grados casi imperceptibles; porque lo primero unas mismas espresiones, unas acciones mismas, se usan aun entre nosotros en el culto de puro afecto y el religioso. ¿Cuántas caricias, cuántos requiebros se oyen unas veces aplicados al objeto sensible de una pasión vehemente, y otras á Dios nuestro Señor y á sus santos? los cuales tienen en aquel caso un sentido muy distinto que en el segundo, "Dueño mio, vida mia, padre de mi alma," y otras semejantes, y en cuanto á las acciones solamente el sacrificio es la que parece ser precisamente propia del culto religioso; porque las libaciones y ofrendas, las

(1) *Sapient. c. 14.*

posturas del cuerpo, los gestos del semblante casi todos son aun entre nosotros comunes á ambos cultos, en tanto grado que sin embargo de ser tan distinto de toda idolatría el culto que tributamos á los santos y á sus imágenes, todavía no ha decidido la iglesia si es puramente civil ó de honor, ó si es religioso.

Contribuyó en gran manera tambien á engranear á los difuntos esta especie de culto de parte de sus mas inmediatos parientes, amigos y domésticos, la creencia de la inmortalidad del alma, de la vida futura, de las penas y premios que en ella se reservan para los hombres, la cual creencia, como digimos antes, es tan antigua como el mismo mundo. De aqui el esmero en los sepulcros, la costumbre de conducir consigo las cenizas y huesos de sus antepasados en los viages y emigraciones de un pais á otro, como vemos en Abrahan, Jacob y José, y como todavía lo acostumbran hacer muchas naciones que llamamos salvages. Sabemos que con los difuntos se hacian ciertas cosas que nosotros llamaríamos sufragios. Tal era la moneda que se enterraba con el cadáver, para que con ella pagase el finado su flete al barquero Aqueronte. Tales eran las ofrendas de varios comestibles que se ponian sobre los atahudes ó en torno de ellos, lo que se repetia en ciertos tiempos colocándolos sobre los túmulos ó sepulturas. Tales eran los convites lúgubres y las músicas y danzas que se celebraban en torno de los sepulcros, prácticas que duraron hasta despues del establecimiento de la iglesia, y cuya es-

tinción costó mucho trabajo al celo de eminentes prelados como á San Agustín, y prácticas que estan todavía en uso entre varios isleños del mar del Sur, como afirma Cook y sus compañeros que las presenciaron en diversas islas, sin acertar á distinguir si eran cultos civiles de puro afecto, ó si eran religiosos. Finalmente, lo que acabó de atraerles á las imágenes de los difuntos cultos religiosos del todo, fueron las opiniones que tenian los antiguos acerca de su destino y ocupacion en la otra vida. "Creían, dice M. Simon que las almas de sus antepasados que habian vivido bien, que habian sido virtuosos, honrados, amantes de su familia, aplicados á gobernarla con prudencia, no habian perdido por su muerte la ternura y cariño con que la amaron durante su vida, lo que les obligaba á permanecer en sus casas, donde continuaban cuidando de sus descendientes, entre quienes procuraban conservar la paz y honradez, y les proporcionaban todos los bienes y ventajas que les era posible, y los preservaban de los males de que los veían amenazados: semejantes, como dice Plutarco, á aquellos atletas que habiendo obtenido su retiro á causa de su edad avanzada, no perdian por eso la pasion que habian tenido á su ejercicio antiguo y se complacían en ver á sus discípulos jóvenes ejercitarse en la misma carrera, y en sostenerlos y auxiliarlos con sus consejos y discursos, como hallasen de su parte buena voluntad y agradecimiento (1)."

(1) *Memoria de la Acad. de inscrip. T. 1º p. 33.*

Dígaseme ahora, si propensos como estaban los hombres á la idolatría, sin freno alguno que los reprimiese los escesos de su pasión amorosa hácia los suyos, y penetrados de estas opiniones que hasta cierto punto conservamos nosotros, no fue fácil ya que declinase y viniese á ser religioso el culto de amor y de cariño que habian tributado á sus ídolos, ó á las imágenes de sus amados padres, hijos ó esposos, que conservaban dentro de sus casas. Quizá sería de esta clase de ídolos el que ocultaba en su casa aquel Michas y se llevaron robado los soldados de la tribu de Dan (1) y tales eran sin duda los que se llamaron despues. Lares, Penates y dioses Manes.

Estos desahogos del amor paternal, ó bien fuese del conyugal ó filial, eran privados y se circunscribian dentro de las paredes de una casa, y á los individuos y dependientes de una sola familia, porque esta no tenia autoridad ni poder para propagar el culto de los suyos; empero cuando tomaron este empeño los caciques ó gefes de una tribu, ó reyes de un pueblo, entonces ya pudo hacerse general en una nacion el culto de un rey de una reina ó de un príncipe, fomentado ó por el sucesor en el trono, ó por el monarca viudo, ó por el rey afligido en la pérdida de su primogénito. Hicieron sacar bustos é imágenes suyas y de los difuntos de su cariño, y mandaron que se les tributasen por todos sus va-

(1) *Judic. c. 18.*

sallos los mismos honores que á sus personas, Mas entre estos nuevos objetos del público culto, debió haber una gran diferencia, puesto que aquellos personajes que no tuvieron otra recomendacion para ser respetados, sino la dignidad del trono que ocupaban, á estos solamente se les tributarían cultos forzados y efímeros, que pasarían en breve reemplazándolos el culto de sus sucesores; cultos civiles solamente reducidos á prestar á la imagen del monarca difunto ó ausente los homenajes que en el pais se acostumbraban tributar á los soberanos. Mas cuando sucedió por fortuna de una nacion el ser gobernada por un soberano de un mérito estraordinario, ora fuese en las armas, ora en el saber y amor á sus pueblos; que estendió los límites de su imperio por medio de conquistas y espediciones militares bien combinadas y llevadas al cabo con éxito ventajoso: que promovió en su nacion la aplicacion á las artes útiles, y que, semejante á un Pedro el Grande de nuestros tiempos, trajo de otra parte á su pais, ó inventó algun instrumento para facilitar la labor; que introdujo el cultivo de algunas plantas interesantes para el sustento y regalo del hombre: que abrió las puertas del comercio y entabló relaciones mercantiles con los paises circunvecinos, y finalmente, y lo que es mas que todo, que fue padre benéfico y juez íntegro y justo de sus vasallos; la memoria de un héroe de esta clase no pudo borrarse de su pueblo, se radicó su culto pasando de una generacion á otra, porque de unas en otras se tras-

mitian las virtudes del héroe por una constante tradición comunicada á los hijos por sus padres, que les señalaban con el dedo los monumentos indelebles de su beneficencia, el arado, las vides, los rebaños y otras mil ventajas que gozaban, efectos de las sabias leyes que habia dictado, sólidos troféos de su gloria, esentos de toda polilla de adulacion, únicos que pudieron hacer inmortal su memoria por todos los siglos venideros.

Y como las almas de los buenos, segun la opinion recibida desde los tiempos primitivos, eran trasladadas al cielo, alli suponian que moraban las de estos héroes, y que á la manera que las almas de los padres amantes de los suyos cuidaban del bien de sus familias, que habian formado en la tierra: á ese modo las de los soberanos beneméritos de sus vasallos protegian todavía desde el Empíreo á sus amados pueblos y les alcanzaban de los dioses superiores la abundancia, la prosperidad y la victoria sobre sus enemigos. Y si la piedad filial, si el amor conyugal se consolaba en la muerte de un padre, de una esposa considerándolos trasladados al cielo: ¿cuánta mas razon el entusiasmo de un pueblo, de una nación entera elevaria á los astros las almas de sus monarcas, y de un monarca que habia sido aun durante su vida idolatrado de todos sus vasallos por su valor, por su justicia, por sus beneficios? Y no así como quiera á los astros, sino á los mas refulgentes y principales del firmamento, al Sol, á la Luna, á los planetas, y á las estrellas de primera magnitud, que eran ya co-

nocidas, guiados para pensarlo así por una muy sencilla analogía que les indicaba, que así como en la tierra habian acupado un lugar distinguido y preeminente en su país desde el cual habian gobernado á toda su nacion, y aun habian llevado algunos sus conquistas hasta muy distantes países: por semejante manera en el cielo se habian colocado en aquellos astros que son como los directores y príncipes en la region celeste. Estas ideas fueron el origen de las apoteosis ó de la colocacion de los héroes en el número de los dioses celestiales, á quienes se les señalaba el astro de su residencia, y se les levantaban altares y templos, se les ofrecian víctimas y se les invocaba y procuraban hacérseles propicios tributándoles un culto verdaderamente religioso.

*Sis bonus, oh! felixque tuus, en quatuor aras,
Ecce duas tibi, Daphni, duoque altaria Phæbo.*

Y mas adelante sigue Virgilio hablando con César:

*Ut Baccho, Cererique tibi sic vota quotannis
Agricolæ facient:..... (1).*

Y aun antes de morir su sobrino Augusto ya le buscaba el mismo poeta el lugar que habia de ocupar en el cielo y señalaba el astro de su residencia, cuando dice:

Qua locus Erigonem chelasque sequenteis

*Panditur: ipse tibi jam brachia contrahit ardens
Scorpius, et cæli justa plus parte relinquit* (1).

Siguiendo en todo esto las opiniones antiquísimas de los pueblos. Pues en aquellos tiempos en que la ignorancia era tanta y tan escasos los medios de conservar la verdad de los hechos en monumentos fijos é inalterables, debió suceder que las hazañas de estos héroes, especialmente las bélicas, y las aventuras amorosas y trágicas, se refiriesen con exageracion y con el colorido que da á sus cuentos una imaginacion exaltada por las pasiones. El miedo abulta el valor del héroe en la imaginacion del vencido, y la vanidad lo abulta tambien en la de los que han triunfado bajo sus órdenes. Estas exageraciones fueron creciendo monstruosamente á medida que el cuento iba separándose de su origen, y que oscureciéndose con el tiempo las tradiciones orales, únicos conductos por donde se podia trasmitir de una generacion á otra la verdad sencilla de los hechos, hallaban las fábulas menos oposicion para granjearse crédito en el espíritu de los pueblos. Y hallándose prevenidos estos disparatados materiales, los griegos fraguaron con ellos sus teogonías y sus epopeyas, como las de Hesiodo y Nono, y trazaron sus planisferios celestes, colocando alli Hércules, perséos, cephéos, el navío Argos, á Icaro que aprendió de Baco el cultivo de las vides y lo introdujo en la Atica, y á otros héroes de esta clase.

(1) *Georg. l. 1.*

Llegada á este punto la idolatría debió suceder lo primero, que celebraron naciones diversas héroes distintos que se hicieron acreedores á la apoteosis por acciones muy semejantes, como por ejemplo, por haber libertado de fieras los países, que poco poblados ó rodeados de grandes desiertos estaban espuestos á la invasion de tales alimañas. Y juzgando despues nosotros de la identidad ó diversidad de aquellos personajes, decidimos que son uno solo con nombres distintos, atendiendo á la semejanza que se advierte en la vida y proezas de todos ellos, como efectivamente podrá ser cierto con respecto á algunos de aquellos héroes semifabulosos, tales como Hércules, Baco, Céres é Isis.

Los griegos, al adoptar muchas de las deidades asi egipcias como de otras naciones mas antiguas que ellos, las hicieron tan suyas, que, desconociendo el origen que les daban en su pais primitivo, las suponian nacidas en Grecia, y embellecian su historia con la mezcla mas absurda de hazañas ejecutadas por aquellos héroes dentro y fuera de la Atica, como sucedió á Hércules.

Sucedió lo segundo, que habiendo las naciones colocado sus héroes en los astros, varios pueblos colocaron el suyo en uno mismo, y aun cuando tuvieron despues noticia de estar aquel astro ocupado ya por el alma de otro héroe distinto, cada nacion siguió adorando á su patron en un mismo astro, lo cual sucedió principalmente con respecto al Sol, á la Luna y aun á la estrella de la mañana, ó al planeta Venus, que

fueron los tabernáculos mas codiciados de todas las naciones, para colocar en ellos á sus héroes, por ser las mas brillantes lumbreras del cielo. De aqui es que los asirios adoraban en el Sol á su Belo, los fenicios á Adonis, los filisteos á su Baal, otras naciones á Baco y los egipcios á Osiris. En la Luna unos á Juno, otros á Diana, otros á Isis. Moveriales tambien sin duda á colocar de esta suerte á sus héroes el respecto religioso y culto que de antemano tributaban ya á aquellos astros; porque poniendo, por ejemplo á Baco, en el Sol, no parecian al principio variar de culto, solamente hacían mas sensible su objeto, y como que lo acercaban mas á sí mismos, porque si hasta alli lo habian adorado inmediatamente sin intermedio de símbolo ni imagen alguna, ya desde entonces puesta en los templos ó en otros lugares públicos, destinados al culto la imagen de Baco ó de Osiris, cuya alma suponian residir en el Sol, fácilmente se persuadia al pueblo que la adorase puesto que no se separaba por eso del culto del astro. Y he aqui como pudo irse acomodando el sabeismo antiguo con la idolatría. Al principio se adoraba á Dios y á los espíritus subalternos que residian en los astros, y para tributarles á aquellos los cultos religiosos, se dirigian los sabeos á estos. El pueblo material y grosero, viendo que el Sol y la Luna eran los objetos inmediatos del culto, no pasaron de ahí y adoraron á los mismos astros sin elevarse á otra consideracion, y con el tiempo todo fue pueblo. Empezáronse despues á formar estatuas, dióseles primero el culto civil de

que hablábamos: supúsose después á los espíritus ú almas trasladadas á los mismos astros que se adoraban, y creyóse lícito no solo adorar el cuerpo del astro sino tambien la imagen del héroe, cuya alma vivia ya y animaba al astro. Finalmente, como estas imágenes las tenían en sus templos mas inmediatas y visibles á todas horas, se avinieron á que fuesen en los templos el objeto inmediato de sus cultos, pensando con tanta grosería, que en muchos siglos ni aun siquiera sospechaban las naciones, que hubiese otra cosa que adorar sino ídolos.

Pero ¡cosa admirable! el hombre orgulloso de suyo hasta lo infinito, puesto que su orgullo no conoce otro freno que el de su limitacion é imbecilidad, es al mismo tiempo tan bajo, que una vez desconocido el único ser ante quien debe doblar su rodilla, se abandona á adorar aun á los seres mas impotentes, arrastrado por sus pasiones y por su ignorancia: el miedo le lleva á adorar hasta los espectros que le figura su débil fantasía: el amor ó mas bien la lascivia, lo prostituye hasta el extremo de dar culto á aquellos miembros que el pudor no permite que se descubran. La calentura, la horfandad, la desgracia, el mismo miedo y pavor, la tempestad, tenían sus templos y en ellos sus áras en las que les sacrificaban los romanos. Los atenienses erigieron altares á la desvergüenza y á la calumnia, á la envidia y á la pereza, á la violencia y á la necesidad (1);

(1) *Montfaucon, Antig. explic. T. 1.º pág. 343. y San*
TOMO II.

sin hablar ahora de las extravagancias del culto egipcio que hemos tocado tantas veces.

Concluyámos ya con dos palabras acerca de los ídolos. Estos eran imágenes de hombres ó de mugeres, porque en ellas se habia querido retratar personas humanas, como hemos visto. Adornaban á estas imágenes ciertos signos que indicaban sus trofeos en unas, como en la de Hércules la maza y la piel del leon Nemeo: en otras los bienes que habian proporcionado al pais, como Baco coronado de pámpanos y Céres de espigas, y finalmente otras iban acompañadas de símbolos de las virtudes y prendas que habian hecho al héroe mas recomendable como á Apolo la lira. Hubo tambien en tiempos antiguos estatuas ó ídolos cubiertos con pieles de varios animales, y aun de ahí vinieron á forjarse ídolos con cuernos y con pies de animales, ó con cabeza de animal solamente: asi representaban á Osiris con cabeza de buitre ó de milano, porque estas aves, como dice Plutarco, levantan muy sensible su vuelo y es muy rápido y su vista muy perspicaz, y por eso los egipcios las tenian por símbolos del Sol al que adoraban en aquel ídolo (1). Véanse bacos cubiertos con piel de cabra y junos del mismo modo en la antigüedad esplicada del P. Montfaucon, lo cual proviene de una de dos causas, ó bien sea de que las pieles de aquellos animales y las de

Agustin de la ciudad de Dios, lib. 4º c. 8º y en otros del mismo libro.

(1) *De Iside et Osiride.*

los carneros fueron los primeros vestidos del hombre, antes que hubiesen inventado el arte de beneficiar la lana y de curtir y adobar las pieles, ó de que al principio de la idolatría se usase adornar á los ídolos con las pieles de las víctimas que se les ofrecían en sacrificio, á lo que tal vez aludiría la costumbre que refiere Luciano se usaba en el templo de Heliópolis, donde para hacer el sacrificio de una oveja ó carnero, se traza, dice, primero en pedazos, y se la comen á escepcion de los pies y la cabeza. Estas partes se reservan, y el sacrificante se las pone sobre su cabeza y arrodillado sobre la zaléa de la víctima, ruega á la divinidad la acepte propicia, prometiendo ofrecerle otras mayores (1). Acaso ántes se usó colocar la cabeza de la víctima sobre la del ídolo, como aquí se ponía sobre la del sacrificante, y de ahí la estatua de Mendes ó del dios Pan con la cabeza de cabron, la de Júpiter Amon con cuernos de carnero, y la de Baco con astas de toro, aunque en estas tres últimas se trasluce del testimonio de los antiguos que fue otra la razon de esas monstruosidades; porque hablando de Baco, dice Plutarco en las cuestiones griegas (2), que las hembras Eleas lo invocaban rogándole que bajase á su templo *Pede bubulo* con pie de buey, y le llamaban *Digne taure*, y añade que esto era porque muchos hacen á este dios inventor del arado y simienza. Es pues muy verosímil, que

(1) *De Dea Siria.*

(2) *Tomo 2º de sus obras p. 299.*

así como coronaron de pámpanos á Baco aquellos pueblos en donde introdujo el cultivo de la vid, y enseñó á sacar vino de sus racimos: á ese modo designasen su reconocimiento al que les enseñó á uncir los bueyes y el uso del arado, los pueblos que adornaron su cabeza con astas de toro, ó los figuraron con pezuñas de buey; y que sea el mismo el origen de los cuernos y pies de cabron de la estatua de Mendes, se colige de una costumbre que refiere Herodoto se practicaba entre los mendécios. "Hay entre los cabreros de toda la prefectura en la que se adora á aquel dios, uno principal á quien respetan sobre manera, y en su muerte lleva luto y lo llora toda la provincia (1)." Todo lo cual pudo provenir del aprecio y veneracion que se mereció entre aquellas gentes, el primer pastor que llevó á aquel pais rebaños de cabras, y les enseñó á aprovecharse de la leche, y á hacer los quesos, y sacar las demas utilidades que presta aquel ganado. En cuanto al ídolo de Amon con cuernos de carnero, el mismo Herodoto refiere, "que queriendo Hércules ver á Júpiter, este dios se negó á cumplir su deseo: insta Hércules y el dios le da el arbitrio, de que muerto un carnero le corte la cabeza y lo desuelle y le mande la piel y cabeza, con los cuales adornos revestido Júpiter se deja ver así enmascarado del héroe: en memoria de lo cual el dia festivo del Júpiter Amon, los tebanos matan un carnero y adornan y revisten con

(1) *Lib. 2º Histor.*

su cabeza y piel la estatua de Júpiter, y lo sacan en procesion y sale por otra parte la estatua de Hércules y se hacen encontradizos (1).”

En esta narracion hay una fábula y un hecho: mas no fue la fábula el origen de aquel hecho ó de aquella costumbre; sino por el contrario del hecho que se acostumbraba á practicar todos los años en aquella procesion, se tomó pie para forjar la fábula. Y esa costumbre provenia, como dejamos insinuado, ó de que en el ídolo de Amon se representó al principio el pastor primero, ó el príncipe que introdujo los primeros rebaños en la Libia y Egipto, y les enseñó á beneficiar la lana y aprovecharse de los demas productos de las ovejas: ó bien del deseo de obsequiar, digámoslo asi, á la Divinidad coronando y vistiendo su imagen con las insignias y piel de la víctima que le sacrificaban.

Hasta aqui hemos seguido al espíritu humano en la carrera de sus desvarios. Ahora vamos á ver los esfuerzos que hizo para apartarse del error cuando se avergonzó de hallarse envuelto en tan groseras estravagancias, y cuáles fueron los frutos de sus conatos por hallar la verdad en materia de Religion.

(1) *Lib. 2ª Histor.*



Capítulo Quinto.

CONATOS DE LA RAZON HUMANA PARA REPARAR LOS ESTRAVIOS RELIGIOSOS, Y RESULTADOS DE ESTOS CONATOS.

Con verdad decian los peripatéticos que era pésima la corrupcion de lo óptimo. Lo cual se echa de ver en el negocio de la Religion, que habiendo degenerado de su primitiva verdad y belleza, fue precipitándose de error en error por el órden que hemos visto, hasta venir á parar en el sistema mas monstruoso que caber pudo en el entendimiento humano. Reducíase en un principio á pocos, verdaderos y sólidos dogmas de pura creencia, de los que se derivaban los preceptos mas sanos de la moral propia de la naturaleza del hombre, y á un culto sencillo y magestuoso tal como correspondía á la grandeza y decoro del objeto á quien se tributaba que era el Ser supremo: y era así el recurso del hombre imbécil y miserable, el freno mas poderoso de

sus pasiones, el garante mas eficaz de las buenas costumbres y el cimiento mas sólido del orden público. Pero afeada despues por la supersticion y la ignorancia perdió toda su belleza y energía: se acabó el influjo benéfico que hasta alli habia tenido para mejorar la suerte de los que eran dóciles á su voz, y lo que es peor, cambiaron enteramente sus resultados. Porque en el entendimiento vino á ser fuente inagotable de groseros errores: ella desterró todas las virtudes, legitimó los vicios mas torpes y horrorosos yendo delante de las pasiones para aprobar y aun mandar mas de lo que pedian en su mayor desenfreno; estableció y sancionó cultos abominables, víctimas humanas, castracion en los galos ó sacerdotes de Cibeles, furores bachicos, cohabitación pública de las matronas con animales, violacion de las doncellas que se hacía por los ídolos, y otras mil inmundicias que indica el apóstol en su carta á los romanos. Y con esto relajadas hasta el extremo las costumbres públicas, nada hubo estable en la sociedad, nada justo, nada fijo en el derecho público de las naciones ni de los pueblos.

Tamaños males no pudieron menos de llamar la atencion de algunos hombres, que dotados de mejor juicio y puestos en circunstancias favorables al intento, trataron de remediarlos, reformando el sistema religioso de su patria en cuanto se lo permitieron los obstáculos insuperables que les oponia un pueblo ignorante supersticioso y fanático. Empresa la mas árdua que puede acometer el hombre, y tan peligrosa que

ha costado la vida á casi todos los que se han atrevido á ejecutarla. No es de mi intento hacer aqui una historia prolija de estas tentativas: las reduciré á ciertas clases á que pertenecen cuantas se hicieron hasta la venida de Jesucristo. Primero trataré de las que se hicieron en la India, la Persia, el Egipto y la Grecia, y despues hablaré alguna cosa acerca de sus resultados.

§. Iº

Reforma de la Religion en la India.

Un clima ardiente como lo es el de la mayor y mejor parte de la India debe producir hombres de una imaginacion fogosa y exaltada. Los que entre estos estan dotados de singular ingenio y talentos estraordinarios soltando las riendas á su imaginacion han de llevar precisamente sus delirios hasta un punto que nosotros apenas podemos concebir como posible. Colocados estos hombres bajo un gobierno bárbaro y despótico, ó han de abusar de la necia credulidad del príncipe, y lo han de hacer instrumento ciego de sus proyectos; ó han de ser víctima del fanatismo religioso del soberano y del pueblo, si quieren introducir novedades en materia de Religion. Presentóse uno de estos en la India unos mil años antes de la venida de Jesucristo, al que como dijimos en otro lugar, dan varios nombres en los diversos estados de aquella tan estensa region;

pues en unas partes le llaman Bracma, en otras Boudda, en el Tibet Jaca, en el Mogol Lahma, en la China Tó ó Totto. Sean como indica el Mignot (1) distintos personajes Bracma y Boudda; aquel rey de la India, y este solo reformador de la religion del pais: ó sean uno y otro nombres distintos de un solo personaje, como le parece al Guinés; ambos, si fueron dos, florecieron en una misma época, segun Mignot; el rey por los años de mil diez y siete, y el reformador hácia el año de mil treinta y uno antes de nuestra Era (2). Guinés deriva de este Boudda todas las sectas de los filósofos indianos. Fundado en el testimonio de varios autores griegos y árabes dice, que el tal Boudda enseñaba una doctrina en público, y otra á solos sus discípulos mas escogidos en secreto. Los que siguieron su doctrina pública ó popular son los que conocemos con los nombres de bracmas, bracmines, bonzos, lamas, etc. Los sectarios de su doctrina interior son los samaneos y todas las sectas en que estos se han subdividido despues. Por el contrario, los que hacen de Bracma y Boudda dos personajes distintos, atribuyen al primero la civilizacion del pais, el estudio de los primeros elementos de las ciencias, la introduccion de las artes y la reforma de la religion, cual se observa hoy en la India en-

(1) *Memor. sobre los filósofos de la India*, T. 55 y 56, entre las de la *Acad. de Inscript.* edicion en 8º que es la que siempre se cita.

(2) *Mem. sobre los filos. samaneos.*

tre los bracmas y bracmines: y á Boudda solo le dejan la gloria del establecimiento del instituto de los gymnosopistas y samaneos. Como quiera que sea, ello es cierto, que los reformadores de la religion en la India, sean muchos ó uno, profesaban un género de vida parecida á la anacoretica, porque vivian en desiertos separados del trato humano de la sociedad como nuestros anacoretas, ó reunidos en comunidades como los cenobitas. Asi lo estan aun los bonzos en la China, y los talapines en Siam. Profesan una vida célibe y sumamente austera, y se dedican exclusivamente á la contemplacion. Yo encuentro mucha semejanza entre los bonzos y los esenos, entre los samaneos y los terapeutas. Estos usaban poco del culto esterno y abandonando al pueblo rudo é ignorante lo literal de la religion, se ocupaban en buscar sentidos ocultos y místicos en los libros sagrados, como tal vez veremos en adelante.

Parece verosímil que la religion habia descendido en la India por los tiempos en que floreció Boudda desde el sabeismo hasta la mas grosera idolatría: la ignorancia y la supersticion del pueblo habian llegado á lo último de la depravacion, en que se halla todavia. Cuentan sus dioses por millones. Se los representan bajo las formas mas estrañas, mas indecentes y aun repugnantes, y su culto es el mas estravagante y grosero. Tales absurdos hicieron dar á Boudda en el extremo opuesto; y meditando sobre los dogmas fundamentales de aquella religion por depurarlos de los disparates con que los habia afea-

do el púeblo, y los ministros del culto aún mas, los desfiguró á su antojo con interpretaciones no menos absurdas. Supone Boudha ó el reformador que fue de aquella religion, un Ser supremo, autor de todas las cosas: supone inteligencias ó espíritus de dos clases, buenos y malos, subordinados á aquel; supone al alma viciada y presa en el cuerpo; pero espiritual, inmortal y por tanto sujeta á penas, ó acreedora á premios en otra vida futura, como ya vimos. Pero deriva al mundo de su autor por emanacion sustancial: admite en Dios tres principales operaciones, producir, conservar y destruir: personifica estas tres operaciones ó las convierte en tres personas, á las que dan el nombre de Bracma, Vistnou y Eswara, ó segun otros dialéctos Bracma, Ixora y Wichnu: ó Bracma, Viscnou é Isuren, ó Chib ó Routren. Dice que el alma del hombre *Atma* es la misma sustancia de Dios ó el alma universal, á la que mientras está presa en el cuerpo llaman *Djiw-atma* y considerada en Dios *Pram-atma*; y añade que esta alma, separada de la sustancia divina, entra á animar el cuerpo y mientras permanece unida á él, está sujeta á mil errores y vicios, pero que al separarse del cuerpo pasa á animar otros cuerpos si ha sucumbido á las malas y perversas sugestiones de la materia, hasta que purificada de ellas vuelve á refundirse en la sustancia divina. De estos principios nacen los dos sistemas conocidos hoy en la India bajo los nombres de *Dovitam* y *Adovitam* en los que están divididos los indios. El primero reco-

noce dos sustancias ó seres distintos, Dios y el mundo. El segundo no reconoce sino un Ser, una sustancia espiritual, y reputa como una mera ilusion todo lo que nos representan los sentidos, de donde infieren que no hay en verdad, virtud ni vicio, con todas las desastrosas consecuencias que de aquí se deducen. En este panteísmo espiritual vino á dar aquel visionario indiano, algo parecido al sistema filosófico que en nuestros dias ha querido introducir el aleman Kant (1).

Cuentan los indios, que estando próximo á la muerte Boudda, reunió á sus discípulos mas queridos y les declaró que en los cuarenta años de su predicacion no habia manifestado sus verdaderos sentimientos, que solo habia explicado el sentido alegórico de su doctrina, que la habia anunciado envuelta y disfrazada en símbolos y figuras: que cuanto habia dicho hasta alli lo debian tener por falso; que el verdadero sentido de su doctrina era que el primer principio y último fin de todas las cosas era la nada ó el vacío: que todo habia dimanado de alli y todo debia volver á la nada, y que nada habia que buscar ni que desear fuera de esta nada ó vacío. Este nada, continua el Mignot, no es un nada absoluto, porque las cualidades que Boudda le atribuía no pueden convenir sino al Ser supremo que en nada se parece ó nada tiene de comun con los objetos sensibles. Asi el sentido natural de aque-

(1) Véase el *Oupnek-hat* y especialmente, T. 1º

lla proposicion es que todo emana y ha emanado de Dios, y que todo se refunde al fin en la sustancia divina. Esta última declaracion de Boudda, ó bien sea su doctrina doble, pública y secreta, como quiere Guinés, dió origen á dos sectas: una, de los que, siguiendo lo que su maestro habia enseñado públicamente, todavía conservan esta doctrina popular y exterior en la que se enseña la metempsicosis y se prescribe el culto de los ídolos. Estos son los bracmines. La segunda, de los que ateniéndose á su doctrina secreta y á su declaracion última, repudiaron aquella doctrina esterna, y por tanto no se creen obligados á postarse en los templos, ni á dirigir oraciones á los dioses que el pueblo adora, y esperan reunirse á la divinidad al punto que mueren. Estos son los samaneos ó saniasis modernos (1).

§. IIº

Reforma de la religion en Persia.

Pasados eran unos quinientos y cincuenta años de la reforma que hizo Boudda en la religion en la India, quando aparece en la Persia otro genio extraordinario que se propone y lleva á cabo la reforma de la religion en su pais. En él no se conocia otro culto que el de los astros. La religion de los persas al tiempo de Zoroastro era

(1) *Memorias. T. 56. pág. 134.*

el sabeismo mas ó menos grosero , como lo dejamos ya demostrado con los testimonios de Herodoto, Xenofonte y aun Estrabon. Las circunstancias de la época en que floreció Zoroastro fueron las mas favorables para auxiliar su proyecto. La religion antigua de los persas habia caido en el mayor descrédito por la impostura del archimago Smerdis, que se habia hecho reconocer por monarca de la Persia, dándose por el verdadero Smerdis, hermano de Cábises, impostura que descubierta por aquellos siete caballeros persas, colocó á Dario, uno de ellos, en el trono, costó la vida al impostor y atrajo una persecucion sangrienta sobre toda la clase de los magos. De otra parte las conquistas de Ciro y de Dario habian elevado la monarquía de los persas al mas alto punto de grandeza y gloria que jamás alcanzó otro imperio alguno. De aquellos dos monarcas el primero habia subyugado todas las provincias del Asia menor, la Siria, la Arabia, y destruida Nínive entró luego triunfante en Babilonia, fijó en ella su corte y el centro de su imperio sobre las ruinas de los caldeos y asirios. Dario, hijo de Histaspe, entra á ocupar el trono de Ciro el año de quinientos veinte y uno antes de Jesucristo, y perseveró en él hasta el de cuatrocientos ochenta y cinco, por espacio de treinta y seis años. De estas conquistas debió resultar la mezcla de la nacion conquistadora con las conquistadas, y si estas recibieron de aquella el imperio y las leyes, á su vez recibió esta de aquellas letras, costumbres, religion y language, como vemos que suce-

dió despues con Roma y con Grecia. Orgullosos el conquistador con los triunfos de sus armas, quiso tambien conquistar las opiniones de sus nuevos vasallos, especialmente las religiosas, no á la fuerza ni con violencia, sino acomodando unos con otros los varios artículos de creencia de sus pueblos, combinándolos en lo posible y formando una religion nueva que participase de todas, y á la que fácilmente se reuniesen con los conquistadores los conquistados en un solo culto. Sino fue este pensamiento de Dario, esta fue la obra de Zoroastro.

Era la gran Babilonia el punto de reunion principal de los magos caldeos, cuando entró Ciro triunfante en ella; alli tenian su observatorio astronómico: alli sus estudios de astrología judiciaria y el centro de sus tradiciones religiosas, depósito sagrado que se conservaba con el mayor esmero por aquella corporacion sacerdotal ó clase principal de la nacion, como nos lo refiere Diodoro de Sicilia. Hallábanse tambien en Babilonia los judíos que habia llevado cautivos Nabucodonosor, desde el año de seiscientos y seis antes de Jesucristo, y entre ellos hombres muy instruidos en la religion de sus mayores: muy versados en la lectura de los libros santos, y en las doctrinas que se conservaban por tradicion entre los sacerdotes y escribas de su pueblo. Finalmente, desde el año de setecientos, es decir casi un siglo antes desde el reinado de Salmanasar, se hallaban los judíos de las diez tribus dispersos por las provincias de la Media, adonde los condujo cautivos.

aquel monarca. Estos y los judíos de Babilonia conservaban hasta cierto punto libre el ejercicio de su religion: de una religion, que aunque lo era de un pueblo entonces esclavo, se hacía acreedora á lo menos por su singularidad á ser observada de cerca y estudiada con detencion. Zoroastro que aspiraba á instruirse en todo lo perteneciente á las religiones de estos dos pueblos caldeo y judaico, hizo sin duda de una y otra un estudio particular. Adoptó mucho de ámbas é ingirió en la tal cual creencia que tenian los persas dogmas de las dos, y formó un cuerpo de doctrina ó un sistema religioso á cuya creencia y práctica se prestaban todos tanto mas fácilmente, cuanto que encontraban en él una gran parte de la religion y culto de su nacion.

Conservó el dogma de la unidad de Dios, de un primer Ser, origen y principio de todas las cosas: de aquel Dios patrio, de aquel Dios grande que invocaba Ciro antes que al Sol y á los demas astros, de aquel Dios que segun el testimonio de Teodoro Mopsuesteno (1) adoraban los persas antes de Zoroastro, llamándolo Zarovan ó el Eterno, y él lo llama en sus libros que se conservan, el tiempo sin límites. Dice ademas, que las primeras criaturas ó producciones de este primer principio son dos Ormusd y Ahriman, que son aquellos dos principios que los caldeos reconocian bajo los nombres metafóricos de luz y tinieblas. Ormusd principio del bien y Ahriman principio del mal,

(1) *Apud. Photium. p. 199. Codice 81.*

pero obrando uno y otro con cierta subordinacion á la voluntad de Zorovan ó á la providencia del Ser supremo que Teodoro la llama Fortuna, porque esta voz era sinónima de providencia entre los antiguos, como prueba el Mignot (1). Estos dos agentes obrando en sentido contrario produjeron aquellos seis espíritus ó genios que dice Plutarco (2), y valiéndose de ellos como de obreros, Ormusd crió todos los seres del universo por el orden y en el tiempo que referimos (3), y Ahriman produjo igualmente con los suyos otra multitud de criaturas perversas que nacen de la corrupcion y la causan: que hacen el mal y el pecado, é inducen á los hombres á cometerlo. Estos espíritus buenos y malos divididos en varias gerarquías, y los primeros combates que entre sí tuvieron, eran tradiciones que acerca de estas cosas se conservaban en el pueblo de Israel de ángeles buenos y malos, de la caida de estos, de sus luchas con los buenos espíritus. Porque aun se trasluce esta tradicion en los libros santos, y así leémos en el libro de Tobías que San Rafael le dijo que él era uno de los siete ángeles superiores que asistían incesantemente ante el trono de Dios (4), de los que formó Zoroastro sus siete Amschaspands. En Daniel y antes en el libro de Job se indican los combates y oposicion de los ángeles buenos con los malos, y en otros varios lugares de aquellos libros. De ellos tomó

(1) *Memorias*, T. 56. p. 5.

(3) *Tom.* 1.^o p. 147.

(2) *De Iside et Osiride.*

(4) *Tob.* 12, v. 13.

tambien Zoroastro la creacion del primer hombre, la idea del estado de la inocencia, la caida de este y el estado miserable á que quedamos reducidos por aquella primera culpa: la muerte de Abel, el Diluvio, la combustion final del universo, la resurreccion universal, el juicio último, la felicidad de los buenos en el Gorotman, y la condenacion de los malos al Dokah ó al infierno.

Estos sucesos todos estan repartidos por Zoroastro en doce mil años: los tres mil primeros se emplearon en la creacion de los espíritus celestiales. En ellos crió el Eterno á Ormusd y Ahriman, y aquel produjo los seis Amschaspands que con él componen los siete espíritus buenos principales, los innumerables yzedes y los feroveres que parece son las almas de los hombres ó sus custodios; y Ahriman produjo igualmente otros seis compañeros suyos, y la multitud inmensa de deys ó diablos, los daroudis, los kharfesters. En estos tres mil años ó al fin de ellos tuvieron sus disputas Ormusd y Ahriman, pero no vinieron á las manos. Al cabo de los tres mil años Ormusd crió á Kaiomors que fue el primer hombre y al toro *que trabaja* ó al compañero de sus trabajos. Y *Ahriman, el mismo Ahriman que estaba sin fuerzas y todos los deys vieron al hombre puro y se abatieron. Ahriman debia estar aun ligado otros tres mil años.* Mientras estaba aun asi ligado, esto es, en el espacio de la segunda edad, ó de los tres mil años segundos lo estimularon é incitaron los deys á batirse con Ormusd y sus ángeles; pero él no se atrevia á medir sus

fuerzas con ellos. Al fin de esta segunda edad el Darvand Dje vino á él y le dice. *Levantate conmigo y demos la señal de combate. ¡Cuántos males voy á derramar sobre el hombre puro y sobre el buey que trabaja! No sobrevivirán á mis golpes.* Entonces Ahriman sale al campo de batalla y con los suyos trastorna los cielos, introduce el mal en la tierra: bajo la forma de un culebron horrible sube y baja del cielo, penetra por lo interior del globo, cambia la carrera de los astros; mata al buey é intenta hacer lo mismo con Kaiomors; pero este sobrevive al buey y no perece hasta treinta años despues. De la semilla del buey ó toro salen varias plantas, árboles y animales, y de la de Kaiomors brota la planta Reivas y del tallo de esta Meschia y Meschiane, que son copias de Adan y Eva y sus descendientes. Tres mil años durará su descendencia, y en este tiempo se hallarán mezclados en este mundo el bien con el mal; las obras de Ormusd con las de Ahriman. Pero los tres mil años últimos serán los mas fatales porque durante ellos Ahriman quedará solo en el mundo, cundiendo la malicia del hombre y los crímenes de las naciones hasta lo sumo. Al cabo, concluido este último periodo con el que se completan los doce mil años, Gourzschcr, que es un cometa, pasando por bajo de la Luna caerá sobre la tierra: la tierra debilitada se verá semejante á la oveja que cae desmayada de espanto á vista del lobo. En seguida un fuego abrasador derretirá las mas altas montañas donde estan encerrados los metales y estos correrán

unidos como rios caudalosos por toda la tierra. Todos los hombres que habrán ya resuscitado y habrán sido juzgados serán arrebatados por estos torrentes inflamados de metal ardiendo y se purificarán en ellos. Los puros irán por ellos como si fueran nadando por un rio de leche templada. Los darvanes ó malos serán tambien arrebatados por la corriente de aquellos rios caudalosos de fuego, y al fin se da á entender que todos serán purificados, que las penas de los darvanes tendrán un término y se reunirán purificados ya al pueblo de Ormusd. Este reasumirá su imperio para no volverlo á perder jamas. A esto se reduce toda la narracion del Boun-dehesk. Aunque Plutarco dice que estos periodos y alternativas han de repetirse en el mismo orden indefinidamente, segun la doctrina de los magos.

Estos cuatro periodos zoroástricos me recuerdan los cuatro Djak ó Djod de los indios que Anquetil con otros sabios opinan que corresponden á las cuatro edades del mundo celebradas en todas las naciones antiguas. Edad de oro, edad de plata, de bronce y de plomo. El índico-pleusta Anquetil dice, que la de oro corresponde al estado de la inocencia: la de plata al periodo que corrió desde la caída del hombre hasta el Diluvio: la tercera es la edad de bronce desde el Diluvio hasta el principio de la primer monarquía histórica, digámoslo así, de cada nacion; y la cuarta desde esta hasta el fin del mundo. Pero la distribucion de Zoroastro me parece mas natural que la de los indios. Segun ella, llamaremos al

primer ternario edad angélica: al segundo edad de la inocencia: al tercero edad humana; y al cuarto edad diabólica; porque en el primero existieron solamente espíritus: en el segundo, no tuvo lugar la culpa: en el tercero hay mistura de bueno y malo, hay virtudes y vicios; y en el cuarto domina Ahriman esclusivamente con toda la caterva de Dews.

Sin detenerme á referir mas por menor el sistema teológico de Zoroastro, observaré con Pastoret que aquel legislador copió aun mas á la letra la doctrina del Pentatéuco en lo perteneciente á las leyes ceremoniales. El sacerdocio circunscrito en una sola familia: la contribucion de las décimas consignada á los ministros del altar: la distincion de animales puros é impuros, las frecuentes abluciones: los preservativos de toda suerte de inmundicias: los casos en que estas se contraían y otras mil conformidades palpables, que de los libros hebreos se ven copiadas en los de Zoroastro y en los de sus discípulos, prueban sino ya lo que refiere Hyde, á saber: que Zoroastro perfectamente instruido en aquellas escrituras, donde se promete á Moises que el Señor suscitaría en tiempos posteriores lejanos un profeta de su mismo pueblo, al que deberian creer como á él mismo y obedecer sus preceptos; se anunció á su nacion y á las estrañas como ese profeta prometido antes y enviado entonces del cielo para bien de los hombres; á lo menos, que Zoroastro vivió algunos años con los profetas del Señor que florecieron en Babilonia, con Ezequiel, Daniel ó con

Esdras, como aseguran unánimemente todos los historiadores así persas como árabes, que escribieron su vida ó hablan de él, como puede verse en Pokok y en Herbelot citados por Toucher y por Pastoret (1). Tal es el sistema religioso de Zoroastro inventado para rectificar el culto de los persas, acomodándolo al de las naciones con que se mezclaron desde los principios de su monarquía, especialmente al de los caldeos y judíos.

§. III:

De los misterios egipcios.

Vimos ya como pasó el hombre del sabeismo á la idolatría: es decir, del culto de los astros al de las imágenes ó ídolos que representaban, ya á los mismos astros, ya á los génius ó héroes cuyas almas suponían haber pasado á residir en ellos. Este tránsito no se hizo quizá en nacion alguna antes que en el Egipto, y esto por la razon que voy á indicar. Fueron los egipcios entre todas las naciones la primera de la que sepamos que usó de geroglíficos para espresar á la vista los objetos insensibles ó abstractos, y tomaron estos signos, escogiendo para significar cada objeto insensible, uno sensible que por alguna cualidad

(1) En sus memorias sobre la religion de los persas, y en la obra de este sobre los tres legisladores Zoroastro, Confucio y Mahoma.

conocida de todos, tuviese alguna semejanza ó analogía con el significado. Queriendo por ejemplo significar el mundo, pintaban un círculo de color de fuego y dentro de él una serpiente enroscada con alas y cabeza de gavilan, de tal forma, que remedaba el Theta de los griegos; y con el círculo significaban el mundo, y con la serpiente que está dentro del círculo al espíritu bueno, conservador de todas las cosas, por cuya virtud viven y se mantienen (1). Daban á esta serpiente alas y pico de gavilan, porque esta ave era entre ellos símbolo de la Divinidad, á causa de la perspicacia de su vista y de la elevacion y rapidéz de su vuelo (2).

De aqui provino que muy desde luego empezaron á simbolizar los objetos invisibles del culto religioso, y aun los visibles, pero remotos ó ausentes de su vista. Por eso desde aquella época remotísima, en que principiaron á adorar á los astros, sin abandonar todavía del todo el culto de la primera causa; cuando considerando al mundo y en el mundo al Sol como la obra maestra de su poder y de su sabiduría, y como el trono imperial de su gloria y de su magestad, unian los homenajes que tributaban á la criatura con los que eran debidos solo al Ser supremo, se descubren en el Egipto claras señales y monumentos de idolatría. Una de ellas es aquella estatua del dios Knepk, que representaban en fi-

(1) *Euseb. Prep. Evang. lib. 1º c. 7º*

(2) *De Iside.*

gura humana, llevando un círculo celeste en la una mano y un cetro en la otra, y su cabeza coronada de un bello plumage, con lo que querian dar á entender la naturaleza incomprensible é invisible del criador y vivificador, rey, causa y origen de todo movimiento. Esta imagen de Dios producía ó lanzaba, como ya dijimos en otro lugar, un huevo de su boca, del que salía una figurilla á la que llamaban los egipcios Phta, y es el Vulcano de los griegos, el dios del fuego ó el Sol. Este Knepk, segun la creencia de los tebanos, era inmortal, eterno, sin principio ni fin, sin padre ni madre, ni genealogía ni semejante. Ello es que del Osiris de los egipcios se dice que hicieron los griegos su Baco, de Isis su Ceres ó su Cibeles, de Amun ó Amon su Júpiter; pero del dios Knepk no se copió divinidad alguna por ninguna nación. Ninguna fábula se lee que nos refiera su nacimiento ni sus hazañas; y su culto se oscureció aun en la misma Tébas, en la famosa Tébas, la de las cien puertas, sustituyéndose á él el de Júpiter Amon que se hizo el mas célebre de aquella capital antiquísima del Egipto.

Despues del ídolo Knepk el mas antiguo del Egipto fue el de Osiris, que segun nos dice Plutarco, se representaba ó bien con el símbolo de un cetro y un ojo encima, denotando con el ojo la providencia y en el cetro la omnipotencia de Dios. Otras veces era el gavilan geroglífico de Osiris, por las propiedades que dijimos tiene esa ave parecidas á los atributos divinos. Finalmente, la imagen propia de Osiris era de humana figu-

ra, denotando en la disposicion que manifestaban sus órganos de generacion su poderosa virtud de producir todas las cosas, cubierto con un ropage azul bordado de llamas que significa el Sol. *Quod corpus*, añade Plutarco, *benefica præditum facultate visse percipitur, et exemplum est solæ mente cernendæ substantiæ* (1). De lo que se colige que en este simulacro se representaba tambien al Supremo hacedor, y en prueba de ello, concluye el mismo, en los sagrados cantares que dirigian á Osiris, invocaban al que iba reclinado y encubierto en los brazos del Sol. *In sacris de Ossiride canticis invocant eum qui in Solis occultatur ulnis* (2). Por lo que se echa de ver que asi como los símbolos del ojo y cetro y el del gavilan denotaban al Ser supremo, asi tambien el simulacro de Osiris era imagen de la Divinidad que solo se percibe con el entendimiento, y que habita encubierta en el astro del dia animando desde alli toda la naturaleza.

Este culto del Sol se solemnizaba en el Egipto en varias épocas del año, especialmente en la entrada de la Primavera, en la del Otoño, al principio del Invierno y en el Verano, es decir, en las cuatro estaciones, con la diferencia de que las fiestas de Primavera y Verano eran fiestas de júbilo y alegría, y las de Otoño é Invierno de tristeza y de luto. Mas como todas estas fiestas eran agronómicas ó rurales que se celebraban en los campos junto á los barbechos y sembrados, y

(1) *De Iside. p. 372.*

(2) *Ibid.*

en las éras y lagares de las vendimias, de ahí es que en las mas de ellas hacía el buey un papel muy principal como instrumento animado del hombre ó mas bien su compañero y auxiliador, para el cultivo de sus campos en los trabajos de la agricultura. Presentábase este engalanado en las fiestas de Primavera, recibiendo á una con el Sol y los astros los aplausos y obsequios de la solemnidad por haber cooperado con sus tareas, como aquellos con sus influjos benéficos, á la fecundidad que desplegaba la tierra en aquella estación; y por el contrario llevaban al buey enlutado y cubierto de un negro manto en el Otoño, por haber de comenzar de nuevo los trabajos comunes con el hombre de la simienza, para que se renovasen en el siguiente año las cosechas. Y como los principales cultos de estas solemnidades, que en la época del sabeismo eran astronómicas al mismo tiempo que rurales, se dirigian al Sol y á los astros, este enlace hizo concebir á los egipcios que existian ciertas relaciones entre el Sol y la Luna principalmente y el buey, considerándolo á este como cooperador con aquellos para proporcionar la fecundidad á la tierra. Por eso confundiendo con el tiempo unas cosas con otras, como poco ha oímos decir á Plutarco, vinieron á decir que el toro era una imagen viva del alma de Osiris; que residia Osiris en él, y llegaron á tributarle el mismo culto que á aquella divinidad, y aun unian en él los símbolos de la Luna con los del Sol, y adoraban á ambos astros en él bajo los nombres de Osiris y de Isis.

Asi por este orden y por causas que hemos indicado en otros lugares, se fueron recibiendo en varias provincias y en distintas épocas, como objetos de culto, los geroglíficos de las divinidades que adoraban los egipcios: y como habian adoptado varias especies de animales para representar ó significar á sus divinidades; empezaron á adorar á estos animales, ó al menos á respetarlos como á cosas sagradas unos al perro, otros al lobo, otros al oxirinco, etc. Admitidas despues las apoteosis ó traslaciones de los héroes á los astros, se espusieron sus imágenes en los templos acompañadas de varios animales, ó adornadas con atributos de ellos como con astas de toro, con zancas de cabron, con pico de gavilan, con cabeza de perro, con cuernos de morrueco, y aun dirigieron sus cultos á aquellos animales, que habian escogido por símbolos ó signos de sus divinidades.

Estas imágenes monstruosas presentadas al pueblo rudo é ignorante, que nunca supo ó que pronto olvidó su verdadero significado, dieron motivo á las fábulas groseras de que se componia la mitología vulgar del Egipto, pero los sacerdotes, que era una clase muy privilegiada en aquel pais, conservaron por largo tiempo, bien por tradicion, bien en ciertos códices de que habla Clemente Alejandrino, bien en tablas como la Isiaca bajo el misterio de una escritura geroglífica no inteligible al resto de la nacion, la verdadera y genuina esplicacion de un culto al parecer tan estravagante. Pero sea porque no se

atreviésen á desengañar al pueblo en materias tan delicadas, cosa peligrosísima, porque en ocasiones no merece el pueblo ser desengañado, y á las veces acaba con el que le ofrece la verdad y lo quiere sacar del error, especialmente si el error es supersticioso; ó fuese porque interesaba á los sacerdotes mantenerlo en aquella ignorancia para tenerlo dependiente y sumiso en todo á su voz, que oían como si fuese de la Divinidad: ellos que desde aquí comenzó á distinguirse la religion popular de la sacerdotal, que conservaban los sacerdotes en la oscuridad de los santuarios oculta con el sello del mas profundo silencio, y por tanto se llamaron arcanos ó misterios los conocimientos religiosos que se guardaban de esta manera.

Plutarco en su tratado de Isis y Osiris, despues de referir por estenso todas las fábulas que acerca de estos personajes ó deidades se contaban en el Egipto, así entre el pueblo como entre los sacerdotes, refuta las unas, en otras dice que hay algo de verdad y lo demas es falso, y pone al fin la verdadera explicacion que daban los sacerdotes mejor instruidos á los adeptos ó iniciados en las doctrinas secretas del santuario. La cual contenia que Osiris y Isis no eran ni el Sol, ni el agua, ni la tierra, ni el cielo: ni Typhon como decian vulgarmente era el fuego, ni la sequedad, ni el mar como decian otros; sino que cuanto habia en el mundo de desórden y de malo eso es propio de Typhon. Y por el contrario todo lo ordenado, lo bueno, lo útil, es obra de Isis, sin que por eso debamos, dice, dejar de venerar la

imagen y semejanza de Osiris. De modo, explica él, que Osiris es el Dios supremo que obrando en la materia que es Isis, produce al mundo que es Horo; y Typhon es el enemigo del bien, el principio malo que está siempre en lucha perpetua oponiéndose á todo lo bueno. Esto dice Plutarco (1). Porfirio, que en mi sentir no merece tanto crédito, en su carta á Anebon refiriéndose á un tal Cheremon, sacerdote egipcio, asegura que en el Egipto no se adoraba bajo aquellos símbolos, ya fuesen simulacros ya animales, mas que al Sol, la Luna y los astros así fijos como errantes, y que sus fábulas no significaban otra cosa que los efectos de aquellos cuerpos celestes en estos sublunares, y sus varios y concertados movimientos. Una y otra esplicacion tiene lugar ora se diesen en distintos templos, ó en diferentes épocas, ó como diversos sentidos de unas mismas fábulas (2).

Como quiera este fue el origen de los célebres misterios de la gentilidad. Apuleyo nos ha conservado en el libro once de su asno de oro una descripcion muy graciosa de la magnífica procesion Isiaca, á que él asistió antes de iniciarse, la cual se hacía en honor de la diosa Isis, y precedia á los misterios; pero llegando á tratar de estos no se atreve á hablar claro y solo se explica de esta manera. Oye y cree lo que es verdad: toqué aquella noche los umbrales de la muerte, y

(1) *De Iside.*

(2) *Euseb. Preparat. Evang. l. 3º c. 2º*

entrando por las puertas de Proserpina atravesé de ida y vuelta todos los elementos. Vi en la tenebrosa oscuridad de la noche al Sol brillante con un candor muy albo: vi los dioses celestes: vi los infernales: me presenté á ellos y los adoré muy de cerca. *Accessi coram, et adoravi de proximo. Ecce tibi retuli, quæ quamvis audita, ignores tamen necesse est.* Los ministros de que aqui habla Apuleyo, aunque egipcios, son muy modernos, y ya aparece el culto que nos pinta demasiado cargado de accesorias que fueron agregándosele con el tiempo, accesorias tomadas de los misterios y cultos de otras naciones.

Entre todas ninguna dió á esta institucion religiosa el caracter sublime que ella se merecia sino la Grecia. Sea Orpheo, sea Eumolpo, sea Erectonio cuarto rey de Atenas, quien de Egipto la trajo y la estableció el primero en el célebre templo de Eleusis, donde se conservó inalterable casi diez y ocho siglos desde el año mil cuatrocientos y ocho antes de Jesucristo, hasta el imperio del gran Teodosio, en cuya edad por su orden fue demolido. La iniciacion Eleusina, al principio peculiar á los habitantes de la Atica, se hizo despues comun á toda la Grecia, al fin vino á ser la mayor y mas augusta solemnidad de todo el paganismo. Aunque en otros paises habia tambien misterios, los eleusinos se llamaban misterios por excelencia. El templo era el mas rico de la Grecia. De todas partes corrian á iniciarse en aquel santuario, que respetaron Jerxes, Philipo, Alejándro, Lacedemonia, Tébas, to-

dos los enemigos de Atenas en medio de los mas encarnizados combates, y aun el mismo Neron á pesar de no haberle permitido que se iniciase, como lo pretendió. Los griegos, dice Pausanias, miraron desde la mas remota antigüedad los misterios de Eleusis como la institucion mas propia para conducir los hombres á la virtud. Ellos eran, segun dice Aristóteles, la mas preciosa de todas las instituciones religiosas, y el templo de Eleusis se miraba como santuario comun de toda la tierra. Ciceron, que habia sido iniciado en él, decia : *nam mihi cum multa eximia divinaque videntur Athenæ tuæ peperisse, atque in vita hominum attulisse, tum nihil melius illis misteriis, quibus ex agresti immanique vita exculi ad humanitatem et mitigati sumus. Initiaque ut appellantur, ita revera principia vitæ cognovimus, neque solum cum lætitia vivendi rationem accepimus, sed etiam cum spe meliore moriendi* (1). En donde indica á las claras el juicioso Tulio, que nada tenia de fanático, los varios objetos á que se dirigian los misterios y las principales doctrinas que se enseñaban en la iniciacion.

Lo mas admirable de esta institucion religiosa á mis ojos es el silencio impenetrable que la cubria. Es sin duda cosa asombrosa y que no tiene ejemplo, que de una escuela pública como era la Eleusina, á la que se admitian iniciandos de toda la Grecia, y despues de todas las naciones : que estuvo abierta para el mundo entero

(1) Tom. 2º de *legibus*, c. 14, p. 208.

cerca de mil ochocientos años, no haya salido un solo iniciado, un Teleta, como ellos decian, ó digamos un Barruel que haya revelado lo que allí vió, lo que oyó en aquel santuario. De suerte, que despues de tantas investigaciones como han hecho tantos eruditos para descubrir en cuanto hemos conservado de aquellos tiempos siquiera algun vestigio de lo que pasaba entre el Hierophanta y los ministros de una parte y los iniciados de otra, esta es la hora en que nada, nada ha podido traslucirse de aquellos arcanos, como confiesa el mismo Barthelemi (1).

Sin embargo, puede asegurarse como indudable, que toda la pompa de aquella solemnidad que duraba nueve dias, y todos los ritos, ceremonias y sacrificios que se celebraban en el templo ante todo el pueblo, y las representaciones y escenas ocultas que tenian lugar en las noches de la iniciacion encerraban todas varios sentidos. Pues, como decia Plutarco, hablando de los misterios de Isis, que fueron el tipo de los eleusinos : *in sacrificiis nihil est insertum ratione carens, aut fabulosum, aut à superstitione profectum, ut nonnulli censent; sed alia morales habent utilesque causas, alia historicæ aut è naturæ rerum repetitæ elegantia non sunt inania* (2). Aqui estan bien indicados los tres sentidos que encerraban los misterios, sentido histórico ó fabuloso, sentido fisico ó natural y sentido místico

(1) *En el viage de Anacharsis.*

(2) *De Iside.*

ó moral. El primero era el sentido en que entendia el pueblo rudo aquellas fiestas: el segundo el que ponian de bulto por medio de imágenes y símbolos los sacerdotes á la clase ilustrada en las mismas ceremonias y circunstancias de la solemnidad; y el tercero el que solo se revelaba á los iniciados en el secreto del templo y en la oscuridad de la noche.

El pueblo creía que habia habido una reina ó muger insigne llamada Céres, la cual tuvo una hija nombrada Proserpina, que desgraciadamente le habia robado el dios de las tinieblas Pluton, y se la habia llevado consigo y la habia detenido debajo de la tierra seis meses, al cabo de los cuales volvía á hallarla su madre y vivía con ella otros seis meses, y que en celebridad de haberla recobrado se tenían aquellas fiestas de alegría y de regocijo. Esta era la fábula griega copiada de la egípcia, segun la cual Isis perdía á Osiris su hermano y esposo juntamente, al cual con dolo y astucia perversa encerrado en un arca lo arrojaba al mar el maldito Typhon. A esto se seguían los lamentos de Isis y sus expediciones y aventuras hasta hallar, no ya á Osiris vivo, sino su cadaver encerrado en el arca, que dividido en catorce trozos lo repartía por el Egipto para estender su culto á todas las provincias.

Al pueblo se le entretenía con éstas simplezas y necesidades, mas para las gentes sensatas ó ilustradas, tenían estas fiestas otra significacion que podemos llamar física. En este sentido el objeto á quien se dirigian era el Ser supremo, y

tambien al Sol y á los astros y eran propiamente astronómicas y agronómicas á un tiempo. Astronómicas porque considerando aquellos hombres á los astros y al Sol principalmente y á la Luna, como agentes subalternos del Ser supremo, á cuyos influjos se debia inmediatamente la buena temperatura de las estaciones y la fecundidad de la tierra, las cosechas colmadas y la madurez y sazón de los frutos, les tributaban aquellos cultos, ya pidiéndoles se las concediesen para el año siguiente, ya despues dándoles gracias por habérselas concedido. Eran por tanto tambien agronómicas por el fin con que las celebraban, por los parajes y tiempos en que se celebraron primero, y por varios ritos que se conservaban en ellas que indicaban, como vimos ya antes, el origen y causa primitiva de su institucion. Este mismo sentido se esplicaba públicamente en Creta en las tales solemnidades (1), y se descubria á los ojos del observador atento en las procesiones públicas que se hacían entonces; porque las presidia el Hierophanta que representaba al Ser supremo ó al Demiourgos, el cual debia ser un personaje bien formado, de semblante bello y magestuoso, de voz clara, dulce, sonora, grave, penetrante; puro, sin mancilla, obligado á vivir casto y célibe hasta la muerte. A este se seguia el Dadouco que era símbolo del Sol, ó lo iba representando con una brillante antorcha en la mano. En pos de este iba el Epibomo representante

(1) *Dupuis. T. 2º p. 2ª pág. 38.*

de la Luna, y en cuarto lugar el Hierocerix que representaba á Mercurio. Si con el discurso de los siglos se oscureció é hizo mas difícil de alcanzar este sentido físico, después cuando los filósofos ó los cristianos se empezaron á mofar de las fábulas mitológicas que creía el pueblo y les dejaban creer los sacerdotes, se defendían estos apelando al sentido físico como mas racional, y el verdadero segun decia Tertuliano y San Agustin en el libro sétimo de la ciudad de Dios (1).

En la iniciación misma, que como hemos dicho se hacía de noche y en el secreto del templo, y para la que se preparaba á los iniciados con ciertos ejercicios y pruebas, allí era donde el Hierophanta les explicaba el sentido místico de aquellos cultos. Pero aquí debe distinguirse la doctrina que se enseñaba del modo de enseñarla. Este era parecido á la aventura del clavileño que tan saladamente inventó y refiere Cervantes, y este estrepitoso y sorprendente modo de enseñar era sobre todo lo que á ninguno le era lícito publicar, acaso porque no perdiese la doctrina que allí recibían el prestigio que le daba el modo de enseñarla. Ello parece que se trataba de hablar á los sentidos y á la imaginación, al mismo tiempo que el Hierophanta con melodiosa voz les explicaba las verdades representadas en las varias escenas que componían aquel dracma sagrado. El mismo Dupuis conviene en que si en algun escrito de los antiguos se halla un remedo que se

(1) *Adv. Marcionem. l. 1º c. 13.*

parezca en algo á aquella representacion mística, es en la bajada de Eneas al infierno, que tan elocuentemente refiere Virgilio en el sexto de la Eneida; y en el sueño de Scipion, trozo sublime con que acababa Tulio sus libros de república. De uno y otro colige Dupuis que en la iniciacion se enseñaba la existencia de un Ser supremo, autor de todas las cosas, cuya providencia las gobernaba: la de los genios ó espíritus subalternos de cuyo ministerio se servia Dios en la gobernacion del universo: el origen divino de las almas humanas, su corrupcion unidas á la materia, los medios de purificarse para volver al cielo, y sobre todo, los premios y penas reservados en la vida futura para recompensar las obras virtuosas de los buenos, y purgar ó castigar los crímenes de los malos; purgar los que eran susceptibles de espiacion y castigar los que eran irremisibles de todo punto. Este era el sentido místico en el cual, si bien mezclaban los antiguos muchas accesorias fabulosas, hay sin embargo un fondo de verdad que el mismo Dupuis no puede destruir (1).

(1) Véase la 2ª parte de su tomo 2º en la que trata de los misterios.

§. IVº

De los filósofos que se esforzaron en combatir los errores religiosos.

Bouda, Zoroastro y los sacerdotes egipcios, autores de los misterios, conservaron como hemos visto reliquias preciosas de las tradiciones antiguas. Mas cuando empezaron á florecer los filósofos en la Grecia, no hallaron en su patria resto ninguno de aquella tradicion. No tenían á la vista otros monumentos que los poemas de Homero y de Hesiodo, y las tradiciones fabulosas del culto popular. Si alguno de ellos habia sido iniciado desatendió la autoridad de los Hierophantas para dedicarse sólo á los sistemas que su razon forjaba. Asi es que los príncipes de la escuela de Jonia que empezó á florecer en la olimpiada cuarenta y nueve, quinientos ochenta años antes de Jesucristo, nada dijeron de provecho acerca de la Religion, ni es fácil de discernir que mente era la que decia Tales, el primer filósofo de aquella secta, que habia formado del agua todas las cosas, y lo mismo puede decirse de Anaximandro y Anaximenes sus sucesores. Pero cuando observamos cuán unánimemente señalan todos los antiguos, Aristóteles, Ciceron y Plutarco á Anaxagoras como el que se atrevió á defender antes que otro alguno la existencia de un Ser supremo, inteligente, autor y ordenador del universo, es preciso

inferir que la mente de Tales ó el dios de los filósofos de la secta jónica, no era mas que un principio de vida y de movimiento propio de la materia que obraba en ella necesariamente, como obra en la máquina su primer resorte.

Xenofanes, fundador de la secta Eleática, fue el primero que sepamos comenzó á desacreditar la religion de su pais, reputándola absurda é indigna de los dioses y de los hombres. Es cosa admirable no menos la tolerancia de los griegos que el atrevimiento de este filósofo, que censuraba públicamente la creencia general del pueblo como un conjunto de errores blasfemos, y acusaba á los poetas y á los ministros de la religion de ser calumniadores de la Divinidad. Reprendia á Homero, á Hesiodo y á Epimenides, por haber pintado á los dioses adulteros, bribones y seductores, y haberles supuesto vicios y crímenes, por los que las leyes castigan á los hombres con las penas mas rigurosas. No contento con esto combatia todas las extravagancias religiosas de los griegos. Trataba de impíos á los que creían que los dioses habian nacido y podian morir, y se burlaba de los egipcios porque lloraban la muerte de sus dioses, adorando como á dioses á los que merecian su llanto. Estos sentimientos le hicieron responder francamente á los eleos que le consultaban, si debian adorar á Leucothoea con luto y con lágrimas: "si teneis por diosa á Leucothoea no la lloreis; y si quereis llorarla no la tengais por diosa." Las formas en que los griegos representaban á sus dioses, eran segun él inven-

ciones humanas. En fin, él fue el único filósofo griego que despreció toda especie de divinación, considerándola como una impostura y supercheria (1).

Pero como es mas fácil destruir que edificar en todas materias, de ahí es que á pesar de haber ridiculizado Xenofanes la idolatría griega, nada dijo él ni sus sucesores Parmenides, Leucipo, Heráclito, Demócrito ni Empedocles de provecho acerca de la Divinidad, ni trataron de sustituir otra religion á la absurda que seguia el pueblo. Anaxagoras el primero que enseñó á la manera que se hacía en aquel tiempo la filosofía en Atenas: Anaxagoras, el amigo de Pericles, fue el primer filósofo que pensó y habló con tino acerca de la Divinidad. Anaxagoras, dice Tulio en boca de Veleyo, *primus omnium rerum descriptionem et modum mentis infinitæ vi ac ratione designari et confici voluit* (2). Y Aristóteles hablando de Anaxagoras: "luego, dice, que pareció en Atenas un hombre que anunció que en la naturaleza como en los animales habia una inteligencia, causa y principio del mundo y del orden que reina en él, se le consideró como el único que habia hablado con seso, y se tuvo á los demas como si nada hubiesen dicho; pues todos saben que Anaxagoras fue ese hombre; aunque hay quien diga que Hermotimo su paisano

(1) *Meiners. Hist. de las ciencias en la Grecia. T. 3.º*
pág. 13.

(2) *De nat. Deorum. lib. 1.º c. 11.*

de Clazomèna habia dicho antes lo mismo." Sabemos tambien por Plutarco que Anaxagoras enseñaba la espiritualidad é inmortalidad del alma; aunque esta doctrina era mas antigua que Anaxagoras en la misma Grecia

Estos pasos dados para hallar la verdad eran suficientes para causar la ruina del paganismo; pero ni los griegos lo abandonaron por eso, aunque los entendimientos mas despejados y las gentes mas cultas adoptaron los dogmas de Anaxagoras, é hicieron de ellos el aprecio que se debia. El no obstante fue incomodado por sus conciudadanos, por haber deducido de ellos una consecuencia que se estaba viniendo á los ojos, á saber: que los cuerpos celestes no eran dioses, y que en vez de ser ellos los que gobernaban el mundo, eran gobernados y dirigidos por la Suma inteligencia que los habia formado: que en particular el Sol era un globo de fuego no mas: que las estrellas eran piedras encendidas: que la Luna no era una diosa, sino una tierra semejante á la nuestra, que recibia su luz del Sol. Estas opiniones le atrageron la crítica de algunos y el ódio de la mayor parte del populacho supersticioso, hasta tal punto que aun en tiempo de Platon esta parte de la filosofía de Anaxagoras se enseñaba secreta y misteriosamente. ¡Tal es el poder de la supersticion sobre los tímidos mortales aun despues de conocer la verdad!

Asi es que á los cincuenta años de haber hablado de esta suerte Anaxagoras, halló Sócrates á Atenas tan supersticiosa como aquel la en-

contró. En este hombre vemos los últimos esfuerzos que parece podia hacer la razon para descubrir la verdad en las materias religiosas. El meditó y discurrió sobre los principios fundamentales de la Religion con mas acierto que ningun otro filósofo de los que hubo antes y despues. Y cuando reflexionamos, dice Meiners, sobre quanto habia degenerado la filosofia cuando Sócrates descubrió la verdad, y cuan corrompido estaba el pueblo en medio del cual la enseñaba, no solo sin recompensa, sino siendo por ello perseguido y viviendo por ello en un continuo peligro de perder la vida; apenas puedo contenerme para no creer que este filósofo fue ilustrado y formado por el mismo Dios, ó al menos que fue enviado á aquel pueblo por la Providencia precisamente en el tiempo en que este auxilio le era mas necesario (1).

Es verdad que antes de Sócrates habia reconocido Anaxagoras y enseñado, que un Ser superior á todos los pensamientos, sabio y poderoso, habia criado el universo y lo gobernaba continuamente. Pero rara vez hizo mencion de este Ser inteligente, ordenador y conservador del mundo; mas por el contrario hablaba mucho de ciertas fuerzas indestructibles de elementos eternos que parecen puras ficciones; rara ó quizá ninguna vez habia reconocido ni señalado en la naturaleza muestras de la Divinidad, ni habia hablado con detencion de la sabia ordenacion y ar-

(1) *Meiners ibid.* p. 126.

monía de los entes, y sobre todo se había hecho muy odioso y muy sospechoso por haber negado la divinidad de los astros; por cuya razon su doctrina sobre la Divinidad no pudo generalizarse ni producir efectos ventajosos. Asi que esta doctrina como casi todos sus demas descubrimientos, eran del número de aquellas verdades que se conservaban y se confiaban bajo sigilo, como secretos que no se debian revelar. Sócrates fue quien la enseñó públicamente é hizo que fructificase en el corazon de los hombres. El fue el primero que buscó la Divinidad en sí mismo y en todas las partes de la naturaleza que le rodeaban, y que enseñó á buscarla á sus discípulos del mismo modo; él fue, pues, quien puso á sus amigos en la senda mas fácil y mas segura para llegar á aquel descubrimiento.

Sin inquietarse por averiguar si el mundo había sido formado de una materia sola y homogénea ni cual era esta, ó si bien había sido producido de materiales diversos, ó de una multitud infinita de átomos eternos, preguntaba á los que dudaban de la existencia de la naturaleza divina ó la negaban, si les parecian mas dignos de admiracion los escultores que formaban imágenes sin alma ni movimiento, que los que formaban seres activos é inteligentes. Preguntábales si podian mirar como efectos de la casualidad y no de causas sabias é inteligentes, unas obras en las que se descubrían rasgos incontestables de desig-nios y destinos útiles. “Y quien puede dudar, continuaba, que el que ha criado á los hombres

no les haya dado todos los órganos de sus sentidos para que les sean útiles, los ojos para ver, los oídos para oír, las narices para oler y así de los demás. ¿Quién no ve en todas estas cosas una sabiduría divina superior á nuestra inteligencia? Los ojos están cubiertos y defendidos por los párpados que pueden abrirse cuando queremos y cerrarlos para dormir, á fin de preservar estos órganos tan preciosos y delicados de todos los accidentes funestos que les pueden venir de fuera. Los párpados están guarnecidos de pestañas y sobre estas están las cejas; aquellas destinadas á quebrar la violencia del aire, y estas para detener á manera de guarda-polvo el sudor de la frente que sin ellas se entraria por los ojos. El oído recibe todos los sonidos sin llenarse jamás ni embarazarse unos con otros: todos los animales tienen dientes y colmillos para cortar los alimentos y muelas para mascarlos y triturarlos: la boca recibe todo lo que el animal apetece y está colocada junto á los ojos y á la nariz á quienes toca examinar lo que le conviene recibir: al paso que los órganos destinados á espeler lo superfluo repugnante del alimento y bebida, están lo mas distantes que es posible de aquellos dos sentidos observadores. Todas estas cosas, decia Sócrates, están dispuestas y ordenadas con tanta sabiduría que no puede dudarse si son efectos del acaso, ó son obra de una naturaleza inteligente que trabaja con un designio cierto, y para un fin determinado y fijo. Además, cuando se observa la inclinacion violenta que impéle todos los seres sen-

sibles á la propagacion de su especie: la ternura tan viva y tan natural de los hombres y de los animales para con sus hijos y sus crias, y el amor de la vida de estos, nos vemos como forzados á confesar que hay un autor sabio y bueno de toda la naturaleza animal.

»Tu mismo sientes, decia tambien Sócrates al incrédulo Aristodemo, que habita en tí una naturaleza que piensa; y podrás dudar que exista fuera de tí y sobre tí un Ser racional, al paso que estas convencido de que las partículas de tierra y de agua, de que se compone tu cuerpo, no son mas que una porcion infinitamente pequeña de la materia inmensa de que se han extraído? ¿Te parece probable ni aun verosímil que esta facultad pensadora que existe en tí no te haya venido de parte alguna, que no proceda de ninguna otra sustancia? ¿Qué ningún otro Ser te la haya dado, y que esa muchedumbre infinita de grandes cuerpos de que se compone el universo, hayan sido ordenados y reunidos con tanto arte por naturalezas privadas de razon?"

Cuando alguno decia á Sócrates que dudaba de la existencia del Ser, autor y conservador de todas las cosas, porque no lo veía como se ven los autores de las cosas humanas, respondia. "No es necesario para estar ciertos de la existencia de la Divinidad, verla aparecer ella misma ó tener su figura delante de los ojos: bastante y sobrado se da á conocer en sus obras. La insensibilidad de una cosa no es prueba de que no exista. Porque en la misma naturaleza que conocemos nosotros

existen muchos objetos y muchas facultades cuya existencia deberia negarse, si se hubiera de negar la de todo lo que no se ve con los ojos del cuerpo. ¿Qué mortal osa levantar su vista al Sol de medio dia y contemplarlo de hito en hito en su mayor brillo? ¿Qué hombre se puede jactar de haber contemplado y observado el rayo en su veloz carrera, cuando hiere y destroza todo lo que encuentra? ¿Quién es el que ha intentado siquiera conocer con sus sentidos al alma que gobierna su cuerpo? Ahora bien; si todos estos objetos se escapan á la debilidad de los sentidos del hombre, sin que por eso niege ninguno su existencia; ¿cómo ó porqué ha de negarse la de aquel, que, aunque invisible, obra en todos los momentos los actos mas sublimes, de aquel que conserva al mundo entero en su pureza y primitiva hermosura, de aquel que dirige sin el menor error cuerpos inmensos y los mueve con una rapidéz que no puede seguir nuestro entendimiento?

Con no menos claridad y sensibilidad espone este gran filósofo las pruebas de la Providencia divina, y particularmente la tierna solicitud de la Divinidad hácia el género humano. "No es creible, decia este gran observador, que la Divinidad abandone enteramente al hombre sobre la tierra: al hombre que es su criatura favorita, al que ha dispensado los mas preciosos dones sobre las demas criaturas de la tierra. Solamente al hombre ha concedido la Divinidad ademas de un cuerpo sano con todos los miembros y sentidos necesarios para la conservacion y goce de la

vida, la prerogativa de marchar con su frente alzada y su semblante mirando al cielo: á él solo ha dado manos con las que ejercita todas las artes y oficios: á él solo ha dado un lenguaje articulado para espresar sus pensamientos y formar sociedades duraderas: á él solo en fin ha permitido gozar en todas las estaciones del año de los placeres del amor, que en los demas animales están ceñidos á una estacion sola. La divina bondad ha estendido sus cuidados, no solo al cuerpo del hombre, mas tambien á su alma mucho mas preciosa que el cuerpo. Porque ¿cuál es el alma de ningun otro animal que reconozca la Divinidad que ha producido y ordenado todo lo bueno, todo lo bello? ¿Qué animal distingue el bien moral de lo malo, lo útil y lo dañoso? ¿Qué animal puede como el hombre preservarse y prevenirse de la hambre, de la sed, del calor, del frio, de las enfermedades y de otros males? ¿Qué animal puede prevenir todos los males y procurarse toda suerte de bienes del modo que el hombre? ¿Tienen por ventura los demas animales la facultad de adquirir una multitud infinita de conocimientos y de conservarlos? ¿Puede formar como el hombre la feliz union de lo pasado con lo venidero, descubrir las causas de lo presente y penetrar tan adelante en el porvenir? ¿Pueden en fin proporcionar á su cuerpo tanta fuerza, tanta belleza, á sus almas tantas virtudes? Ciertamente solo el hombre vive como un dios en la tierra y aventaja á las demas criaturas por las cualidades de su alma y cuerpo.

Merece tambien reflexionarse que la Divinidad le ha dado el dia para el trabajo y la noche para el descanso: para él y por él alumbrá aquel con los resplandores del Sol, é ilumina á esta con la luz de la Luna: el Sol en su camino va acercándose sucesivamente á todos los pueblos en ciertas épocas, y se aleja de ellos en otras, á fin de que ningun pais se hiele del todo con nieves siempre duras, ni se reseque del todo con calores continuos. Para él y por él principalmente ha concedido la Divinidad á la tierra la fertilidad de que goza; ha poblado el aire, los rios y los mares: ha preparado cuanto es necesario no solo para su alimento sino aun para sus placeres, para su regalo. Debe tambien reflexionarse que todos los demas animales estan destinados ó á su conservacion ó á su ayuda en las labores y trabajos, ó para contribuir á su defensa. A vista de todo esto, sino carecemos enteramente de juicio, de razon, de sentido comun, ¿podrémos dudar un instante de que un Ser sabio y benéfico ha criado al hombre y ha proveido á todas sus necesidades? Mas ni tampoco puede racionalmente creerse, que este Ser sabio y benéfico despues de haber ensalzado tanto al hombre sobre todos los animales, lo haya abandonado á sí mismo y haya apartado sus ojos de él; eso seria querer sostener que todos los cuerpos luminosos fijos en el ciclo, que apenas puede abrazar nuestro entendimiento, y que ruedan sobre nuestras cabezas á distancias inmensas, se han mantenido y se mantienen despues de tantos millares de años en ese orden

constante é inmutable sin un director ó mōtor poderoso é inteligente que presida tan vasta armonía y concierto tan admirable de movimientos.

Seguramente, continúa Sócrates hablando á Aristodemo, parece difícil al espíritu limitado del hombre comprender que un Ente solo pueda ver y entender simultáneamente todo cuanto sucede en la inmensidad del universo, que pueda estar presente en todas partes y cuidar de todo. Pero si consideras que tu alma gobierna todo tu cuerpo sin trabajo, no estrañarás que aquel que lo ha producido todo pueda sin trabajo dirigir su obra entera á su gusto; y si pones atencion á que tus débiles ojos alcanzan muchas leguas, y que tu alma puede representarse á un mismo tiempo, ó en muy pocos momentos lo que sucede en parages los mas distantes de la tierra, no te parecerá imposible que el ojo de la Divinidad penetre todos los seres, ni que el espíritu divino abraze todo el universo.

Con estas consideraciones y otras semejantes, continúa Xenofonte, procuraba Sócrates, no solo rectificar las opiniones de los que lo frecuentaban, mas tambien corregirlos y hacerlos mejores. Porque la idea de que la Divinidad está presente en todas partes, y que por consiguiente nada se le oculta, ni aun nuestros mas recónditos pensamientos, nos aparta de toda accion criminal aun cuando esperásemos sustraernos á la justicia de los hombres.

En órden al culto con que debemos honrar á la Divinidad no eran menos juiciosas las refle-

xiones que hacía Sócrates á sus discípulos. Puede asegurarse y sostenerse como indudable y cierto que una vida pura, inocente y útil, es el culto mas santo que podemos tributar á la Divinidad; y que la fidelidad y aplicacion al trabajo para desempeñar bien y puntualmente el empleo ó profesion en que nos ha colocado, son el cántico mas sublime con que le podemos celebrar, y que una ofrenda sencilla presentada por manos puras y con voluntad sincera é inocente es el sacrificio mas agradable á la Divinidad. Y en cuanto á la oracion decia, que la conducta mas segura que podemos tener y mas conforme á nuestra flaqueza, es abandonarnos enteramente á la Divinidad en las preces que le dirigimos; es decir, con un poeta antiguo. "O Júpiter, danos todos los bienes que te pedimos y los que no te sabemos pedir, y aparta de nosotros todo mal aun cuando no te lo pidamos."

Sócrates enseñaba que el alma tenia un origen divino, y que era esencialmente distinta de todas las otras facultades y naturalezas dotadas de movimiento y sensibilidad que hay sobre la tierra. Si existe una cosa que participe de la Divinidad ó que sea de una naturaleza semejante á ella es el alma humana; esta alma que se distingue de todos los demas cuerpos animados por una memoria inmensa; por una razon capaz de escudriñar las causas y los efectos, y las relaciones de todas las cosas; por su imperio sobre toda la tierra, y sobre todas las criaturas que habitan en ella; por la facultad de conocer á la Di-

vinidad y adorarla; en fin, por el don de sentir y de discernir lo bello de lo feo, lo bueno de lo malo; facultad de la que resultan y nacen una dilatada serie de virtudes sublimes que elevan el alma del hombre sobre la de los animales cuanto les aventaja en su cuerpo derecho, en el mecanismo de sus manos y en los órganos del lenguaje.

Sócrates tenía como cosa cierta que el alma humana subsiste despues de la muerte, ó al menos le parecia mas verosimil esta opinion que la que la hace morir y disiparse á una con el cuerpo, ó la que la hace volver á entrar en el seno de la Divinidad, de donde habia salido, perdiendo la conciencia de su personalidad y todo recuerdo de lo pasado. Sino estuviera convencido, como lo estoy, decia él á Simmias y á Cebes, de que despues de mi muerte me he de hallar en sociedad con los dioses sabios y buenos, y con hombres mejores que los que viven sobre esta tierra, haria mal en no temer la muerte ó al menos no asustarme al verla inmediata. Empero, sabed que me veré reunido con hombres sabios, ó al menos, si esto no es absolutamente cierto, me encontraré entre los dioses, dueños y señores llenos de bondad. Estoy tan firmemente convencido de esto como de lo que mas, y ved aqui porque lejos de afligirme la suerte que me espera, vivo con la esperanza de que los muertos no cesan de existir del todo, y de que los buenos se hallarán en un estado mas feliz que los malos.

Solo un hombre débil é irracional, decia Sócrates á Callicles, puede temer la muerte: solo debemos temer morir en mal estado: porque no hay desgracia mayor que descender á las moradas subterráneas con un alma cargada de delitos. Si te precias de oírme voy á referirte un cuento muy interesante que tal vez te parecerá fábula, pero á mi me parece verdad. Dícenos Homero, que Júpiter, Neptuno y Pluton repartieron entre sí el imperio que habian recibido de su padre. Pues era así que en el reinado de Saturno habia una ley, que aun dura y durará eternamente, la cual prescribe que los hombres que han vivido en la virtud y en la piedad, sean trasladados á las islas de los bienaventurados para pasar allí una vida esenta de cuidados y dolores; y que los malos y los impíos serán precipitados á una region de penas y suplicios que se llama Tártaro..... He aqui Callicles lo que he oido decir y lo tengo por cierto; de lo cual á mi ver pueden sacarse estas consecuencias. La muerte no es mas que la separacion de dos naturalezas, á saber; del alma y del cuerpo: luego que se separan cada una conserva su forma y sus cualidades como las tenian cuando estaban reunidas. Por consiguiente, si uno cuando vivia tenia un cuerpo grueso, fuerte, su cadaver parece tal, si otro tenia hermosa cabellera ó algunas cicatrices, heridas ó llagas, ó miembros contusos ó retorcidos, todo esto se queda como estaba en el cuerpo, al menos por algun tiempo. Pues á ese modo sucede en el alma cuando se separa del cuerpo. Todo en ella se descubre

entonces: su naturaleza primitiva y todas las correcciones ó corrupciones obradas en ellas con sus palabras y con sus obras. Pues cuando las almas del Asia se presentan á Radamanto, las examina una tras otra sin conocer á quien pertenecen. Y así encuentra á veces el alma de un gran rey de Persia, ó las de otros reyes ó sátrapas, enferma, corcobada por la intemperancia, la molicie y por otros vicios, cubierta de accesos y de heridas causadas por perjuicios y otras injusticias. A estas almas feas y contrahechas las envia al momento cubiertas de infamia al lugar donde deben sufrir las penas que les estan preparadas. Porque toda alma que es castigada, ó se corrige, ó sirve de ejemplo á las que son testigos de su castigo, y así escarmentadas se enmiendan. Las almas destinadas de esta suerte para servir de ejemplo á las que llegan allí de nuevo, pueblan en gran número las moradas subterráneas. Del mismo modo que Radamanto despues de haber distinguido entre las almas malas las que pueden corregirse y las que son incorregibles, las envia todas al Tártaro: así tambien envia las almas justas y buenas á los campos Elíseos ó bienaventurados. Como quiera que yo estoy bien convencido, mi amado Calicles, de la verdad de lo que acabo de contarte, me esfuerso por conservar mi alma lo mas sana que me es posible, á fin de poderla presentar á mis jueces tan pura como sea posible. Sin agitarme ni desasosegarme por adquirir fama, honores ni riquezas, tras lo que corren los hombres, me ocupo en la investigacion de la ver-

dad: procuro llevar una vida tan perfecta como me permiten mis facultades y acabarla en este estado. Exhorto y escito á los demas, y á tí mismo, amado Callicles, á que trabajes con todas tus fuerzas para guardar una conducta semejante. Porque cuando llegue el dia en que has de ser juzgado y te veas en presencia del hijo de Egina, ya no te hallarás en estado de valerte á tí mismo y se apoderará de tu alma un tan violento vertigo, como el que dices que yo padecería si de improviso me viese arrastrado ante un tribunal por un orador poderoso.

Esta relacion ó discurso de Sócrates es á mi parecer, dice Meiners, la ficcion mas bella y mas conforme á la razon que esta ha discurrido jamás acerca de la suerte del hombre despues de su muerte. Porque, ¿puede la razon abandonada á sí misma imaginar un sistema mas digno de la Divinidad, mas propio para incitar á la virtud: mas consolador para el hombre virtuoso: mas terrible para el vicioso, que este en que las almas puras que mientras vivieron unidas al cuerpo, procuraron con todas sus fuerzas seguir la verdad y practicar la virtud, se encuentran despues de su muerte unidas en sociedad á otras naturalezas superiores, mas nobles, y á hombres mas perfectos, crecen siempre en su compañía en sabiduría y en virtudes y aumentan así incesantemente su felicidad? ¿Un sistema segun el cual las almas impuras son enviadas á un lugar de tormentos, purificadas y corregidas con penas correspondientes á su corrupcion y á sus crímenes, ó forzadas

á servir de ejemplo continuo á las otras cuando son del todo incorregibles?

Tal vez pensará alguno que Sócrates no hablaba de veras, cuando fundaba sobre estas ficciones ó fábulas su creencia de la inmortalidad de las almas, y citarán al intento aquellas palabras con que acaba de hablar de esta materia en el Pheдон: "No convendría á un hombre de juicio asegurar en tono decisivo que todo ha de suceder exactamente como te lo he contado." Pero si seguimos leyendo vemos que añade: "pero que nuestras almas que debemos creer inmortales experimenten estas cosas ú otras semejantes, esto es lo que tengo yo por cosa innegable." Por donde se conoce que Sócrates, aunque no creyese lo que referia Homero acerca del juicio que habian de sufrir las almas, y los premios y castigos que les esperaban despues de su separacion de los cuerpos, tenia por cierto que eran inmortales: que habian de ser juzgadas y premiadas ó castigadas segun sus obras.

No he podido á la verdad resistirme al placer que experimento copiando estos trozos del extracto de la doctrina de Sócrates, que encontré tan bien hecho por el Meiners. Ademas de ser esta doctrina, como decia, el último, el mayor esfuerzo que ha hecho la razon para disipar los tenebrosos errores en que la habia sumido el culto sacrílego y estúpido de los ídolos, consuela al hombre sensible y le suaviza en parte la pena que le causan los delirios de un Dupuis y de otros desenfrenados incrédulos, con los que infu-

man y deshonran esta misma razon que tan limpia, tan pura, tan respetable y en cierto sentido tan divina hemos admirado en Sócrates. Los discípulos de este hombre singular nada añadieron que haga á mi intento acerca de estos puntos; porque ó repitieron lo que había dicho su maestro, ó añadieron de suyo alguna otra cosa con la que mas bien oscurecieron ó afearon su doctrina, que adelantaron en el camino de la verdad en que aquel los puso.

§. Vº

Resultados de todos estos conatos para reformar la Religion.

El dogma de la emanacion tan antiguo en la India, y que como observamos con el Gerdil, no es mas que el verdadero dogma de la creacion de todas las cosas de la nada de sí mismas por el poder y la voluntad de Dios, desfigurado por la razon humana; es el mas fecundo en consecuencias las mas absurdas y perjudiciales. Por eso adoptado este dogma en el sentido mas riguroso por el famoso Bouda, no es extraño que de él derivasen los Bracmas, sectarios de su doctrina pública, el sistema del Panteismo material y los gymnosophistas ó samaneos; herederos de su doctrina secreta, el del Panteismo espiritual á cual mas absurdo y mas estravagante. Ni debemos

maravillarnos de tales estravios, cuando vemos que han dado en ellos por querer apurar demasiado con las solas luces de la razon cosas que no estan ciertamente á su alcance, muchos grandes filósofos en siglos mas ilustrados, y lo que es mas muchos teólogos heterodoxos y pseudo-místicos.

Cuando se parte del principio de que todas las cosas han salido de Dios por emanacion sustancial, como sale del cuerpo de la araña la tela que teje junto á su nido, ó de la gallina el huevo que contiene el embrion del pollo, que son las comparaciones de que usan los doctores indios, es consiguiente concebir todas las cosas como partes de la Divinidad, y tanto mas principales quanto mas bellas, mas perfectas y que ocupan mas alto y distinguido rango en este gran todo del universo: es consiguiente considerarlas dignas de cultos y homenajes señalados; y de aqui resultó en la India un número indecible de dioses y de ídolos variados de mil maneras, que se han hallado y se encuentran en sus pagodas, tan horribles y fieros los unos, tan indecentes y lascivos los otros, y tan raros todos, que parece imposible, no digo que haya el hombre doblado su rodilla para adorarlos, pero que hayan cabido en imaginacion humana modelos de tanta fealdad, de tanta estravagancia. Los hay de muchas cabezas, de muchísimos brazos, y el Guinés, fundado en el testimonio de viajeros fidedignos que se refieren al dicho de los bracmines, dicen que computan unos trescientos treinta millones de

dioses subalternos. Y no solo esto, sino que personificando los atributos y operaciones de la Divinidad, les dan cuerpo y figura en sus pagodas, adorándolos como á otros tantos dioses: así para significar la inmensa fecundidad del Ser divino figuraban un ídolo tremendo, cuyo lado derecho de pies á cabeza era de varon y el izquierdo de hembra, y despues simplificaban esta representacion reduciéndola á un símbolo, que es las partes de la generacion de uno y otro sexo unidas: este es el Liugam de la India, modelo del Phallus del Egipto, como este del Priapo Griego; usado tambien entre los latinos.

Otro origen fecundísimo de fábulas y de extravagancias fue la opinion de la Metempsicosis, muy antigua tambien en el pueblo indiano. De ella se colige que una misma alma puede aparecer en el mundo bajo distintas formas, ó unida á diversos cuerpos de hombres ó animales. De aqui el ridículo respeto que se tiene en la India aun á los insectos mas incómodos para el hombre, que consideran animados tal vez por las almas de sus antepasados. De aqui las apariciones ó encarnaciones, como chistosa ó malignamente llaman algunos, del dios Witchnou que se leían en sus Pouranamanes, y especialmente en el sétimo que se titula Bagavadam, las cuales hasta entonces subian á veinte; entre ellas las habia en cerdo, en pez, en dama, en gigante, en enano, sin las que le quedan que pasar todavía.

Ni fueron menos fatales los resultados de este sistema religioso en los samaneos, gymnoso-

phistas ó bracmanes antiguos, que separados enteramente del trato humano, sin otra cubierta que un árbol, sin otro vestido que un taparabo, un baston de palma y una calabaza para beber y comer en ella, iban vagando de pueblo en pueblo y de caserio en caserio, se presentaban á las gentes y sin pedirles recibian lo que les daban retirándose sin hablar palabra; y aun algunos se descubrian del todo y enmudecian. Ocupábanse estos, que despues se llamaron Saniasis, en una continua contemplacion, en la que habia sus grados hasta llegar al aniquilamiento de sí mismos, muy parecido al de los quietistas modernos: meditaban en distintas posturas: la mas comun era sentados con las piernas cruzadas, puestas las manos en las megillas, apoyando los codos sobre las rodillas y mirando sin pestañear de hito en hito á su ombligo.

Pero sin detenernos á examinar los resultados de esta religion tan absurda en la moral pública y en el gobierno político de aquellas naciones, por no ofender el pudor y delicadeza de mis lectores; veámos ya si fueron mas felices los que tuvo la reforma de Zoroastro, ó mas bien su sistema religioso. Decíamos, y se confirma con la autoridad de los escritores antiguos, que aquel legislador se propuso combinar con los antiguos dogmas y cultos sencillos de los persas, las dos religiones caldaica y judaica florecientes en los nuevos dominios de aquel imperio; de lo que resultó una religion que envolvía varias contradicciones, y sumamente sobrecargada en su culto de

mil observaciones ridículas y minuciosas. El introdujo entre los persas los templos ó pireos, en los que se tributaba culto al fuego, como antes de él los usaban en la Caldea. El predicó el dogma del Dualismo, que era tambien propio de los magos caldeos, y lo enseñó en tal sentido, que puede llamarse y ha sido llamado con razon el precursor de Manés y del Maniqueismo. Y finalmente, para dar una idea del ceremonial ridículo de Zoroastro, permítaseme que copie aqui lo que en él se previene sobre la operacion de cortarse las uñas.

Pregunta. ¿Cuándo se cortan las uñas, donde deben ponerse las cortaduras? Respuesta. Para cortarse las uñas se empieza por la del dedo anular: en seguida se corta ó raspa con un cuchillo destinado á este solo uso la uña del dedo index: luego la del meñique: despues la del dedo gordo, y finalmente la del dedo de enmedio. Despues se corta por medio cada pedacito de cortadura de uña con el mismo cuchillo, diciendo en cada vez: *Este es el deseo de Ormusd: que el jefe de la ley haga obras buenas, puras y santas. Bahman da la abundancia al que obra santamente en el mundo. Vos haceis rey, ó Ormusd, al que consuela y da de comer al pobre.* Luego se ponen las cortaduras asi partidas sobre una tierra inculta y muy seca, ó sobre una piedra, todas liaditas en un papel, ó se meten en un agujero con la precaucion de que queden mirando al Norte las puntas de las cortaduras, ó el extremo de ellas opuesto á aquel por el que se

separaron de su mitad, y se dice: *Que mi oración sea agradable á Ormusd: que destruya á Ahri-man, y que estos mis votos que publico se cumplan.* = *La abundancia y el Behesch* (el paraíso) *son para el justo que es puro. Aquel es puro que es santo, que hace obras celestiales y puras.* Esto se repetirá tres veces, y despues: *yo practico la excelente ley de Zoroastro, la ley dada de Ormusd de quien es enemigo el Dew. Este Verdad dado á Zoroastro, puro, santo y grande: yo le hago Izeschné y Neaesch. Yo quiero agradecerle, yo le dirijo mis votos. Hago Izeschné al tiempo que son los dias los gahs (y aqui se nombra el dia en que esto se hace) los meses los gahambares, los años les hago neaesch y quiero agradecerles: les dirijo mis votos. Que Serosch puro, fuerte, cuerpo obediente, brillante por la gloria de Ormusd me sea favorable. Hágole Izeschné y Neaesch, quiero agradecerle y le dirijo mis votos. Dinie ó Djouti (este es el Preste, Mowé ó sacerdote) este es el deseo de Ormusd, que el gefe haga acciones puras. Dile al gefe (al sumo sacerdote) que haga obras santas y útiles: advertidle esto.* Despues con un cuchillo todo de metal se trazan al rededor de la piedra ó agujero donde se han puesto las cortaduras tres Keischs (tres rayas circulares concéntricas, que disten un dedo una de otra) diciendo al formar cada una: *Este es el deseo de Ormusd etc.*; y despues: *Ave Aschozescht* (que busca el bien) *yo os dirijo mi oración, os invoco, os llamo y os hago Izeschné. Los que se dirijan al Ave Aschozescht los socorrerá*

contra los *Dews* del *Mazendran* con la lanza, el puñal, el arco y la flecha, con la pica que sirve de cerca, y con la honda para las piedras.=O *santo Bracman*, yo os invoco con pureza. Este es el deseo de *Ormúsd etc.* Por dos veces.=Hago *Izeschné* y *Neaèsch á Serosch*, lo ensalzo, lo bendigo con fuerza al que es puro, fuerte, cuerpo obediente, brillante con la gloria de *Ormúsd*. Luego se cubren con tierra las cortaduras por tres veces, tomando cada vez la tierra uno de los tres *Keitschs*, comenzando por el mas escéntrico, la segunda del inmediato y la tercera del mas pequeño é interior, y se dice: que *Serosch* puro y fuerte etc. La abundancia y el *Berescht etc.* y otras preces que omito, porque con lo dicho supongo ya fastidiado al lector. Para cortarse los cabellos hay tambien su ceremonial, y quien omite el uno ó el otro hace descender sobre sí á los *Dews*; por estos dos crímenes hace descender á los *Kharfester*, que los hombres llaman piojos y que infestan las semillas y los vestidos (1). Por eso los *parsis* hoy dia, dice *Anquetil*, que lian en un papel las cortaduras de las uñas y los cabellos que se arrancan peinándose, y al fin del año el *Nesasalar* ó gefe de los enterradores va recogiénolas por las casas, las saca al campo y las entierra.

A semejanza de estas preces y ceremonias, estableció otras *Zoroastro* que habian de rezarse y practicarse antes y despues de comer, al evacuar

—(1) *Iescths Sades*. T. 2º p. 117.=*Vendidad Sade Faragad* 17. T. 1º de la 2ª parte de *Zendavesta* p. 401. (1)

las naturales necesidades, al labarse las manos, al despulgarse y matar los insectos ó Kharfesters, cuando estornudaban, convulsion que suponian ser el triunfo del fuego interior de nuestros cuerpos sobre los Dewes. *Gracias á Dios*, debian decir, *porque me ha hecho estornudar por un efecto de su liberalidad y de su justicia. Sean destruidos, heridos en todo tiempo los Dewes que estan en mi cuerpo, ó gran Ormusd, que hieres con fuerza al Dew enemigo de tu santa ley.*

Si comparamos el culto establecido por Zoroastro entre los persas, y el sistema de religion contenido en los libros Zends, publicados por Anquetil, con las noticias que nos dan Herodoto y Xenofonte de la religion de aquellos antes de este legislador, se infiere que lejos de mejorarla, la afeó con mil fábulas, con una estravagante cosmogonía, con las horrendas luchas y combates descomunales entre los ejércitos de Ormusd y Ahriman, con una infinidad de leyes positivas aun mucho mas gravosas que las judáicas, y con un culto impertinente y ridículo, en el que todo se adora, elementos, astros, espíritus subalternos, todo menos el Ser supremo. Mas sencillo, mas magestuoso aparece el culto de los persas, cuando al entrar Ciro triunfante en Babilonia salia del palacio con víctimas y carrozas destinadas para sacrificar al Ser supremo y al Sol (1).

En cuanto á los misterios antiguos no puede negarse que ellos tuvieron un buen resultado,

(1) . *Xenph. Cirop. lib. 8º*

cual fue conservar la tradicion primitiva de los dogmas fundamentales de la Religion verdadera, sino del todo pura y conforme á la verdad, al menos libre de la corrupcion espantosa en que vino á parar aquella tradicion por la grosera idolatría de los pueblos. Pero esta institucion como que era secreta, lejos de sacar al pueblo de sus errores lo confirmaba en ellos; porque el vulgo, al que no se le daba conocimiento de la doctrina de los misterios, creía autorizado todo el culto público por lo que enseñaban los sacerdotes á los iniciados en el secreto del santuario; y ayudábales á asegurarse en esta opinion el ver que aquellos mismos sacerdotes que la enseñaban y los teltas que la aprendian, concurrían antes y despues de la iniciacion con toda la plebe en los templos, y tributaban á los dioses los mismos homenages que los demas.

Este hecho indudable me hace creer que los misterios no se inventaron por los reyes ó los legisladores para dar con la doctrina que en ellos se enseñaba acerca de los premios y penas de la vida futura una sancion mas firme á las leyes, y una garantía mas sólida que la misma fuerza al poder soberano. Porque si ese hubiera sido el objeto de esta institucion y los reyes sus autores, á ninguna clase del estado le habrían inculcado mas aquella doctrina que á la plebe ignorante, como que es la mas necesitada de freno que reprima la vehemencia de sus pasiones desenfrenadas. Esa ha sido la táctica de los monarcas que han querido contener á sus pueblos en la esfera

de sus obligaciones, valiéndose para ello del resorte de la Religion. Pero inspirar respeto á las leyes á los que por sus destinos, por sus ideas, por sus intereses estan mas comprometidos á respetarlas y obedecerlas para hallar en su observancia la seguridad de sus propiedades, de sus fortunas y privilegios íntimamente enlazados con el gobierno, y dejar sin este freno al pueblo feroz, que propenso á la novedad, en la que siempre se lisongea mejorar de suerte, tasca sin cesar y muerde el bocado que le lleva sugeto al órden; eso hubiera sido efecto precisamente de tener trastocadas las ideas mas obvias de la política, y guardar una conducta inútil y aun perjudicial, por cuanto la clase ilustrada habria conocido muy fácilmente la añagaza con que se le entretenia y se intentaba tener sujeta, y á una con el pueblo habrian conspirado á despreciar y desobedecer las leyes á cuyo cumplimiento se intentaba compelerles con tales engaños. Es por consiguiente infundada aquella suposicion de Dupuis.

Resta pues, que los sacerdotes hayan sido los autores de estos misterios; pero ¿los establecieron por malicia, por miedo ó por necesidad? Esto es lo que no me atreveré á decidir: si los misterios se establecieron para conservar en las clases ilustradas de la nacion la enseñanza de aquellos dogmas, no queriendo que el pueblo lo supiese ni descubrirse, sino que permaneciese embobado con un culto exterior y público, tan absurdo como él era; ó si se redujeron al secreto

de los templos porque ya imbuido el pueblo en aquellos sentidos groseros y fabulosos en que entendian su religion, no se atrevieron á desengañarlos á todos, y sí solo á los que eran capaces de dejarse desengañar, abandonando á los demas en su error como incorregibles: ó finalmente, si por haber llegado el pueblo á tal grado de ignorancia, que no era capaz de ilustracion, no se creyó posible elevar á conocimientos mas altos almas tan carnales y tan estúpidas, y fue forzoso reservar aquella doctrina para entendimientos familiarizados con mas nobles ideas y pensamientos mas espirituales. Acaso habria de todo ó serian distintas las causas en diversos tiempos y naciones. En unas se habrán establecido por necesidad, en otras por miedo y en otras por malicia. Quizá en un mismo templo se introducirian al principio por necesidad cuando los pueblos habian llegado á una ignorancia la mas profunda: se continuarian por miedo, y aunque se opinase que el pueblo podia ya recibir aquellas ideas, se temeria que se resistiese á admitirlas por el hábito y adhesion á sus fábulas; y al cabo se retendrian con tenacidad por malicia cuando no se atrevian á descorrer el velo que les ocultaba la verdad á los pueblos en la oscuridad de los santuarios, por no perder para con ellos el ascendiente que hasta entonces les habia dado aquella institucion.

La verdad es que el secreto de los misterios tuvo dos resultados funestos: el uno negar á los pueblos el conocimiento de la verdad, y confir-

marlos en el error como decíamos antes; y el otro abrir el camino para que una institucion, que en su principio pudo ser buena, llegase á convertirse en nocturnos abominables conventículos, en los que se perpetraron los mas horrosos escesos. En una palabra, los misterios en nada mejoraron la religion pública de las naciones idólatras: los misterios abrieron la puerta á las mas sacrílegas profanaciones de los templos. Por tales desórdenes reconvenia fuerte é irresistiblemente á los sacerdotes idólatras San Agustin, testigo ocular que en su juventud habia asistido á ellos. "En el culto público, les decia, resuena con célebre algazara la impiedad impura, y allá dentro del santuario se exhorta hipocritamente á muy pocos á la castidad. En los atrios y plazas representaciones inmundas: en lo oculto del templo escenas honestas; encúbrese el decoro, y se ostenta la indecencia. Lo malo que en público se hace atrae inmensos concursos: lo bueno que se dice en secreto apenas encuentra muy pocos oyentes, como si se avergonzasen de lo honesto y se jactasen de lo torpe y lascivo.

» Yo no se dónde ni cuándo los iniciados en los misterios de la diosa madre Cibeles oían los preceptos de castidad; lo que veíamos en el vestibulo de su templo era la muchedumbre de pueblo que se agolpaba para divertirse, mirando con la mayor ansia los juegos que se celebraban, llevando la vista de este al otro lado, descubríamos hácia esta parte la turba engalanada de las rameras, y enfrente á la diosa que celebraban Vír-

gen, tributándole un culto lascivo en torpes versiones: nada vimos allí de pudor ni en los actores ni en las escenas: todo lo que se hacía respiraba oscenidad é impureza. Sabíase lo que agradaba al numen virginal, pero se enseñaban cosas que no sabían las castas matronas al salir de sus casas para celebrar á la diosa. Algunas mas vergonzosas apartaban la vista de los movimientos lascivos de los actores, y aprendían así las artes del vicio á hurtadillas. Se abochornaban de los hombres no atreviéndose á mirar á rostro firme sus gestos indecentes; pero no se atrevían á condenar, como les dictaba su corazón casto, los cultos de la diosa á quien adoraban. Enseñábanse publicamente delante de los templos cosas que para ejecutarlas busca cada uno el secreto de su misma casa; maravillándose el pudor natural de los hombres, si aun conservaban alguno, de no atreverse á cometer en público con desembarazo crímenes y vicios tan feos como los que se practicaban en la escuela de sus dioses que se enojaban sino acudían allí para aprenderlos. ¿Qué otro espíritu agitando á los hombres con un secreto instinto podría impelerlos á cometer adulterios y á vanagloriarse de los cometidos, sino el que se complace en que se celebren en obsequio suyo semejantes solemnidades, colocando en los templos simulacros de los demonios; en los juegos simulacros de vicios: susurrando en secreto palabras de virtud para engañar á muy pocos buenos y frecuentando en lo público las invitaciones á la maldad para po-

seer por medio de ellas á la innumerable multitud de los malos (1)?”

De los resultados que tuvieron las investigaciones filosóficas acerca de la Religion poco ó nada hay que decir, porque aquellas no produjeron otro efecto que el de ir desacreditando poco á poco el culto público, hasta envilecerlo del todo, sin cuidarse de sustituirle otro racional que fuese digno del hombre y de la Divinidad á quien se ofrecia. Casi todos los filósofos de la Grecia fueron ateistas en el sentido en que lo demuestra el Olivet en su teología grecánica que va al fin del tomo 3.º de su edicion de Marco Tulio; y los que no lo fueron, ó fueron indiferentistas, ó prescindieron enteramente del asunto de Religion, tolerando buenamente en cada uno la suya, y acomodándose ellos á la de su pais. Pitágoras, así como Sócrates y Confucio tenían de la Divinidad ideas muy diferentes que el populo; pero fuese miedo ó convencimiento de que *cada particular debe honrar á los dioses segun el modo y principio con que los honraron sus padres* (2), todos tres ofrecian sus sacrificios á los dioses patrios, así en sus casas como en los templos ó sobre las áras públicas, del mismo modo que sus paisanos. “Sócrates era, dice el Meiners, un griego piadoso, adherido á la religion de su pais, que llevaba siempre en la boca, segun dice de él Xenofonte, el oráculo de Apolo Delfico

(1) *De Civitate Dei* lib. 2º, cap. 26, pág. 56.

(2) *Oráculo de Delphos*.

que acabo de citar." Mas como sus escuelas eran públicas y en ellas enseñaban doctrinas poco conformes con la religion popular, esto los llegaba á hacer sospechosos de ateismo entre las gentes por mas que se esmeraban en aparecer devotos y aun hipocritamente supersticiosos en público. Y esta sospecha les atrajo persecuciones como se cuenta de Anaxagoras. Uno de los crímenes principales que imputaron á Sócrates sus acusadores fue, que intentaba introducir en Atenas nuevas divinidades. Aristóteles huyó de Atenas receloso de que los atenienses cometiesen con él un segundo delito contra la filosofía, contando por primero el suplicio de Sócrates. Epicuro tenia mucho cuidado en no faltar á ninguna de las solemnidades religiosas, y se presentaba tan devoto y tan recogido en los templos, que hizo esclamar á Diocles: ¡admirable espectáculo! Nada me ha dado una idea mas sublime de Júpiter que el ver á todo un Epicuro postrado asi delante de sus áras. ¿Qué resultados pues, habia de tener esta conducta en favor de la religion?

Capítulo Sesto.

OPORTUNIDAD DE LA PROMULGACION DE LA RELIGION DE JESUCRISTO.

Todo es armonioso en las obras de Dios, porque todas sus obras son perfectas y la perfeccion consiste en la armonia de las partes de cada obra suya entre sí y con el todo que constituyen, y en la armonia de todas sus obras unas con otras y con el universo. Esta es la armonia universal de la que el hombre es el mas bello ejemplo, que por eso le llamaban los griegos mundo pequeño ó abreviado. Tiene él sus edades y entre ellas la primera es la infancia, edad de sencillez: la segunda la adolescencia, edad de las pasiones: la tercera es la edad viril, época del juicio y de la razon, y la cuarta la vejez, que es la edad de la madura esperiencia y de los tardíos desengaños.

Para gobernar armoniosamente á los hombres, es necesario hacerse cargo de esta diferencia de edades porque cada una debe dirigirse de distinta manera. De un modo deben educarse los niños, de otro los jóvenes, y así de los varones y ancianos. A la sencillez y docilidad de la infancia cor-

responde una educacion sencilla, franca, dulce y suave. Las fogosas pasiones del jóven exigen un gobierno firme y enérgico. Los varones ya hechos quieren ser conducidos mas por convencimiento que no por fuerza. Y las respetables canas de la ancianidad merecen cierto respeto y ciertos miramientos aun de parte de sus superiores. No hay duda que si fuese dable un gobierno en el cual á semejanza de la república de Platon, se regulasen las leyes y las operaciones de los magistrados, con respecto á estas distintas exigencias del hombre en sus varias edades, seria el mas perfecto gobierno, porque en él estaria la legislacion en armonia con todos y con cada uno de los miembros del estado: seria el tal gobierno un sistema armónico de educacion pública, y tal es el plan que se propuso y que ha ejecutado la Divina sabiduría en el gobierno del género humano, en aquella parte en que lo ha dirigido por sí misma, que ha sido y es el negocio de la Religion. Como la razon que le dió al principio quedó oscurecida por la caida de Adan, necesitaba el hombre nueva luz para dirigirse á su Autor y alcanzar su felicidad. Esta nueva luz fue la revelacion y se le reveló la religion necesaria para conseguir aquel fin; pero no se le dió de una vez toda la luz que debia recibir: diósele por grados con proporcion á la capacidad en que se hallaba de recibirla el género humano. Este ha tenido al modo que cada hombre sus edades. Principió infante: ha sido jóven: llegó á ser adulto en su edad viril. Al género humano en su in-

fancia se le dió la Religion natural: en su adolescencia la ley escrita, y en su edad viril la Religion cristiana. Sencilla y suave la primera, cual convenia á la primera edad de los hombres. Dura é inflexible la segunda, como de necesidad debia serlo para reprimir la fogosidad de su adolescencia. Sublime y bella la tercera, propia de varones perfectos en su edad viril. Y he aqui la armonia de las edades de la Religion, que es una sola con las edades del género humano, en la que consiste la oportunidad de su promulgacion.

Tocó con su acostumbrada delicadeza S. Agustin esta graduacion, con que la Divina sabiduría fue descubriéndose al hombre en las épocas ya citadas, cuando hablando de las dos leyes escrita y evangélica dice, que Jesucristo subió al monte para anunciar desde él la ley evangélica, dando á entender con esto, que iba á promulgar preceptos mayores de justicia, una ley mas perfecta que la judáica, una Religion mas sublime que la de Moises. Y es asi, continúa, que un mismo Dios y Señor es quien por medio de sus santos profetas, atemperándose á la distribucion sapientísimamente ordenada por él de los tiempos, dió preceptos menores al pueblo que todavía era forzoso llevar por temor y sujetarlo por miedo, y despues por su mismo hijo anunció los grandes preceptos á ese mismo pueblo, que ya estaba en disposicion de que se le concediese la libertad que inspira el amor. Pues dando preceptos menores á los menores, mayores á los mayores, rigurosos y duros á los jóvenes: amorosos y sublimes á los

adultos, nos da á conocer que él es el médico soberano que solo conoce la medicina que le conviene al hombre en sus distintas edades, y sabe aplicársela con admirable oportunidad.

Asi vimos en la Religion natural una sencillez admirable, pocos dogmas, que al paso que eran objeto de la fe, casi se tocaban por los sentidos, por la inmediacion en que se hallaba el hombre á su origen, y por la grande autoridad de los que se los anunciaban y los habian tocado ellos mismos, ó los habian recibido inmediatamente del mismo Dios. La creacion del universo: la naturaleza del alma: la caida de Adan y sus consecuencias: la promesa del Redentor y el destino del hombre en la vida futura: una ley reducida á las mas precisas obligaciones anexas á las relaciones necesarias del hombre con su autor y con sus semejantes: un culto doméstico y familiar cifrado en el sacrificio de víctimas, que se ofrecian sobre las áras, y en los magestuosos cuantos sencillos santuarios de la naturaleza::: he aqui lo que enseñaba. Vimos esta misma Religion dada despues á Israel bajo distinta forma. No se aumentan los dogmas, porque el género humano pasando de su infancia á su adolescencia, no estaba por eso mejor dispuesto para alcanzar misterios mas sublimes; pero se le sujeta á una ley sumamente prolija que le marca una obligacion en cada una de sus operaciones, acompañada de promesas, de premios sensibles para los que la cumpliesen, y de amenazas, de castigos visibles para los infractores: y se les prescribe un culto minu-

cioso, material, que habia de tributarse por toda la nacion en un solo lugar y por el ministerio de una sola familia. Finalmente, en la Religion cristiana vemos ya desenvueltos aquellos dogmas hasta cierto punto: una ley mas sublime, que no contenta con arreglar lo exterior del hombre, penetra hasta su corazon y alli le enseña la senda de la vida: un culto sino tan sencillo como el natural que tributaron los primeros patriarcas, no tan complicado como el levítico, no tan material aunque sensible, nada de sacrificios cruentos, una sola víctima espiritual, inmaculada, divina.

Oportunamente se promulgó la Religion cristiana al género humano, porque se le anunció cuando ya habia adquirido la razon humana el grado de madurez necesario para conocer su valor, apreciar su doctrina, obedecer sus preceptos y practicar su culto. Puede decirse, refiriéndonos á aquella parábola del Evangelio, que primero se dió al hombre un talento; despues dos al pueblo israelita y últimamente cinco al pueblo cristiano, compuesto de todas las naciones del universo. *Unicuique secundum propriam virtutem*, con arreglo y en armonía con las disposiciones en que se hallaba el género humano en aquellas edades.

Pero aun se observa otra maravillosa armonía entre la Religion que se promulgaba al género humano y la situacion de este en aquellas épocas. Desde Adan hasta Abraham puede decirse que apenas se conocian otros gobiernos que los domésticos. El padre de familia mas antiguo, mas poderoso y que por su autoridad y poder se ha-

bia hecho mas respetable en cada comarca, ese era el gefe de cada tribu y la gobernaba por los mismos principios que dirigia á sus hijos, á sus siervos, á su familia. Ni se conocia otro derecho público ni de gentes, que el que habia adoptado cada Patriarca en el régimen de su casa y hacienda, como vemos en Abrahan. Desde la edad de este Patriarca hasta Moises fue la época en que aumentadas considerablemente las tribus, llegaron á formarse pueblos y naciones compuestas de multitud de familias, entre las cuales por su misma numerosidad, ninguna tenia sobre las otras una superioridad bien sensible para dominarlas y gobernarlas solo por el imperio de la costumbre. Asi que, fue forzoso que cada pueblo, cada nacion se nombrase un gefe; ó bien que alguno mas diestro, mas fuerte, mas intrépido, se apoderase de las riendas del estado, y de un modo ó de otro se establecieron, ó bien pactos ó contratos sociales con ciertas condiciones, ora impuestas á los súbditos y señaladas solo por el monarca, ora estipuladas entre este y aquellos; y esto dió margen á la formacion de gobiernos políticos que reunian al género humano en diversos grupos que se llamaron imperios, reinos, repúblicas, confederaciones. Sin embargo estos grupos vivian casi aislados y sus comunicaciones eran efímeras y muy raras. Varios monarcas mas poderosos que sus vecinos, habian intentado reunir muchos de estos grupos bajo un mismo gobierno, y aun hacer de todo el género humano un solo pueblo, una nacion sola; pero sus tentativas ó

habian sido inútiles ó de poco fruto y corta duracion. Alejandro que fue quien mas adelantó la empresa solo pudo conquistar parte del Oriente, y á los doce años por muerte suya volvieron á repartirse entré varios soberanos los pueblos que apénas habia acabado de subyugar á su imperio. Mas afortunado fue el pueblo romano en la misma empresa para la cual le favorecia su forma de gobierno, que siendo republicano, conservaba de una generacion á otra y de uno en otro siglo un mismo espíritu, una misma tendencia, unos mismos principios y por su misma organizacion gozaba de una especie de inmortalidad política, ni conocia otros elementos de destruccion que los que ella misma abrigaba en su seno, como sucede á las corporaciones monásticas. Por tanto, pudo Roma en el dilatado curso de siete siglos ir desplegando sus fuerzas, y á veces con política, y á veces con ejércitos, ir subyugando provincias y naciones hasta dominar todo el orbe entonces conocido. Esta dominacion universal uniformó en gran parte la Religion, estendió el language é idioma del Lacio, generalizó sus usos y costumbres, sujetó á unas mismas leyes á todos los pueblos que por entonces habian adquirido algun grado de civilizacion: abrió fáciles y frecuentes comunicaciones entre el Oriente y el Occidente, los continentes y las islas; facilitó de esta suerte el trato y comercio de unas naciones con otras que, aunque conservaban ciertas distinciones, se consideraban todas como hermanas é hijas de la metrópoli universal.

En esta época, puntualmente en los días en que Augusto habia mandado se hiciese un censo de poblacion de todo su imperio, que era hacerlo de todas las naciones civilizadas, nace el Autor de la Religion cristiana, y he aqui otra armonía admirable entre las épocas de la Religion y las épocas del género humano. Porque como vimos en la primera época del género humano, se hallaba distribuido en familias y no conocian los hombres otros vínculos casi que los de la sangre, ni otro gobierno que el doméstico y familiar. Familiar fue por tanto la Religion que dió Dios al hombre en aquella época. En la cual Religion unidos en una sola persona la autoridad civil y la religiosa, el padre de familia era el sacerdote nato de toda su casa y ejercia las funciones públicas del culto en campo raso, ofrecia los sacrificios y era el intérprete de la Divinidad para con todos sus domésticos. Separados despues los hombres en diferentes pueblos aislados, escogió el Señor para sí uno solo al que dió por medio de Moises una Religion popular, identificada con su gobierno civil, identificada con sus intereses políticos, obligándolos á que no pudiesen ser religiosos sin ser israelitas, ni buenos israelitas sino eran religiosos; porque las obligaciones que les prescribia la patria, esas mismas les imponia la Religion, y solamente observando las leyes religiosas desempeñaban los deberes de ciudadanos. Jerusalem, el templo, el tabernáculo, era para toda la nacion el centro de su Religion y de su patria: y el amor de la patria, pasion la mas

violenta del corazon humano, ardia en el de todo israelita, inflamado y acrecentado con el amor á su religion hasta conducirlo á los extremos que álli se vieron, y que ni antes ni despues se han visto en ningun otro pueblo del universo. Al fin vino, como deciamos, el género humano á formar una gran nacion dominada por un solo gobierno, por un solo hombre, por Augusto, y ya entonces debia ser la Religion católica, y lo fue en efecto, esto es, universal, practicable en todo el universo, adaptable á todos los climas, compatible con todos los gobiernos, y tal es la Religion cristiana como veremos en adelante. Por manera que la Religion única verdadera manifiesta tambien su divino origen, por la armonía que se observa entre sus diferentes estados y los en que se ha visto el género humano. Fue la religion natural una religion acomodada al gobierno familiar, cuando el género humano estaba repartido en familias. Fue popular cuando ya se formaron pueblos y naciones aisladas. Fue universal cuando el género humano vino á formar una sola nacion.

Restame aun otra observacion que hacer entre muchas que omito, en prueba de la oportunidad con que se promulgó la Religion cristiana. Anunciábase á todo el universo; y cuando decia que el género humano estaba entonces ya en su edad viril, quise dar á entender que estaba dispuesto para recibirla. Porque en cuanto á la religion todas las naciones del universo se reducian entonces á dos clases, eran todas idólatras mas

ó menos á escepcion solamente de la judáica. El pueblo de Israel estaba dispuesto para recibir á Jesucristo por las profecías que lo habian anunciado , y se conservaban en los libros sagrados que respetaban ellos como palabra del mismo Dios; y el pueblo gentil estaba preparado por la filosofía que habia puesto en claro la vanidad del culto de los ídolos. Hagámos primero de las profecías.

No es mi ánimo hacer aquí una reseña de todas las que se contienen en los libros simbólicos de los judíos relativas á la venida de un Mesias ó enviado, prometido por Dios á Adán en el Paraíso, como enemigo de la serpiente, que habia de triunfar de ella quebrantándole la cabeza: anunciado por Moises al pueblo hebreo como su reparador, al que debian oir como al mismo Dios: adorado en espíritu por Jacob en el lecho de su muerte, y marcada la época de su venida para cuando faltase del todo el cetro y el poder ó autoridad pública de la tribu de Judá y pasase á ser gobernada su numerosísima descendencia por un príncipe extranjero. Daniel habia computado los años que tardaria su venida y habia señalado en el que habia de morir. Estaba indicado en los demas profetas el lugar de su nacimiento y las mas menudas circunstancias de su vida y muerte. Aun prescindiendo de la autenticidad de estas profecías y de su divinidad, mas clara y evidente que cualquiera otra verdad histórica, prescindiendo de los varios sentidos que han querido dárseles despues, ello es

indudable que el pueblo de Israel y aun otros muchos esperaban, confiados en aquellas promesas, un enviado extraordinario del cielo cuando apareció Jesucristo sobre la tierra.

Y he dicho que lo esperaban otros muchos pueblos ademas del hebreo, porque si bien á él solo se le habian hecho con mas claridad las promesas, sin embargo como esta promesa era tan antigua como el mundo, casi la habian recibido en el primer periodo los patriarcas, se habia trasfundido aunque confusamente y se habia conservado algun rastro de ella en las demas naciones del Oriente, de lo que entre otros son buenos testigos Tácito y Suetonio. El primero nos dice en el libro último de su historia. "Estaban muchos persuadidos de que en las letras antiguas de los sacerdotes se contenia, que en aquella época (habla de la de Tito y Vespasiano) habia de prevalecer el Oriente, y que procederian de la Judéa los que habian de apoderarse del imperio del mundo." Y Suetonio: "Divulgábase por el Oriente toda la opinion antigua y constante de que estaba dispuesto por el Hado que en aquel tiempo los judíos se apoderasen del imperio universal de la tierra." Y he aqui una de las disposiciones que el Señor habia preparado para hacer sensible la promulgacion de la Religion cristiana y llamar hácia ella la atencion de los hombres.

Pero las naciones idólatras ademas de este presentimiento que tenian algunas, estaban tambien dispuestas por el convencimiento á que las habia conducido la filosofía de la falsedad de la

religion idolátrica que profesaban. El populacho estúpido que obra sin el mas leve átomo de reflexion y solo por hábito, sin saber las mas veces lo que hace ni porque lo hace, conservaba, es verdad, un respeto exterior y maquinal á los ídolos, y se persuadia de las fábulas absurdas que le contaban sus sacerdotes, y tributaba á sus dioses un culto de pura ceremonia é insignificante, sostenido por el interés de los príncipes, por el fanatismo de los ministros y por la supersticion de los pueblos. Pero al mismo tiempo que acudian todos á los templos á ofrecer víctimas y á quemar inciensos á Júpiter y á Pluton, corrían á los teatros á burlarse de estas mismas divinidades, viendo alli representados al vivo los incestos y adulterios del uno y los crímenes y el rapto de Proserpina del segundo: aprendían á despreciar en la escena á los que les hacía venerar en los santuarios: luchaban como decia San Agustin, las semillas de la honestidad y de la justicia que aun abrigaban muchos en su pecho con las preocupaciones religiosas radicadas en sus almas desde su niñez, y podia mas á veces la naturaleza que reclamaba sus derechos, que la supersticion que exigía homenajes y cultos. Esta contradiccion de ideas y de afectos se fortalecia mas en las escuelas, porque en ellas los filósofos, principalmente en la época de que vamos hablando, todos á una, la Academia, el Pórtico, el Licéo y los Jardines, demostraban á las claras la falsedad de las mitologías ó fabulas que componían el sistema religioso de los pueblos.

Esta confusion, estas contradicciones tan palpables habian ya desacreditado hasta lo sumo la vana idolatría, y aun los príncipes y los magistrados, los sacerdotes mas doctos é ingénuos, los sabios mas juiciosos y despreocupados convenian en que toda aquella religion era solo un fantasma con el que convenia tener engañados los pueblos, para contenerlos en sus deberes. Tres son, decia Scevola, Pontífice de la Roma, gentil, el hombre mas sabio y mas elocuente de su tiempo á juicio de M. Tulio, tres son las clases de dioses que se nos dice haber: la primera, dioses de los poetas: la segunda, dioses de los filósofos: la tercera de los príncipes de los pueblos. Los de la primera clase son dioses burlescos, porque de ellos se cuentan crímenes atroces y hechos ridículos. Los de la segunda clase no convienen á la sociedad, porque los filósofos enseñan cosas superfluas en orden á los dioses y doctrinas que no debe el pueblo saber. De lo que concluye que conviene engañar al pueblo en materia de religion (1). En lo mismo conviene aquel otro varon doctísimo y de gran juicio en sentir de San Agustin, M. Varron. Este distinguia á semejanza de Scevola tres teologías, fabulosa, natural y civil. Reprueba la primera por referirse en ella cosas indignas de los dioses. De la teología natural dice, que enseña muchas cosas que son mas para oídas dentro de las escuelas que para anunciadas al público en las plazas y templos. La civil es la reli-

(1) *De Civ. Dei* lib. 4. c. 27.

gion y el culto que se profesa en las sociedades con autoridad pública. La primera teología de estas, añade, es propia del teatro, la segunda del mundo, la tercera de las sociedades políticas (1). Pero San Agustín le demuestra que esa religion que llama él civil no se distinguía de la fabulosa: que las mismas doctrinas se enseñaban en los templos por los sacerdotes, que se cantaban por los poetas en los teatros acerca de los dioses y de sus trapisondas tan ridículas, tan indecentes allí como aquí, y aquí y allí desacreditadas en el espíritu de los pueblos que las conservaban no obstante para su diversion en los teatros, para su corrupcion en los juegos públicos, y para su medrosa y necia supersticion en los templos.

Pues tal era la disposicion de los ánimos á la venida de Jesucristo y por tanto era de esperar, que estando pidiendo á voces los judíos un Mesias y los gentiles una Religion, apénas se presentase ese Mesias y anunciase una religion racional, fuese recibido con los brazos abiertos por todas las naciones. Mas hay que advertir que estas disposiciones en que se hallaban los dos pueblos judáico y gentil, si bien eran suficientes para justificar la conducta de Dios con el género humano en la dispensacion de la doctrina revelada, no lo fueron para que la oyesen y siguiesen uno y otro pueblo por la depravacion de su voluntad. Porque Israel, si esperaba un Mesias, se habia figurado que iba á venir en aquella épo-

(1) *De Civ. Dei* lib. c. 5º et 7º

ca, para sacarlo de la esclavitud temporal á que se veía reducido, para lisongear sus pasiones, para libertarlo de todos los males corporales y traerle todos los bienes sensibles que apetecia su corazon carnal y terreno. Se prometia un Mesias, Rey conquistador, que cual otro Alejandro rodeado de sus griegos, acompañado este de un ejército de israelitas saliendo de la Judéa triunfase del imperio romano que habia hecho provincia suya la Palestina, y se enseñorease de todo el universo, sustituyendo su imperio al de los césares, y colocando á su nacion la primera entre todas las de la tierra. Los gentiles, los filósofos, al paso que se habian desengañado de la falsedad de su culto, buscaban otro que fuese el verdadero y querian hallarlo por las luces de su razon, no recibirlo de autoridad agena: trataban de simplificar el culto, de reducirlo á principios menos absurdos: iban conociendo mejor que hasta entonces la naturaleza del hombre, y elevándolo hácia su verdadero destino; pero todo esto y lo que les quedaba que hacer, querian que fuese el resultado de sus raciocinios, sin que la esperiencia de tantos siglos hubiese bastado á desengañarles de que no era la razon humana por sí sola capaz de alcanzar lo que se buscaba.

De aqui es, que en la predicacion del Evangelio no hallaron los judíos lo que esperaban, ni los gentiles lo que su razon les indicaba que habian de menester. Y asi léjos de abrazar la Religion cristiana dieron en perseguirla desapiadadamente desde su origen. Para el pueblo judáico

fue un escándalo, para el gentílico una necesidad: aquellos léjos de ver en Jesucristo un personage capaz de ennoblecer y de engrandecer su nacion, no vieron mas que un hombre vulgar, fanático, que sin ofrecerles ventajas algunas temporales en su predicacion y doctrina, los comprometia con el César y no trataba menos que de trastornar su religion en cuyas ruinas iban á quedar sepultados su templo, sus sacrificios, su culto, y lo que les era aun mas sensible, la dignidad de su sacerdocio, y con ella el ascendiente que por él tenian sobre el pueblo los pontífices y ministros. Los del pueblo gentil, apénas empezó á difundirse aquella doctrina, vieron tanto mas cierta y segura la ruina de sus dioses, de sus templos, de su culto, quanto se hallaba mas vacilante y el enemigo que lo atacaba era mas poderoso por la pureza de la doctrina que anunciaba, por la irreprehensibilidad de su conducta, y por la multitud de milagros con que la comprobaban los apóstoles y primeros predicadores del cristianismo. El orgullo desdeñoso de los filósofos despreció la humilde sencillez de la fe. La depravacion de costumbres autorizada por su religion hizo al pueblo aborrecer la severa moral del Evangelio.

Que no vengan ahora á decirnos los señores incrédulos, que habiendo apurado todos los sofismas imaginables contra la Religion, acuden al fin con la especie de que la propagacion del Evangelio fue un efecto natural, que nada tuvo de extraordinario, de sobrenatural, de milagroso.

Posible era que sin milagros visibles se hubiese propagado la Religion cristiana, que no dejaria por eso de ser divina, y asi habria sucedido, si tal y tan estremada no hubiese sido la depravacion de la humana naturaleza. Nosotros hemos convenido en que para los verdaderos israelitas fue muy ventajosa disposicion la profecia que supieron entender en su verdadero sentido: asi sucedió al anciano Simeon, á Ana la buena viuda del templo y á otros: para los filósofos y para los gentiles lo fue tambien el convencimiento en que se hallaban de la vanidad de sus ídolos, como vemos en el Centurion, en el proconsul Sergio Paulo, en Dionisio el Ateniese y despues en Athenágoras, San Justino y otros innumerables. Confesamos tambien que hubo muchos asi en el pueblo judáico como en el gentílico, que abrazaron la Religion cristiana por motivos humanos; de los cuales decia San Juan, que aunque aparecieron agregados á la Iglesia, eran cristianos solo en el exterior, pero nunca lo fueron de corazon ni sinceramente, como un Simon Mago y otros que apostataron despues del cristianismo. Es realmente una ceguedad muy necia la de negarse á creer las persecuciones que sufrió la Religion en los tres primeros siglos: es aun mas necia la pretension de que las superó por política y por fanatismo solamente. Cuando veían los príncipes que se derrocaban los dioses tutelares de sus imperios, y se desmoronaba la religion que miraban como el apoyo mas firme de sus tronos: cuando temian los sacerdotes perder su digni-

dad, su crédito, sus riquezas: cuando los pueblos oían anunciar por Dios y por el único objeto de su culto y de sus esperanzas, á un hombre que habia muerto en un patíbulo, y que el premio que podian esperar de su docilidad en abrazar su doctrina y declararse discípulos suyos, era sufrir su misma suerte y acabar como él acabó en medio de tormentos, cubiertos de ignominia, se dice que fue cosa sencilla y muy natural que se hiciese cristiana la mayor parte del mundo civilizado en poco mas de doscientos años. Estos señores que tanto ponderan el fanatismo religioso, la intolerancia de los ministros de la Religion, la atroz y espantosa supersticion de los pueblos, hablando de estos tiempos presentes, olvidan el poder de estos tres enemigos juntos peleando contra la Religion cristiana en su cuna. (Ahora venia bien lo de Hércules, pero esos son golpes de erudicion á la *Dupuis*). Dicen los incrédulos que el fanatismo ambicioso, la codicia soez, la intolerancia sanguinaria, efecto de aquellas causas en el clero, y la ignorancia y supersticion de los pueblos son los enemigos que tienen entorpecida la propagacion del Evangelio de la razon. Pues ese Evangelio de la razon y la Religion del universo casi entero, tenia á su favor al principiarse á anunciar el Evangelio de Jesucristo, un fanatismo mas obstinado y furioso, una ignorancia mas crasa, un interes mas vivo, una oposicion mas dura y formidable, mas difícil de vencer entre la moral nueva y la moral antigua, entre la austeridad de las máximas evangélicas y el des-

enfrenado libertinage que autorizaba la idolatría; y á pesar de esta desigual fuerza vemos los progresos asombrosos que habia hecho esta Religión al parecer pobre, débil y desarmada en tiempo de Plinio el jóven, en el precioso documento de su carta á Trajano sobre este asunto. Lo admirable, lo extraordinario, lo sobrenatural, lo milagroso es ver, como se veían, centenares y millares de hombres y mugeres hoy idólatras y mañana cristianos: hoy ladrones y mañana repartiendo sus bienes entre los pobres: hoy opulentos, mañana pobres confiscados sus caudales y haciendas: hoy respetados por sus dignidades y empleos, mañana perseguidos, arrastrados á los tribunales y condenados como malhechores: hoy lascivos, amancebados, adúlteros, moles, incestuosos; mañana castos, puros, penitentes, poseídos de afectos celestiales y divinos: hoy regalones, sumergidos en los placeres de la gula y de la embriaguez, y al otro dia sujetos á rigurosos ayunos y perpetua abstinencia, de modo que ya era refran entre los gentiles. *¡Quæ mulier! ¡quam lasciva! ¡quam festiva! ¡qui juvenis! ¡quam lascivus! ¡quam amasius!* ¡qué lástima! *facti sunt christiani* (1). Una de dos, decia San Agustin, ó en estas cosas hubo milagro ó no lo hubo: si lo hubo, el Evangelio iba sostenido por una fuerza sobrenatural; y sino lo hubo, mayor milagro es haberse propagado así el Evangelio sin milagro, que cuantos milagros pudieron hacerse para propagarlo.

(1) *Tertuliano en la Apología, cap. 3º*

Capítulo Séptimo;

CARACTER DE LA RELIGION CRISTIANA,

Como esta Religion sea el punto céntrico en el que se reunen todas las líneas de mi trabajo, y contra el que se disparan todas las saetas de Dupuis, es conveniente presentarla aqui bajo su verdadero punto de vista, fijar su verdadero caracter: en una palabra, ofrecérlela tal como ella es simplemente, para que se sepa que es lo que yo defiendiendo y que es lo que Dupuis impugna; no sea que en el progreso de la disputa ó él ó yo nos estraviemos, tomando por Religion cristiana lo que no lo es, confundiendo y mezclando la sustancia, la esencia, el alma de la Religion con los agregados que se le han ido allegando en el discurso de los tiempos, sin los cuales subsistió y puede subsistir, y principalmente, no sea que se intente confundir con las corruptelas y abusos con que la han afeado los malos cristianos, haciéndola servir de instrumento para satisfacer sus pasiones.

No mendigaré aqui el sufragio de los incrédulos.

dulos, presentándoles la Religion cristiana bajo su aspecto filosófico. Se que muchos de ellos la han celebrado, le han dispensado sublimes elogios. Mil gracias por sus favores. No los necesito. No intento degradarla para obtenerlos. La Religion cristiana es una Religion celestial, que tiene en el cielo su origen, su morada, su esperanza, su gracia, su dignidad. *Genus, sedem, spem, gratiam, dignitatem in cælis* (1), y todo lo que sea quererla hacer bajar del cielo á la tierra, es degradar su nobleza y mancillar su hermosura. El hombre terreno no puede conocerla, no puede sentirla, no puede admirarla; el hombre terreno, quiero decir, el que se animaliza á sí mismo, se materializa, se acomoda á no ser mas que bestia. El hombre orgulloso quepreciado de sus talentos no quiere creer sino lo que entiende con su razon, los hechos, los fenómenos que su razon alcanza, ó que referidos por otros, si no los ha tocado con sus sentidos, son conformes y no superiores á los que él ve y toca; este tampoco es capaz de apreciar el valor de una Religion que exige para ser entendida entrar á estudiarla creyéndola, como decia San Agustin: *noli intelligere ut credas, sed crede ut intelligas*: no creyendo en testimonios falibles, en testigos sospechosos sino en la palabra de Dios y en la autoridad de la Iglesia: de Dios que no puede engañarse: de la Iglesia que no puede engañarnos. Solamente los párvulos son capaces de conocerla, de apreciarla,

(1) *Tertulian. in Apologia.*

de respetarla y amarla como ella se merece. Parvulos, no en la edad, sino en el candor y la sencillez: no candor de bobos ni sencillez de necios; sino en el candor y sencillez de los parvulitos que creen con toda sinceridad las palabras de su padre y de su madre, sin detenerse á pedirles la razon de sus dichos, ni el por qué de los preceptos que les imponen. Asi comenzamos á vivir en el mundo: asi debemos comenzar á vivir para el cielo. La fe en los padres de nuestra carne es la única guia que dirige con seguridad las primeras operaciones de nuestra vida mortal. La fe en los padres de nuestro espíritu en Cristo y en su esposa la Iglesia, es la única guia necesaria y segura que debe dirigir nuestras operaciones sobrenaturales. Tan impotentes estamos para conducirnos á nuestro último fin, para conseguir nuestra verdadera felicidad por nosotros mismos sin auxilio superior; como para proveer á nuestra subsistencia y desarrollar con acierto los primeros impulsos de nuestras facultades físicas, estimuladas por las primeras necesidades de la naturaleza. Tan necio es el que para asentir á lo que le enseña la Iglesia pide la razon y pregunta, ¿por qué? y quiere penetrar los misterios y entenderlos para creerlos; como lo seria el niño que á cada insinuacion de sus padres exigiese de ellos el motivo y la causa, y las miras que se proponian para conducirlo de aquella suerte. Sabe que lo aman y descansa confiado en la seguridad que le inspira el amor paternal. Sabe el cristiano que lo ama su Dios y que la Iglesia lo

educa con ternura de madre, y en esta confianza se presta gustoso y dócil para creer lo que le enseña y á practicar lo que se le manda. El niño es dócil para oir la voz de sus padres, creerlos y obedecerles; pero cuando le habla un extraño desaparece aquella docilidad, y se le ve esquivo y desconfiado, hasta que sus padres lo tranquilizan apoyándoles ó desmintiéndoles el dicho ageno. Esta es la prudencia de los párvulos, la que quiere Jesucristo que combinemos con su candor y su sencillez. Todo nuestro cuidado, todo nuestro estudio debe llegar hasta asegurarnos de que es Dios quien nos habla por boca de la Iglesia; ninguno otro tiene derecho á que lo creamos sobre su palabra (1). Pero ya seguros de oir la voz de nuestros padres, de Dios por boca de la Iglesia, no debemos vacilar un momento. Es padre que no puede engañarse porque todo lo sabe. Es madre que no puede engañarnos, porque enseñada por su esposo nos ama como hijos solícita solamente de nuestro bien.

Hablando, pues, con personas así dispuestas para su satisfaccion y aun con los mismos incrédulos, por si leyendo estas cosas derrama el Señor en sus corazones la uncion de su espíritu que los haga dóciles á su voz: examinemos esta Religion que profesamos que no rehuye un exa-

(1) *Duo debent conjunctim adesse, quo doctrina aliqua sit fidei catholicæ. Alterum, ut sit revelata á Deo per prophetas, apostolos, seu auctores canónicos: Alterum ut si proposita ab Ecclesia. Veron. De regula Fidei §. 2º*

men racional y justo: examinemos sus dogmas su moral y su culto. Yo veo que sus dogmas son únicamente los necesarios, y que todos estan fundados en la razon aunque superiores á ella. Me esplicaré. Si Dios hubiera querido hacer ostentacion de su sabiduría infinita, ¡cuántos y cuán profundos misterios nos podria haber revelado sin que por eso dejasen de ser misterios para nosotros tan superiores á nuestra razon como los que creemos! Pero se echa de ver la divinidad de estos en ser los necesarios no mas para nuestro gobierno. El saber nuestro origen, lo que somos y cual es nuestro fin: esto es todo lo que necesitábamos saber y lo que no alcanza á descubrirnos nuestra razon; pues esto es solamente lo que Dios nos ha revelado con la mayor concision, para suplir los conocimientos que nos faltaban, no para saciar nuestra curiosidad. Un Dios, uno en esencia y trino en personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, es el Autor, el Criador de todas las cosas y de cada uno de nosotros. Ese es nuestro origen. Un alma distinta del cuerpo, espiritual, inmortal, unida á un cuerpo corruptible, que la arrastra á lo malo por la concupiscencia que excita en ella, pena de la primera culpa de los primeros padres del género humano: esto somos nosotros. Somos un ser viciado, corrompido, degradado. Pero este vicio que en mi advierto, ¿no tiene remedio? Esta corrupcion, ¿no tiene medicina? Esta degradacion, ¿es irreparable? Me interesa saber donde está este remedio si le hay, donde está esta medicina y cual es mi reparador.

Este es Jesucristo Dios y hombre en dos naturalezas distintas y una sola persona: su sangre es mi remedio, su gracia es mi medicina. Colocado en el mundo, ¿cuál es mi destino? ¿Acabo totalmente en la muerte, ó sobrevive á ella parte de mi mismo, parte que conserve conciencia de su existencia, y cuya personalidad abraze y una el estado presente con aquel venidero? Así sucede: mi alma sobrevive á mi cuerpo, y un día reunida á él de nuevo, recibirá todo el hombre y todos los hombres el premio eterno de sus buenas obras, ó el eterno castigo de las malas. Estos son los artículos de nuestra creencia, los dogmas fundamentales de nuestra Religión. No se pide sino la fe de estos artículos para salvarse, la fe explícita de ellos é implícita de sus consecuencias propuestas por la Iglesia á los fieles para creerlas, por estar contenidas espresamente en los libros revelados por Dios.

Ahora bien: pues estos dogmas fundamentales estriban todos en hechos que estamos tocando y que para todo hombre de seso son evidentes. La existencia de un Dios autor del universo y de mi ser se funda en la existencia del universo mismo: la existencia del efecto prueba la existencia de la causa. La corrupcion de nuestra naturaleza: esta lucha interior que siente el incrédulo, que le obliga á discurrir, paralogizar, acumular sofismas á sofismas á fin de tranquilizarse y sufocar los remordimientos de su conciencia, para dar libre y desembarazado curso á sus pasiones: esta lucha que siente el hombre justo dentro de sí

mismo, entre los ímpetus de su concupiscencia y los dictámenes de su razon: cuando esta lo intenta retener en la senda de la ley, y la concupiscencia lo impele á seguir el impulso de sus apetitos desordenados:

Video meliora, proboque;

Deteriora sequor:

hasta que auxiliado de fuerzas superiores consigue debilitarla aunque no sufocarla del todo. Y tantas y tan apuradas calamidades como le afligen de la cuna al sepulcro: infante, absolutamente imbécil mas que ninguno otro de los animales, y de infancia mas prolongada que la de ellos: jóven, aturdido y atolondrado con la embriaguez de furiosas pasiones mas bravas que las de los otros vivientes: varon, acosado de mil fatigas y cuidados, delicado mas que otro alguno para el alimento y con menos disposiciones para proporcionárselo: enemigo de los hombres y perseguido de ellos, fenómeno único en todas las especies de animales al menos en el grado y con las circunstancias que vemos en el hombre: combatido de innumerables enfermedades propias esclusivamente de su especie: anciano, trémulo, apurado de fuerzas, apagado de vida, obligado á arrastrar los tristes restos de su existencia, parásito en la sociedad. Tan horroroso cúmulo de males y de miserias asi interiores como exteriores que hicieron dudar á Plinio: *Utrum natura parens melior hominis, an tristior noverca fuerit*: y repetir á Ciceron el dicho de los antiguos: *non ut à matre sed ut à*

no cerca natura in lucem nos editos esse. Pues tales desdichas entre las cuales se divisan vestigios de otro mejor estado, facultades y propensiones que apenas pueden desarrollarse en este; son el fundamento del dogma de nuestra corrupcion nacida del primer pecado del hombre, porque todas ó las mas son penas y la pena supone culpa supuesta la justicia de Dios. Siendo el hombre infeliz porque es criminal debe satisfacer á la justicia divina para reparar sus miserias, y no puede ni sabe como acertar á hacerlo. A esta ignorancia, á esta impotencia socorre el dogma de la reparacion del linage humano, hecha por el mismo Dios que le habia dado el ser. La Iglesia católica es el garante del dogma de nuestra reparacion. Esta congregacion de fieles que vemos existir diseminada cerca de dos mil años ha por toda la redondez de la tierra, es la depositaria de los títulos auténticos de nuestra libertad: la que conserva el precio infinito de nuestra redencion: la que nos lo aplica en los Sacramentos, señales sensibles de la reparacion de nuestras desgracias y de nuestra reconciliacion con un Dios agraviado, á quien no hubiéramos podido desenojar.

Finalmente, esa vida futura que tanto aborrecen los que en ella no esperan pasarlo bien, está fundada sobre el dogma de la Providencia; que como el de la existencia de Dios se toca en el órden y armonía constante de las partes principales del universo; y en los desórdenes que tambien tocamos introducidos en él por el hom-

bre, y no reparados en la tierra mientras vivimos. Los cuales si no hay otra vida en la que se reparen harian fea y abominable la obra del Señor. Es lo mas frecuente en el mundo ver la virtud perseguida y aplaudido el vicio: despreciado el inocente como un imbécil, y honrado el pecador como un hombre de ingenio y de esplendor: rico y poderoso al avaro que engruesa su capital con usuras é iniquidades; y pobre y apurado de bienes de fortuna al sencillo y honrándo artesano que ignora las arterías de la codicia: y pasar asi la vida y llegar la muerte á unos y á otros, sin haber cogido aqui estos otro fruto de sus virtudes que lágrimas, ni aquellos recibido otro castigo de sus delitos que placeres, satisfacciones y aplausos. Con estos desórdenes tan frecuentes no se aviene de ninguna manera una Providencia sabia y buena tan bien demostrada por otros títulos, sino admitimos una vida futura en la que se reparen todos estos entuertos. *Hoc si non sit, neque Deum esse: aut si sit, nihil illi curæ esse res humanas: atque nec virtutem esse nec vitium*, decia San Justino (1); que en sustancia viene á decir. Hay Dios, hay Providencia, hay virtud y vicio; luego hay una vida futura en la que se premie aquella y se castigue este, lo que las mas veces no se hace en el mundo.

De lo dicho se infiere que todos los dogmas fundamentales de la Religion cristiana estriban en hechos que se alcanzan por la razon, de los

(1) *En su Apologia.*

que se derivan necesariamente. De la existencia del mundo la existencia y providencia de Dios: de las contradicciones que tocamos dentro de nosotros mismos la corrupcion de nuestra naturaleza: del testimonio de la Iglesia la obra de nuestra reparacion: de los desórdenes que observamos en este mundo la existencia de una vida futura en la que han de repararse por la Providencia, que aquí los permitió por sus altos designios. La existencia del mundo nos es evidente con evidencia física ó de los sentidos: la corrupcion de nuestra naturaleza nos es evidente con evidencia del sentido íntimo: la obra de nuestra reparacion nos es evidente con evidencia moral ó histórica; esto es por el testimonio de la Iglesia que goza de todos los caracteres que se piden para constituir certeza moral, y la vida futura la deducimos por evidentes racionios y asi es evidente con evidencia de razon. Los hechos son positivos, innegables: sin los dogmas no pueden explicarse; pero estos son superiores á nuestra razon: con ellos y en ellos encuentra nuestra razon la razon suficiente de aquellos hechos, aunque no pueda comprender los dogmas que le sirven para explicarlos: para esto se nos han revelado: esto es lo que habíamos menester. Neuton ofrece la atraccion como causa de los movimientos celestes: la atraccion explica estos movimientos, que es lo que buscábamos; ¿pero qué es la atraccion? Neuton dice que no lo sabe; no obstante, él estendió la esfera de nuestros conocimientos maravillosamente, encadenándolos á una

causa de la que vemos que se derivan, cuando antes no sabíamos á qué atribuirlos; pero esa causa es el término de nuestra inteligencia. Es la clave que nos descubre cosas que ignorábamos hasta haberla empuñado, pero no alcanzamos á comprender lo que ella es en sí. Pues lo mismo sucede con nuestros dogmas; los hechos que antes no se esplicaban, por ellos se nos hacen fáciles de entender. ¡Cuánto deliraron los filósofos, cuánto deliran los incrédulos cuando quieren explicar ó negar aquellos hechos! ¡cuánto atormentan la razon del infeliz que quiere entenderlos y esplicarlos por sí solo sin plegar su razon al yugo de la fe! Mas apénas cree, cuando ya se desvanecen sus mayores dificultades. Esos dogmas que antes le parecian absurdos y contradictorios, ya los ve conformes y armónicos con su razon; antes imaginaba que eran imposibles, ahora no encuentra cosa mas conveniente. Consultando á su razon todo era locura: la fe se los demuestra ordenados con infinita sabiduría. En una palabra, ellos dan bastante luz para el que quiere ver; pero no iluminan al que cierra los ojos por orgullo y obstinacion; y así está dispuesto con infinita sabiduría, para que la fe sea un don, un mérito: es un don de Dios para que no se envanezca el hombre: es un mérito y el principio de todo mérito, y no se merece sino en lo voluntario, ni es voluntario el asenso que se presta á lo que no se puede negar.

Pasemos ya de los dogmas á la moral. También la han celebrado mucho los incrédulos; mas

para que no nos fiemos de sus elogios, ha tenido á bien el señor Dupuis pintarla como la mas execrable, la mas propia para viciar al hombre, estraviándole de la senda segura que le señala la naturaleza para ser feliz, y finalmente la mas opuesta á la prosperidad de las sociedades. Mas la moral cristiana es superior á todos los elogios y á todas las críticas y sarcasmos que vomite contra ella el infierno por bocas impuras y sacrílegas: ni necesita de aquellos para realzar su mérito, ni las bufonadas de estos empañan su augusta belleza y santidad. Decia de toda la Religion de Jesucristo, y repitió de su moral, que es toda celestial y divina. Las demas religiones y aun la judáica ofrece por premio de la virtud bienes terrenos, caducos y perecederos. La Religion cristiana convida con el cielo: nada ofrece en la tierra. El mismo Dios que dió á Israel preceptos vinculando á su observancia la pacífica posesion de la tierra de Canaam, nos ha dado á los cristiano la ley evangélica, y solo promete á los que la observen la posesion del reino de los cielos, y no mas. ¿Y qué mas? Ese fue el exordio de su predicacion, porque anunciando una ley nueva, nueva por su mayor perfeccion, aunque en sustancia la misma que la antigua, debia desde el principio declarar el premio que debian esperar los que la observasen, para atraerlos á su observancia con la esperanza de la recompensa, y asi les dice: bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos, y todo cuanto continúa ofreciendo á los que la sigan

no son mas que bienes que han de gozar en aquel reino bienaventurado, en aquella verdadera tierra de promision, heredad de los hombres de mansedumbre, adonde enjugarán para siempre sus lágrimas los afligidos en este mundo: adonde poseerán sin contradiccion ni temor de perderla jamas la santidad y justicia porque aqui han suspirado: adonde recibirán los misericordiosos el premio de sus limosnas y misericordias: adonde verán á Dios los que han conservado puro su corazon: adonde entrarán á poseer los pacíficos la herencia propia de los hijos de Dios: adonde se les hará justicia á todos los injustamente agraviados y perseguidos en esta vida.

Con esto arrancó Jesucristo al hombre de la tierra, fijando sus deseos y sus esperanzas solo en el cielo. Empresa ardua y difícil sobre cuantas pueden proponerse los hombres: para cuyo logro, si alguno se la hubiese propuesto, se habria valido de los medios mas estraordinarios y violentos; pero Jesucristo solamente usa de un suave y maravilloso artificio. Tomando nuestra naturaleza y haciéndose hombre semejante é nosotros, se nos entra por los sentidos, que nos tenian emboados en la contemplacion de las cosas visibles, cuyo amor nos traía perdidos sin querer entrar dentro de nosotros mismos: nos encantó y sorprendió con su conducta y con sus milagros: nos acarició con sus beneficios, y despues de habérsenos hecho amable, se aparta de nuestra vista, se introduce acá dentro de nuestras almas, y así se lo atrae al hombre dentro de sí mismo de

donde se hallaba estraviado y errante, segun observa delgadamente San Angustin (1). "Asi es como, continuando el Duguet el pensamiento de San Agustin; asi es como tomando Dios un cuerpo hizo al hombre espiritual; hablando á sus sentidos curó la sordera de su alma: haciéndose hombre lo libertó de su amor propio: acomodándose á la propension que tenia á no adorar sino lo visible le hizo adorar lo que no se ve: cubriendo su divinidad con el velo de la carne mortal dispó su ceguedad: haciéndose su hermano se hizo reconocer por su Dios, y tomando en sí sus debilidades vino á ser su libertador.

» Nada hizo por la fuerza: todo lo alcanzó con la persuasion y con suaves amonestaciones: con sus milagros se dió á conocer como Dios, con su pasion y muerte hizo ver que era hombre. Amaban desordenadamente los hombres las riquezas, precio de los placeres; y él quiso ser pobre: se desvivian por los honores y por el mando, y él rehusó ser rey. Tenian á dicha ser padres de numerosa prole, y él despreció esa dicha. Eranles insufribles la contumelias, y él sufrió todo género de denuestos é insultos: no podian tolerar en paciencia la injuria mas ligera::: ¿pues qué mayor injuria que ser condenado siendo inocente y justo como él lo fue? Abominaban los dolores del cuerpo, él fue azotado y atormentado. Temian la muerte sobremanera, á muerte quiso ser condenado. Entre todos los suplicios era el de cruz el

(1) *Lib. 4º c. 12 de sus confesiones.*

mas afrentoso, fue crucificado. Privándose de todos los bienes, cuyo desordenado apetito nos separaba de la virtud y nos hacía criminales, los envileció. Sufriendo todos los males que aborrecíamos y temíamos hasta separarnos del camino de la verdad por evitarlos, nos hizo superiores á ellos y nos enseñó á sufrirlos. En una palabra, deshonoró y degradó los bienes aparentes con su desprecio: honró los males aparentes sufriendolos él primero. Y por medio tan sencillo y suave destruyó todos los vicios é hizo practicables todas las virtudes, porque no se comete pecado alguno sino ó apeteciendo lo que menospreció, ó huyendo de lo que él padeció y sufrió por nosotros (1)."

De esta suerte preparó Jesucristo á los hombres para recibir su moral y para practicarla. Pero, ¿cuál es el caracter de esta moral, la nota característica, la tesera, el criterio por el que se distingue de la moral de los filósofos, de la de los demas legisladores, de todas las enseñanzas humanas? El mismo Jesucristo lo señala. "En esto, dice á sus discípulos al despedirse de ellos, en esto conocerá el mundo que sois mis discípulos, en que os amais unos á otros con tan buen corazon como yo os he amado y os amo, pues que voy á dar mi vida por vosotros. Este es el precepto nuevo que ha de distinguir mi moral de todas, este es el mandato que por escelencia llamo yo mio. Todos los demas preceptos de mi moral deben subordinarse, deben ordenarse, de-

(1) *D. Aug. De vera religione. c. 16. p. 757.*

ben dirigirse á este como al principal." Asi lo entendian, asi lo practicaban aquellos primeros discípulos de Jesucristo y sus sucesores, que viviendo reunidos en pequeñas sociedades procuraban acomodar su conducta al espíritu del Evangelio. "Lo principal que en ellos se observa, dice San Agustin, testigo ocular, es la caridad: á esta se refiere y se sujeta todo lo demas: por caridad unos comen carnes y beben vino: por caridad otros se abstienen de ello: el órden de su vida, todas sus palabras, su trage, su semblante y modales todo se acomoda á la caridad; el quebrantarla, el faltar á ella se mira como un atentado contra el mismo Dios: el que la quebranta ó se resiste á ella, se ve reprobado de todos y lanzado de su compañía: si la ofende en algo no se le permite permanecer obstinado con ellos ni un solo dia. Saben muy bien que este es el precepto recomendado por Jesucristo y por sus apóstoles, de tal suerte, que si este falta, lo demas es vano; si se observa está todo lleno. *Ut si hæc una desit, inania; si hæc adsit, plena sint omnia* (1)."

Si despues de haber fijado el verdadero caracter de la moral cristiana, quisiese ofrecer aqui en compendio todo el sistema de su doctrina, lo hallaria elegante y sólidamente delineado en aquella hermosa apóstrofe de San Agustin á la Iglesia católica. "Esta es, dice el Santo, la forma de vivir que se nos ha dado á todos los cristianos, que amemos á Dios nuestro Señor de todo

(1) *Aug. de moribus Ecc. cathol. c. 33.*

nuestro corazon, con toda nuestra alma, y despues á nuestros prójimos como á nosotros mismos; porque á estos dos preceptos se reduce la ley entera y todos los profetas. Justamente, pues, ó Iglesia católica, madre muy en verdad de los cristianos, nos mandas que amemos á Dios en cuya posesion consiste nuestra vida bienaventurada, y lo adoremos pura y castamente, y á esto añades el amor y la caridad del prójimo, abrazando en esta doble caridad de Dios y del prójimo con incomparable escelencia toda la medicina que han menester nuestras almas, para precaverse y curar de las variäs enfermedades de que adolecen por sus pecados. Tu adiestras y enseñas con sencillez y ternura á los niños, con valentia y fortaleza á los jóvenes, con suavidad y sosiego á los ancianos, conforme á lo que conviene á cada edad al alma y al cuerpo. Tu subordinas las esposas á sus esposos con casta y fiel obediencia, no con el fin de saciar su lascivia, sino con el de propagar la especie y para la armoniosa sociedad de sus casas. Tu prepones los maridos á sus mugeres enlazándolos con las dulces leyes de un amor sincero, ni permitiéndolos que las opriman abusando de la debilidad de su sexo. Tu sujetas los hijos á los padres con libre servidumbre, y elevas á los padres sobre sus hijos con un dominio y autoridad piadosa. Tu unes á los hermanos entre sí con los vínculos de la caridad y de la Religion, mas firmes y apretados que los de la sangre. Tu estrechas todas las relaciones de parentesco asi entre consanguíneos

como entre afines, con el suave lazo del amor, guardando el orden y grados que indican la naturaleza y la voluntad. Tu enseñas á los siervos que vivan en buena y cordial union con sus amos, no por necesidad de su condicion sino cumpliendo en esto gustosamente para con ellos los oficios á que estan obligados. Tu haces á los amos apacibles y propensos, mas á aconsejar que no á castigar, poniéndoles á la vista á su Dios que es Señor de ellos y de sus siervos. Tu enlazas unos ciudadanos á otros, unas á otras naciones, á todos los hombres entre sí no solo con los vínculos de la sociedad sino de cierta hermandad, recordándoles que son todos hijos de nuestros primeros padres. Enseñas á los reyes que miren por los pueblos: amonestas á los pueblos que se sujeten á los reyes. Inculcas incesantemente á quiénes debe darse honor, á quiénes afecto, á quiénes reverencia, á quiénes temor, á quiénes consolacion, á quiénes amonestaciones, á quiénes exhortaciones, á quiénes castigo, á quiénes reprehension, á quiénes suplicios: definiendo y aclarando como no todo se debe á todos; mas á todos se debe la caridad, á ninguno injuria."

El culto cristiano ofrece tambien á la vista del que lo examina de cerca señales bien claras de su origen divino. A los cristianos se nos recomienda de tal manera, con tanta frecuencia y tan eficaces palabras y sentencias el culto interior que debemos tributar á Dios en nuestras almas, que parece que en él solamente se hace consistir nuestra Religion. Este culto se reduce á

la creencia de los dogmas y á la observancia de la moral. A Dios como sumamente veráz debemos creerlo: como sumamente fiel debemos confiar en sus promesas: como sumamente bueno le debemos todo el amor de nuestro corazon. Adoramos á Dios principalmente con la fe, la esperanza y la caridad, en la que como he hecho ver está comprendida toda la moral del Evangelio. La Religion cristiana pura y sin mancha, el culto principal con que acatamos y damos honor y gloria á nuestro padre Dios, consiste en visitar y socorrer á los huérfanos y viudas en su afliccion, y en conservarnos puros y libres de la corrupcion del presente siglo (1). Mas como debemos tributarle honor y reverencia no solo dentro de nuestra alma, sino esteriormente con acciones corporales, así porque le es debido el homenaje de todo el hombre, como tambien para hacer pública y manifiesta nuestra dependencia del Ser supremo, y finalmente, para que estas mismas acciones de culto nos sirviesen de vínculos sagrados con los que apareciesen unidos todos los hombres que profesan esta Religion misma; por esos y otros fines todavía mas elevados estableció Jesucristo antes de separarse de los suyos, sacramentos muy pocos en número, muy fáciles en su observancia, muy escelentes en su significacion, con los cuales ligó la sociedad de su nuevo pueblo; reducidos al Bautismo consagrado con la invocacion de la Trinidad y la Comunión de su

(1) *Jacob. c. 1º v. 27.*

cuerpo y sangre, y algunas otras ceremonias tambien muy sencillas, recomendadas en las escrituras canónicas que contienen la doctrina y enseñanza de aquel Señor; y si á esto agregamos lo que dejaron dispuesto los apóstoles, y lo que ha ordenado la Iglesia en los concilios generales y se practica en todo el orbe cristiano constante y uniformemente; en esto se comprende todo nuestro culto (1).

Pero en rigor esto se reduce al sacrificio de nuestros altares, en el cual Jesucristo es la víctima que ofrecemos á nuestro padre Dios; víctima que se nos regala por el mismo Dios á quien la ofrecemos; víctima siempre subsistente y siempre de infinito valor, que no se menoscaba ni sufre alteracion ninguna despues de haberse inmolado en la cruz. Con este sacrificio llenamos cumplidamente todos los oficios que debemos á Dios: con él le tributamos el mas alto honor que es posible, el único correspondiente á su infinita magestad y grandeza: con él le damos gracias por todos los beneficios que recibimos de su liberalísima mano: por él le pedimos y alcanzamos cuantos bienes y gracias hemos menester para nosotros, para la Iglesia y aun para las almas que estan destinadas en el lugar de espiacion: con él satisfacemos á Dios todas nuestras deudas y espiamos todos nuestros pecados. Es un sacrificio que se ofrece bajo los símbolos mas propios que podian elegirse al intento; porque son los

(1) *S. Agus. Epist. 1.^a ad Januarium c. 1.^o p. 124.*

mas preciosos, los mas espresivos, los mas sencillos, los mas católicos, los mas aptos para reunir en amor y en caridad á todos los cristianos. Los mas preciosos, los mas apreciables, porque ¿qué cosa hay de mas estimacion, de mayor utilidad, mas necesaria al hombre que el vino y el pan? ¿No son estas entre los dones con que nos ha favorecido el Señor los de mas valor y de mayor provecho? Los mas espresivos; porque ¿qué otros espresarían con mas propiedad los efectos sobrenaturales que causa en el alma aquel sacrificio? Alimentarla: alegrarla con júbilo celestial y sólido gozo: reparar las pérdidas con que se menoscaba en el trato del mundo, y aliviar las penas y fatigas que sufre en este miserable destierro. Los mas sencillos; porque habiendo de participar de este sacrificio toda clase de hombres, ¿qué manjares pudieron buscarse mas análogos á su naturaleza, mas agradables á su paladar, de un uso mas comun que el vino y el pan? Los mas católicos ó universales; porque donde quiera se hallan, ni hay país en toda la redondez de la tierra donde no se encuentren ó bien cultivados en el propio suelo, ó conducidos de otros inmediatos. Los mas aptos para simbolizar la íntima union que hay entre la cabeza y el cuerpo místico de la Iglesia, y entre sus miembros unos con otros; porque recibiendo estos símbolos se nutren nuestras almas, convirtiéndose ó trasmutándose por la mas exacta conformidad y semejanza en aquel alimento espiritual: á la manera que el corporal se convierte en la propia sustancia de

nuestro cuerpo, y tambien porqué el pan se compone de muchos granos de trigo molidos y mezclados en una masa, y el vino de muchos granos de uva esprimidos de que resulta un solo licor.

Mas como la congregacion de los fieles ó la Iglesia, aunque no sea un reino terreno, un estado temporal, es una sociedad verdadera, cuyos miembros estan reunidos con vínculos mas estrechos que los que unen á una patria comun todos los ciudadanos, debia tener en su Orden cuantos recursos ha menester para conservase. A este fin instituyó su Divino autor ciertos símbolos sensibles, porque se establecian para hombres que en esta vida perciben por medio de los sentidos, los cuales significan la gracia que se confiere en ellos al hombre, y producen en él, supuesta su buena disposicion, en virtud del pacto ó promesa que nos dejó el mismo Jesucristo de conferir los auxilios que necesitamos, siempre que con viva fe, con firme esperanza y con sincera caridad hagamos uso de aquellos símbolos sacrosantos. De estos el Bautismo regenera al hombre á una nueva vida y le imprime el caracter de cristiano. La Confirmacion lo conforta y fortalece. La Penitencia á los enfermos por el pecado los sana reconciliándolos con su Dios. La Estrema-uncion repara sus fuerzas debilitadas por la culpa. La Eucaristia lo alimenta. El Matrimonio consagra la union conyugal de la que resultan frutos de bendicion en los hijos, en quienes va perpetuándose esta sociedad; y el Orden autoriza á los miembros suyos que se destinan para

las funciones propias del culto. Nace el hombre para la Iglesia, y por el Bautismo se hace cristiano, párvulo todavía en cierto sentido: adquiere robustez varonil por la Confirmacion: se nutre y alimenta con el Pan celestial. Encuentra medicamentos de salud para sus dolencias y apuros en la Penitencia y la Estrema-uncion. Se repone la Iglesia de sus pérdidas con nuevos hijos procedentes de esposos benditos y santificados en el matrimonio; y conserva la gerarquía de sus ministros, consagrandolo por el Orden nuevos sucesores de sus padres antiguos. Los símbolos son sensibles, insensibles sus efectos. Los elementos, las acciones, las palabras, son corporales: la gracia que se nos concede al recibirlos es espiritual, porque toda la economía y gobierno de esta sociedad santa es sobrenatural y oculta.

Su liturgia, sus solemnidades son tan bellas, tan admirables como su sacrificio y sus símbolos. Oigámos la relacion que hace de ella á los emperadores romanos el glorioso mártir San Justino á mediados del segundo siglo de la Iglesia. "A los que persuadidos de la verdad de la doctrina que les anunciamos se resuelven á creerla y abrazarla, les prevenimos que ayunen y pidan á Dios el perdon de las culpas que han cometido en su vida anterior, acompañándolos nosotros en sus ayunos y oraciones para el mismo intento. Despues los conducimos adonde está el agua, y alli son regenerados del mismo modo que lo fuimos nosotros, invocando el nombre del Padre de todas las cosas Dios y Señor nuestro, y de nuestro

Salvador Jesucristo y del Espíritu Santo al sacarlos del agua. Llamámos iluiminacion á este baño, porque se iluminan en él las almas de los que aprenden estas cosas. Reunido á nosotros el nuevo cristiano lo conducimos á la Iglesia ó á la congregacion de los demas hermanos para que asista á las preces comunes en las cuales se pide á Dios por el nuevo iluminado, por todos nosotros y por todos los hombres, para que despues de habernos concedido el conocimiento de la verdad nos haga dignos y aptos para cumplir los mandamientos que se nos han dado y conseguir la vida eterna. Concluidas estas preces nos saludamos mutuamente con el osculo de paz y caridad. El dia del Sol todos los cristianos de cada comarca, asi los que viven dentro del pueblo, como los que moran en las alquerías de su término se reunen en un lugar: asi se lee un trozo de las santas escrituras segun lo pide y permite el tiempo: y callando el lector habla el que preside la junta á todo el concurso esplicándoles lo que se ha leído y exhortándolos á la observancia de tan saludable doctrina. En seguida nos levantamos y oramos en comun: ofrecen los cristianos el vino y el pan presentándolo á los ministros, y recibéndolo estos lo bendicen y consagran dando gracias y alabanza á Dios por habernos concedido aquellos dones y todo el pueblo responde: *Amen*. Entonces se reparte aquel pan y vino consagrados á todos los presentes y se envia á los ausentes por medio de los diáconos. Nosotros no comemos este pan ni bebemos este vino

como el pan y el vino comun, sino que creemos que asi como el Verbo eterno de Dios, haciéndose hombre, recibió carne y sangre por causa de nuestra salud; del mismo modo aquel alimento sobre el cual se han dado gracias y se han pronunciado las palabras del mismo Verbo, viene á ser y se convierte en carne y sangre de Jesucristo con la que espiritualmente nos alimentamos y mantenemos. Al fin los mas ricos y todo el que puede y quiere contribuye con lo que es su voluntad, y todo cuanto asi se recoge se deposita en el presidente y de este depósito socorre él á los huérfanos, á las viudas, á los enfermos, á los presos, á los peregrinos, y en una palabra es el tutor y curador de todos los pobres." A esto se reducía la liturgia en tiempo de San Justino, y á esto sustancialmente se reduce toda en el dia (1).

He aqui todo el culto de los cristianos: todo está reducido á un sacrificio puro y sublime, á unos símbolos sencillos y eficaces, á una liturgia magestuosa y amable: todo respira amor y caridad. Estas son aquellas cenas llamadas agapes ó convites de amor; porque el amor reunia en ellas á los convidados: en ellas se fomentaba el amor, y de ellas salian encendidos en amor á su Dios y á todos sus hermanos.

Esta es la religion que profeso, la que amo y venero, y esta es la que defiendo: este es el caracter de sus dogmas, de su moral, de su cul-

(1) *San Justin. Apolog. 2ª*

to. Si alguno intenta afeár el bosquejo que he trazado de esta religion celestial, atribuyéndole opiniones, preceptos, doctrinas ó prácticas, ceremonias ó abusos que no le pertenecen le daré por toda respuesta la siguiente doctrina de San Agustin, que enseña á discernir la obra de Dios de la de los hombres. "Todas aquellas cosas que no se contienen en las sagradas letras, dice el Santo, ni se hallan mandadas en ningun Concilio de obispos, ni sancionadas por la costumbre universal en toda la Iglesia católica, sino que varían de infinitos modos á proporcion de la variedad de costumbres en distintos lugares, de suerte que apenas puede señalarse qué razon hubo para establecerlas, ó mas bien no tuvieron ninguna: tales cosas, digo sin linage de duda, todas deben suprimirse quando se presente oportunidad para ello. Pues aunque no pueda determinarse de qué modo se opongán á la fe, empero ellas sobrecargan y oprimen con observancias serviles la Religion de Cristo, que Dios por su misericordia quiso estuviese libre y desembarazada reduciéndola solo á la celebracion de muy pocos y muy manifiestos Sacramentos. De modo, que con estas invenciones humanas ha venido á ser mas tolerable y llevadera la condicion de los judíos, los cuales aunque no conocieron el tiempo de la libertad, solo estan sujetos á cargas legales, pero no á caprichos humanos. Pero la Iglesia de Dios envuelta entre mucha paja y mucha zizaña tolera muchas de estas cosas; mas sin embargo, las que se oponen claramente á la

se ó á las buenas costumbres, ni las aprueba, ni las disimula, ni menos las hace (1).”

Capítulo Octavo.

LOS HECHOS, QUE SON EL FUNDAMENTO DE LA RELIGION CRISTIANA, NO SE HAN TOMADO DE LAS FÁBULAS Ó MITOLOGÍA DE LOS IDÓLATRAS.

Todo lo dicho hasta aqui acerca del origen y principales épocas de la Religion verdadera ha sido conducente para refutar las imposturas de Dupuis, las cuales, supuestas las verdades que dejamos probadas, son fáciles de rebatir con mas solidez y brevedad. Hasta ahora puede decirse que no nos hemos batido frente á frente con

(1) *Epistol. 2. ad Januar. c. 11, inter Maurin 55. pág. 142.*

nuestro adversario. Todo nuestro trabajo se ha dirigido á preparar el campo de batalla con obras abanzadas de fortificacion, á ocupar de antemano las posiciones mas ventajosas, á cortar todas las salidas por las que pudiera escapársenos, á parapetarnos en todas direcciones, para evitar que nos flanquease y para poderlo rechazar con firmeza y denuedo hasta conseguir su total esterminio.

Dirígense los ataques de Dupuis á calumniarnos á los cristianos tratándonos de impostores y de plagiarios, y asegurando que la Religion cristiana es un sistema religioso copiado de las fábulas mitológicas de la antigüedad pagana, de las opiniones de los filósofos y del culto gentílico. Los hechos que son las bases de nuestra Religion, dice él, que son meras alegorías inventadas por el gusto y á semejanza de las demas que hacen el cimiento de la mitología pagana. Los principales dogmas de nuestra creencia no son, segun él, otra cosa que las rancias opiniones de los filósofos griegos, y nuestras ceremonias y nuestro culto todo una copia insipida de los misterios y solemnidades idolátricas. En una palabra: el inventor de la Religion cristiana tomó para componer su sistema religioso lo que le pareció mas oportuno de cada una de aquellas tres teologías fabulosa, filosófica y civil, de que hablaban los romanos Scevola y Varron.

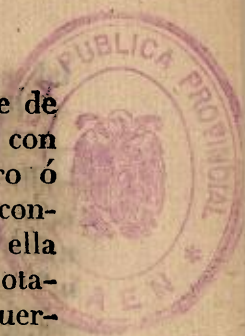
Y en cuanto á lo primero, dos, dice Dupuis, son los hechos principales en que se funda nuestra Religion, á saber: la caída del primer hom-

bre y la reparacion del linage humano, y ambos son meras alegorías copiadas miserablemente de la cosmogonía de los persas, que reducidas á su verdadero valor y natural sentido no nos quieren dar á entender otra cosa, que los males que resultan á la tierra y al hombre por el decenso del Sol al hemisferio austral durante el Otoño é Invierno, y la reparacion de aquellos males y la abundancia de bienes que vuelve á derramar sobre la tierra, y de consiguiente sobre el hombre cuando sube aquel astro benéfico al hemisferio boreal y permanece en él Primavera y Verano. Examinémos, pues, la caida del hombre que es el primer hecho.

§. Iº

El extracto que hace Dupuis de esta tragedia segun la refiere Moises, está formado con tal malignidad y tan negros colores, es tan deforme y monstruoso que le obliga á esclamar: "Si entre nuestros lectores hay alguno tan crédulo que pueda tragarse y digerir semejantes absurdos, deténgase aqui y no siga leyendo mi obra." ¿Y qué absurdos son estos? Primero. La idea de un Dios, es decir, de un Ser por su naturaleza invisible á los ojos é incomprensible al espíritu, que se pasea en un jardin y que impone preceptos al hombre. ¿Pero es absurdo que este Dios se comunique al hombre de alguna manera? ¿Cómo prueba Dupuis que sea Dios de tal modo incommunicable

que no tenga en su poder medio alguno para tratar al hombre? ¿El que formó los ojos no verá? ¿No oirá el que construyó los oídos? ¿No podrá, usando de estos mismos cuerpos que son hechura suya, hacerse entender de los hombres? Y por otra parte cuando se habla de Dios á un pueblo rudo é ignorante, ¿pueden dársele á entender cosas tan sublimes sin usar de metáforas en las cuales se ven pintadas las cosas inefables con colores sensibles? Pues si Dupuis es tan grosero que se persuade que debe entenderse el paseo postmeridiano del Señor en el Paraíso, como el que solemos dar nosotros despues de comer, esa es culpa suya, no del escritor sagrado que se esplicó como debia para que lo entendiésemos como debe entenderse. El segundo absurdo que Dupuis no puede pasar, és la conversacion de Eva con la serpiente. ¿Mas no vemos que hay una máquina material cual es nuestro cuerpo, dotada de ciertos órganos corporales por los que espresa sus conceptos el ser inteligente que la ánima? ¿Pues qué contradiccion hay en que un Ser inteligente mueva ciertos órganos de un animal y le haga proferir palabras y discursos? ¿Por ventura será que la lengua y demas órganos de la voz en la serpiente son incapaces de producir las modulaciones de que se forman los sonidos articulados? ¿Y quién, antes de haber oído hablar á los loros y á otras aves, hubiera sospechado que los órganos de su voz eran susceptibles de proferir palabras con tanta propiedad, que engañan muchas veces, teniéndolas por voces huma-



nas? ¿Y acaso sabemos de cierto qué especie de animal fue aquel que trabó conversacion con Eva? Y aun quando fuese alguno del género ó familia de las culebras que conocemos, ¿qué contradicion hay en que Satanás se valiese de ella para hablar con Eva? Si nuestra alma está dotada de la facultad de mover los órganos del cuerpo á que está unida y no mas, ¿es por eso imposible que haya otros seres inteligentes ú otros espíritus con facultad de mover órganos de cuerpos, á que no estan unidos con union tan íntima como la que tiene nuestra alma con nuestro cuerpo? Tercero absurdo. Un hombre y una muger cuya organizacion está dispuesta para reproducirse, destinados al mismo tiempo á engendrar y á ser inmortales, y á producir indefinidamente otros seres inmortales como ellos lo eran, que tambien han de procrear y alimentarse todos de las frutas del jardin que han de habitar con toda su descendencia infinita por una eternidad.=Una cosa es ser inmortal y otra es permanecer siempre en un mismo estado. Nuestros primeros padres eran antes de pecar inmortales; esto es, sus almas no se hubieran separado de sus cuerpos sino hubiesen pecado; pero de aqui no se sigue que hubiesen de haber permanecido siempre comiendo y bebiendo en el Paraíso ni ellos ni tampoco sus descendientes. Crece el gusano de seda y á su tiempo se encierra en el capullo que él mismo ha labrado, y alli pasa al estado de larva ó de ninfa, y al fin se desenvuelve y convertido en palomita rompe la prision, vuela y se acopla,

y habiendo dejado sucesion muere. No son muertes las primeras, son metamorfosis que en algun modo nos dan á entender lo que hubiera sucedido al hombre inocente. Del Paraíso que lo habria sido todo el globo terraqueo, habria pasado por eleccion de su voluntad á un estado mas perfecto y á mas feliz morada en cuerpo y alma, para alabar á su Dios viéndole y gozándole por una eternidad sin temor de perderle jamás. Cuarto absurdo segun Dupuis. Una manzana comida que va á ser el crimen de tantos millones de hombres que ninguna parte han tenido en aquel delito.=No es delito ni lo fue coger la manzana: no lo fue el comerla: lo fue el desobedecer al Señor que les habia mandado no llegasen á ella: ¿y quién puede disputarle al Criador el dominio sobre sus criaturas? ¿ni qué derecho tiene el hombre para exigir de su Autor que le conceda el uso de todas ellas sin escepcion alguna? Ni es ageno de razon que se le prohibiese aquella fruta para sensibilizar, como dijimos, el supremo dominio de Dios, la dependencia del hombre, y para ejercitarlo en la sumision con que debia recibir y guardar sus preceptos. Quebrantado este por nuestros primeros padres, incurrieron en las penas con que el Señor los habia conminado y entre ellas fue una sin duda un trastorno en las leyes que regian en Adán inocente, relativas al comercio entre su alma y su cuerpo: trastorno que heredamos todos sus descendientes, como enseña la experiencia que se heredan otras enfermedades, comunicándose de padres á hijos por

medio de la generacion: trastorno en fuerza del cual las sensaciones, las pasiones y demas alteraciones que proceden del cuerpo, obran en el alma con tal viveza, que arrebatando hácia sí fuertemente la atencion del espíritu, y empapando en pozoñoso placer á la voluntad, ni le dejan fuerzas para elevarse á otros conocimientos, ni para rehuir del alago irresistible con que la inclinan á seguir el deleite carnal. ¿Y qué derechos tienen los hijos de un padre rebelde para reclamar los privilegios y la grandeza, y los bienes de que privó á aquel el monarca en castigo de su delito? Nacerán pobres y miserables y se lamentarán del crimen de su padre, por el que se ven privados de la bienandanza y prosperidad en que aquel vivia y que disfrutó por la generosidad del príncipe; así como fue despojado de ella por un efecto de la justicia del mismo, contra la cual nada pueden alegar con fundamento sólido, y mucho menos si han sido cómplices en algun modo del delito paterno. Quinto absurdo. Aquel crimen primero, continúa Dupuis, no se perdonará hasta que los hombres se hayan hecho culpables del mayor de todos los delitos, cual es el Deicidio, crimen absolutamente imposible.=El criminal se hace acreedor á la pena que ha merecido por su delito, y la justicia exige la aplicacion de esta pena: medicinal para el que la sufre: preventiva ó preservativa de nuevos delitos en los que la presencian, y satisfactoria con respecto á la parte ofendida. Puede por generosidad sustituirse en ella el inocente por el culpado,

ofreciéndose aquel á sufrir el castigo que este merecia, y el príncipe sin faltar á la justicia, puede admitir esta sustitucion, siempre que con ella resulten satisfechos todos los fines que se propone la justicia vindicativa con ventajas de la república. Si esta pena no se aplicase sino cometiendo un delito el ejecutor ó verdugo, el primer delincuente quedaba salvo, habiendo satisfecho por él el inocente que le sustituyó, sin que por eso dejase de ser delincuente el ejecutor de la pena y acreedor por lo tanto á otra diferente. Ni era el delito del verdugo lo que el príncipe recibia como satisfaccion de la justicia vulnerada, sino la pena á que se habia sujetado y que habia sufrido el inocente por el criminal. Es verdad que el primer delito no se perdonaria hasta haberse cometido este segundo en las suposiciones que dejamos hechas; pero el segundo de ningun modo es causa del perdon del primero, y solo podrá haber sido ocasion para que se haya perdonado. ¿Y es imposible el Deicidio? Si lo es, si se entiende por el que el hombre haya muerto á su Dios, porque este no solamente es inmortal sino impasible; pero es posible y fue efectivo quitando la vida al hombre Dios, esto es, á Jesucristo en quien unidas las dos naturalezas una sola era la persona divina: asi como se haria reo de regicidio quien quitase la vida al hombre en quien residiese la primera autoridad de la monarquía.=Sesto absurdo, de la narracion del Génesis.=Otra pena de aquel pecado son los dolores que sufre la muger en el parto, como si es-

tos no fueran, dice Dupuis, resultado forzoso de su organizacion, y no fuesen comunes á las hembras de los demas animales. ¿Tan poco se le alcanza á este hombre de anatomía? Pues qué, ¿no pudo la organizacion de Eva inocente constar de resortes tan fáciles de jugar al gusto de su alvedrio sin dolor, como en el dia tenemos los que sirven para abrir y cerrar los ojos, los labios y la mano? Pero es tal el desbarato de los incrédulos, que asi como Dupuis niega ser los dolores del parto efecto del primer pecado, ó pena de él impuesta por Dios, porque los reputa efectos necesarios de la organizacion de la hembra; asi por el contrario se burlan otros de aquella maldicion del Señor, porque dicen que esos dolores son efecto de los vicios adquiridos en la sociedad y que la muger naturalmente pare sin dolor como sucede á las salvages. La verdad es que el parto es doloroso por los dolores que lo acompañan, por los trabajos de la preñez y por las fatigas de la lactancia, y que todas estas penalidades son penas de la primera culpa que se gradúan en las sociedades con los vicios de la molicie y otros.

Hecho este preámbulo, pasa Dupuis á probar que la historia de la caida del hombre que refiere Moises, es una copia de la cosmogonia persica conservada en el Zend-avesta y en el Bundehesk: es asi que la tal cosmogonia alegórica no significa en el triunfo de Ahriman sobre Ormusd, sino la caida del Sol al hemisferio austral en el equinoccio de Otoño; luego eso mismo significa la historia alegórica que se refiere en los

primeros capítulos del Génesis. Este es en suma todo su argumento. No me maravilla que Dupuis insista tanto en él y que lo reproduzca mil veces por todo el discurso de su obra; lo que me abolla el juicio, como suele decirse, es cómo este hombre sin alegar siquiera una razon buena ni mala, de siempre por supuesta la anterioridad del Zend-avesta respecto del Pentatéuco. He demostrado en el capítulo 6.º de la primera parte, que el Zend-avesta, aun cuando sea obra de Zoroastro es posterior al Pentatéuco nada menos de novecientos años: hemos visto que el Bundehesk, de donde toma principalmente Dupuis sus citas, es una extravagante cosmogonía fraguada (haciéndole mucho favor) por un persa visionario é ignorante muchos siglos despues, y esto está tan probado, que no puede citar Dupuis (yo le desafio á que lo haga) un autor persa, griego, árabe, ni latino antiguo ni moderno en favor de la antigüedad que él supone á los escritos que se llaman de Zoroastro.

Aparece aqui tan de bulto la mala fe é impudencia de Dupuis que no puedo dejar de llamar la atencion de mis lectores para que conmigo se convenzan de los escesos á que es capaz de conducir el fanatismo de la incredulidad. Oscurece la razon y trastorna el juicio de los que se dejan poseer de él hasta tal punto, que desconocen ó desprecian los principios y reglas mas sólidas y mas obvias de la lógica y de la crítica, y á manera de embaucadores, embusteros y trapalones, sin reparo alguno, todo lo meten á barato, todo

lo embrollan y con tono decisivo y altanero mienten atolondrando al infeliz incauto que hacen así víctima de su astucia y malignidad; lo aturden, se apoderan por sorpresa de su imaginacion y sin permitirle volver sobre sí, redoblan descargas de palabrotas enfáticas é insignificantes, hasta arrastrarlo no al convencimiento, sino á una ciega y desacordada deferencia á sus disparatadas opiniones é infundados errores. De estos hombres se encuentran en las grandes sociedades donde se ve llevado al último punto de perfeccion el arte de engañarse unos á otros, y este arte da de comer á muchos astutos charlatanes á costa de la sencillez é inesperienza de los barbilampiños.

El mismo Dupuis hablando del Génesis confiesa, "que los libros en que estan contenidas estas historias (habla de la creacion del mundo y caida de Adan) forman la base del código religioso de muchas naciones y tienen toda la autenticidad que puede exigirse en los monumentos de la humana creencia (1)." Nosotros hicimos ver esto mismo con testimonios de propios y de extraños, de amigos y enemigos, y con razones demostrativas en su línea, que no dejan duda fundada y racional. Vimos que aquellos libros son obra de Moises, y que Moises existió mil quinientos años antes de Jesucristo.

En orden á Zoroastro, el que se tiene por autor del Zend-avesta, vimos en el mismo capítulo cuántas y cuán divergentes son las opi-

(1) *Tom. 3.º pág. 6. colum. 2.ª*

niones que háy acerca de la época en que existió; pero que ninguna hace subir á mas de seiscientos años antes de nuestra Era su nacimiento, y su muerte la fijan seiscientos y treinta años antes de la venida de nuestro Redentor. En cuanto á sus obras, lo que tenemos en el dia es lo que tradujo Anquetil du Perron, como no se conserven en la Persia algunas otras. En ellas vemos á cada paso vestigios bien claros de la doctrina hebrea, tan manifiestos que los advierte el menos perspicaz. Para esplicar por dónde han venido allí á mezclarse con las estravagancias que contienen aquellos libros, todos convienen en que su autor Zerdust ó Zoroastro los tomó de la doctrina de los judíos y de sus libros que pudo leer muy bien, ora en Babilonia, ora en la misma Media, á donde confinó las diez tribus el Rey Salmanasar, y aun le señalan por maestro unos á Daniel, otros á Ezequiel, otros suponen que fue siervo de Esdras (1). ¿Cómo, pues, se atreve el Dupuis á dar por supuesto que Zoroastro existió antes que Moises; que el Zend-avesta y el Boun-dehesk, son anteriores al Pentatéuco, y que este es en gran parte una copia de aquellos? ¿Cómo hemos de arguirle á un hombre que no da otra prueba de su opinion que su dicho? ¿Cómo convencerlo? *Contra principia negantes*, decian los escolásticos, *fustibus est arguendum*: y en verdad que no encuentro

(1) *Foucher memorias sobre la religion de los persas*, tom. 46. pág. 446 y siguientes.

otro recurso que este para hacer entrar por vereda á Dupuis, ó abandonarlo á su ostinacion en el error.

Mas para que sepamos que Dupuis es un hombre no menos versado en la lectura de los Padres, que en la de los autores profanos, intenta persuadirnos, con la autoridad de los mismos Padres, que todo lo que se contiene en los primeros capítulos del Génesis es una alegoría; y dejando ahora á parte á Maimonides, á Philon, á los esenos y therapeutas, que ciertamente no lo son, oigamos lo que dice de S. Agustin. “Agustin refiere que muchos tenian la aventura de Eva y la Serpiente asi como el Paraíso terrestre por una ficcion y una alegoría, y despues de haber referido varias esplicaciones morales que se daban de aquellas alegorías, añade, que aun se podrian encontrar mejores, á las que no se opone con tal que siempre se vea allí una historia real y verdadera. Yo no se, añade Dupuis (hablando con llaneza) como Agustin pueda conciliar una alegoría con una historia real::: mas por otra parte la inverosimilitud de esta historia le hace convenir en la necesidad de recurrir á la alegoría para hallar en ella un sentido racional y algun rastro de sabiduría. Puede decirse con Beausobre que Agustin abandona en cierto modo á Moises y al viejo testamento á merced de los maniqueos que no admitian por auténticos los tres primeros capítulos del Génesis, y confiesa que no hay medio de conservar el sentido literal de dichos tres capítulos sin herir la piedad y sin

atribuirle á Dios cosas indignas de él; y finalmente, que para poner en salvo á Moises de estas imputaciones es fuerza no ver en su narracion sino una alegoría (1)." Esto dice Dupuis. Veámos lo que dice S. Agustin en el mismo lugar en que él lo cita. "Por tanto algunos entienden en sentido espiritual todo el Paraíso en que los primeros Padres del género humano se refiere que vivieron segun la verdad de las santas escrituras: y convierten en virtudes de la vida y costumbres, acomodándolo á estas, aquellos árboles y leños fructíferos, persuadiéndose á que no fueron visibles y corporales, sino que se refiere asi para dar á entender cosas espirituales. ¡Como si no pudiese haber sido corporal el Paraíso, porque pueda entenderse tambien espiritualmente! ¡Como si no hubiesen existido dos mugeres llamadas Agar y Sara, y de ellas no hubiese tenido Abraham dos hijos, uno de la esclava y otro de la esposa libre, porque diga el Apóstol que en ellos se figuraron los dos testamentos! O ¡como si no hubiese habido piedra de la que herida por Moises hubiese brotado agua, porque en ella puede entenderse en sentido figurado á Jesucristo diciendo el mismo Apóstol: *la piedra era Cristo!*" Y habiendo insinuado algunos de los sentidos espirituales que puede encerrar la narracion del Paraíso y sus partes, concluye. "Estas y otras interpretaciones espirituales, acaso mas acomodadas, pueden darse con tal que se crea la

(1) Tomo 3.º pág. 10 y 11.

verdad de aquella historia recomendable por la fidelísima narracion de las cosas que alli sucedieron. *Dum tamen et illius historię veritas, fidelissima rerum gestarum narratione commendata credatur* (1). A estas palabras de San Agustin es conveniente añadir lo que dice él mismo en otro lugar, para que se vea hasta dónde llega la mala fe de Dupuis y del Beausobre. “Yo tambien, dice el Santo, á poco de haberme convertido escribí dos libros contra los maniqueos que yerran no recibiendo estas letras del antiguo testamento con el respeto y veneracion que se merecen, sino que blasfemando de ellas las desprecian y detestan: deseando, al punto que me convertí, hacer con aquel trabajo mio que sus delirios quedasen refutados y despertar su mente á que buscasen en esas mismas letras que detestan, la fe de Cristo y la verdad anunciada del Evangelio. Y por cuanto, no me ocurría por entonces cómo pudiesen entenderse en sentido propio y literal todas aquellas cosas, y aun me parecia que no podian entenderse así, ó que apenas podrian entenderse sin gravísima dificultad; espliqué, por no detenerme, con la brevedad y claridad que pude, lo que significaban figuradamente, cuando no hallaba lo que querian decir á la letra; no fuese que fastidiados ellos ó de lo prolijo del tratado, ó de la oscuridad de la disputa, no quisiesen leerlo, teniendo á la vista lo que entonces intentaba aunque no lo pude ejecutar del

(1) *De Civit. Dei lib. 13. c. 31.*

todo: á saber, que en primer lugar todas aquellas cosas se entendiesen en sentido propio y literal, y no desconfiando de que así podría hacerse, dije en la primera parte del libro segundo así: en verdad, y por cierto aquel que quiera tomar literalmente todas las cosas que aquí (en el Génesis) se refieren, esto es, no entenderlas de otro modo que como suenan á la letra, puede con esto evitar las blasfemias y esplicarlas de un modo congruente á la fe católica. Al que obre de este modo no solo no se ha de censurar, sino que se ha de tener por el mejor intérprete y mas digno de loa. Que si no se halla salida alguna para entender las cosas escritas allí piadosamente y de un modo digno de Dios, las debemos entender figuradamente y propuestas á manera de enigmas, conduciéndonos así por la autoridad apostólica, por la que vemos disueltos otros muchos enigmas de los libros del viejo testamento, guardando empero la moderacion que nos hernos propuesto, ayudándonos aquel que nos exhorta á que pidamos, busquemos y llamemos. Por manera, que espliquemos todas estas figuras de las cosas segun y conforme á la fe católica, ora sean las que pertenecen á la historia, ora las que á la profecía, sin que por eso perjudiquemos á otros mejores y mas diligentes tratados sobre la materia, ó trabajados por otros, ó por nosotros mismos á quienes el Señor quiera revelárselo. Esto dije entonces. Ahora, pues, que Dios ha querido que registrando y considerando con mas diligencia todas estas cosas, no

en valde á mi parecer, haya llegado á juzgar que podia aun por mí mismo demostrar que estas cosas se escribieron en sentido literal no alegórico, como ya lo hemos hecho ver en lo explicado hasta aqui; lo seguiremos probando en lo tocante al Paraíso que es lo que sigue (1)."

De este pasage del Santo doctor se colige, que en la primera obra que escribió contra los maniqueos en defensa de Moises y del antiguo testamento, léjos de abandonar estos libros santos al desprecio con que los trataban aquellos hereges, como calumniosamente le imputa el Beausobre, esplicó los primeros capítulos del Génesis en sentido figurado, no por negar que fuese verdadero el literal y propio, sino por hacer mas suave su trabajo, por atraer mejor á su lectura, por facilitar el desengaño de los extraviados y por no tener aun toda la inteligencia de las sagradas letras que adquirió despues á costa de profundas meditaciones y oracion fervorosa. Mas ni entonces y despues mucho menos, negó la verdad de la historia contenida en aquellos tres primeros capítulos, antes alababa siempre el talento de los que no se separaban del sentido literal en su explicacion, y el mismo Santo consiguió hacerlo asi.

No por eso podemos negar que en los primeros capítulos del Génesis, asi como en otros

(1) *De Genesi ad literam lib. 8º c. 2º Esta es otra obra que contiene 12 libros, escrita por el Santo contra los maniqueos en defensa del Génesis.*

muchos lugares de la santa Escritura, se encuentran infinitas voces y frases que son verdaderas metáforas, y no admiten sentido propio ó literal: como lo son todas aquellas en que se atribuye á Dios un cuerpo, miembros, acciones y pasiones humanas: hay otras voces acerca de cuyo sentido varían las opiniones de los católicos, como sucede á la palabra *día*, *mañana* y *tarde* usados por Moises en la historia de la creacion. Tampoco está definido por la Iglesia qué serpiente fue en la que el demonio habló á Eva, si fue real y verdadera, ó si solo un espectro llamado metafóricamente serpiente (1); pero en cuanto á lo demas que alli se refiere es constante, unánime y universal la tradicion de la Iglesia, que siempre creyó ser narracion de unos hechos reales y verdaderos; y si Orígenes, ó Cayetano ó algun otro doctor se ha separado aun en parte de esta firme creencia, su opinion se ha mirado como un error y ha sido reprobada. Es necesario, pues, que busque Dupuis otras armas, porque estas se han convertido en su daño.

¿Y no es cosa chistosa que despues de esto se empeñe en hacernos dualistas y maniqueos á los cristianos, con el fin de sacarnos por hijos ilegítimos de Zoroastro y sectarios de su doctrina? Empeño ridículo y que no merece refutacion, por mas que lo funde en un testo apócrifo de Lactancio que ya se separó del cuerpo de la obra en

(1) Véase al P. Suarez *De opere sex dierum. lib. 4º cap. 1º núm. 12 y siguientes.*

su última edición (1); y en la circunstancia de referir San Lucas haber sido crucificados con Jesucristo dos ladrones, uno á la diestra y otro á la siniestra: uno bueno y otro malo: uno que se salvó y otro que se condenó, que segun él son símbolos de los dos principios, porque los pitagóricos significaban estos con los nombres de diestra y de siniestra. Estas si que son pruebas demostrativas del maniqueismo de los cristianos. "A lo menos, dice Dupuis, estos dos sistemas el de Jesucristo y el de Zoroastro y Manes es uno solo, sin mas diferencia *que une nuance* (2) *de metafísica que no merece atencion alguna.*" El cristiano cree en un solo Dios principio de todas las cosas, Criador de los ángeles, entre los cuales algunos abusando de su libre alvedrio se hicieron enemigos de su Criador y de sus obras, cuyo príncipe es el demonio. Manes, no Zoroastro, establece dos principios independientes uno de otro, coeternos é iguales, uno esencialmente bueno, otro esencialmente malo. He aquí los dos sistemas, ¿y se dirá que del uno al otro solo hay una ligerísima variacion metafísica?

Entremos ya á examinar si la narracion de Moises de la creacion del mundo y caida de nuestros primeros padres, pueda ser una alegoría bajo la cual haya querido significarse la bajada del Sol, con todos los efectos que de ahí resul-

(1) *Hecha en 1748.*

(2) *Esta palabra francesa equivale á la de matiz ó graduacion casi imperceptible de colores en castellano.*

tán: observemos para esto las épocas en que se supone haber sucedido aquellos grandes acontecimientos, para ver si convienen con las de los dichos fenómenos. Desde luego fijemos la época en que se crió el mundo. Dupuis conviene en que segun las antiguas cosmogonías sucedió la creacion en el equinoccio de Primavera. "Es bueno, dice (1), observar aquí, que todas las tradiciones cosmogónicas fijan en el equinoccio de Primavera la creacion y la regeneracion de la naturaleza. La razon es visible, porque en todas estas ficciones solo se trata de fijar la época del año en que el Sol ejerce su energía fecunda sobre nuestro hemisferio. La cosmogonía de los persas la hace comenzar en el mes Tavardin, en el equinoccio cuando se celebraba el Neurrouz ó la nueva revolucion. Virgilio la fija en esa misma época." Ahora bien, habiendo Dios comenzado á criar el mundo en el equinoccio de Primavera, ¿cuánto tiempo gastó en criarlo? Segun Moises seis dias compuestos de mañana y tarde. ¿Y cuándo sucedió la caída del hombre? Estando al dicho de Dupuis, fue al otro dia de haber sido criado. "En el dia sétimo, dice el Génesis, cayó el hombre de su felicidad (2)." Se engaña Dupuis en esto, pero aprovechémonos de su engaño fraguado para ajustar la caída al número siete. Dice Moises que el hombre fue criado á los seis dias del equinoccio de Primavera, como si dijéran-

(1) *Tomo 3º p. 25.*

(2) *Ibid. p. 139. colum. 2ª*

mos el treinta de marzo : dice Dupuis que su caída fue al día siguiente : luego fue el treinta y uno ó último del mismo mes. Pues con esto solo dimos fin y cabo á la coincidencia que este señor supone de la caída del hombre con el equinoccio de Otoño, y á las alusiones á la serpiente del Serpentario, puesto que en el principio de la Primavera ni asomaba la Balanza enredada con el Sol por el Oriente, ni el Serpentario se asomaba á aquel punto sino al anochecer ó poco despues.

Aquí apela Dupuis á la cosmogonía de Zoroastro : supone que segun ella los tiempos ó periodos de la creacion fueron seis, cada uno de un mes : supone que los seis días de Moises son otros seis meses, y contando á marzo por el primero el sexto es agosto, y en el sétimo ó setiembre sucedió la caída del hombre al entrar el Sol en el signo de la Balanza. Para desvanecer esta sarta de embustes en que funda Dupuis sus cómputos aéreos y su nueva inteligencia de los días de la creacion, considerándolos de un mes cada uno, basta solo recordar la anterioridad del Pentatéuco respecto al Zend-avesta ; mas para que no le quede el efugio de decir que el Génesis debe explicarse por el Zend-avesta, y que equivaliendo en este los seis periodos de la creacion á seis meses, deben igualmente entenderse seis meses en los que Moises llama seis días ; demos de nuevo una ojeada á la doctrina de los libros persas sobre este punto. En los libros Zends que son los que se tienen por obras de Zoroastro, vimos que describiendo la obra de la creacion se dice haber-

se hecho en seis gahambares, y para que no fuese arbitraria la inteligencia de la duracion de cada uno se fija y se mide por dias de esta suerte:

En el primer Gahambar crió Ormusd
con sus Amschaspands el cielo y los
astros: este Gahambar empezó en
el equinoccio de Primavera y duró
dias. 45.

En el 2.º dió el agua y duró dias. . . 60.

En el 3.º dió la tierra y en esto trabajó dias. 75.

En el 4.º dió los árboles y trabajó en
su produccion dias. 30.

En el 5.º dió los animales en lo que
ocupó dias. 80.

En el 6.º produjo al hombre y gastó
en formarlo dias. 75.

Componen los seis gahambares } . 365 dias.
el año antiguo que constaba de. . }

Y hallándose tan exactamente marcada la duracion de cada uno por el mismo Zoroastro, no ha lugar la arbitraria interpretacion del Dupuis que quiere reducirlos á seis meses cabales.

Sin embargo, aun tiene que reponer Dupuis y es el testo del Boun-dehesk en el que se dice: "que la duracion del mundo ha de ser de doce mil años: que en los tres mil primeros existió el pueblo celestial, y en estos tres mil años el pueblo del enemigo no tuvo entrada en el mundo. En los tres mil años siguientes aparecieron en el mundo Kajomorts y el toro, y esto compone los

seis mil años primeros que se llaman los miles de Dios: ellos aparecieron en Aries, Tauro, Géminis, Cancer, Leon y la Espiga. Despues de los miles de Dios vino la Balanza. Petiareh corrió al mundo. Kaiomorts vivió treinta años con el enemigo de la naturaleza. Pasados estos, Meschia y Meschiane crecieron sobre la tierra. Cincuenta años transcurrieron despues sin querer engendrar. Vivieron noventa y tres años (1)."

Pues estos doce mil años tampoco son mas que doce meses segun Dupuis, sin mas fundamento que aquello de que los miles de Dios aparecieron en Aries, Tauro, etc., hasta la Espiga, lo cual significa segun él, que en estos seis periodos primeros de á mil años cada uno, estaba el Sol en conjuncion con aquellos seis signos. El Sol está en conjuncion con cada uno de estos un mes, luego cada uno de aquellos periodos es de un mes solamente.

Pero, ¿quién no ve lo absurdo y arbitrario de esta suposicion? Ella es enteramente contraria al testo del Boun-dehesk. En seguida de las palabras que acabamos de copiar de aquel libro, sigue hablando de los seis mil años últimos del mundo, ó llamémosles miles del diablo, porque en ellos predomina Ahriman: y forma el cómputo de ellos empezando desde la creacion del primer hombre Kaiomorts hasta la dominacion de los árabes en la Persia; y resulta haber transcurrido hasta esta época cuatro mil cuarenta y

(1) *Zend-avesta*, T. 2º p. 420.

nuéve años, dos meses y veinte y siete dias (1). Vea, pues, ahora Dupuis tan hábil en acomodar *quadrata rotundis*, como se ha de haber para reducir á poco menos de seis meses toda esta série de años que alli se distribuyen en las varias dinastías que durante aquel tiempo ocuparon el trono de la Persia.

Está bien, sean seis mil años efectivos los de Ahriman, pero los de Ormusd han de ser seis meses: nos podrá replicar aun Dupuis porque en aquellos seis mil primeros corria el Sol seis signos y esto lo hace en seis meses. ¡Qué alucinamiento! ¿No ve Dupuis que el autor del Boun-dehesk y los de las otras obras citadas por Anquetil no dicen, ni quieren dar á entender como él supone, que el Sol esté en conjuncion con los seis signos ascendentes ó mas bien boreales en los seis mil años de Dios, sino que aquellos años aparecieron en Aries, Tauro, etc.? Pues para que se desengañe y entienda el sentido verdadero de esta espresion, lea lo que dice el Modjel-el-Tavarikk: "segun un libro escrito en una lengua extranjera, el Dios supremo crió primero al hombre y al toro en un lugar elevado, y alli estuvieron tres mil años sin mal, y estos tres mil años comprenden el Aries, el Toro y Géminis. Despues bajaron á la tierra y vivieron en ella otros tres mil años sin experimentar pena ni contradiccion, y estos millares corresponden á Cancer, Leo y la Espiga. Despues de esto en el séti-

(1) *Zend-avesta*, T. 2º, pág. 422.

mo millar que corresponde á la Balanza pareció el mal. Este hombre se llamaba Kajomorts. Cultivó la tierra treinta años, las plantas y la yerba, y cuando aparecieron los mil de Cancer, Júpiter estaba en el signo de Cancer, esto es, en conjuncion con el mismo signo, el Sol en el del cordero ó Aries, etc." Luego en los mil de Cancer, esto es, al principio de ellos, el Sol estaba en conjuncion con Aries. Luego cada mil no es el tiempo de una conjuncion, puesto que en los mil primeros estuvo el Sol en Aries segun Dupuis, y en los mil de Cancer vuelve á estar en conjuncion con él, segun se esplican los mismos autores persas (1). ¿Pues cuál será el verdadero sentido de esta distribucion de signos repartidos en el año magno de doce mil años comunes? No está muy difícil de entender, si huímos de toda preocupacion. Los persas tenian alguna idea aunque confusa del movimiento de las estrellas fijas, que suponian ser de tres grados en cada siglo, de treinta grados en cada mil años; por consiguiente el periodo de los doce mil años era el de una revolucion entera de las fijas. Asi esplica el Baillí el pasage citado del Modjel-el-Tavarikk (2).

Resulta de todo lo dicho, que los doce mil años del periodo persico es la duracion de su año magno, tiempo que segun ellos, gastaban las estrellas fijas en su revolucion entera: que los seis gahambares de la creacion son otros tan-

(1) *Zend-avesta*. T. 2º pág. 353.

(2) *Hist. de la Astron. antig.* T. 1º pág. 393.

tos periodos, desiguales entre sí, compuestos de mas ó menos dias, que todos componen un año de trescientos sesenta y cinco dias cabales: que ni aquellos millares ni estos gahambares tienen que ver con los seis dias del Génesis, y finalmente que Dupuis se ha quebrado neciamente la cabeza en querer identificar estos tres periodos, reduciéndolos todos á seis meses que no son la medida de ninguno de ellos (1).

De las épocas de la creacion pasemos á examinar el influjo que le suponen las cosmogonías antiguas á la serpiente en la caida del hombre y en las desventuras de la naturaleza; y puesto que Dupuis se ha empeñado en que la cosmogonía de Zoroastro, ha de ser la clave que nos sirva para penetrar el sentido verdadero de la de Moises, veámos que dice aquella acerca de esta gran catástrofe, y si la serpiente figura en aquellas desgracias.

Aquella cosmogonía supone como ya dijimos cuatro edades, de las cuales la primera es la angelical. "Entonces (son palabras del Boun-dehesk (2) dijo Ormusd: es necesario formar por mi poder el pueblo celestial, y gastó tres mil años en formar el cielo y su poblacion." La segunda fue la edad de la inocencia. En ella fue criado el primer hombre inocente y feliz llamado Kaiomorts,

(1) Omitimos hablar de la supuesta cosmogonía etrusca, porque es copia de la persica segun el mismo Dupuis, pág. 27.

(2) Véase el Boun-dehesk, p. 345. y 376.

y con él el toro *que trabaja*: esto es, el compañero ó auxilio del hombre para las labores, no la constelacion de Tauro como interpreta Dupuis. Al principio de la tercera edad, que es la presente y llamamos humana, porque durante ella luchan Ormusd y Ahriman en el mundo, vino Ahriman á la tierra. Vivía entonces Kaiomorts y despues de esta venida aun vivió treinta años. Muere al fin Kaiomorts y á los cuarenta años de su muerte brota de su semilla una planta llamada Reivas: esta planta gasta en arrojar su tallo hasta florecer quince años: de esta flor nacieron á un tiempo Meschia y Meschiane primeros padres del género humano, los cuales seducidos por Ahriman fueron ingratos á Ormusd, pecaron y atraieron sobre sí y sobre su descendencia las miserias que esperamos. Tenemos, pues, que aun suponiendo la caída de Meschia y Meschiane muy inmediata á su produccion, desde la entrada de Ahriman en el mundo, que Dupuis quiere que signifique la entrada del Otoño, hasta aquel suceso el mas fatal para el hombre, pasaron treinta años que aun vivió Kaiomorts, cuarenta que estuvo su semilla bajo de la tierra: quince que tardó en brotar el Reivas á aquel par humano: en todo ochenta y cinco años. Pues Dupuis no hace caso de ellos ni en su opinion valen un dia entero, puesto que supone que entrar Ahriman en el mundo, ó entrar el Otoño y caer el hombre en desgracia fue todo á un mismo tiempo y significa una misma cosa.

En efecto, "Ahriman, segun Dupuis, no es

otra cosa que la serpiente que viene asida á las manos del Serpentario. Esta constelacion está debajo de la de Libra: á la entrada del Otoño viene el Sol en conjuncion con Libra, y con él asoma el Serpentario y su serpiente, y todos juntos nacen á un tiempo. Desde este dia que es el equinoccio de Otoño empiezan á ser los dias mas cortos que las noches, la tierra se enfria en nuestro hemisferio, porque ya se halla el Sol en el austral, desfallece la vegetacion y parece que la naturaleza desmaya, en lo que consiste lo que las antiguas cosmogonías llamaron alegóricamente caida del hombre é imperio de las tinieblas. La cosmogonía persica como la de Moises, que es su copia, no es mas que una alegoría bajo la cual se figura este fenómeno anual que entristece y marchita á todos los vivientes que habitan desde el ecuador hasta el polo ártico." Prueba Dupuis esta interpretacion de la fábula zoroástrica, con los siguientes pasages. "Ahriman solo, se dice en aquellos libros, penetra hasta el cielo. Bajo la forma de una culebra salta del cielo sobre la tierra. En el mes Tavardin el dia Ormusd corre hácia la parte del Mediodia::: Bajo la forma de una mosca corre por todo el espacio que le habia sido dado. Destroza el mundo hácia el Mediodia, todo quedó negro como la noche: introdujo en la tierra los kharfesters que despedazan y son venenosos, como la culebra, el escorpion y el sapo: todo lo quemó hasta las raices: derramó agua hirviendo sobre los árboles, é hizo que se secaran al momento::: Kaiomorts vió al mundo te-

nebroso como la noche, y la tierra abrasada por los kharfesters (1)." Con refinada malicia suprime Dupuis, citando este pasage, las palabras que fijan el tiempo y los efectos de esta perniciosa entrada de Ahriman en la tierra, porque aquel y estos destruyen del todo su interpretacion. El quiere que la desolacion causada por Ahriman sea la entrada del Otoño; pero el Boun-dehesk dice que sucedió el dia Ormusd del mes Tavardin, que como nos dijo antes el mismo Dupuis (2), es el principio de la Primavera: quiere que el mal introducido por Ahriman sea el frio del Invierno y la disminucion de los dias. Pero el testo dice que Ahriman despojado ya de la forma de culebra y transformado en mosca todo lo abrasa y lo destruye con fuego y agua hirviendo, y todo lo deja envuelto en espesas y continuas tinieblas. Finalmente, Kaiomorts presencia impávido esta catástrofe y sobrevive treinta años reinando en el mundo; por donde se echa de ver, que aquella travesura de Ahriman no causó la caida del hombre, ni tiene nada que ver con ella. Es visto, pues, que ni el tiempo ni los efectos de aquel suceso fabuloso convienen con la interpretacion que á viva fuerza quiere darle Dupuis.

El segundo lugar que cita en apoyo de su capricho es tomado del Vendidad-sade, de que hablamos en otro lugar, en el que se dice, que Ormusd formó diez y seis regiones ó ciudades

(1) *Zends*, T. 2º pág. 351.

(2) *Ibid.* T. 3º pág. 15.

admirables por su clima y escelentes producciones. "La primera ciudad ó region semejante al Behescht, que yo produje al principio, yo que soy Ormusd, fue Eriene Vedjoo dado puro. Despues este petiare Ahriman lleno de muerte hizo en él rio la gran culebra, madre del Invierno dado por el Dew y hubo diez meses de Invierno y dos de calor: en otros lugares el calor dura siete meses y el Invierno cinco (1)." Mas en este lugar no se dice que Ahriman tomase figura de culebra, sino que formó una culebra, no en el cielo sino en el rio del Irán: llamála madre del Invierno, no porque lo produzca, sino porque lo anuncia, puesto que aun aqui en nuestros paises, quando aparecen ciertos reptiles saliendo de sus madrigueras donde han estado ocultos en el Verano, es á principios del Otoño anunciando las primeras aguas. En las sierras de Segura, advertido por los naturales, he conocido yo con anticipacion que venian ya las aguas del Otoño al ver salir por los manantiales una especie de salamabras que llaman alli Tiros. Finalmente, no se dice que Ahriman produjese el Invierno, sino que hizo fuese mas largo que lo era antes; y en prueba de esto dice Anquetil, que aquellas palabras deben traducirse asi: antes del trastorno causado por Ahriman habia siete meses de calor y cinco de frio: despues hubo diez meses de frio y dos de calor. Pues en este segundo lugar se habla de otro trastorno causado por Ahriman

(1) *Vendidad-sade Targard*. 1º, T. 1º, parte 2ª, p. 164.

distinto de aquel primero que acabamos de examinar: aquel fue en toda la máquina del mundo: este es un determinado lugar, solamente en una provincia de la Persia llamada Irán ó Arán. Allí todo lo quemaba, aquí todo lo enfria: allí solo se encuentra con Kaiomorts inocente; aquí supone pobladas provincias y ciudades cuyos habitantes sufren por el influjo maléfico de Ahri-man diversas calamidades así físicas como morales: en unas son moscas que acaban con los rebaños: en otras desenfreno en la lengua: en otras hormigones que todo lo roen: en otras ateismo: en otras frio: en otras pobreza etc. ¿Y qué tiene que ver todo esto con el Serpentario y con el Invierno? Dupuis lo sabrá.

En las notas de Anquetil al Targard 1.º y 2.º, puede leer el curioso la esplicacion de aquellos paises y provincias que se citan en el testo: allí les va buscando sus equivalentes en tiempos modernos, y los puntos y parages á que corresponde cada uno de ellos. El Eriene Vedjo corresponde al Irán ó Arán, que es parte de la Armenia situada entre los cuarenta y cuarenta y tres grados de latitud setentrional. De allí salió el monarca Djemschid para poblar el pais de Vardjemguerd caminando siempre hácia el Mediodia. Las montañas que se hallan en la frontera del Norte de la Media, estan cubiertas de nieve nueve meses del año: en diez meses no hay pesca en los lagos de aquel pais. Y no dificulto yo que en el trastorno que indica aquí Zoroastro, causado en aquellas provincias por Ahriman, haya alguna alu-

sion á lo que se lee en el Targard siguiente, á saber: "Con los Izeds del cielo que me acompañaron á mi que soy el justo juez Ormusd, establecí ó poblé de seres vivientes el célebre Irand-vedj dado puro, y con el socorro de estos hombres celestes del Irand-vedj el rey Djemschid gefe de pueblos y rebaños, pobló de seres vivientes los países de su nuevo imperio::: sobrevino el Invierno destructor y las nieves copiosas cubrían las montañas mas elevadas; mas luego que se derretieron por los calores brotó por todas partes la yerba con mas fuerza y vigor. Esto sucedió en el mundo en tiempo de Djemschid (1)." Pero nada tienen que ver estos fenómenos con la serpiente ni el Otoño de Dupuis como está manifestado.

Mas al fin Zoroastro llama á Ahriman el astro serpiente, dice Dupuis; luego es preciso entender por Ahriman una constelacion, y esta constelacion está colocada en el cielo junto á la Balanza y sube con ella (2). Zoroastro en el lugar que cita Dupuis, lo que dice es, que cuando los paris desolaban el mundo: cuando corrian por todas partes: cuando el astro serpiente se hacía un camino entre la tierra y el cielo: Tascher, otro astro que en sentir de Anquetil es la estrella Sirio ó el Can, hizo manar un lago ó un mar que se llama alli Voorokesche. Si este lugar oscurísimo se ha de explicar por lo que se dice en

(1) *Vendidad-sade Targard. 2º, T. 1º part. 2ª p. 274.*

(2) *Tomo 3º p. 28.*

el principio del Boun-dehesk como quiere Anquetil, solo puede significar que en aquel primer trastorno universal de que antes hablábamos, mientras la estrella serpiente se abria un camino entre la tierra y el cielo: en el mes Tavardin ó equinoccio de la Primavera, cuando nace la serpiente en oposicion con el Sol al bajar este á su ocaso: el astro Tascher fecundaba la tierra produciendo aguas que refrigerasen los incendios y abrasamientos causados por Ahriman. Empero ni está claro que por el astro serpiente se denote aqui á Ahriman, ni menos que sea la serpiente del Serpentario, ni tampoco que se indique aqui la época de su conjuncion con el Sol en el equinoccio de Otoño; y todas tres cosas debian expresarse ó significarse, siquiera para cumplir á Dupuis lo que él deseaba. Si por titularse aqui un Ahriman astro serpiente, se debiera entender que era una estrella ó una constelacion, cuando se llama lobo ó se dice que toma la forma de lobo, cuando se dice que tomó la figura de mosca, de animal de dos pies etc., deberian irse á buscar en el planisferio celeste las formas de estos bichos, para encontrar á Ahriman en sus distintas metamorfosis, y unas formas y unas constelaciones destruirian el sentido que á otras se las quisiera dar. Ademas, sea astro serpiente, ¿pero cuál de ellas? porque hay hasta cuatro en el cielo astronómico. Será el dragon de las Hesperides, ó la serpiente del Serpentario, ó la hidra que está cerca de este. Dupuis vacilante, como mal bailarín de maroma, á todo se inclina, en nada

se fija y con lo que dice una vez destruye ó debilita lo que ha establecido por otra parte. Por último es necesario volver á repetir, que el mes Tavardin es el primero del año empezando por la Primavera: que en esa estacion fue cuando hizo Ahriman de las suyas, segun espresamente lo dice el Boun-dehesk; y que por consiguiente el abrirse un camino por entre la tierra y el cielo, solamente puede indicar que asoma por el Oriente cuando el Sol traspone por el ocaso, que es el punto opuesto al que debia tener segun la interpretacion de Dupuis.

He aqui de pronto se separa Dupuis de sus sabias investigaciones sobre Ahriman y la serpiente, por atender á una tradicion rabínica. Segun ésta el diablo se apareció á Eva, montado en un camello en la constelacion donde pintamos nosotros á Hércules ingenículo que está al lado de la serpiente; luego Hércules ingenículo es el mismo diablo que pegado á la serpiente compone un monstruo serpenti-camelo-mórfico, cual puede caber en cabezas rabínicas ó en la de Dupuis que no les va en zaga. Mas por si en este bodrio se atasca la delicadeza de algun lector, ya acude nuestro titiritero á desvanecer su embarazo. "Si quieres, le dice, entender por la serpiente seductora al dragon de las Hesperides, tambien por alli andan camellos, pues que los árabes llaman á las estrellas de la cabeza de aquel dragon los cinco dromedarios ó camellos." He ahí camellos de sobra, por si no basta uno. *¿Risum teneatis?*

Pero lo gracioso es que la serpiente del Serpentario está cabalmente donde pone el Génesis la serpiente del Paraíso. Allí se dice que sigue á Eva y amenaza morderle el talon de su pie. La serpiente celeste nace con la estremidad del signo de la Balanza. La Virgen está de pies sobre la Balanza, luego la serpiente celeste amenaza morder el talon de Eva. ¿En qué quedamos, Señor Dupuis? ¿no nos ha dicho vd. que Eva es la serpiente misma del Serpentario, citando para ello malamente al viagero Chardin? ¿no nos dirá en adelante que Virgo representa á la madre de Cristo? ¿Pues cómo quiere ahora que represente á Eva? Mas Dupuis sale á todo y á todo le da salida. Esta muger porta-balanza, dice (1), podria tomarse por imágen de Eva, á menos que no se quiera estar al dicho de Chardin que coloca á Eva en la constelacion boreal del Serpentario. Pero si Virgo es Eva allí está el ingéniculo que mata la serpiente custodia de las Hesperides y tenemos completo el juego de los actores de la fábula sin necesidad del Serpentario; mas entonces, ¿cómo cuadra esto con el Otoño y con todo lo que hasta aquí habeis dicho? El caso es que si ponemos la vista en un planisferio celeste, que no sea el de Dupuis, veremos que la cabeza de la serpiente del Serpentario, como confiesa él mismo, casi toca á la corona boreal en los treinta grados de latitud de aquel hemisferio y en los doscientos treinta de

(1) *Tom. 3º en las notas, pág. 315.*

longitud : y los pies de la Virgen estan casi en el ecuador y en los doscientos y quince grados de longitud. A tanta distancia segura va la Virgen de que la serpiente la alcance para morderle. Al cabo he aquí la última trasformacion de sus figurines: nada hay de lo dicho hasta ahora. Hercules y el Serpentario son los mismísimos Meschia y Meschiane del Boun-dehesk , de los cuales cada uno tiene su gran serpiente. Vamos despacio, Señor Dupuis ; Meschia y Meschiane en aquella cosmogonía son varon y hembra , Vir et Virago como Adan y Eva, de los que son copias, y cualquiera que lea el testo del Boun-dehesk conocerá que bajo la palabra serpiente, de que usa Meschia quiere dar á entender el órgano viril de la generacion, y asi es, que de Meschiane no se dice que tuviera serpiente. Aunque el testo de aquel libro es menos indecente que el de Dupuis en algunos lugares de su obra, no me es decoroso copiarlo aqui (1). De la bóveda celestial nos lleva ahora Dupuis á los bosques para buscar en ellos los dos árboles, el de la vida y el de la ciencia del bien y del mal. Con este motivo revuelve y trae á cuento árboles antiguos y modernos. El árbol bueno y el árbol malo del Evangelio: el árbol de la vida del Apocalipsis: los dos árboles que se ven en algunos monumentos de Mithra: otro árbol en pais de los gnosticos con sus doce frutos: los toneles de Júpiter de que habla Homero porque al cabo las duelas

(1) *Boun-dehesk* pág. 379.

serian madera de algun árbol. Quiere que aquellos dos árboles sean uno solo puesto en el cielo y que se llame árbol de la vida, cuando se considera plantado junto al trono del Dios de la luz, y árbol del mal cuando está plantado junto al trono de Ahriman; ó que el árbol de la vida sea el celeste, y el del bien y del mal sea terreno ó esté plantado acá en la tierra. Finalmente, quiere que estos árboles sean alegóricos y no naturales, que signifiquen el uno el frio del Invierno, y el otro el templado calor y la fecundidad de la Primavera. Mas si entre la alegoría y la realidad debe haber alguna semejanza para que por ella pueda venirse en conocimiento de lo que aquella indica, ¿qué semejanza puede hallarse entre esos árboles y los que Moises refiere que habia en el Paraiso? Estos eran dos de cualidades opuestas: el fruto del uno daba vida y vigor al hombre; el del otro lo hacía miserable y mortal: ambos estaban plantados en el Paraiso, y ellos y todos los demas que poblaban aquel pais delicioso producian frutos no precisamente en el Otoño, sino en todas las estaciones del año para servir de alimento á los hombres. Probó Adan el fruto vedado del uno, y los males que en prueba de su desobediencia sufrió y sufrimos sus descendientes, no siguen la alternativa de las estaciones sino que son perpetuos é inalterables durante esta vida mortal: del fruto del árbol de la vida no gustó entonces Adan porque no quiso, y ya ni él ni alguno de sus descendientes gustará en la tierra. San Juan en el Apocalipsis para

darnos alguna idea de la bienaventuranza se vale de varias y lindas metáforas, y aludiendo á lo que Moises dice del árbol de la vida, cuenta que en medio de la plaza de aquella Ciudad Santa, y á las dos orillas del caudaloso y cristalino rio que la alegra y recrea, se verán espesas alamedas de árboles de la vida que cargarán de frutos en todos los doce meses del año, esto es, que siempre tendrán frutos maduros y sabrosos, y que sus ojas servirán para la salud de las gentes; de donde tomaron los gnosticos este árbol de que hablan en la obra apócrifa que titulaban Evangelio de Eva. Los árboles del Paraíso son verdaderos árboles: el del Apocalipsis es metafórico; porque el Paraíso era un país situado en la tierra, ameno y delicioso, y así no hay razón que obligue á trasportar el sentido de la palabra árbol de su significacion natural á un sentido metafórico; pero en el cielo donde todo es espiritual y eterno no habrá ni puede haber verdaderos árboles semejantes á los de la tierra. Las virtudes de los árboles del Paraíso podian ser naturales, esto es, aquellos árboles podian tener virtud en sus frutos, el uno para fortalecer la máquina del cuerpo humano y reparar las pérdidas que debia sufrir en el continuo ejercicio de sus funciones naturales, y el fruto del otro podia producir cierto trastorno en la organizacion del hombre que alterase la armonía con que obraba el cuerpo en el alma de Adán. Pudo el árbol de la vida ser un tónico, como llaman los médicos, un restaurante de las fuerzas vitales

mas enérgico que cuantos se conocen en el día; pero de su misma clase. El fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal pudo ser un aphrodisiaco que estimulando vivísimamente el apetito sensual, hasta entonces subordinado á la razon, produjese una especie de delirio ó extro libidinoso en el alma que impeliese vehementemente la voluntad á buscar los placeres venereos. Todo esto pudo ser, y tambien pudo ser que aquellos frutos no fueran sino ocasiones no causas de los efectos que el Autor de la naturaleza habia ligado á su uso sin que en ninguna de estas hipótesis encuentre la razon cosa que le repugne ni desdiga de la verdad de la historia mosáica, antes bien cualquiera de ellas cuadra perfectamente con los antecedentes y consiguientes que alli se refieren. Pero decir, como dice Dupuis, que el mal cuya ciencia adquirió el hombre comiendo de aquel fruto fue la esperiencia del frio y de la aparente esterilidad del Invierno, y de la disminucion de la luz en los dias cortos que median desde el equinoccio de Otoño hasta el solsticio de Invierno; y que el bien que aprendió fue la esperiencia de la fertilidad de la Primavera, del calor del Verano, y del aumento de luz en los dias largos de aquellas estaciones, es fingir en aquella narracion una alegoría, y darle un sentido que jamas podrá componer ningun cerebro que no esté trastornado con lo que literalmente suena. El intérprete no debe obligar al autor que espone á que diga lo que él quiere, sino debe trabajar para entender lo que el autor dice, y el

sentido en que sus palabras se deben tomar: lo demas no es interpretar sino forzar el testo, violentarlo, delirar en una palabra, y esto es lo que hace Dupuis. Mas la Iglesia no ha reprobado las varias interpretaciones que los Padres y espositores católicos han dado y darán de aquellos árboles, *con tal que se crea la verdad de aquella historia recomendable por la fidelísima narracion de los hechos que alli sucedieron*, como previene San Agustin.

Pero como á quien faltan razones en que apoyar su dicho no desperdicia friolera alguna que lo pueda hacer verosimil, repara Dupuis en que nuestros primeros padres no advirtieron que estaban desnudos hasta el punto en que probaron la fruta vedada, lo cual es decir segun él, que entonces fue quando empezaron á sentir el frio, y esta frase indica que ese fue el mal que les sobrevino. Mas en el dia andamos vestidos por dos razones, por pudor y por conveniencia. Adan antes de pecar no tenia en sí de que avergonzarse, no le podia causar pudor el andar desnudo: asi como no nos lo causa á nosotros llevar desnudas las manos y el semblante que sin resistencia obedecen las insinuaciones de la voluntad; porque en Adan inocente todas las partes de su cuerpo estaban sujetas á su razon. Mas por el pecado se reveló la carne contra el espíritu, y esta rebellion tan degradante para él, se hacía sensible en partes de su cuerpo que por honor á su persona le era forzoso ocultar, para que su miseria no se hiciese mas pública, y eso

fué de lo que trató por entonces, no de defenderse de la intemperie de la estacion. Con unas hojas de higuera se acomodó un ceñidor ó un delantal corto como el que usan aunque no por abrigo los habitantes salvages de la Zona-torrida.

Pues aburrido Dupuis por no haber hallado en el cielo alguna constelacion vegetal que bautizada por él con el nombre de árbol de la vida ó de la ciencia del bien y del mal, le pudiera servir para continuar el tejido de su maraña, se echa á buscar por el cielo el querubin puesto de centinela á la puerta del Paraíso, y he aqui que tropieza con la constelacion Perséo, á la que segun él llaman Chelub los árabes, que en su idioma quiere decir *guardian*, y de esta constelacion hace un querubin: le pega unas aletas en los zancajos como las llevaba Mercurio: le hace empuñar la espada como cuenta la fábula que lo hizo Vulcano con Perséo, hijo de Júpiter y de Danae, y aquel lugar que ocupa en el cielo hace ahora que sea la puerta del Paraíso: pero se guarda muy bien de hablar de aquella horrorosa cabeza que lleva en la mano de una de las miserables gorgonias, porque esa circunstancia habria hecho ver á todos que el tal figuron nada tiene que ver con el querubin del Paraíso. Este guardaba el Paraíso terrenal, que segun Dupuis, está en el Irán ó la Iberia. Perséo allá en el cielo. La puerta del Paraíso celestial, segun repite muchas veces Dupuis, está en la constelacion de Aries, en el punto por donde subiendo el Sol entra en el hemisferio boreal. La constelacion de

Perséo se ve á los cuarenta grados de latitud boreal, esto es, ochocientas leguas distante de Aries. Esa palabra Chelub, quiere decir perro, como el mismo Dupuis lo interpreta, y Cherub, quiere decir maestro en hebreo: son, pues, hasta los nombres distintísimos, y así el símbolo de esa constelacion de ningun modo pudo servir al autor del Génesis para copiar de él el querubin de su Paraíso, aun cuando ese símbolo se usase ya al escribirse el Génesis; y mucho menos siendo mas moderno, pues su origen es griego y muy posterior á Moises.

Con todo, Dupuis no habla tan al aire como quiere dar á entender, porque se apoya en un monumento antiguo y fidedigno en el cual está grabada la pretendida historia del Génesis, tal como él nos la ha descifrado. Es una ágata que perteneció á Luis XIV, en la que se ven á los dos lados de un árbol un hombre y una muger, y en la leyenda que circula el borde de esta piedra se espresa que aquellos personajes son Adán y Eva; y la serpiente que se ve á los pies del árbol, la cabra á los pies de Adán, y los animales que se descubren en el exergo, caballo, león, toro y otros, son todos símbolos astronómicos que entran en la composicion de esta alegoría, la cual no se puede esplicar sin levantar los ojos al cielo, adonde se halla la serpiente seductora ó el astro serpiente que trae los inviernos. A los anticuarios pertenece examinar la autenticidad de este monumento que se ajusta perfectamente con nuestra teoría, empero que no es sino una prueba

accesoria de ella. Asi concluye Dupuis. ¡Qué candor, que modestia de hombre! esclamaría quien no lo conociese, mas nada hay de eso. Sin embargo si nos remite á los anticuarios para apreciar el valor de este monumento, veámos lo que dice acerca de él el P. Montfaucon de quien lo copió callando maliciosamente, como acostumbra, lo que no le tenia cuenta. “La imagen siguiente que es la primera de la lámina veinte del primer tomo del suplemento de la antigüedad esplicada, la imagen siguiente, dice el P. Montfaucon, representa en el mismo tamaño de su original una ágata del rey, en la que se ven á los dos lados de un árbol á Júpiter y á Minerva. Esta ágata fue regalada al rey difunto Luis XIV unos treinta y cinco años ha. Habia estado muchos siglos en una de las mas antiguas iglesias de Francia; en donde se tenia por la imagen del Paraíso terrenal, en la que se figuraba el pecado de nuestros primeros padres. El árbol de enmedio se creía ser aquel del que cojieron el fruto vedado. El manto de Júpiter asido á sus hombros, el rayo en su mano, la coraza de Minerva y el ropage que la cubre toda, todo esto era mas que suficiente para que los menos instruidos hubiesen vuelto de aquel error; no digo los que tuviesen alguna tintura de mitología, sino aun los que solo poseyesen las nociones mas superficiales de la historia sagrada. Pero los hombres de aquella edad cuando descubrian un monumento de esta naturaleza, adoptando lo que primero se les venia á las mientes, seguian sin reflexion cualquier

despropósito que se les figuraba. Aquella gran ágata que se guarda en la santa capilla, que representa la apoteosis de Augusto, se creyó por muchos siglos que figuraba la historia de José hijo de Jacob. Una onice en que están grabadas las cabezas de Germánico y Agripina con mucho primor, puesta en un anillo de oro, estuvo cerca de seiscientos años dándose á besar á los fieles piadosos en ciertos dias del año en otra cierta iglesia, tenido por el anillo ó arras que dió á la bienaventurada Virgen María su esposo San José, hasta que unos veinte años ha se descubrió en él cierta inscripcion griega en caracteres muy menudos, en la que se llamaba á Germánico Alpheo y á Agripina Arethusa. Esta piedra la conservamos hoy en este monasterio. Pues volviendo á Jove y á Minerva ellos son los que se ven aun lado y á otro del árbol Júpiter, tiene el rayo con el brazo estendido, y lleva un manto en sus ombros que solamente le cubre sus espaldas. Minerva está pertrechada de morrion y de los vestidos con que acostumbra verse en otros monumentos. Aquella serpiente tortuosa que tiene á sus pies es símbolo de Minerva Polyada que se adoraba en Atenas::: el árbol y la vid enredada en él, la cabra que tiene Júpiter á sus pies, y los demas animales que se ven en el exergo, caballo, leon, buey y otros, parece que significan la naturaleza, cuyo padre era Júpiter. La inscripcion hebrea puesta en el borde de la piedra parece ser de un tiempo muy posterior al resto del grabado, y está escrita en caracteres rabínicos

tan toscos que apenas se pueden leer." He aquí en lo que ha venido á parar el célebre monumento de Dupuis analizado por el P. Montfaucon. Ya se conocia que Dupuis desconfiaba de él cuando lo citaba solo como una prueba accesoria de su teoría; mas como su principal empeño es alucinar y deslumbrar á los incautos y á los ignorantes, púsolo confiado en que muchos lo recibirían sin reflexion como un argumento demostrativo.

Recapitulémos todo lo dicho en este primer párrafo á uso de Dupuis. El libro del Génesis refiere en los tres primeros capítulos la creación del mundo y la caída del hombre, no en estilo figurado y alegórico, sino literal é históricamente: así lo entendió siempre la sinagoga: así lo ha entendido la Iglesia. Si algun espositor antiguo ó moderno ha interpretado alegóricamente aquella historia ó algunas de sus circunstancias, esto lo han hecho sin negar la realidad de esta, antes bien dándola por supuesta, como vimos que lo hizo San Agustín, y si alguno se ha separado del sentido literal, suponiendo que aquella narracion ó sus partes principales no admiten mas sentido que el alegórico, la Iglesia ha reprobado siempre esta inteligencia. La historia del Génesis no está copiada de la cosmogonía de los persas, porque esta se inventó muchos siglos despues de haberse escrito aquella. Y aun cuando se quieran suponer semejantes en algo que Zoroastro tomase de los libros de Moises ó de las tradiciones de los hebreos; la cosmogonía persica nada dice de lo que Dupuis quiere hacerla

que diga. Segun ella la creacion se hizo en trescientos sesenta y cinco dias y en seis periodos no en seis meses. Segun ella la duracion del mundo es de doce mil años comunes de los que van corriendo y vamos viviendo, y aun le quedan segun cómputos muchos que vivir á este mundo, no los seis meses á que Dupuis los quiere reducir. De las catástrofes que se refieren en los libros Zends, la una sucedió en el equinoccio de Primavera en el dia Ormusd del mes Tavardin, no en el de Otoño como quiere Dupuis. La otra fue aquel Invierno tan rigoroso que sufrió Djemschid. Ni en la una ni en la otra catástrofe se cita para nada á la serpiente del Serpentario. En la primera, solo se dice que Ahriman tomó varias formas para hacer sus diabluras, de culebra, de lobo, de animal de dos pies, de mosca, etc. En la segunda, solo se dice que el anuncio del Invierno tan frio que amenazaba fue la culebra que se dejó ver en el rio de la ciudad ó pais de Eriene-vedjoo, puesta alli y producida por Ahriman, que con ella crió y propagó los demas reptiles nuncios asquerosos y dañinos de la humedad y del frio como los sapos, etc. Ni entre las constelaciones del cielo hay cosa que pueda haber servido de tipo ni á los árboles ni al querubin del Paraíso terrenal; nada hay pues en la historia del Génesis deducido ó imitado de las fábulas mitológicas ni de los símbolos de las constelaciones, ni es alegoría de los movimientos de los astros, ni de los fenómenos que producen estos sobre la tierra.

§. IIº

De la reparacion.

Si la caída del hombre que se refiere en el Génesis es una alegoría, lo es igualmente lo que creemos los cristianos acerca de su reparacion. Hemos probado contra Dupuis que lo que se refiere en el Génesis acerca de la caída del hombre es un hecho verdadero, porque no envuelve contradiccion alguna, y porque lo han entendido literalmente la sinagoga y la Iglesia intérpretes y depositarias de aquel libro; luego lo que creemos los cristianos acerca de nuestra reparacion es igualmente un hecho verdadero. ¿En qué se funda Dupuis para negarlo ahora? En que Jesucristo que se supone ser el reparador del linage humano es un personage fabuloso, alegórico, bajo cuyo nombre está significado el Sol, y no el Sol en todos los puntos de su órbita, sino en el equinoccio de Primavera, cuando por su ascenso al hemisferio boreal fecunda la tierra con su calor vivificante. Es necesario, pues, probarle á Dupuis para convencerlo, que Jesucristo fue un personage real y verdadero, y que existió en la época en que lo supone la historia de su vida escrita por los Evangelistas, testigos oculares y fidedignos de cuanto nos refieren de aquel persona-

ge divino, que es el autor de nuestra Religion, el objeto de nuestra fe, de nuestra esperanza, de nuestra caridad, de todos nuestros cultos. Pero, ¡ah! que esto lo sabe muy bien el Dupuis, y si lo niega contra el testimonio de su conciencia, es para alucinar á los incautos que se dejan seducir por sus palabrotas y tono magistral y pedantesco. Quisiera él y sus discípulos que gastásemos ahora el tiempo y nos tomásemos el trabajo de demostrarle la verdad de la existencia de Jesucristo, cuando él no presenta una prueba siquiera de lo contrario. Mas necio seria yo en detenerme á probar aquella verdad, que Dupuis ha sido en negarla sobre su dicho. Despues de mil ochocientos años en los que incesantemente ha estado sufriendo la Religion cristiana toda suerte de ataques de toda clase de enemigos, hasta Dupuis ninguno se habia atrevido á echar mano de este arma que sin duda le hubiera sido mas fácil de manejar á un Celso, á un Porfirio, á un Hierocles, á un Juliano, y la habrian manejado con tantas mayores ventajas cuanto mas inmediatos se hallaban á la época en que Dupuis supone haberse inventado aquella historia fabulosa. Ninguno de los tiranos que procesaron á los discípulos de Jesucristo, aunque les daban en cara con que adoraban á un hombre oscuro, humilde, que no pudo evitar el último suplicio en que acabó crucificado por su mismo pueblo; aunque atribuían á mágia y á embaucamientos sus milagros y su resurreccion, ninguno les dijo que adoraban un Ser alegórico que jamas habia

existido en el mundo. Y ahora nos lo viene á decir Dupuis y quiere que lo creamos y que nos ocupemos en probarle la realidad de la existencia de Jesucristo. Se engaña mucho. Si los cristianos en sus principios hubiesen traslucido que el objeto de sus cultos era el Sol material: que ese era el cordero que habia venido á quitar los pecados del mundo; si hubiesen traslucido ese secreto los enemigos de nuestra Religion, sin duda alguna habrian hecho las paces entre sí sin reparar en las formas exteriores del culto. Habrian tolerado las del culto cristiano aunque diferentes de las suyas, como toleraban las del Mitriaco tan semejantes en sentir de Dupuis á las de los cristianos; pero perseguirlos unos y dejarse matar los otros por una sola cuestion de nombre, eso no es posible haya sucedido ni podemos ceerlo nosotros.

Cosa es bien sabida que el jesuita Harduino, hombre de un ingenio y de una erudicion singular, se atrevió á sostener á principios del siglo pasado en varias obras suyas que la Eneida de Virgilio era obra de un monge benedictino del siglo XIII, que describió en ella el viage de San Pedro á Roma, que en ella se pintaban los los sucesos que habian consumado el triunfo de la Religion cristiana sobre la sinagoga. Troya abrasada era Jerusalem incendiada por Tito. Enéas conduciendo sus dioses patrios á la Italia era una alegoría del Evangelio anunciado á los romanos. Las odas de Horacio, segun él, eran obra del mismo benedictino, y la Lalage de este poeta no era

otra cosa que la Religion cristiana. Este mismo hombre singular escribió una obra titulada *Athei detecti*, los Ateos descubiertos, en la que se ocupa en probar que lo fueron Jansenio, Thomasino, Malebranc, Arnaldo, Quesnel, Nicole, Pascal. Pero estas obras en que se hallan estampados tales delirios, no solo no hicieron impresion alguna en el público, sino que no hubo ni ha habido, ni habrá literato alguno tan poco apreciador de su tiempo y de su trabajo, que lo haya querido emplear en la refutacion de tales y tan absurdas paradojas, porque para hacerlo seria menester participar algun tanto del estravagantísimo humor del P. Harduino. Pero á mi ver seria mayor lá necedad del que se ocupare en refutar el delirio de Dupuis, mucho mas disparatado que todos los sueños de aquel buen Jesuita. Asi que, me ocuparé solamente en impugnar los enormes dislates y patrañas con que embrolla este capítulo de su obra.

Sienta desde luego, que asi como la historia de la caida del hombre simboliza la caida del Sol al hemisferio austral en el equinoccio de Otoño, y las tinieblas y el frio propio del Invierno; asi la reparacion del linage humano por Jesucristo es una alegoría de la restauracion de la naturaleza, por la subida del Sol en el equinoccio de Primavera á nuestro hemisferio. Estas dos épocas naturales distan una de otra seis meses; y para acomodar á ellas las dos alegorías supuestas de la caida y reparacion del hombre, le vimos fatigarse queriendo reducir á seis meses los seis

días empleados en la creacion segun Moises, los trescientos sesenta y cinco dias, ó el año de la misma segun Zoroastro, y los doce mil años del Boun-dehesk, pero ¿y cómo reducirá ahora á los seis meses los cuatro mil años que por lo menos corrieron desde la caida de Adan hasta la venida de Jesucristo? ¿Entre la corrupcion y degradacion del hombre por el pecado, y su reparacion y renovacion por Jesucristo? ¿Cómo se avendra para ajustar á seis meses las cinco edades anteriores á su venida: la primera desde Adan hasta el Diluvio: la segunda desde éste hasta Abrahan: la tercera desde Abrahan hasta Moises: la cuarta desde Moises hasta la construccion del templo; y la quinta desde la construccion del templo hasta Jesucristo? Para esto era necesario estar mas locos y saber mas que el P. Harduino, y Dupuis es mas pícaro y sabe menos, y por eso calla, y si tanto trabajó en ajustar á su gusto aquellos periodos, aqui no se mete en esos cuidados, dejando á otros que los ajusten. Digámos, pues: la reparacion de la naturaleza en el equinoccio de Primavera dista de su aparente destruccion en el equinoccio de Otoño seis meses cabales: la reparacion del linage humano por la venida de Jesucristo, dista cuatro mil años de la caida de Adan. Luego la caida de Adan y la reparacion de Jesucristo no pueden ser alegorías de la ruina y reparacion de la naturaleza por el descenso y ascenso del Sol á los dos hemisferios.

El gran argumento de Dupuis para probar que la historia de Cristo es una fábula alegóri-

ca en la que se simboliza la marchá de Sol, consiste en la conveniencia de las épocas de su nacimiento y resurreccion con las de la subida del Sol al hemisferio boreal que empieza en el solsticio de Invierno y la de su llegada al ecuador para reparar la naturaleza que sucede en el equinoccio de Primavera. "A mi buen parecer, dice él, los autores del Evangelio no tuvieron otros datos sino su fe en los dos misterios, á saber, el de la Encarnacion en el seno de una Virgen en la noche de la Natividad, y en su triunfo por la Pascua bajo el nombre y símbolo de cordero. Sobre este fondo muy sencillo pudieron bordar mil diversas historias, y suponer mil modos de morir diferentes, con tal que á ellos se siguiese una resurreccion. Por consiguiente, no seguirémos los pormenores de la fabula de Cristo, solo nos fijarémos en los dos misterios en que se funda: en la Encarnacion en el seno de una Virgen, y en su resurreccion bajo la forma de cordero reparador (1)." Desde luego vemos aqui confundidos maliciosamente por Dupuis la Encarnacion de nuestro redentor Jesucristo, con su Natividad, aunque aquella precedió nueve meses á esta, porque le hace al caso poner ambos misterios en el dia del solsticio de Invierno, como vamos á ver.

Examinémos, pues, cual es la razon de la conveniencia de estas dos épocas, la del nacimiento del Sol y la del nacimiento de Jesucristo. Si los cristianos celebramos el nacimiento de Jesu-

(1) *Tomo 3º pág. 54.*

cristo el veinte y cinco de diciembre, *VIII Kalendas Januarii*, en el dia en que celebraban los antiguos la llegada del Sol al trópico de Capricornio, porque nace el Sol ese dia, esto es, porque retrocediendo de aquel punto empieza á subir hácia el Norte; puede sospecharse que Jesucristo á quien adoramos es el Sol mismo bajo la alegoría de un hombre Dios; pero si la causa es otra distinta no tiene que ver un nacimiento con otro, aunque ambos se celebren en un dia mismo.

Pues en realidad nada se sabe de cierto acerca del dia en que nació nuestro Redentor. Las iglesias orientales en los primeros siglos donde y cuando la tradicion de la época de aquel suceso podia conservarse mejor por ser mas reciente y estar mas inmediatos al pais en que ocurrió, variaban en este punto. Miraron desde entonces aquellas iglesias fundadas por los apóstoles mas bien como un objeto de curiosidad la averiguacion del dia y hora en que nació Jesucristo, que como punto que interesase la fe ni las buenas costumbres, y por eso no se detuvieron á señalarlas como pudieron hacerlo al principio. Entró despues una piadosa curiosidad á apurarlo, segun dice Clemente Alejandrino. *Sunt autem qui curiosius natali Domini non solum annum (1), sed etiam diem addunt.* Pero estos curiosos no estaban acordes entre sí, porque unos decian que habia nacido Jesucristo el dia

(1) *Strom. lib. 1º*

veinte y cinco del mes Pachon, que es el veinte de mayo: otros que el quince del mes Tybi, que es el diez de enero: otros que el once del mismo ó el seis de enero: otros finalmente aseguran que nació el veinte y cuatro ó veinte y cinco del mes Pharmuti, diez y nueve ó veinte de abril. Entre estas opiniones adopta San Epifanio la que afirmaba haber nacido Jesucristo el día ocho de los Idus de enero, que es el día seis. *Revera nativitas Christi certa contigit undecima die mensis Tybi* (1).” Esta opinion prevaleció tanto en el Egipto que, como refiere Casiano, era costumbre en aquel país, fundada en una tradición muy antigua, que pasado el día de Epifanía y concluida aquella solemnidad, en la cual celebraban los sacerdotes de aquella provincia el bautismo de nuestro Redentor y su natividad en carne mortal, creyendo haber sucedido ambos misterios en aquel día, que por eso reúnen en él ambas festividades; no como en las provincias occidentales donde se celebran en días distintos, pues pasada la Epifanía se circulan por todas las iglesias de Egipto las epistolas del pontífice alexandrino, en las que se anuncia el día en que se ha de celebrar la Pascua aquel año (2).” Mas con el tiempo desatendidas algunas de aquellas opiniones, de que hace mencion Clemente Alexandrino, solo se conservaron dos que son las que cita Gobario (3). “La madre de Dios, dice, reci-

(1) *Adversus hereses* 51. (2) *Cassia Coll.* 10 c. 1?

(3) *Apud Phot. Myriobyblon cod.* 232.

bió el anuncio de la concepcion del Señor en el mes de los Navales, es decir en abril, al que los hebreos llaman Nisan: y dió á luz á nuestro Redentor Jesucristo pasados nueve meses á cinco de enero en punto de la media noche, que es el octavo de los idus del mismo. Otra opinion hay contraria á esta, que defiende que la Anunciacion no sucedió en el mes de abril sino á veinte y cinco de marzo, y que el Nacimiento fue no el cinco de enero sino el dia octavo de sus calendas ó veinte y cinco de diciembre." Esta última es la opinion que han seguido constantemente las iglesias occidentales, y se encuentra adoptada por el autor de las constituciones apostólicas, y por unánime consentimiento de los padres latinos; la cual aunque no se derive de una tradicion conservada desde el tiempo mismo en que nació Jesucristo, porque en ese caso seria universal en todas las iglesias, pero se funda en un cálculo que la hace muy probable, y es el siguiente. Cuenta San Lucas que Zacarías, padre del Bautista, vió al ángel Gabriel, que le anunció la concepcion de su hijo Juan en el templo, y aunque no señala el mes ni el dia en que tuvo esta vision, de las circunstancias que alli se indican coligieron algunos padres antiguos, segun es de creer, que sucedió en el mes Tisrri y hácia su principio, esto es, el veinte y cuatro de setiembre: que habiendo salido Zacarías del templo concibió Isabel. El dia veinte y cinco de marzo en que esta santa anciana entró en el mes sexto de su preñez, anunció el mismo arcangel

á la Virgen María la concepcion de nuestro Redentor, á quien llevó aquella Señora en su vientre nueve meses cabales, dándolo á luz el veinte y cinco de diciembre, así como Isabel habia dado á luz al Bautista el veinte y cuatro de junio: y aun por eso dice el Gobario ya citado, que eran dos las opiniones que habia acerca del nacimiento del Bautista, correspondientes á las dos relativas al de Jesucristo. Una la que acabamos de esponer y otra que los posponia doce dias (1).

En medio de estas opiniones no consta cuando se comenzó á celebrar en la Iglesia la festividad del Nacimiento de nuestro Redentor. En el Oriente hasta fines del siglo III ó principios del IV, no se celebraba como hemos visto en dia separado del de la Epifanía. En el Occidente, aunque no se sepa de cierto el origen de esta festividad, sabemos que se celebró desde su establecimiento no en el dia del solsticio, esto es, no el veinte y uno sino el veinte y cinco de diciembre. Pero supongamos que aquellos padres y maestros de nuestra fe, estableciesen esta solemnidad en dicho dia porque en él se celebraba por los gentiles en el Occidente el nacimiento del Sol: ¿acaso se inferirá de aquí que así lo dispusieron porque estuviesen persuadidos de que la

(1) *El autor del Cronicon Alejandrino forma minuciosamente el cálculo que hemos extractado, sin indicar de donde hubo los datos en que se funda.*

persona de Jesucristo era alegórica y que simbolizaba al Sol material? Nada menos. En ese caso la razon que tuvieron para ello fue muy distinta, pero muy sabia y muy prudente.

Era el objeto del culto cristiano absolutamente distinto de los objetos del culto gentílico, y así todo el empeño de los apóstoles y de sus sucesores era convertir á los gentiles del culto de los ídolos al del Dios vivo y verdadero; mas acerca del modo y forma de tributar este culto usó desde el principio la Iglesia de la prudente economía de permitir ciertas ritualidades que observaban con sus dioses los gentiles, depurándolas de cuanto pudiese mancillar la pureza de la fe y de las costumbres, como haré ver mas adelante. Entre ellas acomodaron la celebracion de varias festividades de nuestra sagrada Religion en los mismos dias en que celebraban ellos antes las solemnidades de sus falsos dioses, lo primero para suavizarles la práctica de la nueva Religion que abrazaban viendo que se conservaban en ella los mismos dias festivos de alegria y de júbilo á que estaban acostumbrados, pero variando el objeto: lo segundo, porque siendo esos dias de descanso entre los gentiles lo eran de mayores profanaciones y escándalos públicos: asique, dedicándolas á la conmemoracion y celebracion de nuestros sacrosantos misterios, holgaban en ellos los cristianos al par de los gentiles, por no exasperarlos si los veían trabajar en aquellas solemnidades, al mismo tiempo que la solemnidad cristiana propia del dia, los separaba con mas

eficacia de los templos de los ídolos, de las procesiones, de los juegos profanos y de otras indecentes locuras con que festejaban á sus falsas deidades los idólatras, y los tenian mas recogidos y mas aplicados á la meditacion de las cosas santas. El P. San Agustin trabajó mucho para santificar así las festividades gentílicas, haciendo que los neófitos ó nuevamente convertidos del gentilismo, si bien continuasen celebrando como festivos aquellos mismos dias que antes acostumbraban á festejar; lo hiciesen proponiéndose otro objeto distinto del todo y consagrándose mas especialmente á las buenas obras y al culto de Dios, en vez de abandonarse á las comilonas y embriagueces como antes solian. Puede verse acerca de esto la carta veinte y nueve del Santo al obispo San Alipio en la que le da cuenta de los medios de que se habia valido, sugeridos por su caridad, para apartar á los fieles de Hipona de los excesos de comida y bebida, y de las locuras con que estaban acostumbrados á profanar el dia de la conmemoracion de San Leoncio Martir, que parece se celebraba en el que celebraban las fiestas que llamaron *Hilaria* los latinos, y en Africa *Leticia*. Allí refiere que para satisfacer á los mas tenaces que se resistian á dejar su costumbre, alegando que hasta entonces se lo habian permitido, ni se lo habian prohibido otros obispos tambien cristianos; les decia, que al principio fue indispensable y aquellos prelados se vieron en la necesidad de tolerar en la Iglesia aquellas cosas. Porque apenas se habia salido de tantas y tan graves

pérsécuciones cómo acababa de sufrir la cristiandad; ya en tiempo de paz, para que las tropas de gentiles que deseaban recibir el nombre cristiano, no se detuviesen por estar acostumbrados á celebrar los dias festivos de sus ídolos con convites y borracheras, y se les hiciese cosa muy recia de sufrir la total abstinencia de aquellos perniciosísimos placeres, pareció conveniente á nuestros mayores tolerar por algun tiempo esta debilidad, y establecer en los dias festivos que abandonaban, otras festividades en honor de los santos mártires que se celebrasen sin sacrilegio, aunque con semejante pompa y júbilo, en los cuales dias se inculcasen preceptos saludables de sobriedad á los neófitos reunidos en el nombre de Cristo y sometidos á la autoridad de sus pastores, á los que no se atrevian á resistir por el honor con que los respetaban y el temor reverencial que les tenian.

Los padres Maurinos observan sobre este lugar de San Agustin, que tal habia sido la conducta del Taumaturgo, de quien refiere el Niseño en su vida, que advirtiéndole que el vulgo simple é idiota permanecía en el error del culto idólatrico aficionado á las delectaciones y placeres corporales que en él hallaba, les permitió que se regocijasen tambien en celebridad y memoria de los mártires, prometiéndose que algun dia de su buena gracia dejarian aquellos resabios abrazando un tenor de vida mas honesto y exacto. Y el gran Gregorio Romano Pontífice, le escribía en este mismo sentido á Meliton, que pasaba á

la Inglaterra recién convertida á la fe, previniéndole que: por cuanto acostumbran allí matar muchos bueyes en los sacrificios de sus dioses ó mas bien demonios, debe cambiárseles esta solemnidad, permitiéndoles que celebren en los mismos dias la dedicacion ó natalicio de los santos mártires con convites religiosos, á fin de que permitiéndoles algun regocijo exterior puedan mas fácilmente ser atraídos á los gozos espirituales.

Con lo dicho hasta aqui se hace ver á Dupuis con la mayor claridad, que la coincidencia de la fiesta romana en honor del Sol naciente con la cristiana en honor del Nacimiento de Jesucristo, no prueba que este Señor sea una persona alegórica que represente y signifique á aquel, sino que habiéndose sustituido al culto del Sol material el de Jesucristo luz verdadera, que ilumina, no los ojos, sino la mente de todo hombre que viene á este mundo, se mandó tal vez celebrar su Nacimiento en el mismo dia que aquel para destruir el culto idolátrico con el racional y justo, debido solamente al verdadero Dios y á su hijo consustancial nuestro Redentor Jesucristo.

La segunda prueba que ofrece Dupuis de su soñada alegoría es, que al nacer Jesucristo en ese dia, "*(dum medium silentium tenerent omnia et nox in suo cursu medium iter perageret)*" nace por el Oriente la constelacion que llamamos Virgo, trayendo en sus brazos un infante cuyo nombre es Cristo ó Jesus. A esta virgen llamaban los

Egiptios Isis, madre del Sol, los griegos Ceres, y nosotros la habremos de llamar Virgo Deipara: á lo menos así la llamó Ricciolo. De esta constelacion se toma el horóscopo del Sol que va á nacer dentro de pocas horas, y por eso la fábula solar de Cristo ha fijado su nacimiento en el día y hora en que asomando Virgo por el Oriente con el infante Jesus en sus barzos nos anuncia el nacimiento del Sol."

^ Cuando leo estas cosas en el Dupuis se me figura que estoy oyendo á una vieja que para entretener á un chiquillo le coge una rosa de la pasion y le va enseñando las diversas partes de aquella flor, y esplicándoselas como el P. Bernabe Covo lo hace en su historia del Perú (1), y le dice: "Mira, hijo, esta flor representa las insignias de la pasion de nuestro Salvador, de esta manera, que á estas hojitas ó bastaguitos así por la hechura que tienen como por su color se les atribuye el ser símbolo de los azotes del Señor: estas puntitas que estan á la parte de adentro de los azotes, semejantes á ellos, por tener figura de corona, se les da el significar la corona de espinas: este pilarito blanco que está en medio es figura de la columna: estas hojitas verdes que nacen de su remate son cinco, y nos representan las cinco llagas porque en su estremidad tienen asidas otras cinco hojitas cada una la suya cubiertas de un polvito amarillo: y estos tres clavitos blancos que alternan con ellas sig-

(1) *Anales de las Ciencias naturales*, nº 20, p. 135.

nifican los tres clavos con que fue enclavado el Señor en la Cruz.”

Pues á ese modo nos presenta Dupuis su Veduta estampada en su tomo cuarto, lám. 19, y nos dice: “Aquí verá este distinguido concurso una representacion celestial del nacimiento del Dios Sol, á quien adoran los cristianos bajo el nombre de Jesucristo. El teatro es el cielo el hemisferio boreal que se ofrece al espectador á la media noche el veinte y cinco de diciembre. A Oriente: :: allí asoma la Virgen Madre trayendo en sus brazos al infante Jesus recién nacido: esa es la Virgen María. Ese hombre que se ve junto á ella es San Pedro: veisle, lleva las llaves en la mano y junto á él se descubre un navío que es su barca de pescador: mas arriba y hácia el medio del cielo se observa un pesebre, ese es adonde va á reclinar la madre al infante recién nacido: aquí bajo se descubre un asno, y mas lejos un toro: :: allí, allá, que son la mula y el buey que asistieron al nacimiento: :: ahí por bajo del toro esas tres estrellas iguales son los tres reyes que vienen á adorar á Jesus; con lo que teneis un Belen entero en ese cielo estrellado sin que le falte cosa sino es San José; mas en cambio de esta falta y como por adorno levantad la vista hácia el Norte, mirad, ese es el sepulcro de Lázaro y sus dos hermanas Marta y María, representado todo en la Osa mayor: aquí apuntan los rayos de una corona, ese es San Esteban: á poco tras ella vereis subir una águila, que es San Juan Evangelista, y si algu-

no echa menos los inocentes, hélos allí en el signo de Géminis figurados en esos dos chiquillos, y ya teneis con eso felices y cumplidas las pascuas. Pero advertid, señores, que todo esto es tramoya, añade Dupuis, poniéndose serio; ni hubo jamas tal Cristo, ni nació de una Virgen, ni tal San Pedro, ni alguna de esas faramallas con que nos embaucan los sacerdotes. Todos los embustes que nos cuentan acerca de eso, es una alegoría de lo que habeis visto en el cielo." Que es como si dijésemos: mirad que no ha habido tal pasion, tales azotes, ni tal corona, ni tal columna, ni llagas, ni clavos. Alguno de los primeros que vieron esta flor se figuró en las barbillas del nectario azotes y corona: en el pistilo columna: en los estambres y anteras unas llagas; y finalmente en los tres estigmas tres clavos, y de aqui urdió la fábula de un hombre que habia sido azotado, coronado de espinas, atado á una columna, traspasado con tres clavos, y herido con cinco llagas, y á este hombre le llamó Jesus, pero hombre fabuloso que jamás existió. El caso es idéntico como vamos á verlo.

Antes del descubrimiento del Nuevo-mundo, no teniamos noticia de la pasionaria ó rosa de la pasion, y ya hacía mil quinientos años que habia padecido Cristo Señor nuestro, se habia escrito su pasion. se habia pintado y esculpido por todo el mundo. Ahora bien: ¿no tendríamos por real y verdaderamente loco al que nos hablase de aquel modo queriéndonos probar que no fue la pasion verdadera de Cristo la causa de aque-

lla aplicacion á las partes de la flor, sino que esta habia sido el origen de donde se derivó aquella historia? Antes de haber inventado los astrólogos árabes sus *themas celestes* para deducir de ellos sus vanos pronósticos, nadie habia pintado en el signo de Virgo una muger con un niño recién nacido en sus brazos, sino unas espigas ó una joven espigadera: ochocientos años antes habia existido la Virgen María madre de Dios, y el Nacimiento de Jesucristo de una madre Virgen estaba profetizado aun muchos siglos antes de suceder. A vista de esto, ¿podré dejar de sacar la consecuencia que en otro caso: luego Dupuis está loco de remate, cuando nos dice que despues de inventado aquel símbolo se habia fraguado la fábula del Nacimiento de Jesucristo, deduciéndola de los atributos y circunstancias del mismo?

Vamos á la prueba. En los planisferios que pinta Dupuis no se ve tal signo de Virgo expresado por una muger con niño. En el egipcio del P. Kilker en el lugar de Virgo solo se ve una gavilla ó manojo de espigas. En los libros Zends solo se llama Espiga á ese signo. En otros planisferios se ve una joven sin otro atributo que unas espigas en la mano, pero nada de infante, prueba de que ni en la Persia ni en el Egipto simbolizaron esa constelacion por una joven con infante en sus brazos. "Higinio, Eratósthenes, Arato, Theon, Germánico, Ovidio, Orfeo, dijeron que esa joven representaba á la justicia que en la edad de oro habia habitado en la tierra; pero que despues que se corrompieron los hombres y se

abandonaron á toda suerte de crímenes los abandonó ella, y se subió al cielo (1).

Spicum illustre tenens splendenti corpore Virgo.

Y por eso la llamaron Themis y Astrea, colocándole una balanza en su otra mano símbolo de la justicia que alargándola y estendiéndola vino á ser símbolo del siguiente signo. Otros la llaman Erigone y la hacen hija de Icaro ó Bootes, la cual murió doncella. Otros hija de Apolo y la llaman Parthenos, porque murió joven y virgen, y su padre la colocó en el cielo. Estas y otras son las fábulas que se cuentan acerca del origen de este símbolo. Nosotros siguiendo el sistema que hemos adoptado en la disertacion preliminar sobre el Zodíaco, creemos que en los almanaques antiguos rurales se pintaban unas espigas en el mes de agosto á setiembre, para denotar ser aquella la estacion de la siega de las mieses. Entre los griegos Chiron, ó despues algun otro que para embellecer sus planisferios celestes los adornó con figuras varias de personajes y de animales, añadió aqui la imagen de una joven que con el manojo de espigas en la mano representaba una Espigadera, nombre que conserva aun esta constelacion; y sus sucesores poetas y mitólogos ocupados en inventar las genealogías, y en describir las aventuras de aquéllos personajes fabulosos, los mas de ellos se entretuvieron en forjar todas esas ficciones de que hemos habla-

(1) Dup. T. 3º. pág. 52 del Suplemento.

do. Pero téngase presente que todas la suponen virgen; ninguna madre.

¿Será acaso Isis, madre de Horo al que se la ve dando el pecho en algunos monumentos antiguos que trae Montfaucon? ¿Será Ceres, madre de Proserpina? Pero ninguna de las dos fue virgen. Isis hubo á Horo de su hermano Osiris y Ceres á Proserpina de Júpiter. Además, ni una ni otra fueron jamás símbolos de la constelacion Virgo. Isis segun unos era la materia en la que obrando Osiris habia producido al mundo que era Horo: segun otros la Luna en la que se recibia la semilla de Osiris que era el Sol, y reflejada de alli sobre la tierra la fecundaba con sus preciosos efluvios. Ceres ó la diosa madre era segun los griegos esta misma tierra que fecundada por el Sol producía á Proserpina, en la que se simbolizaban las semillas que estan seis meses debajo de tierra, y en los otros seis nacia, crecian y maduraban sus frutos. Plutarco dice, que el alma de Isis subió al cielo y que está colocada en la estrella Sirio ó Sothis. Dupuis sin embargo supone que á Isis la hacían madre del Sol, fundado en una inscripcion que Prodo dice haber visto en el templo de Minerva en Sais, y de aqui discurre: "la madre del Sol no puede ser la Luna, pues léjos de comunicarle esta á aquel cosa alguna recibe de él toda su bella luz. Isis es madre del Sol segun aquella inscripcion; luego Isis no puede ser la Luna." Luego cuanto Vd. ha dicho, señor Dupuis, para demostrar con erudicion prolija y apelmazada, que Isis es la mismí-

sima Luna viene á tierra y es de ningun valor (1). Eratósthenes, colige últimamente Dupuis, dice que Virgo es Isis; luego ya tenemos en Virgo lo que yo deseaba, madre é infante, Isis y Horo. Pero debe advertir Dupuis, que Eratósthenes no dice que la muger que simboliza la constelacion Virgo sea la virgen Isis, sino que á esa muger unos la llaman Isis y otros Ceres, que son cosas muy distintas; porque esas denominaciones eran arbitrarias y como si digéramos dadas en sentido mitológico, pues que en el primitivo y natural aquella joven solo significaba, como dejamos dicho, una espigadera. Ademas, no dice que los que la llamaban Isis ó Ceres la figurasen con ningun infante macho ni hembra, ni con Horo ni con Proserpina, como debia ser para el intento que Dupuis se propone. Finalmente, dije y repito, que ninguno de los testimonios citados por ese caballero prueba lo que él quiere, ninguno llama virgen y madre á la joven figurada en Virgo. Los que la llaman virgen y la tienen por tal suponen ser Astrea, Themis ó Erigone todas tres doncellas. Los que la llamaban Isis creían que esta hallándose aun en el vientre de su madre Rhea, se habia enamorado de su hermano Osiris, y habia cohabitado con él, de cuya union habia resultado Horo. *Isidem et Ossiridem mutuo impulsos amore antequam ex alvo matris exirent in tenebris corpora miscuisse, ac sunt qui sic na-*

(1) Tomo 1º págs. 8, 174, 367, 374, 396 hasta 432 y en otros muchos lugares de su obra.

tum putent Aruerim et ab Egiptiis seniore m Horum, à Grecis Apolinem nuncupatum (1). Por lo que hace á Ceres, dice Hesiodo, que se prestó á las caricias que le hacía Jasion en la isla de Creta, sobre un campo labrado de tres rejas y que de esta condescendencia hubo á Pluto. Y Pausánias cuenta, que Ceres tuvo de su hermano Neptuno una hija y un caballo, que por eso la llamaban Hippolechen ó concubina de un caballo (2). Se muy bien que los idólatras daban á veces el nombre de virgen á aquellas deidades suyas que fingian haber concebido ó parido de un modo preternatural, aunque siempre por un efecto del estro libidinoso é impuro, porque cuando dicen que Menalippe, Augea, Antiope y Danae, concibieron de Júpiter que las oprimió en figura de cabron, de toro, de dragon, de cisne ó convertido en lluvia de oro, bajo el velo de estas metáforas ó llámense metamorfosis, daban á entender los poetas y mitólogos, no que aquellas hembras hubiesen conservado su integridad virginal en su concepcion y en sus partos, sino las varias artes de que se habia valido el lascivo Júpiter para violar su virginidad y gozar sus favores, como con su acostumbrada gracia lo explica Horacio hablando de la lluvia de oro:

(1) *Plutarch. De Iside p. 356.*

(2) *Véase al P. Montfaucon en su Antig. explic. sobre Ceres.*

.....fore enim tutum iter et patens

Converso in prætium Deo.

Aurum per medium ire satellites

Et perrumpere amat saxa (1).

Dando á entender que lo que hizo Júpiter fue corromper con el oro, á los guardas que Acrisio habia puesto á su hija Danae en la torre donde la tenia encerrada. Y hablando de Europa dice:

Sic et Europæ niveum dolosa

Credidit tauro latus (2).

Por lo que no me parece necesario apelar como lo hicieron algunos padres (3), á la suposicion de que el demonio sabedor de que Cristo habia de nacer de una Virgen, sugirió á los poetas y mitólogos gentiles esa idea, para que apropiándosela ellos de antemano á sus diosas, se debilitase con estas fábulas la inestimable y singular prerogativa de Jesucristo y de su Santísima Madre, de no haber concebido por obra de varon; puesto que esas fementidas vírgenes lo son mucho menos que las honestas casadas, y así nada tiene que ver lo que dijeron de ellas con lo que Isaías anunció de Cristo y de su madre (4).

¿Cuándo, pues, se pintó entre los símbolos de las constelaciones una muger con un muchacho? Dupuis no puede alegar monumento mas antiguo que un manuscrito árabe, que se con-

(1) *Carm.* 3º 16.

(2) *Od.* 27.

(3) *Justin. Apol.* 2ª

(4) *Isai. c.* 7º v. 14.

servaba en la biblioteca nacional, en el que estaban dibujados é iluminados los doce signos del Zodíaco con un comentario árabe que los explicaba. Allí está representado el signo de Virgo por una muger á cuyo lado hay un joven infante, casi en la misma disposicion que se pintan nuestras vírgenes, y como lo estaba la diosa Isis egipcia dando de mamar al dios Luz á quien acababa de parir. Reconoce empero Dupuis que esta figura está tomada de la esfera pérsica, en la cual en el primer decano de Virgo se figura una virgen bella, de hermosa y cumplida cabellera, que lleva dos espigas en la mano, sentada en un algarrobo ó siliscuastro, educando á un chiquillo, dándole de mamar y de comer, y alli mismo un hombre sentado junto á ella.

Hicimos ver en la disertacion preliminar que la esfera pérsica, que describe Escaligero en sus notas al poeta Manilio, tiene todos los caracteres de una superchería inventada en tiempos muy modernos, y que no puede ser anterior al siglo IX de nuestra Era. Entonces comenzaron los árabes á cultivar la astronomía y de ellos la copió Aben-Ezza el judío, de cuya obra que ya no existe la tomó Escaligero. Los árabes tradujeron el almagesto de Ptolomeo, y no contentándose con los conocimientos astronómicos que adquirieron en aquel libro, quisieron enlazar con ellos sus delirios astrológicos. Y como para anunciar los sucesos que creían depender del influjo de los astros, era necesario columbrar en ellos algunas señales de las que pudiesen deducir sus pronós-

áticos, no contentos con los símbolos que les ofrecia la esfera Alejandrina en sus cuarenta y nueve constelaciones, revistieron esos mismos símbolos de nuevos atributos: les agregaron nuevas accesorias: multiplicaron mostruosamente su número sin detenerse á indicar por menor las estrellas á que correspondian; porque no los consideraban ya como símbolos de las constelaciones, sino como indicios de las propiedades que habian de tener los que naciesen bajo el aspecto de cada planeta y de cada signo, y como señales de los acontecimientos que les habian de ocurrir en su vida; y así sucederia que no contentos con sus primeros ensayos en esta algaravía astrológica, irian variando sus almanaques y formando este astrólogo uno compuesto de tales y tales figurones: otro hizo otro distinto con figuras diversas, y acaso en cada una de las principales escuelas en que se enseñaba esta fabulosa ciencia habria su distinto thema astrológico, llamado impropriamente Esfera. Los árabes astrólogos de la Persia uno: los de la India otro; y otro los del Egipto que se sustituyeron á la escuela de los ptolomeos en Alejandría. Asi es, que en la tercera de estas esferas que es la egipcia no se indican ya solamente estos símbolos, sino que á la margen se les da el valor verdadero de su significado: en Virgo por ejemplo dice = *Mulier bene ornata spectans spectaculum viri.* = *Nascetur amator aut amatrix.* Asi que, guiados por el principio sólido y luminoso de Baillí, á saber: que la esfera mas sencilla es la mas antigua, la original, y que las otras

son copias de esta, á las cuales se les han ido agregando nuevos adornos; se echa de ver que de las cuatro esferas que copia el Dupuis al fin de su tercer tomo, la mas antigua es la barbárica que es la griega de Alejandría y de Eudoxo, que consta de menos símbolos y mas sencillos: la segunda es la indiana que tiene unos cincuenta símbolos mas complicados: la tercera y mas moderna que aquellas dos es la pérsica que cuenta sobre cien signos, y la cuarta la egipcia compuesta de trescientos sesenta.

Pero Dupuis insiste en la antigüedad de aquel símbolo, y trae al intento el testimonio de Abulmasar astrónomo árabe que floreció en el siglo IX de nuestra Era. "Dice este, que en la esfera pérsica se veía en el primer decano del signo de Virgo segun los persas, caldeos y egipcios, y segun lo enseñan los dos Hermes á Asclepius desde la mas remota antigüedad, una hembra cuyo nombre pérsico es Seclenidos de Darzama, en árabe Adrenedefa: esto es, una joven limpia, virgen, inmaculada, hermosa de cuerpo, graciosa de semblante, modesta en su trage, de larga cabellera, que lleva en su mano dos espigas, sentada sobre un sólio, nutriendo y apacentando en un lugar, cuyo nombre es Hebrea, á un niño llamado por algunas naciones Jesus con que quieren decir Eza, que nosotros en griego llamamos Cristo (1)."

Analicémos este pasage de Abulmasar para

(1) Dup. Tom. 3º p. 318. nota (k).

darle el crédito que merezca. Dice que se veía la figura de una joven en el primer decano del signo de Virgo, etc., entre los persas, caldeos y egipcios, fundándose en la doctrina de Hermes y de Asclepius ó Esculapio. Estos son los fundamentos de su dicho, y estos fundamentos son falsos. Todos los erúditos saben que los tales Hermes y Esculapio son dos personajes fabulosos, y que aun quando se suponga haber existido y haber enseñado á los pueblos, bien sea la astronomía, bien la medicina, esto es, los primeros elementos de estas facultades, sus obras no han parecido jamas, caso que las escribiesen. Sabemos que en siglos muy posteriores los gnosticos segun Diderot (1), para autorizar sus estravagantes sistemas ó segun otros alguno de los llamados platónicos modernos compusieron y publicaron como obras de aquellos sabios varios escritos, tales como el Pimander, el Asclepius y otros, de que hablaremos con mas estension adelante. Sabemos en cuanto á los persas, segun atestigua el viagero Chardin citado por Dupuis, que tienen casi las mismas constelaciones que nosotros, á escepcion de que á las constelaciones boreales Bootes y al Serpentario les llaman Ava la grande y Ava la chica. Esto vió Chardin, y esta esfera es sin duda la de Eudoxo, que como dijimos en otro lugar citando al Gouget, se extendió por todo el Oriente despues de las conqui-

(1) *Dicc. Enciclp. de la filosofia ant. y mod. art. Gnasticos.*

tas de Alejandro. El autor del Boun-dehesk, como ya vimos, solo dice que las estrellas que segun el método mas antiguo estaban distribuidas en veinte y siete constelaciones que nombra, se redujeron despues á doce cuando adoptaron la esfera griega, y entre estas doce no aparece muger alguna, ni doncella, ni casada, ni viuda, porque al signo de Virgo le llama espiga, siguiendo en esto á los planiferios mas antiguos, en los que se simbolizaba dicha constelacion con un manojo de espigas. De la esfera de los caldeos nadie pudo comunicarnos noticias mas exactas que los astrónomos de Alejandría, y estos como hemos visto, ó no hicieron uso de los signos caldaicos de las constelaciones, si es que usaron de algunos los caldeos, ó no nos dejaron memoria alguna de ellos en el caso que los hubiesen visto. Si hemos de estar al planisferio egipcio del monasterio de San Mercurio, tampoco vemos allí á la virgen del Algarrobo acompañada de su muchacho, ni se encuentra en los zodiacos de Dendera ni de Esne. ¿Dónde, pues, encontró Abulmasar esa virgen hebrea? Claro está, y él mismo lo confiesa, que en los escritos apócrifos de Hermes y Esculapio, partos monstruosos de los antiguos gnosticos ó de los modernos platónicos, y en la esfera astrológica llamada pérsica, que es un zurcido compuesto de retazos de las supersticiones astrológicas, y de los errores de los gnosticos y los cabalistas, á los cuales plugó apellidar varias constelaciones, con los nombres de algunos personajes que hacían papel en sus

creencias respectivas. Porque llamaban al Serpentario ó á su serpiente Ava la chica, dijeron ser Eva madre del género humano, segun Chardin interpreta, no se si con fundamento ó sin él. En las cinco estrellas de la Osa mayor que forman el carro con su espaldar el sepulcro de Lázaro, y en las dos restantes las dos hermanas suyas Marta y María. Vieron igualmente en las tres estrellas de la cintura de Orion los tres reyes magos, y en el signo de Virgo vieron los persas una joven llamada por ellos Seclenidos de Darzama, la misma á quien los árabes llamaron Adrenedefa: los cabalistas la miraron como paisana suya hebrea como ellos de origen; á la que acomodaron su chicote bautizado con nombres distintos con el de Eza, con el de Jesus, con el de Cristo. A ese modo podria algun simple contemplativo con ribetes de visionario representarse todos los misterios de la vida, pasion, muerte, resurreccion y ascension á los cielos de nuestro Redentor en las estrellas, en las constelaciones, en sus varios aspectos y movimientos; y si tenia algo de astrólogo, no se detendria en decir que esas mismas estrellas con sus símbolos y sus fenómenos habian pronosticado y figuraban aquellos misterios de nuestra sagrada Religion, como parece que dijo Alberto Magno con mas candor y piedad que crítica y discernimiento (1), sin recelo de que habia de venir al mundo un

(1) *De universitate* citado por Dupuis, T. 3º pág. 318, not. (n).

Dupuis que citase su dicho injustamente para probar que no habia existido nuestro Redentor Jesucristo ni su madre, y que estos nunca fueron otra cosa que esos mismos símbolos de las constelaciones bautizados con esos nombres, y personalizados en las fábulas cristianas. Por semejante estilo otro dominicano apóstata llamado Jordan Bruno, nos vino diciendo en el siglo XVI en una obra titulada *Espacio de la Bestia triunfante*, que los símbolos de las constelaciones que hasta allí habian significado los dioses de la gentilidad, en adelante debian significar las virtudes y los vicios. En aquella obra introduce á Júpiter quejándose amargamente de la decadencia del culto idolátrico á pesar de las sabias medidas que se habian tomado para que fuese eterno con haber dado á los astros los nombres de las constelaciones, haciendo así del cielo un libro que presentaba á la vista de continuo toda la teología pagana. Momo se burla de Júpiter y le responde satirizando la depravada conducta que habian tenido aquellos dioses, la historia escandalosa de sus amores infames que les habian hecho caer en un descrédito universal. Se llama á las constelaciones: cada una se escusa á su modo y concluye la comedia escluyendo todas las religiones de los tipos y símbolos celestiales, con que hasta allí habian ennoblecido á sus dioses y sustituyendo á los nombres de estos que tenian las constelaciones nombres de virtudes morales. ¿Y quién podrá privarnos á los españoles de que tomemos así el cielo por nuestra cuenta, y lo pobleemos de los

varones que honraron nuestro suelo con su valor, con su sabiduría y sus virtudes? que llamemos á los doce signos los doce pares de Francia vencidos por nuestro Hércules como aquellos lo son por el Sol, con arreglo á lo que leímos en la escuela cuando pasamos el libro de Carlo Magno? Los siete planetas serán los siete infantes de Lara, cuya historia se ve tambien impresa hasta en Córdoba en todos los baratillos. El signo de Géminis son los amantes de Teruel que tienen su romance, y asi llamaremos al navío Argos la nao Victoria, primera que dió vuelta al mundo y á Palinuro el piloto Sebastian el vizcaino, etc.

A que bueno, señor Dupuis, ese tono que Vd. toma de gallo ingles vencedor cuando añade: “¿Se quería saber cómo se llamaba el niño? Ya lo sabemos por sus dos nombres. ¿Nos quedará aun motivo de dudar? En verdad que no. Pero no es esa la disputa, señor mio. ¿Esa virgen con el niño en los brazos se puso asi entre los signos del Zodíaco antes ó despues de la edad en que decimos los cristianos que María Santísima dió á luz á nuestro Redentor Jesucristo? Esta es la cuestión. Si se hallaba ya figurada en el cielo de esa manera: si ya se la tenia por una virgen hebrea y madre al mismo tiempo: si al niño se le llamaba Jesus ó Cristo antes del imperio de Augusto, seria posible que de ese signo hubiésemos tomado los cristianos ocasion para componer nuestra historia del Nacimiento de nuestro Redentor. Mas si no se encuentra tal virgen pintada con niño en el lugar del cielo que corresponde á Vir-

go, ni leemos que nadie la haya llamado hebrea, ni al niño Jesus ni Cristo hasta ochocientos años despues de aquella época, como hemos demostrado; ya no queda ni la mas leve duda de que aquella virgen madre verdadera, y aquel verdadero y real personage hijo suyo, á quien adoramos bajo el nombre de Cristo ó de Jesus, dieron margen á los gnósticos, á los cabalistas, á los sabeos, de los que hablaremos en adelante, para llamar al símbolo de Virgo ó á la joven Espigadera hebrea, para añadirle el niño y llamarle Jesus: asi como habian llamado antes á esa misma joven unos Astrea, otros Themis, otros Erigone, Isis, Ceres, etc.

Todo lo que añade en seguida Dupuis, para probar que los doce signos del Zodíaco son los doce apóstoles de Jesucristo, es tan ridículo, como lo seria cuanto alegase yo queriendo probar que los doce pares de Francia nunca fueron mas que los doce signos del Zodíaco, ó que los siete sacramentos, los siete dones del Espíritu Santo y los siete vicios capitales no eran otra cosa que los siete planetas: es tan despreciable como si me empeñara en negar la existencia de las siete partidas del rey don Alonso, porque no hay mas siete partidas que los siete planetas. Y bien, señor Dupuis, si los doce signos son los doce apóstoles, y los doce apóstoles son los doce signos, San Pedro será uno de ellos: será el primero: será Aries, pero no será Icaro, ni Bootes, ni Jano como Vd. supone en varios lugares. Si es Jano, ¿dónde hay en San Pedro las cuatro ó al menos

las dos caras de aquella falsa deidad? Però tiene llaves y barca; luego es San Pedro. Verde y con asa; luego alcarraza, decimos en España á los que así discurren. Tiene llaves Jano, pero no las del cielo, sino las de las puertas de Roma segun Macrobio, porque los romanos le veneraban como á genio tutelar. Tiene barca no porque fuese pescador, sino porque le suponian inventor de la navegacion ó de los navíos. Además, ¿qué tiene que ver San Pedro con el Nacimiento de Jesucristo? ¿Asistió por ventura á él? ¿Asistieron los doce apóstoles? Jano nace antes del Sol el veinte y cinco de diciembre y viene casi junto con él: Jano tiene llaves y barca; luego Jano es San Pedro; luego Jano nace con Jesucristo. Estos son los racionios de Dupuis. ¿Es creible que así discorra un hombre? A la verdad que parece imposible si no lo tocásemos.

Triste cosa es habernos detenido tanto en probar que la virgen celeste no fue el tipo de que se copió nuestra Virgen María; y mas quando despues de quanto á dicho Dupuis á aquel intento, viene ahora á desmentirlo afirmando con el testimonio de Ovidio que la joven en cuestion es Anna Perrenne. ¿Ana digiste? Luego es Santa Ana, infiere Dupuis, madre de la Virgen María. No nos detengamos en apellido. Mas en este caso no será niño aquel que lleva *lactans et cibans eum*, dándole de mamar y de comer á un tiempo, aunque como solemos decir, tela y sopa no caben en la boca. Será niña y se llamará María *illuminatrix*. En este caso su Nacimiento no se

deberá celebrar el ocho de setiembre sino el veinte y cinco de diciembre, puesto que este dia y en la mitad de su noche quien asoma por el Oriente ó quien nace no es Jesus de María, sino María de Ana. ¿En qué quedamos?

Dicen de los tahures que llevan varias barajas al juego de tal suerte marcadas por ellos, que conocen las cartas por el embés y con ellas hacen sus fullerias. Mas cuando temen que los bobos á quienes van sacando el dinero adviertan el fraude, cambian de baraja para asi deslumbrarlos y que siga la trampa. Asi lo hace Dupuis. Cuando ha dicho que el oriente de Virgo en punto de la media noche del veinte y cinco de diciembre es el horóscopo del Nacimiento de Cristo, ha supuesto á aquel signo en cuadratura con el Sol. Mas ahora para acomodar las épocas de la celebracion de los misterios de la vida de la Virgen María, especialmente los de su Natividad y Asuncion con los aspectos del cielo, en particular de Virgo y del Sol, da por supuesto que Virgo entra en conjuncion con el Sol á mediados de agosto, y que se separa de él el ocho de setiembre, de donde colige que en la solemnidad de la Asuncion de nuestra Señora, no celebramos los cristianos sino la entrada de Virgo en el Sol, y en su Natividad su salida de él. Esta ya es otra baraja. Ya vimos que en el Zodíaco hay que considerar dos cosas, las constelaciones y las casas ó Dodecatemorias. Si atendemos á las primeras, como parece lo hace el Dupuis, no vienen bien sus cuentas; porque en la época del Nacimiento de

Cristo y de María, la constelacion Virgo ni estaba en cuadratura el veinte y cinco de diciembre, ni en conjuncion con el Sol el quince de agosto. Ya entonces el solsticio de Invierno sucedia llegando el Sol al trópico unido á la constelacion del Sagitario. En agosto estaba por consiguiente unido á Leo y en diciembre en cuadratura con esta misma constelacion. Si habla Dupuis de las casas, en ese caso como en estas no hay alteracion desde que se inventó el Zodíaco, es cierto que vienen bien las cuadraturas y conjunciones con los cálculos de Dupuis; pero aun no son exactos porque cada uno de estos aspectos dura un mes, y asi, ó se considera la conjuncion en su principio, ó en medio ó en su fin. Mas él no fija estos puntos y quiere que la Natividad de la Virgen se celebre á ocho de setiembre y la Asuncion á quince de agosto, tomando para la primera el dia del oriente heliaco del centro de la casa de Virgo, y para la segunda el dia en que el Sol apenas empieza á entrar ó mas bien no ha entrado todavía en la casa dicha. Si los cristianos celebrásemos en esas festividades la entrada y la salida del Sol en aquella Dodecatemoria, las habríamos fijado á un mes cabal de distancia una de otra tomando para las dos un punto mismo, ó el de la entrada del Sol en la casa y el de su salida, esto es, los dias en que comenzaba á entrar en ella al nacer y el que principiaba á salir de ella al ponerse: ó los dias en que estaba en conjuncion con el centro de la casa, esto es, en el grado quince de ella, y el que separado ya

enteramente de ella se hallaba en conjuncion con el centro de la siguiente casa.

Para la mas fácil inteligencia de la dicho debe saberse que el Zodíaco, como los demas círculos de la esfera celeste, se considera dividido en trescientos sesenta grados. En el Zodíaco se hallan colocadas las doce constelaciones que llamamos signos, de las cuales cada una ocupa treinta grados ó espacios iguales, que juntos componen los trescientos sesenta. El Sol en su movimiento diario parece dar una vuelta entera al cielo acompañado de los astros, marchando de Oriente á Poniente. Empero ademas de ese movimiento se le supone otro ánnuo de Occidente á Oriente en el que gasta algo mas de trescientos sesenta y cinco dias. Este movimiento se conoce observando que cada dia del año nace unido á distintas estrellas, con este órden, que mañana nace unido á las que estan al Occidente respecto á las que hoy le han acompañado: y al ponerse mañana va unido con las últimas estrellas que hoy veríamos ir en pos de él al principiar el crepúsculo vespertino, en el momento que se hunde bajo la línea de nuestro horizonte. Por manera, que avanza cada dia poco menos de un grado de Occidente á Oriente. De aqui resulta que en treinta dias poco mas atraviesa cada uno de los signos; y así en diciembre por ejemplo está en conjuncion con la casa de Capricornio, aunque no lo esté con esa constelacion, y al nacer la que le precede inmediatamente ó la que nace antes de él, casi toda ya enyuelta en los albores del crepúsculo matu-

tino es la que está al Occidente de Capricornio, esto es, la de Sagitario, y en ese mismo mes la que aparece hácia el ocaso descansando en la misma línea del horizonte, cuando el Sol acaba de pasarla es la que está al Oriente de Capricornio, á saber, Acuario.

Debe tambien tenerse presente que el Sol se entra en cada casa por la parte ó extremo mas occidental de ella, y está el primer dia en conjuncion exacta con el grado treinta de la casa, y de la constelacion que la ocupa: el dia segundo con el grado veinte y nueve de las mismas: el tercero con el veinte y ocho, y asi los siguientes hasta el dia treinta que está en conjuncion con el primer grado, porque estos grados se cuentan de Oriente á Occidente, y el Sol como dijimos, los atraviesa de Occidente á Oriente. Cada signo gasta dos horas en nacer todo entero, porque naciendo todos en las veinte y cuatro del dia y siendo ellos doce, es claro que desde que apunta por el Oriente el extremo de un signo hasta que se remonta sobre el horizonte el principio del mismo deben pasar dos horas (1). Supuestas estas verdades que vemos todos los dias en el cielo estrellado, ya entenderémos como es que el Sol esté en conjuncion con un signo, y que no obstante nazcan algunas estrellas que pertenecen al mismo signo antes que el Sol, como pueda de-

(1) 2: 30:: 24: 360. Si cada estrella gasta dos horas en andar treinta grados, andará en veinte y cuatro horas los 360 de su círculo.

cirse con verdad que el Sol está en conjuncion
 con Virgo, y que Virgo nace antes del Sol: que
 el Sol absorbe á Virgo en sus rayos y que Vir-
 go sale ó nace del Sol. Cuando este se halla uni-
 do á las primeras estrellas de Virgo, se dice
 que está en conjuncion todavía con Virgo, y en
 ese mismo dia han nacido las últimas estrellas,
 esto es, las mas occidentales de Virgo dos horas
 poco menos antes que el Sol, y han estado visi-
 bles en el Oriente bastante tiempo hasta que las
 desvaneció la alborada embotando sus rayos con
 su blanda luz. Por eso en el calendario de Co-
 lumnella se dice que el dia veinte al veinte y
 uno de agosto *Sol in virginem transitum facit*,
 lo que se espresa en el de Ptolomeo asi: ese dia
Sol in tota virgine, que es decir, que ese dia
 está el Sol en conjuncion con el centro de este
 signo, y ya en el veinte y dos dice el de Ptolo-
 meo *Virgo exoritur*: el dia veinte y siete *Vinde-
 miator emergit*, con lo que da á entender que
 el veinte y dos nace la mitad del signo antes que
 el Sol, y que el veinte y siete la estrella vendi-
 miador que es la mas brillante de los últimos
 grados del signo nace bastante antes que el Sol,
 de modo, que se hace visible poco antes de apun-
 tar el crepúsculo. En el calendario de Columne-
 la se dice que la Virgen acaba de nacer el vein-
 te y ocho de setiembre y lo mismo en el de Pto-
 lomeo. Por lo cual, en este dia debíamos cele-
 brar su Nacimiento, si fuese ella el objeto de
 nuestros cultos: asi como su entrada en el Sol
 deberia celebrarse el veinte y uno de agosto cuan-

do el Sol está *in tota virgine*, si ese fenómeno fuera el que celebrásemos los cristianos el dia de la Asumpcion de nuestra Señora la Virgen María.

Mas sin embargo de todo lo dicho, ¿no sería acaso conveniente trasladar á otros tiempos del año la celebracion de estas festividades, y aun mejor que nuestros mayores no la hubiesen fijado en los dias quince de agosto y ocho de setiembre, para haber precavido la siniestra interpretacion del Señor Dupuis, que vamos impugnando? ¿Pero á qué dias habríamos de llevarlas? Porque es fácil tropezar en otros inconvenientes. La constelacion Virgo, como todas las demas del Zodíaco, tienen tres orientes y tres ocasos, cósmico,acrónico y heliaco. Si nacen juntas con el Sol ese es su oriente cósmico: si poco antes que él, ese es su oriente heliaco, y si nacen por el Oriente al ponerse el Sol por el ocaso ó poco despues, ese es su oriente acrónico. Estos orientes suceden en Virgo el cósmico á fines de agosto, el heliaco á fines de setiembre, y el acrónico á fines de febrero; y dándole á estos orientes con sus respectivos ocasos la latitud de cerca de un mes que les da Dupuis, apénas nos quedaba mes en el año libre en que colocar estas festividades sin tocar de un modo ó de otro en el inconveniente de que le pareciesen á Dupuis acomodadas á los orientes y ocasos del signo de Virgo. Despreciamos, pues, como se merece el ridículo argumento que quiere sacar Dupuis de la época de estas festividades para identificar la purísima

Virgen María con el símbolo de la constelacion Virgo, queriendo que este haya sido el tipo que dió margen á la historia, que él llama fabulosa, de María Santísima y de su Hijo y nuestro Redentor Jesucristo.

A la verdad, las festividades de María Santísima no se conocieron en los primeros siglos de la Iglesia; aunque desde su origen tuvieron los fieles cristianos gran respeto y veneracion á la Madre del Salvador. Entre todas las festividades que hoy se celebran de la Santísima Virgen, no se conocen dos mas antiguas que las de su Dormicion y su Natividad, las cuales por muy antiguas que quieran suponerse son posteriores al concilio de Epheso, celebrado el año de cuatrocientos treinta y uno (1). En este concilio fue condenado el error de Nestorio que, distinguiendo en Jesucristo dos personas, divina y humana, dijo que la Virgen María era madre de Cristo ó de Jesus; pero que de ningun modo se debía llamar ni habia sido madre de Dios. Sabida cosa es cuanto escandalizó esta novedad al pueblo de Constantinopla y aun á todo el Oriente, y el celo con que San Cirilo, patriarca de Alejandría, tomó á su cargo la defensa de la Madre y del Hijo, de Jesus y María; con que prontitud se celebró el concilio de Epheso y se declaró *Deipara* á la Virgen María. Con este motivo creció mucho la devocion á esta Señora, y para fomentarla

(1) Véanse las notas del Baronio al Martirologio en estos días.

mas y mas en el pueblo cristiano, y que los honores que se la hiciesen en la Iglesia, compensasen la mengua que habian querido poner los nestorianos en su incomparable dignidad, se establecieron estas solemnidades particulares, especialmente las de su Dormicion y su Nacimiento. Los obispos católicos que concurrieron en Epheso, de vuelta á sus diócesis establecerian estas festividades en sus iglesias, celebrando en ellas el triunfo que habia conseguido la fe católica, declarando á Jesucristo Dios y Hombre verdadero, en una persona divina y dos naturalezas divina y humana, y á María, Madre de Dios. En los menologios griegos vemos así celebrados los dias aniversarios de algunos de los concilios ecuménicos que se tuvieron en el Oriente, y como el de Epheso se concluyó á fines de julio de cuatrocientos treinta y uno, de aqui es que estas fiestas se establecieron en los meses de agosto y setiembre con variedad en los dias, segun el mas pronto ó tardo regreso de los obispos, hasta que unos doscientos años despues del concilio fijó el emperador Mauricio la solemnidad de la Dormicion de la Virgen María en el quince de agosto, mandando se celebrase ese dia en todo su imperio (1), así como el emperador Justiniano habia establecido se celebrase la fiesta que los griegos llamaron Hypapantos, y nosotros escepcion ó presentacion de Jesus en el templo, el dos de febrero poco despues de la celebracion del quinto sínodo general.

(1) *Niceph. Calixto. hut. lib. 17. c. 28.*

Ahora bien : á mas de doscientos obispos católicos reunidos en Epheso sin contar con Nestorio, con Juan de Antioquia y los de su faccion, les podia Dupuis haber sosegado diciéndoles : no os apureis por marcar los títulos y honores con que ha de distinguirse esa Madre de Dios ó de Cristo, porque no es mas que un Ente imaginario, cuyo tipo véislo ahí en el cielo en ese signo á que llamais Virgo. Esa es la virgen que adoráis vosotros, no otra. ¡Cuán cara por cierto le habría costado su demencia !

§. IIIº

Muerte y Resurreccion de Cristo.

Esta es la tercera Veduta que nos ofrece Dupuis, en la que se representa la pasion y muerte y la resurreccion de nuestro Redentor Jesucristo, convertida en la muerte y resurreccion de Baco, de Osiris, de Adonis, de Atis, del Sol en una palabra, cuya muerte es un descenso al hemisferio austral, y su resurreccion su ascenso por la Primavera á calentar, á alumbrar, á fecundizar el hemisferio boreal. Este es el tipo : esta es la realidad y estos fenómenos son segun nuestro hombre los que se han revestido con fabulosos adornos, para entretener á los pueblos con las historias de Cibeles y de Atis, de Adonis y de Astarte, de Ceres y de Proserpina, de Osiris y de Isis, y

finalmente de Cristo ó de Jesus. Este resucita el mismo dia que el Sol : su resurreccion se celebra por los cristianos en el mismo dia que celebraban los gentiles la de aquel astro. El símbolo ó el traje de que se reviste para resucitar es el mismo que adorna al Sol en su resurreccion. Resucita éste unido á Aries con cuyas insignias lo adoraban los idólatras en aquel dia : resucita Jesucristo cordero sin mancha , cordero de Dios, que quita los pecados del mundo. Los festejos que hacen los cristianos en su Pascua florida son remedos de los que hacían los idólatras en su pascua. Finalmente, las alegorías de que usan cristianos é idólatras en este asunto, son unas mismas ó muy semejantes. Es, pues, Cristo el Sol adorado por nosotros bajo este nombre, y fuera del Sol no hay que buscar otro Cristo.

¡Bravo! señor Dupuis. Vamos examinando por partes esta Veduta; y en cuanto á lo primero: ¡válgate Dios por dia veinte y cinco de marzo ó por equinoccio de Primavera! ¿Pues no habria sido mejor colocar la festividad de la Pascua en otro mes cualquiera para evitar este compromiso? ¿Pero adónde la colocaríamos? ¿La pondremos en el equinoccio de Otoño en el punto mas distante del de Primavera? Pero nada se adelantaba, porque si entonces no resucita el Sol, muere en aquel dia; y nosotros llorando la muerte de Jesus en aquel equinoccio, no habríamos hecho en sentir de Dupuis otra cosa, que imitar las lúgubres ceremonias de los sacerdotes de Isis en los mismos dias. ¿La trasladarémos al solsticio de

Verano? ¡Guai! que por entonces habia tambien en Egipto su quisicosa y llevaban un borrico atado segun Plutarco, y en fin en cualquier dia del año que la fijemos no faltará algun astro que, asomando por el Oriente en el crepúsculo matutino ó vespertino, no resucite aquel dia y cata ahí á Cristo.

Estas son burlas, pero burlas bien merecidas. Hablemos ya de veras. Debemos suponer ante todas cosas, que tan distante estuvo el Señor de la naturaleza y autor de la verdadera Religion de separar las solemnidades, que mandó celebrar antes á su pueblo de Israel y despues á su Iglesia, de los dias y tiempos en que las naciones idólatras celebraban las de sus dioses, y la egipcia en particular; que por el contrario todas las fijó en las mismas épocas en que estas las celebraban, y esto por dos razones propias ambas de su admirable sabiduría. La primera es, que la causa ó motivo de las principales festividades religiosas, que celebró el género humano desde su mismo origen, exigia que se celebrasen en ciertas épocas ó dias del año por el enlace natural que habia entre la solemnidad y el tiempo de su celebracion. Estas épocas se habian conservado por tradicion en casi todas las naciones; aunque habia variado el objeto á quien se dirigian los cultos que tributaban en aquellos dias. Removido, pues, el objeto indigno de aquellos cultos y restituido el verdadero que es el que solo los merecia, debió subsistir la época de la solemnidad que estaba naturalmente unida á la solemnidad

dad misma. Las épocas naturales de las primitivas solemnidades de los hombres fueron aquellas en que, acabando estos de hacer sus cosechas, ó teniéndolas ya seguras, tanto la de las mieses como la de los frutos de la tierra, se presentaban al Ser supremo para darle gracias por aquellos bienes que les habia dado, le ofrecian las primicias de ellos en reconocimiento de que los recibian de su mano: se alegraban y regocijaban á vista de los frutos ópimos de sus labores, mientras que la tierra y los ganados descansaban, estos principalmente, del trabajo que habian tenido hasta el tiempo de la recoleccion. Fue época natural de otra solemnidad cuando, habiendo ya ocultado bajo la tierra labrada y preparada de antemano las semillas, se dirigian á Dios con plegarias y rogativas lúgubres, para suplicarle se dignará bendecir su trabajo y serles propicio, enviándoles buenos temporales que coadyuvasen con su diligencia para que germinaran aquellas semillas, para que creciesen lozanas y madurasen sus frutos hasta la perfeccion. Ademas de estas dos épocas principales, los primeros y los últimos dias del año advertian al hombre los últimos de su fin, y los primeros le abrian y ofrecian á su existencia una nueva época. Por eso se destinaban á la alegría y júbilo los primeros, y los últimos eran tristes y pesarosos. En los primeros daban gracias á Dios porque les habia conservado y hecho ver otro año, y le pedian toda prosperidad en él. En los últimos recordaban la muerte y preparaban para ella sus ánimos por

medio de purificaciones y espiaciones para entrar renovados en el nuevo año. Apenas hay una nación entre las antiguas en la que no se encuentren vestigios de estas solemnidades, aunque coincidiendo en algunas el principio ó el fin del año con alguna de las dos primeras solemnidades de que hablamos primero, solian confundirse en una sola. Basta leer el tratado de Isis y Osiris de Plutarco, y los cuatro almanaques que trae Gebelin en el tomo 4.º de su *Mundo primitivo*, con las esplicaciones que da en el resto de aquella obra para convencerse de esta verdad.

Demos ahora una ojeada á las solemnidades principales del pueblo hebreo para comprobar que siendo el mismo Dios quien mandó celebrar las unas y las otras, aquellas á nuestros padres primeros y á los patriarcas de la Ley natural, estas á Moises, y por medio de él al pueblo israelítico, y proponiéndose un mismo objeto en unas y en otras, las conservó en las mismas épocas del año á que estaban naturalmente unidas. No hay ahora necesidad de hacerle ver á Dupuis que la festividad del sábado mandada celebrar desde el principio del mundo (1), se encuentra establecida en la China desde el tiempo de los reyes anteriores á Yao, á poco de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes. Ni que las neomenias es otra solemnidad mensual tan antigua, tan universalmente observada, que no se alcanza á descubrir su origen, y que

(1) Gebelin, *Mundo primitivo*. Tom. 4º p. 81.

se ha hallado establecida en los pueblos y naciones del nuevo continente, como lo estaba entre los fenicios, los griegos y los romanos (1). Contraigámonos solo á las festividades principales de los hebreos, la Pascua del Cordero, la de Pentecostés y la fiesta de los Tabernáculos. La primera se celebraba al principio de la Primavera cuando ya sazoadas las mieses iba á empezarse la recolección: en el último de los siete días de esta Pascua debia presentar cada israelita á los sacerdotes en Jerusalem un manojo de espigas, primicias de su cosecha consagradas á Dios (2). La segunda se celebraba á los cincuenta días al acabar de recoger los granos y semillas, y en el sétimo día de esta solemnidad debia igualmente acudir todo israelita á Jerusalem, y ofrecer al Señor los primeros panes que se amasasen del trigo de aquel año (3). Finalmente, reunida tambien toda la nacion en la capital, concluidas las vendimias por el mes de setiembre, daban gracias á Dios por el buen éxito de sus cosechas, y le ofrecian sacrificios establecidos al intento (4). Pues como el objeto de estas tres solemnidades era ofrecer á Dios las primicias de

(1) Gebelin, *Mundo primitivo*. Tom. 4º p. 182.

(2) *Levit. c. 23. v. 11. cum mesueritis segetem, feretis manipulos spicarum etc.*

(3) *Offeretis sacrificium novum domino panes primitiarum duos ib. v. 17.*

(4) *Quando collegeris de area et torculari fruges tuas et epulaberis in festivitate tua. Dent. 16, v. 13 et 14.*

los sembrados, los primeros panes del trigo nuevo y darle gracias por todos los frutos que les habia concedido en aquel año; de ahí es, que no podian celebrarse sino en las mismas épocas en que se habian celebrado hasta entonces, y continuaron celebrándolas las demas naciones.

La segunda razon que descubrimos en la divina Sabiduría para conservar en su pueblo las solemnidades antiguas en las mismas épocas en que las celebraban otras naciones, fue separar por este medio á los israelitas de los festejos profanos y cultos idolátricos y sacrílegos en que se ocupaban en tales dias los gentiles; concediéndoles á los suyos iguales fiestas, descanso, regocijos, convites; pero todo santo, puro, sencillo, inocente y encaminado al único objeto que en justicia debia tener, que era el culto del verdadero Dios. Y ademas de la dulzura y delicadeza con que por este medio apartaba el Señor á los hebreos de las profanas y sacrílegas solemnidades de las demas naciones, sin privarlos de la alegria y júbilo sólido y verdadero que hallaban en las suyas; cuidó de poner en estas señales muy claras por las que supiese distinguirlas de aquellas su amado Pueblo. Porque no solo eran diversas del todo ó en la mayor parte las ceremonias con que se celebraban unas y otras, sino que enlazó en las Pascuas del Cordero, y en la de los Tabernáculos, al objeto primero relativo á la agricultura, la memoria de los dos beneficios mas grandes que aquella nacion habia recibido de su mano, á saber: la libertad de la ser-

vidumbre de Egipto y su proteccion en el desierto é introduccion en el país de Canaam. Por último, llevó, digámoslo así, la sabiduría de Dios hasta tal punto el cuidado en esta parte, que conservando como hemos visto estas solemnidades en las mismas estaciones del año en que las celebraban los egipcios, entre los que vivian entonces los israelitas porque así lo exigia el objeto agronómico-religioso de ellas, las fijó en dias distintos para que se diferenciassen unas de otras y no se confundiesen creyéndose adoptadas del pueblo egipcio por el hebreo; y esto con tal esmero, que en Egipto se celebraba la entrada de Osiris en la Luna el dia de la luna nueva del mes Phamenoth, porque como dice Plutarco (1), colocado el Sol sobre la misma Luna, suponian que entonces fecundada Isis por su hermano Osiris empezaba desde aquel dia á diseminar por los aires los gérmenes de todas las nuevas producciones que habian de desarrollarse en la Primavera; lo cual sucedia en la conjuncion de los dos planetas. Mas el Señor por el contrario mandó á Moises que esperase para salir de Egipto al dia quince de la Luna, á la luna llena, cuando la Luna está en oposicion con el Sol, dia funesto para el Egipto, porque en ese aspecto de

(1) *Hoc pacto vim Osiridis in Luna collocantes Isidem ei uxorem ex qua prolem procreet ascribunt::: quod impleta et gravida facta à Sole, rursum à se in aerem emitat ac disseminet genitabilia principia. De Iside.*

la Luna, esto es, hallándose la Luna opuesta al Sol, cayó Osiris en el lazo que Typhon le habia preparado, como lo dice y esplica Plutarco (1). He aqui con cuanta escrupulosidad estaba precavido de antemano el error en que podian haber caido los israelitas, sospechando que su Pascua del Cordero era la misma festividad egipcia que se celebraba en la entrada de la Primavera con el nombre de Entrada de Osiris en la Luna: y con la misma precaucion estaban colocadas las solemnidades de Otoño, porque los egipcios las celebraban en el mes de noviembre, y los israelitas desde el primero hasta el veinte y uno del mes Tisri, primer mes de su año civil, á saber: el dia primero la fiesta de las trompetas: el diez el ayuno de espiacion, y luego la solemnidad de los Tabernáculos.

Pues si la Pascua de los cristianos en que celebra la Iglesia la resurreccion de Cristo nuestro Redentor, es semejante á alguna de las solemnidades antiguas, es sin duda á la Pascua del Cordero que celebraban los hebreos. Los cristianos al principio celebraban en muchas partes esta Pascua en el dia mismo que los judíos, y á la verdad la Pascua del Cordero era la figura, el símbolo, la sombra de nuestra Pascua: ésta la verdad, la realidad, lo que aquella significaba.

(1) *Etenim in plenilunio deficit Luna, Sole ipsi ex adverso stante, in terræ umbram incidens, sicut in arcam fertur incidisse Osirim. De Iside.*

Ahora bien, si la de los hebreos nada tenia de comun con las fiestas de la resurreccion del Sol ó de su subida al hemisferio boreal en el equinoccio de Primavera, menos tendrá que ver con esta solemnidad gentílica la Pascua de la resurreccion verdadera de nuestro Salvador.

En efecto, la Pascua de la resurreccion del Señor se separa aun mas que la de los judíos del equinoccio de Primavera: estos solo se separaban catorce dias del novilunio; los cristianos la celebramos algunas veces á los veinte dias de la Luna de marzo, y asi variamos de un año para otro celebrándola el veinte y dos de aquel mes unos años, y otros hasta el veinte y cinco de abril. Porque desde el tiempo del concilio Niceno se determinó como punto de invariable y comun observancia que se hubiese de celebrar en toda la Iglesia el domingo siguiente á la Luna catorce. Y en cuanto al dia preciso en que sucedió la resurreccion de nuestro Redentor, que Dupuis supone haber sido el veinte y cinco de marzo; segun la creencia comun de la Iglesia, son tan varias las opiniones de los doctores eclesiásticos, que el doctísimo Suarez, cuenta hasta doce opiniones, porque unos dicen que murió el Señor el veinte y seis de marzo, otros el treinta, otros el siete, otros el diez y ocho, otros el veinte y dos, otros el veinte y uno, otros el veinte y cuatro, otros el veinte y tres del dicho mes; algunos opinan que espiró en la Cruz el dia diez y seis, otros el dos, otros el tres de abril; pero la sentencia mas comun es que murió el veinte y

cinco de marzo, *VIII Kalend. Aprilis*. "No podemos formar juicio seguro acerca del valor respectivo de estas opiniones, añade el P. Suarez, porque este pende ó de la historia humana, ó de las tablas astronómicas, y en uno y en otro se encuentra mucha variedad; por tanto, la cosa es incierta y es lo mas acertado ó suspender el juicio ó preferir la última opinion que es la mas comun y mejor recibida (1)." Podemos, pues, preguntarle á Dupuis en su mismo tono: ¿por qué fatalidad singular y rara, señor mio, muere Jesucristo segun la opinion mas comun en el mismo dia en que resucita el Sol en ese *VIII Kalend. Aprilis*, que Vd. tanto repite? ¿por qué fatalidad singular el pueblo de Israel celebra su Pascua no en el novilunio del mes Nisan, como lo hacían los egipcios en el de su mes Phamenoth, sino en el plenilunio del mismo? ¿por qué fatalidad singular celebramos los cristianos esa misma Pascua nunca en el dia propio del equinoccio, sino en el domingo siguiente al plenilunio del mes de marzo?

Se alucina ó intenta alucinar Dupuis, asi es necesario concluir, cuando dice que la Pascua de los cristianos está fijada invariablemente en el mismo dia del equinoccio de Primavera; pues la opinion mas comun es que Jesucristo murió en ese dia *VIII Kalend. Aprilis*. Se engaña torpemente, cuando asegura que la razon que tuvi-

(1) *Suarez in 3º t. 2ª, cuest. 50, art. 6, Disput. 40, Sectio. 6, pág. 416.*

mos los cristianos para fijarla en el equinoccio, es ser nuestra Pascua la solemnidad del tránsito del señor Sol á las regiones boreales. Si este fuera el objeto de nuestra Pascua, ¿á qué tantas disputas y quebraderos de cabeza sobre el día de su celebracion?

En cuanto á la metáfora de que usamos los cristianos llamando cordero de Dios á nuestro Redentor Jesucristo, estamos convenidos con Dupuis en que desde el Bautista hasta hoy es llamado Jesucristo así en la Iglesia. De aquí el simbolizar á este Señor bajo la forma de un cordero con estas ó las otras accesorias, especialmente en los primeros siglos de la Iglesia, cuando aun no se habia hecho comun el uso de las santas imágenes. ¿Mas por qué usamos de esta metáfora? Quiere Dupuis que sea porque el cordero es el símbolo ó signo de la constelacion Aries, á la que iba unido el Sol en el equinoccio de Primavera, en los días en que celebramos nuestra Pascua de Resurreccion. "El Sol, dice, resucita unido al cordero: Jesucristo resucitado se llama cordero; luego Jesucristo es el Sol. El Sol de marzo se simbolizaba en los planisferios celestes con su cordero: Jesucristo es simbolizado por un cordero; luego Jesucristo es el Sol en Aries." En todo esto hay mucho de arbitrario que no debemos dejar pasar. El signo de Aries jamás se simbolizó por un cordero sino por un carnero, y no así como quiera, sino por un morueco y con astas bien retorcidas. Así se ve en las figuras de Júpiter Amon, que segun Dupuis, era el mismísimo

Sol en Aries, y en todos los planisferios egipcios y griegos esa es la figura que vemos en el signo de Aries y no un cordero. Empero Dupuis ha encontrado en su Boun-dehesk nombrado cordero á ese signo y no carnero, y esto le basta para inferir de ahí que los cristianos hemos tomado de los persas esa metáfora para significar el Sol de Primavera. Mas los persas, segun nos repite incesantemente Dupuis, simbolizaban al Sol primero de la Primavera con su toro Mithriaco; luego si de los persas hubiésemos imitado la metáfora y el símbolo, habríamos usado de la figura de toro como ellos; no de la de cordero. No sucedió así, repone Dupuis, porque cuando se copió de la religion de Zoroastro la de Cristo, fue en época moderna, cuando ya el Sol primero de Primavera no venia unido al signo de Tauro, sino al de Aries, y por eso los compositores de las fábulas cristianas cambiaron los símbolos usando del cordero en lugar del toro. Mas si la Religion cristiana es copia de la zoroástrica, ¿cómo se atrevieron los inventores de aquella á hacer esta innovacion, cuando en mas de dos mil años que habian pasado ya entrando el Sol en conjuncion con Aries al tocar en el equinoccio de Primavera, no se habian atrevido los magos á hacerla? El Sol atravesaba el ecuador unido á esta constelacion de Aries por el mes de marzo, desde el año dos mil doscientos cincuenta y dos antes de la Era cristiana, y en todo este tiempo y aun despues de establecida y propagada la Religion de Jesucristo, hasta el siglo IV de nuestra Era, no

alteraron los magos su religion en ese punto segun Dupuis, ¿y nosotros sus serviles discípulos, como él nos llama, tuvimos ese atrevimiento desde el principio? Hubiéramoslo tenido enhorabuena; mas en ese caso siendo los inventores del cristianismo tan escelentes astrónomos como Dupuis supone, habrian hecho la cosa bien hecha y con exactitud. Quiero decir: supuesto que su mente era adorar al Sol en la forma del símbolo que significaba la constelacion, á que venia unido en el equinoccio de Primavera, habrian adoptado el símbolo de uno ó de dos peces, pues que debian saber que habia ya mas de doscientos años que iba en conjuncion aquel dia con el signo de Piscis. ¿Qué razon pudieron tener, dejando el toro de sus maestros por conformarse con el estado del cielo, para sustituirle el cordero y no el pez?

¿Pero es posible que quepa en otra cabeza que en la de Dupuis, ir á buscar á la Persia el origen de esta metáfora cristiana, estando este tan claro sin salir de la Judea, cuna del cristianismo, en la misma Pascua del Cordero que se celebraba en aquel pais? Aquel cordero era la víctima que se inmolaba el dia primero de aquella Pascua. Era degollado y asado, pero ninguna parte de él se ponía sobre el ára: se quemaban los desperdicios y se comia todo lo demas: con su sangre se tiñeron los umbrales de las puertas de las casas de los judíos en Egipto, y esta sangre los preservó del esterminio de sus primogénitos. Esta era una viva representacion, un sím-

bolo el mas espresivo de la víctima que algun dia habia de ofrecerse al Eterno Padre por la salud del género humano. Víctima que se habia de inmolar en el mismo dia primero de aquella Pascua: víctima que se habia de inmolar no en el templo ni sobre el ára, sino en la Cruz: víctima de la que habian de participar todos los cristianos: víctima cuya sangre nos preserva de la sentencia de eterna perdicion: combinacion admirable de sucesos, posibles solo al què los habia ordenado todos desde el principio. Pasan los israelitas á Egipto: sufren alli por mas de doscientos años una dura cautividad: son libertados de ella milagrosamente, y en el dia de su libertad se les manda que celebren aquella Pascua con las ceremonias ya dichas. Caminan cuarenta años por el desierto sin repetirla, y al entrar en la tierra prometida la celebran segunda vez. Gime el género humano desterrado del Paraíso en tierra de abrojos cautivo del pecado y del demonio. Viene Jesucristo á libertarlo de esta esclavitud, y tomando á su cargo la pena merecida por el delito de Adán, es hostia sin mancha, corderito sin astas, víctima sacrosanta de valor infinito que se ofrece á su Padre en la Cruz, en el mismo dia que Israel inmolaba el cordero legal: y en virtud de la sangre de Jesucristo, no solo salimos de la cautividad del pecado, sino que somos puestos en posesion de la verdadera tierra prometida que es el cielo. Todos participamos de esta víctima y toda entera es para nosotros. Pues si aquel pueblo llamaba al cordero que inmolaba en aquel

dia *Pascua*, aplicando así á la víctima el nombre mismo de la solemnidad, ¿por qué no pondremos nosotros los cristianos á Jesucristo víctima verdadera, el mismo nombre de aquella que lo habia figurado hasta allí, y á la que se le substituía como desaparecen las sombras á vista de la luz? Acabemos de confundir á Dupuis con la doctrina de San Agustin que parece previó sus delirios cuando dice: "Ni deben presumirse los necios que no quieren enmendar su vida, que adoramos los cristianos aquellos luminaires del cielo el Sol, la Luna y las estrellas, porque de ellas tomamos algunas semejanzas para figurar los misterios divinos, como se toman de toda clase de criaturas. Pues así como no adoramos ninguna especie de ganados porque nuestro Señor Jesucristo se llama cordero y becerro, ni á fiera alguna porque fue llamado leon de la tribu de Judá, ni piedra alguna porque se dijo: la piedra era Cristo; ni al monte Sion porque es figura de la Iglesia: así tampoco ni al Sol, ni á la Luna aunque de ellos tomemos figuras ó voces como de muchas cosas terrestres, ó usemos de esos nombres como metáforas de algunos sacramentos dándoles un sentido espiritual."

¿A qué viene, señor astrólogo Dupuis, ó de qué sirve, pues, que nos deis en rostro con que llamamos á Jesucristo Sol de justicia, luz del mundo, cordero de Dios, leon de Judá? ¿Nos podreis convencer por eso de que adoramos esta luz material, el Sol, los signos de Aries, de Leo, solo porque usamos de estas metáforas hablando

de Cristo? "Burlémonos de tan ridículas recon-
venciones, como nos aconseja San Agustin, detes-
tando tales delirios de los astrólogos que viendo
como refutamos sus patrañas y descubrimos los
embustes con que seducen á los incautos, piensan
incomodarnos diciéndonos que nosotros tambien
celebramos la Pascua computando el tiempo en
que ha de celebrarse por los movimientos del Sol
y de la Luna. No, no observamos para celebrar
nuestra Pascua el cielo á guisa de astrólogos para
deducir de alli pronósticos vanos, sino para ajus-
tar á ciertos dias aquella solemnidad segun lo
exigen los misterios que encierra. Y si usamos
de algunas metáforas y alegorías tomadas del cie-
lo, de las estrellas, y aun de las criaturas infe-
riores en la dispensacion de los sacramentos; esta
es una elocuencia sagrada de nuestra saludable
doctrina proporcionada para escitar los afectos de
los oyentes, elevándolos por las cosas visibles á
las invisibles, de las corporales á las espirituales
y de las temporales á las eternas."

Y asi es, que ningun cristiano repara si cuan-
do celebramos la Pascua se halla el Sol en Aries,
como llaman los astrónomos á cierto espacio del
cielo donde en verdad se halla el Sol en el mes
de los Novales; pero llamen como quieran á ese
espacio del cielo, bien le digan Aries ó le den
otro nombre; nosotros lo que hemos aprendido
en las Santas Escrituras es, que Dios crió todas
las cosas, todas las estrellas y las colocó en los si-
tios que quiso, distribuyéndolas por toda la re-
dondez de los cielos. Dividan, pues, ellos todo ese

espacio en moradas distintas y tan bien adornadas cada una con las estrellas que le corresponden, en las partes que tengan á bien, llámenlas y distinganlas con las voces que gusten: do quiera que se halle el Sol en el mes de los Novales allí hallará nuestra solemnidad por el misterio que encierra en sí, pues que del mismo modo que se renueva entonces la naturaleza; así desde entonces empieza la renovacion de nuestra nueva vida. Ni dejaríamos de celebrarla entonces aunque llamasen Aries á esa parte del cielo, por la conveniencia que tuviese con alguna figura ó geoglíficos: no por eso temeria la divina palabra deducir de esa figura alguna semejanza de Sacramento, como lo hace con otras criaturas así celestes como sublunares, con Orion y las Pleiadas, con los montes Sina y Sion, con el Jordan y otros rios (1).

Colige finalmente Dupuis la identidad de objeto de las solemnidades paganas y cristianas, de las circunstancias principales de unas y otras que eran muy semejantes, porque en unas y otras los primeros dias se consagraban al llanto y la tristeza, y los últimos á la alegría y alborozo, como sucede en nuestra Pascua á la que precede la semana Santa ó mayor; en la cual se viste la Iglesia de luto y en el dia de Pascua se adorna con ropages blancos y entona el alleluya.

Para contestar fundamentalmente á esta objeccion, es necesario que recordemos lo que se

(1) *Epist. ad Januar. 55. inter Maurinas, p. 132 y 133.*

dijo poco ha acerca del origen primitivo de las principales y mas antiguas solemnidades que celebraron los hombres. Decíamos allí que mandó el Señor al hombre, obligado ya á cultivar la tierra con el sudor de su frente para sacar de ella su mantenimiento, que le ofreciese las primicias de sus cosechas de frutos y ganados. Asi lo practicaron desde el principio Abel y Cain, y asi continuaria practicándolo toda la descendencia de Adan enseñada por aquel primer Padre del linage humano: asi lo hizo Noé al salir del Arca: asi Abraham y los demas patriarcas. Finalmente, constituida en nacion la descendencia de éste, se le manda como vimos, que celebre una fiesta en la que debe ofrecer las primicias de sus cosechas: otra en la que debe ofrecer las primicias del pan de que ha de alimentarse aquel año: la primera antes de meter la hoz en las mieses: la segunda despues de haber barrido las eras, y otra tercera solemnidad en el Otoño al concluir la vendimia. Ademas de estas solemnidades de que se hallan vestigios en casi todas las naciones antiguas, hay otra que puede reputarse justamente por tan universal y tan antigua como las primeras. La cual se reducía á una especie de rogativa ó de fiesta lúgubre y de afliccion, que se practicaba antes de echar mano á labrar la tierra y á sembrar las semillas, ó despues de haberlas ocultado debajo de la tierra, cuyo objeto era pedirle á Dios que bendigese el trabajo é industria del hombre acudiendo con buenos temporales á los campos, para que aquellos sembrados germinasen lozanos

y diesen abundantes cosechas. Tal vez sería este uno de los objetos del día solemne de ayuno mandado á los israelitas celebrar el décimo día de su mes Tizri, á fines de nuestro setiembre ó principios de octubre, en el cual además de espiar con sacrificios particulares y con aflicción y penitencia sus pecados los israelitas, limpios ya legalmente pedirían al Señor aquellos beneficios. Hablando Plutarco de estas fiestas que se celebraban en el Egipto por el mes de noviembre, dice: "que la sazón del año en que estas se celebran hace sospechar, que esas solemnidades tristes se instituyeron con el motivo de ocultarse los frutos que no tenían por dioses los antiguos, sino los recibían como dones de Dios: dones excelentes y necesarios para no venir á parar en el género de vida brutal de las fieras. Pues por eso al desaparecer los frutos de los árboles y quedar desnudos de sus hojas, iban enterrando de nuevo las semillas y cubriéndolas con la tierra inciertos del éxito de su trabajo, y por eso daban muestras en su semblante y gestos de tristeza y de llanto. Pero en tiempos posteriores olvidados de aquella primera causa de la institucion de estas fiestas, los sucesores de aquellas generaciones antiguas dieron en atribuir neciamente á los dioses los nacimientos y las muertes que sus antepasados referían, á los frutos de la tierra que todos los años aparecen y desaparecen de nuevo, de cuyo error dimanaban las opiniones absurdas é impías que se han formado de los dioses. En verdad la cosa es así, que lloran en aquellos días por causa de los

frutos que se han ocultado, y al mismo tiempo piden á los dioses que son causa de la reproduccion de estos frutos, y de cuyas manos los recibimos, que se dignen producir otros nuevos en lugar de los que han perecido (1).”

Esta sencilla y juiciosa observacion de Plutarco, nos abre camino para descubrir cual ha sido la marcha del espíritu humano en la celebracion de la solemnidad de que vamos hablando. Está en primer lugar explicado el objeto primitivo que tuvo, que como decíamos, fue pedir á Dios que bendijese los campos empuñados ya con las semillas de los granos necesarios para el sustento del hombre. Mas como éste con el tiempo declinase, como queda explicado, del culto del verdadero Dios invisible al de las criaturas visibles, y primeramente al del Sol y de los astros, continuaron esas mismas plegarias y llantos dirigidos á esas nuevas divinidades visibles para rogarles que acudiesen con sus influjos benéficos y principalmente el Sol con su luz y calor para fecundar aquellos embriones que ocultaba la tierra, y llevarlos al estado de perfecta madurez y abundancia. Y como la época de esta festividad es en el Otoño y al principio de Invierno, justamente cuando el Sol escasea mas su luz y calor en nuestro hemisferio, asi como en la Primavera y Verano, época de las solemnidades alegres, derrama con mas abundancia sus influjos sobre nosotros; por eso en todas partes vemos se lloraba

(1) *De Iside et Osiride.*

cuando el Sol se retira y se oculta en el hemisferio austral, y se celebra su llegada al boreal; cuando renueva la naturaleza marchita por la oscuridad y frios del Invierno. Se llora su retirada en el Otoño, y se celebra su regreso en la Primavera. Se le ofrecen frutos en el Verano, como dones que se han recibido por su mano ó por un efecto de sus benéficos influjos. Asi es, que en esta época todavía no se celebraban juntas estas dos solemnidades en una misma estacion del año, sino las alegres en la Primavera y las tristes en el Otoño ó Invierno: las alegres, como las que llama Plutarco Pamilias, en los dias epagómenos, esto es, en los cinco dias últimos del año que entonces empezaba en el equinoccio de marzo al puntar de la Primavera. Entonces se celebraba la entrada de Osiris en la Luna cuando fecundando ambos astros reunidos en conjuncion, el Sol con su luz y calor, y la Luna con su humedad la tierra, le comunicaban la fecundidad que desabrochaba en la estacion de las flores y de los frutos. Entonces se celebraba el nacimiento de Horo hijo de Isis, que era la naturaleza fecundada por Osiris principio activo é invisible, solamente perceptible por la razon. Y cuando en Egipto se comenzó el año por el solsticio de Verano al tiempo del oriente heliaco de Sirio, se trasladaron en parte estas fiestas á los meses de Payni y Epiphis que corresponden á nuestro junio y julio, ó se establecieron ademas de aquellas otras de la misma idea, llamadas del triunfo de Osiris sobre Typhon, ofreciéndole á

aquel panes-ó tortas selladas con la figura de un asno encadenado. Empero las fiestas lúgubres empezaban por la de las muletas del Sol cuando en el equinoccio de Otoño le suponian decrepito inclinarse al hemisferio austral, y algunos dias despues se lloraba por cuatro dias consecutivos el total descenso del mismo á aquel hemisferio, la disminucion de la luz en los dias mas cortos, la desnudez de la tierra, la cesacion de los vientos del Norte que eran vencidos por los del austro, y la vuelta del Nilo á su madre acabada la inundacion. Estas fiestas lúgubres acababan el diez y nueve de Athyr, á mediados de noviembre. Por estos mismos dias se celebraban, continúa Plutarco, las Thesmophorias, fiestas de tristeza, en las que ayunaban las mugeres postradas en tierra. Esto era en Atenas. En la Beocia tambien habia sus llantos por estos dias para acompañar el sentimiento de Ceres por el rapto de su Proserpina (1).

Mas cuando entró la fábula á oscurecer aquellos fenómenos se fingieron varias historias, que no son mas que aquellos mismos fenómenos desfigurados. La fábula de Osiris é Isis, la de Adonis y Venus, la de Atis y Cibeles, la de Ceres y Proserpina, estan bordadas sobre un mismo fondo que es la carrera anual del Sol y los fenómenos que durante el año produce en la tierra segun sus diversos aspectos. Pero sea que en estas fábulas no en todas se guardaron los periodos

(1) *De Iside*, p. 366 y 378.

naturales de aquellos fenómenos ó por otras razones políticas ó religiosas vinieron á unirse en una misma época las fiestas lúgubres con las alegres, sucediendo estas á aquellas sin ningún intervalo. Los dias primeros se llamaban en unas *Anismos* ó dias tristes, y los últimos *Euresis*, dias alegres por el hallazgo. En las fiestas de Ceres se llamaba el primer periodo *Aphanis* ó escondimiento, ocultacion ó pérdida: el segundo *Zetesis*; inquisicion; y el tercero *Euresis* ó aparicion. “Todas estas fábulas, dice Dupuis, despues de haberlas referido estensamente, todas estas fábulas, sean las que se fuesen, acaban siempre en una castracion que era el grande objeto de las representaciones trágicas de la pasion de Atis despojado de su virilidad, como Osiris, cuyas partes sexuales fueron arrojadas al Nilo y devoradas por los pescados, como Adonis herido en sus ingles por un furioso jabalí; en fin como el Camilo de Samotracia, cuyas partes naturales fueron colocadas en un cesto por sus hermanos. Los sacerdotes de Cibeles representaban al natural esta pasion de Atis hiriéndose y amputándose á sí mismos para hacerse semejantes á su dios y estar seguros de que le eran agradables imitándole. En el acceso de su entusiasmo ó mas bien de su frenesí religioso corrian desatentados por los bosques y montes consagrados á Cibeles estos infelices con un puñal en la mano y una tea ardiendo en la otra, sueltos y enmarañados los cabellos, ahullando y bramando horrosamente como lo hacían los Bachantes, y llamando á gri-

tos á su Atis, cuyo indecente infortunio lloraban despues de haberlo copiado en sí mismo. Se les veía abrirse los brazos á cuchilladas, privarse de los caracteres de su sexo, y llevar como en triunfo por las calles los despojos ensangrentados de su virilidad. Por lo demas estos sacerdotes eran los mas infames y mas despreciables de todos los hombres: las horrendas farsas que creyeron propias para desatinar á los pueblos, los hicieron abominables hasta lo sumo á los ojos de ese mismo pueblo que no vió en ellos sino unos entes viles, afeminados, degradados de la humanidad por sus mismas manos. Los Metagirtos que iban tunando de pueblo en pueblo para vender al vulgo el favor de sus dioses, eran méndigos viles que solo entretenian en las plazas á la hez de los pueblos por muy cortos momentos (1).”

¿Y son estas solemnidades y otras todavía mas indecentes, de cuya relacion me abstengo por no incomodar mas á los castos oídos; pero que pueden verse descritas por Juvenal y por otros gentiles: son estas solemnidades tantas veces proscriptas por el magistrado, aun entre los idólatras, son estas las que el impío Dupuis supone haber sido el tipo de donde copiaron los cristianos su semana Santa y su Pascua? Nosotros nos preparamos para celebrar nuestra Pascua con cuarenta dias de ayuno en los cuales no suena en la Iglesia la voz alleluya: sus preces y oraciones respiran penitencia, sus ropages morados indi-

(1) *Tomo 2º. pág. 38, en la segunda parte.*

can su luto y su tristeza: en los últimos días, en la semana Santa recordamos la pasion de nuestro Redentor Jesucristo y su muerte: muere no castrado como Atis, ni herido del jabalí como Adonis, ni descuartizado como Osiris y Baco, sino crucificado por todos los pecados de todos los hombres, y á las treinta y seis horas celebramos su resurreccion, no su apoteosis ni su regreso de un hemisferio á otro, sino la reunion de su alma á su cuerpo, su salida del sepulcro; sus pláticas amorosas y tiernas con sus discípulos, á quienes permitió que palpasen y viesen sus llagas para asegurarse mas y mas por el testimonio de sus sentidos de la verdad de su resurreccion. Hechos todos que sucedieron no en tiempos fabulosos sino en tiempos históricos. Hechos que intentaron no negar como falsos, sino oscurecerlos para que quedasen sepultados en el olvido, los enemigos poderosos de la Religion cristiana desde su misma cuna, la sinagoga y el imperio romano. Hechos en defensa de cuya verdad se dejaron matar los apóstoles, testigos oculares de ellos, é infinitos mártires que prestaron asenso á la predicacion de aquellos testigos, comprobada con milagros innumerales. Es, pues, evidente que la historia de la vida, pasion, muerte y resurreccion de Jesucristo, no ha sido copiada de las fábulas mitológicas con que alegorizaron los antiguos el descenso del Sol al hemisferio austral y su subida al boreal: ni prestan fundamento á este disparatado modo de pensar, las épocas en que celebramos los cristianos aquellos misterios de nuestra re-

dencion, ni las metáforas de que usamos hablando de nuestro divino Reparador, ni el modo y orden que observamos en nuestras solemnidades.

Analizadas las tres grandes Vedutas de nuestro insigne titiritero, y demostrada la falsedad y ridiculéz de las aplicaciones violentas que hace de los astros y sus movimientos á los hechos fundamentales de nuestra sagrada Religion; seria este oportuno lugar para rebatir las demas objeciones de esta clase que nos hacen asi Dupuis como otros incrédulos, señalando varios hechos de los que se refieren asi en el antiguo como en el nuevo testamento, los cuales tienen alguna semejanza con ciertas fábulas paganas, de las que los tomaron segun ellos asi los judíos como despues nosotros. Seria prolijo é impertinente este trabajo y reduciendo los particulares hechos y fabulas de que hablan á ciertas clases, puede darse una sola respuesta convincente que con facilidad podrá aplicar el lector á cada caso particular que se le presente.

Distingo desde luego los hechos, que creemos los cristianos y que se refieren en los libros que veneramos como revelados por Dios, en tres clases: hechos anteriores á Moises: hechos ocurridos desde Moises hasta Jesucristo, y hechos pertenecientes á la venida de este Señor, su Nacimiento, vida, pasion, muerte, resurreccion y ascension á los cielos. No hay duda que se hallan en los historiadores, en los poetas y mitólogos de la antigüedad, vestigios é indicios de los hechos principales ocurridos en aquella primera época;

hay alguna noticia de ellos en varios escritores profanos aunque se encuentran desfigurados, y esto prueba la verdad de dichos hechos conservados por una tradicion constante en la familia de Adan hasta Noé, en la de Noé hasta Abraham y en la de este patriarca hasta Moises. Tenemos dice un teólogo célebre que escribió un análisis de las apologías de San Justino, tenemos, dice, citando á Pascal, un centro comun al que van á reunirse todas las tradiciones comunicadas por el primer hombre á la sociedad, del cual pudieron estas dimanar y propagarse por todo el mundo. Porque el longevo Matusalen vivió con Adan doscientos cuarenta y cuatro años y ciento con los hijos de Noé, puesto que aquel murió en el mismo año del Diluvio cuando Sem cumplia los ciento de su edad. Este sobrevivió al Diluvio y de él, de sus lábios recibió aquellas noticias Abraham é Isaac; al que alcanzó y vivió hasta el año cincuenta de la vida de este último patriarca. De Isaac pasaron á Jacob y á los hijos de José que bendijo su abuelo antes de morir, y de estos á Moises que pudo conocerlos y tratarlos algunos años. Del mismo modo de Chan hijo de Noé se comunicarian á Mezrain su hijo, del que tuvo principio la monarquía egipcia, y de consiguiente recibió aquella nacion en su origen las mismas tradiciones de su primer fundador. Por semejante manera se irian propagando en todas las naciones que podemos llamar primitivas, las cuales fueron colonias fundadas por la descendencia de Noé y de Abraham, como vemos en el capítulo

diez del Génesis. Instruidas todas estas sin duda en las tradiciones de sus mayores, las transmitieron á sus descendientes y de esta suerte se fueron extendiendo á las demas naciones que poblaron el globo: bien es que como no se trató de reunir las en un cuerpo, como lo hizo despues Moises, apartándose de su origen estas noticias fueron perdiendo de su verdad y pureza, por la ignorancia y otras causas que naturalmente influyeron en la corrupcion de aquel precioso depósito de la primera y de la mas interesante historia: esta sufrió grandes alteraciones y se la mezcló con los sueños y delirios de cabezas destornilladas y sobrado calientes, que la revistieron de mil fábulas y patrañas. De donde vino á suceder que no quedaron en aquellos pueblos sino algunas semillas de la verdad, que todavía se traslucen al traves de las mismas fábulas, segun es que debió suceder con arreglo al principio de Tertuliano: *veritas falsitatem precedat necesse est.*

A esta clase pertenecen varias circunstancias de las que refiere Moises en la historia de la creacion: el caos ó la tierra vacía de formas: el amor fecundando las aguas ó el espíritu del Señor que iba sobre ellas: los seis dias de la creacion ó los seis gahambares en que se hizo el mundo segun Zoroastro: un hombre primero y una primera muger, de los que tuvo origen el género humano: la solemnidad del dia sétimo en el que el Señor cesó la obra de la creacion y la bendijo: el Diluvio y salvacion de Noé: la edad de oro ó primitiva felicidad del hombre y su ruina: los

héroes ú hombres de una naturaleza mas robusta y de mas larga vida que los presentes, cuales fueron las generaciones antediluvianas: la guerra de los titanes ó de los gigantes contra los dioses, ó la lucha de los ángeles buenos con Lucifer y con sus secuaces, y otros muchos sucesos de esta época acerca de los cuales puede verse al Natal Alejandro en su tomo 1.º de la historia del antiguo testamento, donde reune cuanto Atenágoras, San Justino, Clemente de Alejandría, Eusebio, Josefo y muchos modernos han dicho sobre el particular.

Respecto á los hechos ocurridos en el pueblo hebreo desde su salida de Egipto hasta la venida de Jesucristo, es sin duda que muchos de ellos pudieron llegar y llegaron á noticia de otras naciones; pues que ya vimos en Plutarco y en San Epifanio, que se conservaban mezclados en las fábulas egipcias los nombres de palestino y judeo, y varias ocurrencias sucedidas en la salida del pueblo israelita de su cautividad. De la infausta muerte de la hija de Jepthe, de las hazañas del valeroso Sanson, tal vez urdieron algunas fábulas los primeros poetas. Los judíos vivieron despues setenta años entre los caldeos y asirios en Babilonia: alli florecieron sus principales profetas. Jeremías se refugió á Egipto y vivió alli muchos años. Jonas predicó en Nínive. Las diez tribus vivieron dispersas en muchas provincias del Oriente desde la época de Salmanasar, setecientos años antes de la venida de Jesucristo. Y finalmente, es muy probable que muchos años antes

de la version de los setenta intérpretes, hecha de orden de Ptolomeo Philadelpho, se habian traducido ya al griego algunos trozos de los libros sagrados de los judíos (1), de los cuales sacaron los idólatras algunas semblanzas de sus sacrílegos simulacros (2), como dice el autor del libro 1.º de los macabeos.

Mas por lo que respecta á los hechos de nuestro Redentor Jesucristo, su concepcion, nacimiento, vida, pasion, muerte, resurreccion y ascension gloriosa á los cielos, no me parece que llegaron á preveerlos antes que sucediesen ninguno de los escritores profanos anteriores á nuestra Era, ni por las profecías en que estaban anunciados, ni por inspiracion del demonio, que son opiniones que sostuvieron algunos padres de los primeros siglos. Porque si bien demos á los que piensan del primer modo lo que ahora dámos por supuesto, esto es, que pudieron llegar á noticia de aquellos escritores algunos de los hechos mas ruidosos del pueblo hebreo, mas no las profecías que no se habian traducido entonces ni eran vulgares y comunes entre los hebreos mismos, sino muy raros los ejemplares de ellas y su verdadera inteligencia estaba reservada á muy pocos; mucho menos pudo revelárselas el demonio á quien estuvo oculto el misterio de la re-

(1) Véase la defensa de los Padres por Balthus. Tom. 4.º pág. 614 y siguientes.

(2) Mach. 1.º c. 3.º v. 48. Véase al P. Gaspar Sanchez sobre este lugar.

dencion en cuanto al tiempo preciso en que se habia de ejecutar, en cuanto al modo y á otras circunstancias, según opinan acordermente los sagrados intérpretes sobre aquellas palabras de San Pablo. *Mysterii temporibus æternis taciti::: Misterium quod absconditum fuit à seculis et generationibus::: Sacramentum absconditum à seculis in Deo ut innotescat principatibus et potestatibus in celestibus per Ecclesiam* (1).

Poco importa que en las antiguas fábulas y en las novelas mitológicas de aquellos tiempos se encuentre algun otro rasgo, alguna circunstancia que mirada de prisa, ofrezca á primera vista alguna semejanza remota con alguno de los hechos de nuestro Redentor Jesucristo, semejanza que abultó sin duda el mas piadoso que ilustrado deseo de encontrar en todas partes á Cristo y á su Madre Santísima, como sucede entre otros al P. Canisio en su tratado de la bienaventurada Virgen María. Dícese, por ejemplo, por los gentiles que Baco convirtió el agua en vino: que triunfó subido en un asno: que fue hecho pedazos por los Titanes; mas ¿no se vé que la primera expresion es metafórica, y que con ella se quiere dar á entender que Baco enseñó á los hombres á hacer el vino del zumo de la uva, como larga y estravagantemente lo canta Nono en sus dionisiacas? En memoria de esta invencion ciertos sacerdotes de Baco, ponian de noche en el templo unos cántaros que llenaban de agua públicamen-

(1) *Ad Rom.* 16. 25. *ad Col.* 1. 26. *ad Eph.* 3º, 9º

te y al otro día aparecian llenos de vino, no es menester decir como (1). ¿Y qué tiene todo esto con el milagro de las bodas de Caná al que lo compara Dupuis? Son necesarios ojos muy vizcos para encontrar en lo uno el mas leve indicio de lo otro. Baco triunfa sobre un pollino cuando este animal estaba en la primera estimacion, no habiéndose aun domesticado para el uso comun los caballos, allá por los tiempos en que salió Typhon huyendo de Egipto en otro asno, segun dice Plutarco, cuando los jueces y príncipes de Israel cabalgaban en asnos en dias de ceremonia (2). ¿Qué tiene esto que ver con la entrada de nuestro Redentor en Jerusalem sobre un pollinito, cuando los triunfadores entraban en sus capitales en sobervios carros tirados de caballos ó de esclavos? ¿Y qué Typhon descuartizando á Osiris, ni los Titanes á Baco, y dividiendo su cuerpo en catorce ó en treinta y dos pedazos, con la pasion y muerte de nuestro Redentor, de quien estaba anunciado, como se cumplió, *os non comminuetis ex eo* (3)?

Por lo que hace á Perseo y á su concepcion, como á la de otros héroes fabulosos, dije ya que todas fueron por obra de varon y obra infame y bestial: tan lejos estuvieron de haber sido concebidos de Virgen. Sus madres fueron fecundadas por Júpiter, por Hércules, por Apolo ú por otro de aquellos dioses ó genios de carne y

(1) *Dup. T. 2º part. 2ª p. 71.* (3) *Joan. c. 19. v. 36.*

(2) *Judic. 5º 10.*

hueso, que se valieron de su poder y destreza para satisfacer los deseos de su desenfrenada lascivia y luego escusaban ellas su dócil asenso, alegando con fingido rubor que las habia sorprendido su amante trasformado en cisne, en toro, en caballo ó en lluvia de oro. Unos nacen luego por un hjar, otros por la rodilla de Júpiter que recogió el feto de Baco del seno de su madre. ¿Hay aquí en todo esto asomo de pureza? ¿Remeda en algo á aquella pura y delicada metáfora de que usa la Iglesia para significar la pureza en la concepcion y la integridad de María en el Nacimiento de Jesus: *Orietur sicut Sol Salvator mundi, et descendet in uterum Virginis sicut imber super gramen?* Por eso cuando Celso introduce á un judío hablando con Jesucristo y burlándose de su fingido nacimiento de una Virgen, suponiéndolo copiado de lo que escribieron los griegos en sus fábulas de Danae, Menalippe, Auge y Antiope, desprecia Orígenes este argumento, como habladuría de un charlatan indecente. *Dicendum hæc verba congruere rabulæ, non ei qui pollicita præstare studeat* (1).

Sabida cosa son las apoteosis de los antiguos y que aun los mismos egipcios, segun vimos decia Plutarco, creyeron que las almas de sus héroes habian subido al cielo y que residian en los astros. Belerofonte sube á caballo: Romulo á pie. ¿Pero viene esto á cuento con la ascension de nuestro Redentor Jesucristo? No me parece á mi

(1) *Contra Celsum.*

que conviene alucinarse con tan levísimas semejanzas, porque esa inadvertencia tiene graves inconvenientes. Si nos empeñamos en probar que los fabulistas gentiles fingieron la subida de Belerofonte ó de Romulo al cielo, inspirados por el demonio, para prevenir en sus dioses la ascension de Jesucristo á la diestra del Padre; ellos nos dirán que nosotros hemos fingido estos émulos de la gloria de sus divinidades. Esto es falsísimo: aquello me parece improbable y así creo que respetando la sabiduría, la santidad y el celo de aquellos antiguos Padres ó escritores eclesiásticos, debemos separarnos de ellos en esta parte. Justa y oportunamente reconvenian á los gentiles, que se negaban á creer los misterios de nuestra sagrada Religion reputándolos como imposibles, con sus disparatadas fábulas mas chocantes á la razon; pero. para esto no hay necesidad de decir que los trabajos de Hércules se tomaron de las palabras *Exultavit ut gigas ad currendam viam*: ni ninguna otra de aquellas de los misterios de nuestro Redentor Jesucristo, previstos anticipadamente por el demonio y sugeridos por él á los idólatras, para remedarlos y profanarlos en sus fábulas y en su culto sacrílego.



Capítulo Noveno.

LA RELIGION CRISTIANA NO HA RECIBIDO SUS DOGMAS DE LOS SISTEMAS DE LOS FILÓSOFOS.

En la primera parte de esta obra hemos visto que no solo el dogma de la unidad de Dios, sino el de su espiritualidad y demas atributos, el de su providencia, la creacion del mundo, la existencia de los ángeles buenos y malos y sus combates, la espiritualidad é inmortalidad de nuestras almas, la corrupcion de nuestra naturaleza; y finalmente la creencia de una vida futura en la que estan reservados premios para los buenos y castigos para los malos, son verdades que hicieron la base y fueron el fundamento de la teología y religion de los pueblos mas antiguos del universo, de los indios, de los egipcios, de los chinos, de los persas, de los judíos: que estos dogmas y esta creencia se remontan sobre los tiempos fabulosos, esto es, que se creyeron y estaban admitidos por aquellas naciones antes que los egipcios y los griegos inventasen los fa-

bulosos personajes de sus mitologías y sus estravagantes hazañas: que muchas de estas fábulas no son mas que aquellos mismos dogmas desfigurados y mezclados con mil errores y preocupaciones populares. Probamos que el origen comun de estas verdades, creidas unánimemente por el género humano en su misma infancia, cuando aun no se habian desarrollado sus facultades intelectuales suficientemente para haberlas podido descubrir por el racionio, hacía ver que las habia recibido el hombre de una autoridad superior, sin cuya enseñanza no las habria podido alcanzar sino despues de muchos siglos, de muchos errores y estravios, y á costa de largos y muy dificiles racionios. Demostramos finalmente, que habia habido siempre en el mundo familias, pueblos y naciones, en las que se habia conservado puro el depósito de estas verdades hasta la venida de Jesucristo que las esplicó con mas claridad, y las sancionó con mas firmeza que hasta entonces habian tenido, haciéndolas perceptibles á todos, y dándoles una estabilidad eterna.

Despues de haber demostrado asi la divinidad de nuestra sagrada Religion, es necio el empeño con que se detiene Dupuis á probar que el dogma de la unidad de Dios no es propio y peculiar del cristianismo, porque se encuentra en pueblos y filósofos anteriores á él, y podemos decirle lo que en las escuelas al que arguyendo se estravia hasta este extremo: *Pro me laboras*. Sin embargo, como este hombre no sabe ensuciar pa-

pel sino con cavilaciones y sofismas, con errores y calumnias, esparce varias en este artículo que no se le deben dejar pasar. Nos pone á la par á los cristianos con los idólatras asegurando que ellos y nosotros convenimos en el culto de un solo Dios, porque si ellos reverenciaban al parecer muchos dioses, reconocian sin embargo á Júpiter como á Dios supremo y superior á todos; y si nosotros adoramos principalmente á un solo Dios, adoramos tambien con él á los ángeles y á los santos como á dioses subalternos, y esto lo comprueba con su cita que apunta asi: *Psal. 4: 981*. Pero esta es una objeccion muy usada desde los primeros siglos del cristianismo; se ha refutado muchas veces y ha perdido toda su fuerza. "Sepa Dupuis, *como decia á Fausto San Agustín*, sepa y aprendan los que gustan de su doctrina, que nosotros no hemos recibido de los gentiles la opinion de la monarquía ó *de un solo Dios*; antes bien los gentiles no la han perdido del todo, á pesar de haberse prostituido hasta el extremo de tributar cultos á dioses falsos. Ni eso que dice que nosotros adoramos tambien muchos dioses aunque subalternos es mas que una calumnia. Porque si el pueblo cristiano celebra con solemnidades religiosas los sepulcros de los mártires y otros santos, es solo para escitarse á imitarlos y asociarse á sus méritos, y ayudarse con sus oraciones Asi que, reverenciamos á los mártires con el mismo culto de amor y de urbanidad con que acatamos los varones de Dios de virtud escelente que viven entre nosotros, con-

siderándolos preparados para dar su vida por el Evangelio: aunque á aquellos les tenemos mas fervorosa devocion, porque habiendo ya vencido los combates, los celebramos con segura confianza vencedores en vida mas feliz que estos que aun luchan en la presente (1)."

"Sé, añade Dupuis, que los cristianos pretenden inferir de que el dogma de la unidad de Dios no es privativo de ellos, sino que hacía la base de la teología de todos los pueblos antiguos, que los paganos tuvieron noticia de este dogma por la revelacion. Pero ademas de que la revelacion es un absurdo (¿y por qué? ¿por qué Vd. lo dice?) respondo que no es necesario recurrir á esta máquina (no es máquina la revelacion: es cosa mas sencilla aun que el trato de un hombre con otro hombre, porque el autor del hombre se comunica á él mas facilmente que el hombre mismo). No es necesario, dice, acudir á esta máquina sobrenatural, cuando vemos la série de abstracciones filosóficas que condujeron á los antiguos á reconocer la unidad de un primer principio."

Los cristianos confesamos con el autor del libro de la Sabiduría y con San Pablo, que el hombre puede elevarse al conocimiento de una primera causa ó de un solo Dios, solo con la luz natural de la razon y aun sin necesidad de esa serie de abstracciones filosóficas, que Dupuis, hombre sumamente olvidadizo, supone indispen-

(1) *Contra Faust. Lib. 20. c. 19 et 21.*

sable para llegar á aquel conocimiento; puesto que segun confiesa él mismo, "la unidad de accion y la correspondencia de todas las partes del mundo hácia un centro comun de movimiento y de vida que es lo que sostiene la armonía y concierto de todas ellas, condujo á los hombres::: que miraron al universo como un grande efecto á admitir una causa única de esta obra única, cuyas partes todas parece que conspiran á la unidad, de suerte que la unidad de efecto hizo imaginar la unidad del diseño y la unidad de la causa." Pues en este simple y obvio discurso ¿dónde está esa serie de abstracciones metafísicas que Dupuis supone necesaria para elevarse al conocimiento de un solo Dios? Sin embargo, el hombre debió siempre conocer á su autor, y no siempre se halló en estado de conocerlo por su razon sola, porque no siempre pudo formar aquel discurso: obvio y sencillo para el hombre de juicio sano y de razon ejercitada, pero que no está á los alcances ni del salvaje que embrutecido apenas percibe en los objetos otras relaciones que las que tienen con él: y se le hacen sensibles por el placer ó por el dolor; ni del idólatra que tiene su entendimiento viciado con mil errores de educacion muy difíciles de estirpar, y su corazon corrompido con brutales pasiones, como se hallaban los pueblos cuando el Señor dijo al suyo por boca de su profeta Moises: *Oye, Israel, tu Dios es uno*, dando asi á esta verdad con su palabra una fuerza de conviccion y un peso de autoridad, que la hizo perceptible á todos los en-

tendimientos, aun los mas rudos, y subyugó á la razon humana, reuniendo á todos los que la oyeron en una misma creencia: efectos que jamás consiguieron ninguno de los filósofos que la anunciaron despues.

Aunque como buen trapalon acumula mortalla, no obstante bien conoce Dupuis lo poco que adelanta para su intento, con derivar la unidad de Dios de los discursos de los filósofos, y asi pasa á otro argumento muy trillado tambien, cual es el de convencernos de que hemos tomado los cristianos de Platon y de los platónicos el dogma principal de nuestra Religion, el de la Trinidad. Para darle algun colorido de verosimilitud á esta absurda pretension, emplea veinte y una fojas de su grueso volúmen, en las que hacina tal fárrago de erudicion indigesta, de autores, de doctrinas y de sistemas, que trunca, falsifica y tuerze con la mayor violencia para hacerles decir lo que él quiere, que si lo hubiese de seguir paso á paso seria necesario emplear doble trabajo y espacio para refutar cada uno de sus dislates. Mas conveniente será, analizando aunque con harta dificultad todo aquel embrollo, reducirlo á orden y batir en brecha sus artículos fundamentales, con lo que se desplomará todo su ruinoso edificio. Pero antes despejemos la cuestion separando de ella lo que no le interesa, para que quede mas fácil y espedita su solucion.

Uno de los ataques mas peligrosos que tuvo que sufrir la Religion cristiana en los primeros

siglos, fue el diluvio de escritores y de obras apócrifas con que sus enemigos y aun muchos de sus hijos conspiraron á afearla, á desfigurarla, y si posible les hubiera sido á confundirla y aniquilarla, mezclándola con mil errores y patrañas. Los hereges, los filósofos y algunos cristianos fanáticos é ignorantes, trabajaron con empeño increíble en esta guerra del error contra la verdad. Los gnósticos, los platónicos modernos y ciertos cristianos, que llevados de un celo falso creyeron serles lícitas las represalias de esta especie, inundaron el mundo de obras que publicaban bajo los nombres respetables de los apóstoles y discípulos de Jesucristo, y de filósofos y personajes antiquísimos, para conciliarles autoridad y seducir á los simples nimiamente crédulos. Entonces aparecieron versos de Orfeo y de Lino, versos de oro de Pitágoras, oráculos caldaicos ó de Zoroastro, las profecías de las Sibilas y los diálogos Pimander y Asclepio atribuidos al mismo Mercurio ó Hermes, ó Esculapio ó Thaut, á quien se creía en Egipto inventor de los caracteres alfabéticos y que segun Baillí, si existió, debió existir treinta y tres siglos antes de Jesucristo (1). Oigámos en prueba de esto al juicioso crítico Meiners que habla de esta manera: "Todas las obras falsas ó supuestas que se esparcieron en la Grecia antes del tercer siglo que precedió á la venida de Jesucristo, son nada en comparacion de la enorme multitud de las que se introdujeron entre aquel

(1) *Astron. antigua*. T. 1º p. 397.

siglo y el primero de nuestra Era por espacio de cuatrocientos años. Tres razones principales estimularon en este periodo á la mayor parte de los malos escritores á dar sus obras á luz, suponiéndolas producciones de hombres célebres en la antigüedad. La primera razon fue el cebo del interes prometiéndose vender aquellos pretendidos monumentos de la antigüedad á muy buen precio para las bibliotecas de Pérgamo y de Alejandría. Asi es, que la hambre y la miseria puso segun Ammonio la pluma en la mano á los autores de una infinidad de obras falsamente atribuidas á Aristóteles, las que se compraron para la biblioteca de Alejandría. Tales fueron tambien probablemente las musas que inspiraron á los que atribuyeron obras falsas, á casi todos los oradores y filósofos antiguos, y entre otros á Pitágoras y á los Pitagóricos.

» La segunda causa ó razon de esta suposicion de obras en el periodo que hemos indicado, fue el empeño que tenian los bárbaros, adoptados en la Grecia ó que habian estudiado en aquel pais y estableciéndose en él, en proporcionar á sus naciones la gloria de una antigüedad remotísima, y de haber sido maestras en todas las ciencias de los griegos. Para conseguirlo no solo se fingieron pretendidas historias antiguas y obras científicas, en las que se veían los conocimientos griegos tomados de las naciones extranjeras, sino que tambien se atribuyeron á los mas célebres autores griegos libros en los que confesaban ó hacían confesar á sus maestros que eran deudo-

res de su sabiduría á los sacerdotes y filósofos extranjeros: así la obra apócrifa atribuida á Pitágoras titulada *Palabra sagrada*, distinta de los libros que con el mismo título citan Diodoro, Diógenes y Apolonio, se fingió probablemente para convencer á los griegos por el testimonio mismo de Pitágoras, que él habia adquirido sus conocimientos en los misterios de la Trácia y de otras naciones.

» En fin la tercera razon es, que despues de Alejandro se introdujo y perpetuó entre los griegos, y de ellos pasó á la Italia, el gusto á la astrología, á las evocaciones y á las demas partes de la mágia, enseñada y ejercida primero por los aventureros caldeos, persas y egipcios solamente y mas tarde por los griegos mismos. Estos impostores quisieron hacer recomendable la importancia de sus pretendidas artes, haciéndolas pasar por una ciencia secreta de los pueblos mas antiguos. Ciencia admirada por los hombres mas célebres de la Grecia que se habian iniciado en todos sus misterios, y que por medio de ella eran capaces de ejecutar las mas extraordinarias acciones. De ahí tantas obras sobre la mágia que se atribuían, ya á los caldeos, ya á los judíos, á los persas y particularmente á Zoroastro y á Hostanes, como á Orfeo, Pitágoras, Demócrito y á otros. En lo sucesivo se miraron estos libros como auténticos y el mismo Plinio con frecuencia los cita como tales.

» Despues de la venida de Jesucristo se allegaron otras nuevas causas á las que acabo de es-

plicar, y el número de obras supuestas creció tanto con el discurso del tiempo, que llegaron á ocupar el puesto de los mejores monumentos de la antigüedad. Suscitáronse entre los cristianos un enjambre de partidos y de sectas de las cuales la mayor parte procuró justificar sus errores con obras de esta clase y con revelaciones falsas. Los gnosticos fueron los mas imprudentes de todos, los cuales, como dice Porfirio en la vida de su maestro, enseñados en las escuelas de la filosofía antigua habian abrazado la secta de Adelphio y de Acilino. Estos hereges se habian hecho con muchas obras de Alejandro de Libia, de Philocomo, de Demostrates, de Lido, y publicando las revelaciones de Zoroastro, de Zostriano, de Nicotheo, de Allogenes, de Messo y de otros personajes de esta especie abusaban de la credulidad de la muchedumbre; por eso Plotino, despues de haberlos refutado de viva voz con argumentos, escribió contra ellos una obra titulada, *contra los Gnosticos*. Los mismos ortodoxos, continúa Meiners, imitaban con descaro las imposturas de los hereges, y con el objeto de llevar adelante proyectos y empresas que les inspiraba su piedad, fingieron y esparcieron un sinnúmero de obras falsas, que en siglos posteriores indugeron á error á sus amigos y á sus enemigos. Finalmente, si han de tocarse todas las causas de este furor de fingir obras y libros, no debe olvidarse el fanatismo de aquellos impostores que defendian la religion de Grecia y las demas religiones antiguas. Estos últimos atribuyeron ve-

rosimilmente á Hermes, á Orfeo, á Zoroastro y á las Sibilas muchas obras, con el fin de probar la divinidad y la armonia de la religion de todas las naciones (1).”

La Iglesia columna y firmamento de la verdad, atravesó aquellos dias de ignorancia y de fanatismo, sin que se contaminase su doctrina con ninguno de los errores que contenian aquellos escritos apócrifos y conservó pura la verdad de sus libros canónicos, sin que se perdiese ninguno de ellos, ni se mezclase en su contesto doctrina estraña: como sucede al Sol cuando, habiendo atravesado el horizonte envuelto en negras nubes, se descubre hácia su ocaso tan brillante como en su Oriente sin haberse empañado su pura luz con los densos vapores de una atmósfera impura. Guiada por la critica del cielo que le enseñaba el Espíritu Santo que la asiste, supo separar siempre el oro de la escoria, reprobando las falsas doctrinas de los hereges, refutando las calumnias de los filósofos y gentiles, y despreciando como apócrifas y de ningun valor las obras que le ofrecia el celo indiscreto é ignorante de algunos de sus hijos, y aun castigando en algunos la osadia de fingir novelas piadosas que desacreditaban la Religion á los ojos de sus enemigos, como lo hizo con aquel presbítero del Asia, que refiere Tertuliano, citado por San Gerónimo, el cual llevado de una indiscreta devocion al apóstol San Pablo, se dió á escribir pa-

(1) *Meiners. Tom. 2º p. 285 y siguientes.*

parruchas y prodigios del Santo Apóstol; pero convencido de sus fraudes piadosos por el evangelista San Juan, fue depuesto del ministerio sacerdotal en pena de su delito. Hijo y discípulo de esta madre y maestra de la verdad recuso desde luego cuantos testimonios y autoridades me cite Dupuis, que no sean auténticos, ni admito los dudosos. Esos no hacen fuerza contra la Region, porque ni se sostiene por la autoridad de ellos cuando la adulan, ni se debilita por sus testimonios cuando le contradicen.

Libres ya de tan fútiles argumentos debemos tener presente en segundo lugar, que en esa misma época, esto es, en los siglos primeros de la Iglesia, y aun algunos tiempos antes de la venida de Jesucristo, se suscitaron ciertas sectas filosóficas que podremos llamar eclécticas ó sincrétistas: eclécticas, porque sin adherirse ciegamente á la doctrina de ninguno de aquellos filósofos, que hasta allí se habian tenido por gefes de sus respectivas escuelas, iban tomando de cada uno lo que les parecia mejor, y formaban así su sistema compuesto de dogmas filosóficos de todas las sectas. Tambien pueden llamarse sincréticos ó sincrétistas porque trataban de acomodar unos sistemas con otros, tomando de todos y forjando así otro nuevo sistema, cuyos miembros correspondian á diferentes cuerpos de doctrina. Ya Platon, que llamaron divino, habia empezado á usar de esta libertad, mezclando en sus diálogos la moral de Sócrates con la física de Pitágoras, de Heráclito y de varios otros de sus

antecésores. Sus discípulos y sucesores Arcesilao, Carneades, Philon y Antioco, fundores de las que se llamaron segunda, tercera, cuarta y quinta academias, no juraron en las palabras de sus maestros, sino que variaron enteramente su enseñanza (1). Sin detenernos ahora á seguir paso á paso la marcha y los progresos de estas sectas, es fuera de duda que florecian principalmente en Alejandría en los primeros siglos de la Iglesia. Príncipe y maestro de la escuela ecléctica y sincrética de Alejandría fue un Ammonio Sacca, el cual floreció unos doscientos años despues de Jesucristo, esto es, á fines del siglo II y principios del III. Estando al testimonio de Eusebio (2) y al de San Gerónimo (3), este Ammonio Sacca no se separó jamas de la Iglesia, ni enseñó error alguno contrario á la fe por querer combinar los dogmas cristianos con las opiniones filosóficas. Empero son tales los elogios que hacen de este filósofo asi Porfirio como Hierocles, ambos gentiles y platónicos, llamándolo hombre inspirado de Dios y reconociéndolo por su maestro y primer fundador del sistema platónico llamado moderno, que esto hizo creer á muchos, como Fabricio (4), al doctor Lardner, y aun el mismo Balthus sospecha que hubo dos Ammonios, uno cristiano y otro gentil ó al menos filósofo platónico.

(1) Véase al P. Balthus en su *defensa de los PP.* p. 71.

(2) *Eus. hist. lib. 6º c. 13.*

(3) *De Scrip. Ecclesiast.*

(4) *Balth. Defens. p. 21.*

Pero sea de esto lo que se quiera, debemos convenir en que aquella filosofía tuvo discípulos así fuera como dentro de la Iglesia. En la primera clase debemos colocar á los que se llamaron platónicos modernos: en la segunda á los doctores cristianos de la escuela de Alejandría. Hablemos de unos y de otros. A Ammonio Sacca oyó como discípulo Plotino y un Orígenes que parece ser distinto del nuestro Adamantino. Esto lo sabemos por Hierocles el cual añade en su sétimo discurso (1) que los verdaderos platónicos que se habian dedicado á seguir la doctrina de Platon en toda su pureza habian sido Plotino, Orígenes, distinto del cristiano, Porfirio, Yamblico y otros de esta sabia posteridad que le han seguido hasta Plutarco el ateniense. Este dice Hierocles que fue su maestro y tambien sabemos lo fue de Proclo. Por donde se echa de ver que esta familia ó secta de los platónicos modernos empezando por Ammonio Sacca á principios del siglo III, continuó sucediéndole Plotino, á Plotino Porfirio, á Porfirio Yamblico, á Yamblico otros varios hasta Proclo, cuyos amigos y discípulos fueron Damascis, Isidoro de Gaza, Simplicio de Cicilia, Eulamio de Frigia, Prisciano de Lidia, Hermias y Diógenes de Fenicia que florecieron en los siglos siguientes.

Hemos fijado ya la era de la filosofía Neoplatónica, su duracion y la sucesion de sus principales doctores; hablemos ahora de su doctrina,

(1) *Apud Phot. c. 251.*

valiéndonos del extracto que de ella hace el erudito J. L. Mosheim en su historia eclesiástica. "He aquí el sistema de Ammonio fundador de esta secta, segun se colige de las obras que conservamos de sus discípulos. Suponia desde luego que la verdadera filosofía traía su origen de los orientales y que fue enseñada á los egipcios por Hermes, y de Egipto fue llevada á la Grecia; pero que los griegos la oscurecieron con sutilezas y con su prurito por la disputa; mas sin embargo Platon el mejor intérprete de Hermes y de los otros sabios del Oriente, la conservó en su primitiva pureza. Sostenia que todas las diversas religiones del mundo en su primitiva integridad eran conformes al espíritu de esta antigua filosofía; mas que en lo sucesivo los sacerdotes y los pueblos habian entendido á la letra y en un sentido erróneo los símbolos y ficciones de que usaban en su language las naciones orientales para espresar sus ideas religiosas y morales, de donde vino á suceder, que de aquellos seres invisibles, de aquellos demonios que el Ser supremo ha colocado en las distintas partes de este universo para que sean ministros de su providencia, la supersticion formó otros tantos dioses que adoraron los pueblos con aparato de vanas ceremonias. Por tanto, queria Ammonio que se restableciesen las religiones de todos los pueblos en su primitiva pureza y se redujesen á su antigua regla, á saber, la filosofía oriental: decia que esto era lo mas conforme á las intenciones de Jesucristo, cuyo único fin viniendo á este

mundo habia sido contener los progresos de la supersticion, destruir los errores que se habian introducido en todas las religiones del mundo, pero no la teología antigua de la que habian dimanado todas estas religiones.

»Partiendo Ammonio de estos principios adoptaba las opiniones recibidas en Egipto, donde habia nacido y habia sido educado, tocante al universo y á la Divinidad considerada como formando un gran todo, á la eternidad del mundo, á la naturaleza de las almas, al imperio de la providencia y al gobierno de la tierra confiado á los demonios. En efecto, es evidente que Ammonio habia fundado su sistema ó el platonismo nuevo sobre la filosofía egipcia cuyo autor se creía haber sido Hermes, y el libro de Yamblico sobre los misterios de los egipcios no deja duda alguna en este asunto. Enlazaba por consiguiente las opiniones de los filósofos de su nacion con las de Platon, lo cual no le era difícil separando las espresiones de este filósofo de su verdadero sentido, para obligarlas á que significasen lo que él queria, y completaba este plan de conciliacion, reduciendo á fuerza de arte, de imaginacion y de alegorías los sentimientos de las demas sectas de filosofía y de religion á una cierta conformidad con los sistemas egipcios y platónicos. Ni se ciñeron á esto solo las ideas singulares de Ammonio. He aqui lo que inventó á fin de conciliar las religiones populares de diferentes paises, y particularmente la religion cristiana con su nuevo sistema. Interpretó alegórica-

mente toda la historia de los dioses y defendía que los seres que los sacerdotes y los pueblos honraban con este nombre, no eran otra cosa que ministros de Dios á quienes se debía una especie de culto, pero inferior al que estaba reservado al Ser supremo. Reconocía que Jesucristo habia sido un hombre escelente, amigo de Dios, admirable theurgo: pero negaba que su intento hubiese sido abolir del todo el culto de los demonios y de los demas ministros de la providencia; antes por el contrario sostenia que solo se habia propuesto purificar la antigua religion, y que sus sectarios eran los que habian corrompido su doctrina divina (1).”

En la escuela filosófica de Ammonio ó el mismo de que acabamos de hablar ú otro, estudiaron la filosofía y otras ciencias varios cristianos que por sus grandes talentos, sus heróicas virtudes, sus trabajos apostólicos y sus obras eruditísimas resplandecieron como astros brillantes en las iglesias del Oriente. En ellos se cuenta á Anatolio que segun el testimonio de Eusebio enseñó en Alejandría las matemáticas, la fisica, la dialéctica y la retórica segun los principios de Aristóteles, y fue promovido á la silla episcopal de Laodicea. Clemente, antecesor de Orígenes en la escuela catequética de Alejandría, fue varon muy instruido en todas las ciencias profanas y versa-

(1) *Moshe. H. E. Siglo 2º, part. 2ª, c. 1º, Tom. 1º, pág. 180.*

dísimo en la lectura de los autores profanos. Estaba persuadido de que el estudio de la filosofía era útil al cristianismo, porque sirve como de disposicion al ánimo para él, y que así como la música, la geometría, la gramática y la retórica y demas ciencias auxiliares estan subordinadas á la filosofía que es como su reina y señora: de ese mismo modo debe contemplarse la filosofía con respecto á la sabiduría verdadera que es el cristianismo. Pero entre todos los filósofos cristianos de Alejandría, descolla el grande Orígenes y se aventaja á todos por la sublimidad de su ingenio, por la estension de sus conocimientos, por su celo infatigable en la propagacion de la fe, por sus admirables virtudes y por la multitud y mérito de sus obras que pasan aun hoy á los que las conocen. Discípulo de Ammonio y ecléctico como él enseñó en Alejandría la filosofía aun á los paganos con el objeto de atraerlos á la verdadera Religion. El mismo confiesa que procuró instruirse en las opiniones de los filósofos y en los dogmas de los hereges. "Tenia, dice, á la vista para hacerlo así el ejemplo de Panteno antecesor mio, que por este medio se habia hecho útil á muchos, encaminándolos al conocimiento de la verdadera Religion, y se habia aventajado en esta clase de doctrina. Tambien me estimulaba á ello el ejemplo del presbítero Heracleo que actualmente ejerce su ministerio en Alejandría, el cual habia estudiado la filosofía cinco años con Panteno, cuando empecé yo á oirlo con él, y desde entonces tomó el palio filosófico que aun lle-

va al presente continuando el estudio de los libros y ciencias del paganismo (1).”

Aunque como demostró el P. Balthus, ninguno de estos padres y doctores cristianos fueron platónicos de profesion, ni ciegamente siguieron las opiniones de aquel filósofo, no puede negarse que considerando su filosofia como la menos repugnante al cristianismo, lo miraban con cierto aprecio y lo preferian á los demas filósofos de la gentilidad. Y eso mismo sucedia á los platónicos modernos, de que hablamos primero, los cuales aunque acomodaban mas bien las opiniones del fundador de la Academia á sus sistemas, en vez de ajustar sus sistemas exactamente á la doctrina de Platon, se llamaban sin embargo discípulos suyos, y se jactaban de pensar como él. De aqui nació el empeño que pusieron los unos y los otros en atraer á Platon á su partido, aunque proponiéndose en ello distintos fines. Porque los platónicos modernós mirando á Platon como al conservador de la antigua sabiduría oriental y de la religion primitiva, y á Jesucristo como restaurador de esa misma doctrina y creencia, defendian que este Señor habia tomado de aquel filósofo algunos de sus dogmas y de sus preceptos, amalgamando así unas religiones con otras, y las modernas con las antiguas doctrinas de los sabios de todas las naciones que era el objeto principal de su secta. Empero los doctores cris-

(1) *Euseb. H. E. lib. 6º, c. 19.*

tianos ocupándose en descubrir ciertas semejanzas entre los dichos y sentencias de Platon, con la doctrina del Evangelio, suponian que aquel filósofo ó por la lectura de los libros del testamento antiguo, ó por el trato con los doctores judíos habia adquirido ciertos conocimientos de la religion verdadera que despues dejó insinuados aunque oscuramente en sus libros, y esto con el fin de atraer al cristianismo á los filósofos que acataban la autoridad de aquel maestro. Unos y otros interpretaban á Platon y al Evangelio: los cristianos para acomodar aquel filósofo á esta doctrina celestial, los gentiles para combinarla y adaptarla á las opiniones de Platon: los unos propendian á hacer á Platon cristiano, los otros á hacer á Jesucristo platónico. Veamos el resultado de ambos conatos.

No se les ocultaron á los padres antiguos estas estratagemas de los platónicos modernos para hacer que pareciese la Religion cristiana como una emanacion de la academia griega, y por eso los llama monos el sabio obispo Teodoreto y los compara á la corneja de Esopo. Y en su discurso sexto á los griegos prueba que Plotino habia estraído muchas cosas de los santos evangelios, y en particular lo que dice en su libro de la Providencia, á saber: que el Verbo hizo todo lo que existe. En seguida se detiene á probar prolijamente estos hurtos considerando de mucha importancia este trabajo, á fin de que no se sorprendan los menos instruidos al hallar en el dicho filósofo muchas cosas semejantes á las ver-

dades cristianas (1). Y San Cirilo Alejandrino, después de haber probado el adorable misterio de la Trinidad por las Santas Escrituras del antiguo y nuevo testamento, y principalmente por el principio del Evangelio de San Juan, añade estas palabras. "Por lo demas sabemos muy bien que ciertos hombres llenos de fausto y del orgullo de la sabiduría mundana han investigado curiosamente este misterio; pero se han extraviado sobremanera porque no estaban iluminados con la luz de la verdad. Puesto que como dice Jesucristo en cierto lugar: nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se lo revelare. ¿Y cómo habrían podido comprender verdades tan sublimes y tan ocultas sin la revelacion del Hijo de Dios? Sin embargo, como establecen tambien tres hipostases primitivas y añaden que la esencia divina se estiende á todas tres, y aun se sirven de la voz trinidad, se echa de ver que en esto siguen los sentimientos de los cristianos. Nada les faltaria para pensar como nosotros, si admitiesen la consubstancialidad en estas tres hipostases para inferir que es una sola la esencia divina, no separada por ninguna diversidad de naturalezas, y que entre estas hipostases ninguna es inferior á otra. Pero ellos colocan en no se que lugar elevado su primer principio y enseñan que allí permanece estable, inmóvil y enteramente ocioso. A este llaman el *Bien*. Añaden que el entendimiento pro-

(1) *Apud. Balthum, pág. 549.*

cede de él, y que este entendimiento se hace perfecto contemplando aquel bien. Llaman á este entendimiento segundo dios y autor inmediato del mundo. Le hacen inferior al dios primero, y le asignan el segundo lugar. En fin, ponen en tercer lugar al alma del mundo, y dicen que no estrae de sí misma lo que necesita para su perfeccion, sino que se diviniza y se hace fecunda para producir cuanto hay en el mundo, por la relacion que tiene con el entendimiento que es mejor que ella. Voy, continúa el Santo, á poner aquí las propias palabras de estos filósofos á fin de que resalte mas la exactitud del dogma cristiano, y cuanto se han separado de esta exactitud aquellos que los paganos admiran como sus mas hábiles filósofos, y que se han adquirido entre ellos mas encumbrada reputacion, por mas que hayan querido y se hayan esforzado á imitar nuestros dogmas." En seguida produce San Cirilo las opiniones de Numenio, Porfirio y Plotino, sobre los tres principios, en lo que se echa de ver, que por mas que se hubiesen aplicado estos tres filósofos á leer los libros de los cristianos y á remedar sus dogmas, particularmente el de la Trinidad, no pudieron evitar en la ejecucion de este designio quimérico el mezclar con ellos una multitud de absurdos y necedades. Y esto hace decir á San Cirilo, concluyendo la exposicion que ha hecho de lo menos absurdo que ellos dijeron copiando á los cristianos. "Así es como estos filósofos abandonándose á sus ideas introducen una diversidad de naturalezas en lo mis-

mo que hace el objeto de su admiracion, y luego se glorian neciamente de sus opiniones pueriles y ridículas (1).”

Resulta de lo dicho hasta aqui, primero: que todas cuantas citas acumula Dupuis, tomadas de los platónicos modernos para hacernos creer que el dogma de la Trinidad es una opinion filosófica esplicada por Plotino, por Yamblico, por Proclo, indicada por otros, espuesta por Macrobio, solo prueban que todos aquellos autores procuraron acomodar á sus opiniones aquel dogma que se creía por los cristianos, y era la base de su religion doscientos años antes de que existiese la secta de los platónicos modernos. Dos siglos eran pasados ya desde que Jesucristo habia enviado á sus apóstoles á enseñar á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, cuando se estableció en Alejandría la escuela ecléctico-sincrética de Ammonio Sacca, á quien reconocen los platónicos modernos por el primer fundador de su secta. Resulta lo segundo: que son justamente recusables como importunos y de ningun valor al intento cuantos testimonios produce Dupuis, tomados de estos filósofos para probar que hemos recibido de ellos el dogma adorable de la Trinidad; pues como hemos visto, ellos prueban por el contrario que los tales platónicos tomaron de nuestros libros santos ese precioso dogma, y queriéndolo entender con su razon y acomodarlo á

(1) *Cirillus l. 8º, contra Julianum.*

ciertas espresiones platónicas, lo alteraron en su substancia, lo desfiguraron y lo profanaron sacrílegamente. "De la academia, acabaré este punto con las bellas palabras de Tertuliano, de la academia y de las obras de aquel filósofo antiguo (1), estos modernos platónicos ó académicos adulteraron el ropage celestial y el reciente adorno de nuestra Religion sacrosanta, aderezándola con sus opiniones aun mas recientes, para adaptarla á las sentencias filosóficas mas antiguas, y de una sola senda que es la de la verdad, abrieron innumerables veredas á cual mas tortuosa é inextricable. Mas ¿de dónde diremos que tomaron esos filósofos tales doctrinas, á las nuestras tan semejantes, sino de nuestros adorables arcanos? y si de estos, luego son anteriores á sus ficciones (2)."

En cuanto á los padres y doctores eclesiásticos que estudiaron la filosofía ecléctica en las escuelas de Alejandría en el siglo III, su deseo de atraer á la fe cristiana á los filósofos paganos, hizo que algunos diesen alguna vez en uno de estos extremos, ó en el de acomodar las opiniones de los filósofos á los misterios de nuestra sagrada Religion, dando á sus palabras un sentido cristiano, que en realidad no tienen, é interpretando con benignidad nimia su nimia oscuridad, ó en el de explicar nuestros dogmas de tal modo que apareciesen conformes á las opiniones de los filósofos, y en particular de Platon. En este último tocó Orígenes, ó al menos fue acusado de

(1) *Platon.*

(2) *In Apolog.*

él en sus días. Al primero me parece propende Clemente Alejandrino en sus Stromas. Lo primero solo prueba falta de crítica y buenos deseos: lo segundo es incompatible con la pureza y sinceridad de la fe. Por eso vemos que apenas se sospechó de Orígenes que habia dado en este segundo extremo, cuando fue general el clamor que se suscitó contra tal abuso en todas las iglesias del Oriente, y á pesar de la gran veneracion con que se miraba á Orígenes, así por su incomparable sabiduría, como por su eminente virtud, aun los que continuaron respetando su persona anatematizaron los errores que se hallaban en algunas de sus obras, errores nacidos del deseo inmoderado de hermanar las doctrinas filosóficas con los dogmas de la Religion, profanando estos con esplicaciones violentas. Y aun el sábio papa Benedicto XIV separó del calendario romano el nombre de Clemente de Alejandría, por haberle este mismo deseo hecho incurrir en algunas aserciones y sentencias poco conformes á la pureza de la doctrina cristiana, como puede verse en el prefacio que estampó aquel gran Papa al frente de la edicion romana del Martirologio, dirigido al rey de Portugal. He dicho todo esto para hacer ver que es distinto querer combinar con la Religion cristiana las opiniones de los filósofos, de querer deducir de los sistemas de los filósofos los sagrados dogmas del cristianismo. Lo primero supone los dogmas preexistentes á las opiniones de los filósofos; lo segundo supone por el contrario los sistemas filosófi-

cos anteriores á los dogmas cristianos. Aquello lo intentaron con mas ó menos moderacion y crítica los doctores cristianos de Alejandría, de que hemos hablado, y despues Eusebio, Lactancio y otros; lo segundo es propio de los platónicos que llamamos modernos. Fueron estos por tanto enemigos terribles de la Iglesia naciente, especialmente Porfirio é Hierocles que escribieron de intento contra la Religion cristiana, y fueron confutados por varios doctores católicos de su tiempo. Y aun con respecto al beneficio que se persuadian hacerle algunos de sus hijos, queriendo demostrar la filiacion de muchas opiniones filosóficas de las doctrinas reveladas en los sagrados libros, fue tan cauta la Iglesia, que jamás hizo aprecio de semejantes conformidades mas aparentes que verdaderas: ni permitió ni aun en su language voz ó término alguno que remedase el idioma propio de las escuelas filosóficas de aquellos siglos. Sobre lo cual es muy digna de leerse la obra del jesuita Balthus, en que defiende á los antiguos padres y por consiguiente á la Iglesia de la nota de platonismo que le imputan los heterodosos de nuestros tiempos, señaladamente Clerc y Mosheim.

Luego ninguna fuerza hacen contra el origen revelado del dogma de la beatísima Trinidad, los pasages de algun otro doctor eclesiástico, que lo suponga contenido en algunas espresiones de Platon. Lo primero, porque como veremos á poco, el tal Platon nada alcanzó ni dijo que se parezca propiamente á nuestro misterio

incomprensible ; lo segundo , porque esos doctores hablan siempre en el supuesto de que Platon habia bebido aquellas doctrinas en los libros hebreos del testamento antiguo.

Y para cerrar de una vez la boca á Dupuis cuando nos ataca con semejantes testimonios , tomados de escritores católicos , añadiremos por conclusion la sentencia de Phocio en caso igual al nuestro. Da este autor noticia de una obra anónima dividida en quince libros que toda era una coleccion de testimonios copiados de los autores gentiles , en la que su autor intentaba probar que cuanto creemos los cristianos acerca de la Trinidad beatísima , de la Encarnacion del Verbo , de sus milagros , de su Cruz , de sus tormentos , de su sepultura , resurreccion y ascension , y de la venida del Espíritu Santo en lenguas de fuego , y demas dogmas de nuestra Religion sacrosanta , se encontraba referido de antemano en los escritos de los griegos , egipcios , caldeos , persas y traces. ¡Qué bello arsenal de armas para Dupuis ! ¡Lástima que haya desaparecido esta obra ! Ya se queja él de eso y da por supuesto que en todo llevaria razon. No obstante Phocio que la leyó , como no pueda negársele haber sido crítico muy fino y sagaz , disculpa en primer lugar la buena intencion del autor , que , segun de sí habla , vivia en Constantinopla con su familia poco despues del reinado de Heraclio ; mas en cuanto al mérito de la obra añade : “ Por tanto aun cuando ningun hombre de juicio deba reprender con justicia el trabajo del autor y el

fin que se propuso, pero no así la obra. Pues ademas de que en muchos lugares se esfuerza en acomodar á nuestra fe divina dichos enteramente contrarios á ella, tambien refiere fábulas y sueños dignos del desprecio y burla aun de los mismos escritores que los refieren, si es que tenian algun seso, y con todo se empeña en acomodarlos á nuestra fe cristiana, afirmando que le son conformes y conducentes, y para esto les busca cavilosa y desatinadamente sentidos estravagantes á esos sueños y fábulas, á fin de atraerlos al sentido verdadero, piadoso y puro de los divinos dogmas. De lo que en verdad ninguna ventaja resulta á la verdadera Religion; antes por el contrario da á los cavilosos ocasion de acusarla é impugnarla. Puesto que de ahí podrán quizá los gentiles ó incrédulos que intenten probar que nuestra Religion (que es la sola pura y verdadera y no necesita de pruebas estrañas) se deriva y está copiada de esotras religiones falsas: podrán, digo, traer en su favor el testimonio de esta clase de apologistas importunos, que para recomendar esta Religion santa se valieron de autoridades y testimonios que no hacen al caso, y que casi todos nada prueban á favor de la misma, como que no son menos diferentes de ella que lo son las tinieblas de la luz. Así que el intento era bueno, pero no debió para desempeñar su obra usar de cosas dudosas ó increíbles, sino solo de las ciertas y averiguadas (1)."

(1) *Phot. Miriobyb. Cod. 170.*

Debo prevenir en tercer lugar la importunidad con que Dupuis acumula trinidades sobre trinidades índicas, pitagóricas, estoicas, heréticas, materiales, espirituales, queriendo hallar en todas y en cada una de ellas el tipo de la Trinidad cristiana. Es indecente para un señor filósofo, ó que se jacta de serlo, semejante abuso de voces, cuando las reglas mas sencillas de la lógica bastan para despreciar como ridículos tales sofismas. Tres son, podria tambien decirse, tres son los principios de las cosas segun los peripatéticos: materia, forma y privacion: tres son las personas de la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo; luego Padre, Hijo y Espíritu Santo son materia, forma y privacion. Y he aqui la Trinidad cristiana procedente del sistema peripatético.

Examinando entre tantas trinidades las que pueden hacer al intento de Dupuis, es claro que solo aquellas pueden entrar en cuestion, cuyo origen es anterior á la revelacion clara y manifiesta del misterio de la Trinidad, hecha á los hombres por Jesucristo. Las trinidades de los maniqueos, los eonas de los valentinianos y otros gnósticos: todas las trinidades de los platónicos modernos, citadas por Proclo, la de Harpocration, de Attico, de Plotino, de Amelio, de Porfirio, de Yamblico, de Teodoro Agineo y de Lyriano, que es la que adopta el mismo Proclo, tomaron ya de la doctrina de nuestra Religion aquello en que sus hipótesis se asemejan á nuestro dogma. ¿De qué Trinidad, pues, iría á tomar Jesucristo el modelo de la suya? ¿de la que re-

veló á los hombres? De la de Pitágoras debería ser ó de la de Platon sin duda. Examinémos, pues, si hay tales trinidadas, y si hay en aquellos filósofos cosa que pueda llamarse ni haber sido ejemplar de la nuestra.

Esplica Dupuis muy bien la primera trinidad, esto es, la pitagórica que podemos llamar tambien estóica, cuando con la autoridad de Varron y de Ciceron dice: "Dos son las propiedades del fuego etéreo, como son dos las del alma del mundo: una dar la vida, y otra dar la inteligencia: vivificar por el calor y comunicar la inteligencia por la luz. De suerte que la sustancia de la Divinidad es ese mismo fuego etéreo que circula por todas las partes de la materia y que tiene estas dos cualidades principales, calor vivificante y luz inteligente: aquél principio de la vida universal, y ésta principio de la inteligencia universal (1)." Es visto por lo dicho y el mismo Dupuis lo confiesa, que el eter es un verdadero cuerpo y el calor y la luz son dos cualidades corpóreas; pero como él mismo añade, "no tiene duda que la Religion cristiana no admite el materialismo de esta teoría; esta Religion se eleva á una espiritualidad que aunque supone en las facultades divinas las mismas divisiones que acabamos de establecer, pero las separa del Ser visible, tangible y corpóreo. Segun sus doctores el *Spiritus* y el *Verbum* aunque espresados con palabras que en su primer sentido dicen relacion á

(1) Tomo 3º p. 104.

la materia, son sin embargo absolutamente in-
 materiales y no pueden residir en el fuego eté-
 reo, por muy sutil que se conciba este elemento
 universal. Por tanto, no referimos los cristianos,
 continúa Dupuis, nuestra teología á la teoría de
 los materialistas, no la creemos hija de esta, sino
 de la teoría de los espiritualistas que se copió de
 aquella y salió de ella como de su molde, por-
 que ella fue su ejemplar (1)." Con esto responde
 por mi Dupuis y dice lo que yo pudiera decir
 para demostrar que la Trinidad cristiana no se
 deriva ni del fuego eter de los estóicos ó de Pi-
 tágoras, ni de sus cualidades, ni de ninguna otra
 trinidad panteística.

Réstanos solo averiguar si pudo tomarse de
 la Academia, ó si pudieron los dogmas de Platon
 dar motivo para inventar la Trinidad cristiana
 deduciéndola de ellos, ó al menos si por aquellos
 dogmas se explica este, como lo explicaban los
 apóstoles y sus sucesores inmediatos los padres y
 doctores de los primeros siglos. Oigámos el es-
 tracto de la doctrina de Platon tocante á la Divi-
 nidad y al universo, que hace el Meiners con sa-
 gacidad admirable.

"El Timeo de Platon, que es la obra en que
 expreso trató de desenvolver sus ideas acerca
 de aquellos objetos, es, dice Meiners, una obra
 cubierta en la mayor parte de tinieblas impene-
 trables y envuelta en una nube oscurísima, en
 la que solo se descubren de trecho en trecho le-

(1) *Tomo 3º p. 109.*

ves centellas de luz que mas bien deslumbran que iluminan. Aun las investigaciones mas fáciles se presentan alli de un modo tan intrincado, que hace sospechar que Platon trabajó cuanto pudo para oscurecerlas: las verdades mas evidentes se encuentran mezcladas con suposiciones gratuitas y con enigmas que las hacen inciertas. Todas las ideas de Platon sobre el estado primitivo de la materia, sobre la naturaleza del Ser que la dió el movimiento, sobre la creacion de los elementos, del alma del mundo y del alma humana, son tan oscuras y tan incomprensibles que solo unos hombres tales como los platónicos modernos, cuya cabeza era aun mas tenebrosa que los lugares mas oscuros del Timeo, pudieron jactarse de comprenderlas y de explicarlas.

»A do quiera que volvamos los ojos en torno de nosotros mismos, dice Platon al principio del Timeo, por todas partes vemos cosas compuestas y mudables, sujetas á muerte y destruccion: así como tuvieron su principio, así las vemos acabar por la disolucion de sus partes esenciales. Es imposible que todas estas naturalezas variables sean eternas: es imposible que existan sin una causa que las haya producido. Es necesario, pues, que exista una causa infinita é inmutable de todas ellas. Del mismo modo descubrimos por todas partes diversas especies de movimientos: un cuerpo choca con otro y éste recibe el movimiento de aquel, lo cual obliga á creer que hay una causa subsistente por sí misma que produce todos estos movimientos, y que

se mueve á sí misma y á todas las cosas que se mueven en el mundo. Esta causa eterna de todos los movimientos y de todas las producciones no puede ser ni la ciega casualidad, ni una naturaleza irracional. Porque la belleza admirable de los cuerpos celestes, el orden de sus movimientos, la sucesion regular ó arreglada de las estaciones, la distribucion, la colocacion armoniosa de todas las cosas de la tierra con respecto al fin á que estan destinadas, demuestran la existencia de un Autor inteligente del mundo. Mas á la verdad, es cosa muy difícil conocer al padre y criador de este gran Todo, é imposible manifestarlo generalmente ó anunciar su nombre á todos los hombres. *Atque illum quidem quasi parentem hujus universsitis invenire difficile; et cum jam inceneris, indicare in vulgus nefas.*” ¿Qué distante estaba Platon de pensar que esa empresa que él llama difícil, imposible, la habia de llevar á cabo con admirable sencillez y eficacia, un joven educado en el taller de un carpintero humilde en un lugar despreciable de la Palestina, sin conocimientos adquiridos en las escuelas de los filósofos, y tenido por iliterato aun entre los suyos! ¿Y cómo podria haberla ejecutado si ese joven no hubiera sido la misma sabiduría increada de Dios y su omnipotente virtud?

“Crió, pues, Dios el mundo, continúa Platon, ó mas bien lo produjo de la materia, que unas veces supone haber sido eterna, y otras da á entender que tuvo principio. En esta materia segun Platon, residia ó era inherente á su naturaleza un

alma irracional, origen de la discordia y confusión que reinaban en las partes de la materia de la que resultan todas las desviaciones de las leyes ordinarias de la naturaleza, todos los vicios, todas las debilidades, todos los defectos y males de los hombres y de los animales, y todos los crímenes y desórdenes morales de la humana libertad. En esta materia, y de ella misma formó Dios el mundo, conformándose á los modelos eternos, ideas ó imágenes que de antemano se habia propuesto, y que residian en el entendimiento ó razon eterna de Dios, segun demuestra Meiners (1). Formó primero los cuatro elementos en los que distribuyó toda la materia. Hizo el mundo de figura redonda y dióle un alma racional: para esto unió su espíritu con el alma irracional que habitaba en la materia, y en ella y por ella la reunió al mundo material. Pero oigamos como traduce Ciceron el pasage del Timeo, donde habla Platon de la formacion del alma del mundo. *Deus autem et ortu, et cirtute antiquiorem genuit animum, eumque ut dominum atque imperantem obedienti præfecit corpori, idque mollitus tali quodam est modo. Ex materia quæ individua est, et quæ semper unius modi, suique similis, et ex ea quæ corporibus dividua gignitur, tertium materiæ genus ex duobus in medium admiscuit, quo esset ejusdem naturæ, et quod alterius; idque interjecit inter individuum, atque id quod dividuum esset in cor-*

(1) Tom. 5º pág. 348, nota 146. Donde esplica que eran las célebres ideas platónicas.

pore. Ea cum tria sumpssisset unam in speciem temperavit: naturamque illam quam alterius diximus vi cum eadem conjunxit, fugientem, et ejus copulationis alienam. Permiscens autem cum materia, cum ex tribus effecisset unum, idipsum in ea, quæ decuit membra partitus est. Jam partes singulas ex eodem et ex altero, et ex materia temperavit. Fuit autem talis illa partitio. Unam principio partem detraxit ex toto: secundam autem primæ partis duplam, deinde tertiam, quæ esset secundæ sexqui altera, primæ tripla: deinde quartam, quæ secundæ dupla esset: quintam inde quæ tertice tripla; tum sextam octuplam primæ: postremo septimam quæ septem et viginti partibus antecederet primæ, etc.” He puesto á la letra este trozo del Timeo en la tradicion de Julio para que se vea cuan justamente lo crítica el Meiners llamándolo oscuro é ininteligible, y con cuanta razon dijo San Gerónimo: *Obscurissimus Platonis Timeus ne Ciceronis quidem aureo ore fit planior* (1). Ahora continuemos el empezado extracto.

“Pues hizo Dios de la materia ya animada el Sol, la Luna y los astros, que son los dioses visibles segun nuestros filósofos, cuyas revoluciones señalan los años, los meses y los tiempos, y luego se ocupó en la formacion de los dioses invisibles que segun él son todos aquellos héroes á quienes adoraban los griegos, cuyo origen refiere del mismo modo que lo habian cantado He-

(1) *In Amos Profet.*

siodo y Homéro, y les conserva sus mismos nombres y genealogías.” Pero oigamos explicar esta parte de su sistema al mismo Platon por boca de Tulio. *Reliquorum autem quos greci Daimonas apellant, nostri (opinor) Lares, si modo hoc recte concersum videri potest, et nosse, et nunciare ortum eorum majus est, quam ut profiteri scribere nos audeamus. Credendum nimirum est veteribus et priscis, ut ajunt, viris, qui se progeniem Deorum esse dicebant. Itaque eorum vocabula nobis prodiderunt. Nosse autem generatores suos optime poterant, ac difficile factu est, à Diis ortis fidem non habere; quanquam nec argumentis nec rationibus certis eorum ratio confirmatur, sed quia de suis rebus, ac sibi notis videntur loqui, ceteri legi, morique parendum est. Sic igitur, ut ab iis est traditum horum Deorum ortus habeatur, atque dicatur: ut oceanum jallaciamque cæli satu, terræque conceptu generatos, editosque memoremus: ex his Phorcym, Saturnum et Opem, deinde Jovem atque Junonem, etc.*

“Rodeado, pues, el dios principal y acompañado de todo este cortejo de dioses visibles é invisibles, los reúne y llama á cabildo y en tono dictatorio, afectando una piedad desdeñosa, les dice así: = Mis hijos muy amados, aunque todo cuanto ha sido producido no sea por su naturaleza inmutable ni indestructible, vosotros por un efecto de mi voluntad gratuita no morireis jamas, porque seria injusto aniquilar unos seres formados con tanta belleza y dispuestos con tal

armonia. Empero debe haber además de vosotros otras tres especies de naturalezas mortales, sin las que el mundo estaria incompleto y no seria digno de mi. Estas criaturas mortales no pueden salir de mis manos, porque si yo las formase serian inmortales y semejantes á vosotros mis amados hijos. Pues para que esto no suceda, encargaos vosotros de la creacion de estos animales é imitad mi energía productora y mis obras. Mas por lo que hace á la afinidad que deben tener con nuestra naturaleza, yo os voy á preparar el trabajo. Depues vosotros unireis á las partes esenciales é inmortales las partes perecederas que han sido obra vuestra, de lo que resultarán los animales que alimentareis mientras vivan, y muertos volverán á vuestro seno. *Vos autem ad id quod erit inmortale partem atexitote mortalem. Ita orientur animantes, quos et vivos alatis, et consumptos sinu recipiatis.* = Dijo: y mezclando de nuevo los asientos ó heces que habian quedado en el vaso donde habia formado el alma del mundo, y añadiendo una mayor dosis de partes divisibles y desiguales diseminó por los astros las almas que resultaron de este bodrio, para que de alli bajáran á informar los cuerpos de los hombres y anduviesen de ceca en meca hasta volver á ellos."

He aquí la teología y la cosmogonía de Platon, espuesta en su Timeo. Ahora bien: *¿Quid ergo Athenis et Hierosolimis? ¿Quid Academiae et Ecclesiae?* ¿Qué hay de comun, que parecido entre esta doctrina y la de Moises, entre estas ti-

nieblas y el Evangelio, entre esos dioses platónicos y la Trinidad de los cristianos? ¿Dónde aparece esa semejanza que nos imputan los que quieren que hayamos recibido nuestros sagrados dogmas de la Academia, del Pórtico ó del Licéo? Los cristianos no hemos frecuentado otra Academia que el monte de Galilea, donde promulgó Jesus su celestial doctrina; no hemos asistido á otro Licéo que al Cenáculo donde instituyó Jesus sus misterios y se despidió de los suyos; ni hemos concurrido á otro Pórtico que al de Salomón á donde los apóstoles iluminados ya por el Espíritu Santo anunciaron el Evangelio de salud y de paz á los hombres.

Esta esposicion del sistema platónico en orden á la Divinidad y á la formacion del universo, es mas que suficiente para desengañar á todo hombre de sano juicio, que se hubiese dejado seducir de la acusacion calumniosa que hacen muchos heterodoxos é incrédulos á los cristianos, de haber derivado el dogma de la Trinidad de la doctrina de Platon. Mas como es respetable la autoridad de muchos doctores católicos, que creyeron ver en los escritos de aquel filósofo vestigios ó indicios de aquel misterio, conviene examinar los testimonios que citan de él para ese intento. Eusebio reúne en el capítulo 10 del libro 11 de su Preparacion Evangélica, los lugares de Platon en los que creyó ver insinuado el divino Verbo. El primero es tomado del diálogo Epinomis. En él dice Platon que el cielo, los planetas y las estrellas todas deben ser adoradas:

igualmente, de suerte que no debemos esclusi-
vamente consagrar á unas el año, á otras un-
mes, á otras otro, y las que no quepan en esta
distribucion queden sin culto ni veneracion du-
rante el periodo de tiempo que consumen en sus
revoluciones, conforme al orden establecido por
Dios mediante su palabra ó su verbo *Logos*, el
cual es la mas divina de todas las cosas. El se-
gundo lugar está tomado de la carta de Platon á
sus amigos Hermias, Erasto y Corisco, á quienes
encarga que hagan una especie de pacto entre
sí, tomando por testigo al Dios que es el conduc-
tor de las cosas presentes y futuras, y al Señor
que es el Padre de este conductor y de esta cau-
sa. El tercero se halla en la carta á Dionisio y es
asi. "Todo se halla colocado en torno del Rey de
todas las cosas y todo vive por él y para él. El
es la causa de todos los bienes. Las cosas del se-
gundo orden estan en deredor del segundo, y
las del tercer orden en rededor del tercero." Pro-
duce en seguida Eusebio las esplicaciones que
daban los platónicos modernos á estos pasages de
su maestro. Plotino dice, despues de haber oscu-
recido en vez de esplicar el último pasage: "Co-
noció, pues Platon, que del bien procedia el en-
tendimiento y del entendimiento el alma." Por-
firio discípulo de Plotino, esplica estos tres prin-
cipios de Platon, llamando al primero segun lo
cita San Agustin: "Dios Padre y al segundo Dios
Hijo, á este nombra en griego entendimiento del
Padre ó mente paterna. Del Espíritu Santo nada
dice ó no habla con claridad de él: aunque no

se si lo querra significar por aquel principio medio. Porque si quiere dar á entender por este medio la sustancia del alma ó su naturaleza, como Plotino la llama hablando de los tres principios, no lo llamaria medio entre los otros dos, esto es, entre el Padre y el Hijo, puesto que Plotino pone al alma despues del entendimiento paterno; mas este llamándola medio no la pospone sino que la interpone (1).”

“Estos son los lugares oscurísimos y de incierto y dudoso sentido, dice Jacobo Grineo, anotando este capítulo de la Preparacion Evangélica, que cita Eusebio de Platon acerca de Dios y de los primeros principios, de los cuales solo podemos inferir que Platon habló así sin otras luces que las de su razon; ni puede colegirse de ellos que la doctrina de Platon acerca del Hijo de Dios, sea lo que creemos en la Iglesia católica. A Eusebio, añade, debe tolerársele esa comparacion que hace entre los sagrados oráculos y las opiniones filosóficas; mas no por eso debemos imitarlo, porque es infinita la distancia que hay entre aquellos y estas (2).” Y á la verdad, si queremos sacar en claro alguna cosa de tanta oscuridad y confusion como se nota en los testimonios citados, y otros que pudiera citar, así de Platon como de sus discípulos, vendrémos á colegir de todos ellos lo que han deducido muchos historiadores de la filosofía, á saber: que Platon esta-

(1) *De Civitate Dei* 10. c. 23.

(2) *Gryneus in Eusebium*.

blecia tres principios, Dios, las ideas y la materia: que estas ideas eran los ejemplares eternos de las cosas que habian de criarse: que la reunion de todos estos ejemplares ó ideas componia ó representaba el mundo arquetipo: que este mundo arquetipo era el entendimiento divino ó la razon de Dios. A esta razon, á este *Logos* unas veces lo supone distinto de Dios y como un segundo Dios hijo del primero; otras lo identifica con él como lo está nuestro entendimiento con nosotros mismos: que la materia ordenada ya formando el universo está animada por un alma racional, que con el universo visible constituye un tercer Dios, ó un tercer principio. ¿Y quién podrá deducir de este sistema el misterio en que creemos y confesamos los cristianos que Dios es uno en su esencia y trino en personas, que el Padre engendra al Hijo, que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, que estas tres personas son iguales porque todas son una sola esencia y naturaleza divina? ¿que no hay mas que un entendimiento, una voluntad, un ser simplísimo en todas tres personas? Aun cuando no es tuviera tan manifiesta la diferencia, ó digamos mas exactamente, la oposicion de estas ideas con las de Platon, ¿cómo ó por dónde pudo nuestro divino maestro, ni sus discípulos, pobres y rudísimos pescadores de la Judéa, ir á buscar á Atenas los que quiere decirse haber sido embriones de su doctrina? Es indudable para todo el que no quiera cerrar los ojos á la luz del medio dia lo que nos aseguró Jesucristo: “Ninguno conoció al

Hijo sino el Pádre, ni al Padre le conoció alguno sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo quisiese revelárselo ó dárselo á conocer (1)." Asi que, no hubo conocimiento de este sublime misterio, hasta que nos fue revelado por Jesucristo.

Nos zahiere Dupuis con las espresiones, las comparaciones y los símbolos de que nos valemos los cristianos cuando hablamos del misterio de la Trinidad; y de que estos estan tomados de las cosas sensibles infiere que nuestra Trinidad fue material, y que solo por un refinamiento de una metafísica visionaria hemos venido á hacer de aquella una Trinidad invisible y abstracta. Pero basta haber frecuentado las áulas de gramática y de retórica, para saber que no habiendo en ningun idioma voces que en su sentido propio y primitivo signifiquen los objetos espirituales é invisibles, y mucho menos la esencia y propiedades divinas, han tenido que usar los hombres de las mismas voces que en su sentido propio significan cosas visibles y objetos sensibles y corpóreos, para significar aquellas en un sentido que llamamos metafórico. Por esa razon usamos los cristianos de las palabras Padre, Verbo y Espíritu, para denotar las tres personas: de las voces luz increada, vida y otras muchas á este tenor, para dar á entender la esencia y propiedades de la beatísima Trinidad. Al mismo intento se valieron los Padres de varias comparaciones tomadas de las cosas sensibles y de las

(1) *Math. 11. v. 27.*

criaturas; pero advirtiendo siempre la distancia infinita que hay de ellas á las cosas divinas. Por eso se simboliza al Espíritu Santo con una paloma y descendió al Cenáculo en lenguas de fuego, porque venia á producir en las almas de los apóstoles efectos análogos á aquellos símbolos.

Verbis ut essent profui,

Et charitate ferveidi.

¿Y á quién sino á Dupuis pudo ofrecérsele decir que los siete dones del Espíritu Santo, son los siete pitos de la flauta del dios Pan, que representan las siete esferas de los siete planetas? Lástima que se le hayan quedado en el tintero los doce frutos del mismo Espíritu para derivarlos de los doce signos del Zodíaco. Si para impugnar la Religión la hubiese estudiado, sabría que ademas de aquellos dones principales, de que estuvo enriquecida con toda plenitud y perfeccion el alma de Cristo, ese mismo Espíritu difundió en los hombres otros innumerables dones y gracias de los que habla San Pablo, como son don de curaciones, don de lenguas, don de milagros, don de profecía, don de discrecion y penetracion de espíritus etc. (1).

Mucho insiste Dupuis en probar, que los cristianos suponen en su Trinidad las mismas propiedades que los estóicos y demas pantheistas suponen en el mundo material, á saber: vida é inteligencia, y que del mismo modo que aque-

(1) *Ad Corinth. .c. 12.*

llos daban por cierto que la vida del hombre y su inteligencia eran porciones de la vida é inteligencia del gran todo; así los cristianos creemos, que la razon del hombre ó su inteligencia y su vida es una participacion sustancial, una porcion de la inteligencia divina ó del Verbo, *Logos*, y del Espíritu Santo, ó de la vida divina. Para prueba de esto cita el célebre lugar de San Justino, en que dice aquel Padre: "que todo lo que los filósofos y los legisladores han sabido y dicho de bueno, ha sido por haber participado de aquélla razon que es Jesucristo, y lo han llegado á descubrir á costa de sus investigaciones y especulaciones, sin separarse de ella. Mas por cuanto no tuvieron completo y claro conocimiento de aquel Verbo, de ahí es que se estraviaron contradiciéndose los unos á los otros (1)."

Pero la verdad es que el cristiano condena y ha condenado siempre el error de los que suponen que la razon humana es una emanacion sustancial, una porcion de la razon divina ó del Verbo, y que la vida del hombre es una porcion del Espíritu Santo, ó de la vida divina. Error tan craso, cuanto que ni el Verbo, ni el Espíritu Santo son divisibles, ni mudables, ni espuestos á error, ni á la muerte, como lo es la razon y la vida del hombre. Cree que en la razon divina, en el Verbo se contienen todas las verdades, así como el Espíritu Santo es con el Padre y el Hijo aquel Ser, por cuya virtud y energía somos,

(1) *Apel. 2ª, nº 10, Edicc. Maur.*

vivimos y nos movemos, y existimos en él por su inmensidad que todo lo abraza. Y los que á fuerza de raciocinio, conservando sana su razon natural, alcanzan el conocimiento de algunas de aquellas verdades, que estan contenidas en el Verbo de Dios, participan de la soberana razon, á la manera que si alguno, discurriendo por si solo, alcanzase algunas de las doctrinas de Platon ó de Aristóteles, diríamos que participaba en alguna parté de los sistemas de aquellos filósofos. Ademas, para dar á entender el efecto que hace en nuestro entendimiento el Verbo divino y como por él conocemos la verdad, usamos de la metáfora de la luz por medio de la cual se distinguen y ven los objetos corpóreos, y para denotar los efectos que produce el Espíritu Santo en nuestras almas usamos de las metáforas del fuego ó del viento, agentes materiales de nuestra vida corporal; y esto y no otra cosa es lo que quiso darnos á entender San Justino.

Colige Dupuis de las doctrinas de los filósofos, que asi la vida como la inteligencia divina se han considerado por ellos como puramente espirituales y unidas á la Divinidad, y tambien como visibles y materiales en cuanto se han unido á seres corpóreos y residen en ellos distribuidas en partecitas, para ser en ellos entendimiento y vida. "Lo que hemos dicho, añade, del Spíritus que cambiando de naturaleza no han variado sus funciones, y que entre los espiritualistas guarda el mismo rango en la division gradual del Dios uno, y se halla en tercer lugar y

desempeña la misma funcion sea mediata, sea inmediatamente, segun que ó está separado del mundo ó mezclado y confundido con él: lo mismo podemos decir del *Logos* ó de la inteligencia divina, ora resida en la substancia luminosa del fuego visible, ora constituya la luz invisible del fuego intelectual que la metafísica ha creado por analogía con el primero, para que sea de este su quinta esencia. Asi el *Logos* va á tener dos naturalezas, una abstracta é invisible, otra visible y corporal: una eterna, otra mortal: en la una Dios, hombre en la otra. Justino usa de una comparacion para esplicarnos este otro misterio, que es para nosotros la verdadera clave de su inteligencia (1)." Si todas las claves que tiene Dupuis son como esta, jamas entrará en el conocimiento de la verdad. La comparacion que cita como de San Justino se halla en la obra titulada *Expositio veræ confessionis ó fidei*, puesta por los Padres Maurinos entre las espurias, con tales razones, que no dejan la menor duda. Pero supongamos que sea la comparacion y la obra del Santo Mártir, y veámos si es favorable á Dupuis.

No es fácil encontrar un talento como el de este escritor tan fecundo en disparates, en contradicciones, en calumnias; pero ni tampoco un corazon mas dañado y maligno. Si nuestra teología, ¡oh tú el mas osado sofista de todos! si nuestra teología es hija de esa filosofía que es-

(1) Tom. 3º p. 112.

plicas á tu modo, deberémos creer los cristianos que asi como ha encarnado ó se ha hecho hombre el *Logos* ó el Verbo; del mismo modo ha encarnado el Espíritu Santo: como confesamos dos naturalezas en Cristo, deberémos confesar otras dos en el Espíritu Santo. Esa es, segun dices, la doctrina de tus filósofos; pero ¿es esa la de los cristianos? ¿Por qué no leiste siquiera de paso algun catecismo para saber lo que ibas á impugnar? ¿Qué cosa es ese *Logos* tuyo material que reside en la substancia luminosa del fuego visible, y que constituye la luz invisible del fuego intelectual, creado por la metafisica para que sea la quinta esencia de aquel? La metafisica no crea círculos cuadrados, ni luz invisible, ni fuego intelectual. El cristiano llama Luz al Verbo que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, no porque el entendimiento, el alma de cada hombre sea una partícula de ese Verbo; sino porque como la luz material es la que proporciona al ojo corpóreo para que pueda ver los objetos sensibles; asi el Verbo proporciona ó dispone al alma para que pueda conocer la verdad. Llama fuego á Dios ó al Espíritu Santo, porque como el fuego material calienta y enciende los cuerpos, y los anima y vivifica, asi el Espíritu Santo infunde en nuestras almas el amor ó la caridad, y les da la vida de la gracia y fuerzas sobrenaturales para obrar el bien. Y á esto se reduce la comparacion del supuesto San Justino, que considerando al Verbo bajo la metáfora de Luz, dice, que asi como podemos contemplar á

esta dispersa y desparramada en el momento de su creacion quando, aunque alumbrase, no servia para separar al dia de la noche, ni para señalar las estaciones ni los años, y despues la contemplamos reunida á la masa del Sol desempeñando estos ministerios: por semejante manera el Verbo eterno antes de encarnar ó de unirse á nuestra naturaleza iluminaba, sí; pero no producía con respecto á nosotros los efectos admirables de nuestra redencion. Pero veámos con que precaucion y, si puede decirse asi, con que timidez entra á valerse de ésta linda comparacion. *In præsentia nihilominus bona fide simpliciter agimus, in medium producentes pro modulo nobis concessa cognitionem nostram, et quoad ejus facere possumus ad manifestiorem veræ pietatis rationem exemplum propositum referre studemus.* Y sigue diciendo: *consideret ergo mente sua ratio, originariam esse lucem, quam prima voce Deus creavit per Verbum ipsum, corpus autem Solis, corpus humanum cui inenarrabili ratione Verbum sit unitum::: Unum est igitur originarium lumen, Sol autem corpus ipsi effectum est, in quo lumen contractum ubique prorsus locorum jam inde ab initio diffusum feratur::: Atque ad hunc modum cum se lumen ad corpus Solis habeat, accuratius jam deinceps cosmet hanc ipsam rationem inspicite: nam sicut post unionem primigeniæ lucis cum corpore solari haudquaquam ea quis à se invicem secernat, neque hoc seorsum Solem, neque illud separatim lucem vocet sed unum Solem lucem ipsam vocet: ita in vera luce*

et sanctissimo corpore nemo post unionem singulatum hunc quidem Filium divinum videlicet Verbum; hunc autem itidem Filium hominem nimirum dicet, sed utrumque unum atque idem inteliget. Ita quemadmodum unum quidem lumen, et unus Sol, naturæ vero duæ, altera luminis, et altera corporis solaris, haud secus hic quoque unum quidem Filius, et Dominus, et Christus, et Unigenitus; naturæ vero duæ, altera quæ supra nos est, altera nostra. Y despues de otras palabras, concluye. Hujuscemodi nos exemplo divinæ istius unionis proposito tamquam ad aliquam veræ pietatis notionem confugerimus; ac si ad veritatem ipsam non pertigimus, similitudinem tamen piæ quæstioni satisfaciendam collegimus (1). Asi explicaba el misterio de la Encarnacion del Verbo el autor de la obra citada. De esta suerte establecia en Cristo la unidad de persona divina y las dos naturalezas divina y humana. Avergonzarse deberia, si pudiese, Dupuis al ver descubierta la mala fe con que desfiguró la comparacion, á fin de confundir su creencia con los absurdos sistemas de los platónicos. Todavía se atreve á añadir que en el sistema cristiano la luz intelectual es la que se une á la luz corporal en el cuerpo del Sol. Pero ¿cómo es posible contener con razones á semejante necio? Aun se atreve á añadir mas calumnias contra el autor de la obra mencionada, atribuyéndole que dice, que toda la teoría de nuestro misterio de la Trinidad, se funda en

(1) *Exposit. fidei. pág. 384.*

meras abstracciones, pues que la Deidad es la esencia, y la Trinidad el modo de la existencia (1). Oye, Dupuis, al autor de la comparacion, y demos de mano á una discusion que tu has hecho tan fastidiosa. *Apud Ecclesiæ alumnos non ad humanas rationes et cogitationes sunt dirigendæ res divinæ; sed ad sensum et voluntatem doctrinæ spiritus oratio interpretatioque accomodanda* (2). Esta era la regla que seguia, y así estuvo siempre muy distante de buscar expresiones filosóficas, ni las teorías que él habia estudiado en las escuelas para explicar los misterios de nuestra sagrada Religion.

Es verdad que los Padres alguna vez hablando á los filósofos ó á los idólatras producian, para convencerlos de sus errores y hacerles creibles nuestros sagrados dogmas, testimonios y opiniones de sus mismos doctores algo parecidas á aquellos, como lo hace Tertuliano en su Apologético. "Dijimos, estas son sus palabras, dijimos antes que Dios fabricó este mundo, que abraza todas las cosas, con su palabra, con su poder y con su razon. Tambien se lee en vuestros sabios que el *Logos*, esto es, la voz y la razon, parece haber sido el arquitecto del universo. A este lo llama Zenon operante que dispuso en orden todas las cosas, y le llama Hado y Dios, y alma de Júpiter, y necesidad de todas las cosas. Esto mismo atribuye Cleantes al espíritu que segun él pene-

(1) *Dup. Tom. 3º p. 124.*

(2) *Exposit. fidei. p. 375.*

tra todas las cosas. También nosotros atribuimos al *Verbo*, á la razon, al poder, por el cual Dios crió todas las cosas, una substancia propia á la que pertenece y en la que reside esta *Palabra*, que obra conforme á esta razon, y cuyo es el poder que lleva al cabo todas sus obras. Y hemos aprendido que dimana de Dios, y que esta dimanacion es generacion, y por eso lo llamamos Hijo de Dios, y Dios porque su esencia es una y la misma de su Padre, espíritu como él. Es como una luz que se enciende de otra, quedando aquella entera y cabal." Pues he aquí que el traer Tertuliano á cuentas las opiniones de Zenon y de Cleantes, no es para probar con ellas el dogma cristiano como si fuese un corolario de las tales doctrinas; sino para manifestar que nuestros dogmas nada tienen de absurdo, puesto que sus filósofos dijeron cosas en algo semejantes, pero muy distintas de los dogmas cristianos, y por eso añade la diferencia esencial que hay entre aquellas y estos (1).

En efecto, llevaron los Padres á tal punto de delicadeza este cuidado de separarse de las doctrinas y espresiones de los filósofos, cuando explicaban los dogmas cristianos, que ni aun de las voces mas usuales querian valerse, si las hallaban usadas por los filósofos, por no dar lugar á que de la identidad de las voces infiriese alguna identidad en las ideas. San Agustin especialmente se muestra delicadísimo en esta materia, como

(1) *Apol. c. 21.*

se advierte en el esmero y escrupulosidad con que en el libro de sus Retracciones reprobó varias voces de que habia usado sin malicia y por inadvertencia, como lo voz *Fortuna*: “se arrepiente de haber dado por supuesta la existencia de dos mundos, uno inteligible y otro sensible, pues aunque puede decirse con verdad que Dios con sus ángeles y bienaventurados componen una sociedad que llamamos gloria y paraíso, y otra los hombres en el universo visible; pero nunca hubiera usado de la voz mundo inteligible y mundo sensible, si cuando dije esto hubiese estado mas instruido en las sagradas letras. No me agradan las alabanzas que dí á Pitágoras, tales que quien las lea se persuadirá á caso que reputaba yo su doctrina esenta de errores, cuando se que los hay en ella y muy capitales. Me desagrada haber dicho que los filósofos habian resplandecido con alabanza de virtud, y en particular los elogios que hice de Platon y de los académicos.” Se retracta de haber usado de la voz *Omen* aunque en burlas; de haber llamado á los ángeles almas bienaventuradas, de haber dicho que debia huirse de todas las cosas sensibles, no se creyese que seguía en esto la opinion falsa de Porfirio, que dijo se debia huir de todo lo corpóreo y material. No se atreve á llamar héroes á los mártires, y finalmente comparando algunas sentencias evangélicas con dichos de filósofos, concluye. *Venit Dominus Cristus, sapientia Dei: Cælum tonat: rancæ taceant. Quod dixit veritas verum est.* Ojalá que en los siglos posteriores hu-

biesen tenido todos los doctores eclesiásticos tanto esmero, como el que vemos tuvo San Agustín para no usar del language, ni de los términos de los filósofos, cuando se trata del dogma y de su esplicacion. Sin embargo, si algun particular ha tenido en esto descuido, ó se ha introducido algun abuso, la Iglesia siempre detestó y condenó ambos extremos, el de querer deducir sus dogmas de las doctrinas platónicas, y el de acomodar á ellos y combinar con ellos estas doctrinas: ni quiso recibir nada de Platon, ni perder un tilde de las palabras de su maestro divino. En su doctrina es pura, inmaculada, sin escoria de opiniones humanas: no transige, no se mezcla, no se liga con ellas porque es toda celestial y divina.

Capítulo Diez.

EL CULTO CRISTIANO NO SE DERIVA DEL MITHRIACO NI DE ALGUN OTRO USADO ENTRE LOS IDÓLATRAS.

Quienes hayan leído la obra voluminosa de Dupuis (que no habrán sido muchos) habrán visto que este hombre dirige todos sus conatos á probar que la Religion cristiana se deriva de la de los persas, conocida últimamente bajo el nombre de Mithra ó culto mithriaco, porque entre todos los cultos antiguos que se tributaban á las falsas divinidades que adoraron los pueblos, no se encuentra uno tan semejante al cristiano como el mithriaco. “Esta es, dice Dupuis, una verdad tan clara, tan innegable, que no pudieron menos de confesarla aun los mismos Padres de la Iglesia. Desde el siglo II San Justino y Tertuliano, y después San Gerónimo, el Nacianceno y mas tarde Julio Tirinico Materno, confiesan la conformidad de nuestro culto con el de Mithra en los puntos mas esenciales; y como siendo este mas antiguo

que aquel, debe ser el original y el cristiano su copia. Para salvar esta consecuencia previenen muchos de aquellos Padres, que el culto mithriaco fue una invencion del diablo: que el demonio enseñando aquel culto trazó en él un bosquejo de lo que sabia que se habia de adoptar en la Iglesia, para remedar de antemano sus augustos misterios y hacerlos despreciables de esa manera, atribuyéndose á sí mismo la gloria de su invencion." Yo estoy muy distante de burlarme, como hace Dupuis, de esta salida que suelen dar los Padres á la espresada dificultad, porque los venero como á mis maestros; solo si pido se me permita indicar brevemente algunas reflexiones dirigidas á manifestar á Dupuis la falsedad del supuesto, en que funda toda la aparente fuerza de su sofisma. Todo él se reduce á este silogismo. El culto mithriaco es mas antiguo que el culto cristiano. El culto cristiano es en todo semejante al culto mithriaco; luego el culto cristiano es copia del culto mithriaco. Pues yo voy á probar lo contrario, y toda mi prueba se reducirá á demostrar que el culto mithriaco es mas moderno que el cristiano, especialmente en lo que tuvo parecido á este, y que por consiguiente del culto cristiano y de las iglesias ó congregaciones de los primeros fieles, llevaron á las tenebrosas grutas de Mithra esas ceremonias los transfugas de nuestra Religion sacrosanta.

Fijemos primero el valor de los términos: ¿Qué hemos de entender por culto mithriaco? Dupuis entiende por culto mithriaco el que los per-

sas daban al Sol desde la mas remota antigüedad, y lo supone desde entonces revestido de todas las accesorias, de todas las ceremonias y ritualidades que nos refieren los que nos hablan del culto mithriaco, tal como se comenzó á tributar á Mithra en el Occidente desde el segundo siglo de la Era cristiana. He aqui la equivocacion: procuremos desvanecerla. Consultando los autores antiguos mas fidedignos, nos vemos obligados á distinguir tres épocas lo menos en la religion de los persas, y en cada una un culto diferente. La primera, cuyo origen no es posible determinar, acaba en la reforma de Zoroastro, ó en el establecimiento de su nuevo sistema religioso. La segunda, empieza en los tiempos en que la religion zoroástrica se estableció en la Persia por la predicacion de Zoroastro, en el reinado de Darío Histaspes y de sus sucesores: y la tercera desde la combinacion de este sistema zoroástrico con las doctrinas de Pitágoras y de Platon poco antes de la venida de Jesucristo, y hasta la estincion de este culto por el celo de los emperadores cristianos. Examinemos cada una de estas épocas aunque en su exámen sea forzoso reproducir autoridades y razones que se han tocado antes de ahora.

Acerca de la primera época y del culto religioso que en ella tributaban los persas á sus divinidades, no tenemos testimonio mas antiguo que el de Herodoto, el cual hablando de aquella nacion dice: "Los persas no creen que les sea permitido erigir estátuas, edificar templos ni al-

tares, y tienen estos usos por locuras. Esto es sin duda porque no creen, como los griegos, que los dioses hayan salido de entre los hombres. Su uso es sacrificar á Júpiter sobre la cima de las montañas mas elevadas, llamando Júpiter á toda esa vasta redondez de los cielos que nos rodea del todo: ofrecen tambien víctimas al Sol, á la Luna y á los cuatro elementos, y en lo antiguo no sacrificaban á otra divinidad." Esto dice de la mas antigua religion que tuvo él noticia hubiese habido en aquel imperio. A Herodoto se sigue Xenofonte en tiempo mas moderno, pero igualmente instruido y aun quizá mejor en la religion de los persas. Este en su Cyropedia hablando del héroe dice: "que sintiendo este acercarse el término de su vida, ofreció víctimas sobre las montañas segun el uso de su nacion, primeramente al dios supremo de la Persia, despues al Sol y á los otros dioses. Dios supremo, dijo, y tú, ó Sol, y vosotros dioses inmortales, recibid estos sacrificios que os ofrezco." No vemos en estos dos autores, citados ni indicados los nombres de Oromazes ni de Ahriman, ni nos describen otro culto en la Persia que el mas antiguo y mas sencillo que usaron los hombres, sacrificando sobre los montes mas elevados á la Divinidad: aunque ya en la época de que hablan habian mezclado los persas el culto de los astros con el culto del verdadero Dios, á quien Herodoto llama Júpiter y Xenofonte dios patrio ó dios supremo de la Persia.

No se opone á la sencillez de este culto que

con el tiempo fuera agregándosele el de algunas otras divinidades, ora fuese por voluntad de algun monarca inclinado á las supersticiones estrangeras, ó por el comercio y trato de los persas con naciones vecinas en las que hallaban establecidos semejantes cultos. Asi es, que en tiempo de Artaxerxes Mnemon se hizo público y solemne en la Persia el culto de Venus Urania. Plutarco dice, que este monarca levantó un templo en Ecbatanes á esa diosa, y Clemente Alejandrino asegura, que él fue quien obligó á sus vasallos á adorar á los ídolos, especialmente á Venus. Aunque es muy verosimil que antes del reinado de Mnemon, los persas seducidos por los asirios ó por los árabes ya en algunas partes habian adoptado el culto de Venus, segun indica Herodoto en seguida de las palabras ya citadas, á la cual diosa, dice, llaman los asirios Milita, los árabes Alitta y los persas Mithra. En esto último se equivocó Herodoto, á quien corrige Estrabon que despues de copiar en su obra el testimonio de Herodoto, lo reforma añadiendo: que tambien reconocen los persas por dios al Sol á quien llaman Mithra. A lo menos asi lo creyó Estrabon. En adelante veremos el verdadero significado de aquella voz, y quienes y cuando usaron de ella para significar el Sol.

La segunda época de la religion de los persas, de que hemos hablado difusamente en otros lugares, comenzó en Zoroastro. De esta hablan Plutarco y Teodoro Mopsuesteno. Aquel refiere con bastante estension el sistema de Zoroastro,

y según dice, no hace mas que extraer lo que acerca de él habia escrito Teopompo. No reproduciremos todo lo que dice Plutarco, porque queda ya espuesto en su lugar; pero añade, "que ademas de Oromazes y de Ahrimanes habia establecido Zoroastro un tercer dios, á quien llamaba Mithra, medio ó medianero entre los dos, entre el bueno y el malo; pero que solo ofrecian sacrificios á estos dos: al bueno Oromazes hostias votivas y pacíficas en accion de gracias: al malo para ahuyentar los males hostias tétricas, y asi dice que machacaban en un mortero una planta (acaso venenosa) llamada Omomi, invocando mientras á Pluton, esto es, á Ahriman y á las tinieblas, y luego amasándola con sangre de lobo tiraban el puche á un lugar tenebroso (1)."

Comparando la esposicion que hace aquí Plutarco del sistema de Zoroastro con el testo de los libros Zends, aparece que aquel filósofo, inducido por la autoridad de Teopompo, alteró en dos puntos muy sustanciales la doctrina del mago. Porque en primer lugar Plutarco asegura, que los persas no solo sacrificaban al principio bueno, sino al malo tambien: á aquel por gratitud, á este por miedo. Mas en los libros Zends dista tanto Zoroastro de prescribir sacrificios ni tristes ni alegres en obsequio de Ahriman, que casi en todas sus páginas descarga sobre él mil imprecaciones y denuestos, y quiere sea tenido en odio y execucion eterna. Hay mas: Plutarco

(1) *De Iside*, p. 369.

supone que Zoroastro establece tres dioses, los dos ya citados y otro intermedio, al que llama Mithra, y en prueba de esto le busca á la voz Mithra una falsa etimología, derivándola de la palabra griega *Mesites*, que es tanto como medianero. Veámos ahora que es lo que dice Zoroastro de Mithra, y para eso oigámos á Anquetil, el intérprete mas impuestó en la materia. "Los antiguos creyeron, dice este, que Mithra entre los persas significaba el Sol; pero esta palabra Methre en el dialecto Zend es el nombre del ángel que acompaña al Sol en su carrera. Mithra con el ángel Havam preside tambien á la madrugada, á la que por eso llaman Gah-havam. Este mismo ángel Mithra da su nombre al dia diez y seis de cada mes, y al sétimo mes del año (1)." Tenemos ademas en el dia conocido el valor verdadero de la voz Mithra en la lengua antigua de los persas, qué, segun Hyde, vale tanto como amor, compasion, misericordia; ó compasivo, misericordioso. De lo que se infiere que Plutarco alteró en su narracion en dos puntos muy principales el sistema de Zoroastro, pues como de una parte confundiesen los griegos á Ahriman con su Pluton, dios infernal, y á este le sacrificasen víctimas en la Grecia, creyó tambien que aquella ceremonia de los persas, si es que la usaban, era sacrificio que hacían á Ahriman. Ademas, suponiendo que los persas llamaban al Sol Mithra en el mismo sentido que

(1) *Memorias. Tom. 56, pág. 300.*

lós griegos le llamaban Apolo, dando al cuerpo solar el apellido de la inteligencia que lo conducia: suponiendo tambien que Oromazes habitaba el alto firmamento, y que Ahriman vivia en lo profundo del abismo, infirió que el Sol, que distaba igualmente de uno y otro extremo, ejercia las funciones marcadas por el lugar en que se hallaba colocado, cuales eran las de medianero, ó tercer dios de enmedio, y para comprobarlo fue á buscar la interpretacion falsa de la voz Mithra que vimos.

Por lo que hace á Teodoro Mopsuesteno, este escribió tres libros contra la magia de los persas, que leyó Phocio, y en el primero, "impugnaba el dogma nefando de aquella gente, introducido allí por Sarades ó Zoroastro, que se reducía á establecer un principio de todas las cosas, al que llama Zarvam y le dice Fortuna. Este habiéndose propuesto engendrar á Hormidas, engendró con él á Satanas (1)." Aunque sin duda Teodoro habia leído la doctrina de Zoroastro en las obras que bajo su nombre corrian por entonces en el Oriente, da siempre por cierto como lo hace Plutarco, que Zoroastro fue el que introdujo en la Persia el sistema de los dos principios, uno bueno y otro malo, Oromazes y Ahriman. Pero en

(1) *Phot. Cod. 81. En el Eulma-Eslan, libro persa, se llama el tiempo sin límites ó á la eternidad, esto es, al Eterno Zaman: Batteux le llama Zarva: Phocio, Zarvom; otros Zarovam, que viene á ser el Antiquus dierum de Daniel.*

el dia no es necesario recurrir á otra autoridad, que á la de los libros Zends traducidos por Anquetil, para convencerse de la variacion que introdujo Zoroastro en la religion de los persas. Aunque ellos desde tiempos antiguos adorasen á un Dios eterno y pródigo, al que llamaban Zarovam ó Zarvam, Zoroastro añadió á este otros dos subalternos y considerando á Oromazes ó Ormusd como principio inmediato del bien, de tal suerte convirtió hácia él el culto de los persas, que les hizo olvidar del todo el del Ser supremo ó el de Zarovam. Pero conservó los mismos símbolos de la Divinidad bajo los cuales se la representaban y la adoraban de antemano los persas, el fuego y el Sol; aunque circunscribió las funciones del culto público á los templos que llamaron Pireos, puesto que antes sacrificaban los persas á campo raso.

El sistema religioso, inventado por Zoroastro y propagado por él y por los magos discípulos suyos en la Persia, se conservó allí sin variacion substancial, y aun podemos decir se conserva en el dia, al menos entre aquellas familias que no han tenido comercio con las naciones extranjeras, que en varias épocas han ocupado aquel pais, ó que, tenaces en conservar la creencia de sus mayores, han preferido emigrar retirándose á los cantones mas separados del centro del Imperio, ó sufren la infamia y humillaciones á que estan espuestos viviendo entre los mahometanos; mas bien que renunciar al culto patrio, ni adoptar ninguno extranjero. Son testimonios irrecu-

sables de esta verdad las actas de los mártires de la Persia bajo el imperio de Sapor y de sus sucesores: los libros persas escritos en varias épocas, que son, ó extractos ó comentarios de los Zends, de los que da noticia Anquetil, y finalmente el exámen que han hecho de la actual religion de los parsis y ghuebros muchos viajeros, acerca de lo cual puede verse lo que dicen Hyde y Anquetil. Por eso cuando voy á hablar de la tercera época de la religion de los persas; debo prevenir al lector que esta es absolutamente extraña á la Persia: que tuvo su origen en el Egipto y en otros paises orientales, y que en el Occidente no se hizo público y solemne este nuevo culto, llamado entonces Mithriaco, hasta fines del primer siglo ó principios del segundo de nuestra Era.

Donde he hallado yo mas antiguas señales del culto pérsico fuera de la Persia es en Egipto. Este pais fue conquistado varias veces por distintos monarcas persas que lo conservaron por largo tiempo bajo de su dominio. Cambises entro en Egipto el año cuarto de su reinado, y en menos de dos años subyugó todo aquel pais por los años de quinientos veinte y cinco antes de Jesucristo. Xerxes, hijo de Darío, lo volvió á conquistar en el año cuatrocientos ochenta y cuatro. Ocho lo conquistó á poco por la tercera vez; y es verosimil que todos estos reyes, que trataron tan mal al toro Apis, que se declararon enemigos de la monstruosa religion del Egipto, y que persiguieron de muerte á sus ministros, hasta

obligar á espatriarse á los que pudieron evitar su saña, intentaron al mismo tiempo introducir su religion en Egipto, y obligar á profesarla á los naturales. Y si bien por no haber sido ni muy duradera, ni muy tranquila su dominacion, no llegó á radicarse el culto pérsico en las orillas del Nilo, todavía se ha hallado un monumento, solo es verdad, pero decisivo, que demuestra haber adorado los egipcios al Sol tributándole culto al estilo de los persas sus conquistadores. El primero que vió este monumento fue el P. Bernat, jesuita, y lo dibujó y grabó en su obra, de donde lo copia el P. Montfaucon en el tomo 2.º del Suplemento pág. 173. Se halla junto á las ruinas de la antigua ciudad de Babain en el alto Egipto. Es una caberna que tiene unas dos varas de profundidad y de quince á veinte de ancho, y otro tanto de alto, abierta á pico en la piedra, y representa la figura de un nicho ó camarín muy capaz. En el testero está cincelada la imagen del Sol rodeado de muchos rayos que tendrá quince pies de diámetro. Dos sacerdotes de estatura natural con bonetes ó gorros pérsicos levantan sus manos al objeto de sus adoraciones, de tal suerte, que sus dedos tocan las estremidades de los rayos del Sol, no para sacar de él fuego que abrasára la hostia, como se le figura á Dupuis, sin fundamento alguno. Dos muchachos vestidos tambien á la persiana acompañan á los sacerdotes y les presentan sendas copas de licor en ambas manos. Bajo del Sol se ven tres carneros degollados tendidos sobres tres haces de leña, com-

puestos de diez palos cada uno; al pie de los haches hay en el suelo siete jarroncitos. Al lado opuesto se ven dos mugeres y dos niñas de cuerpo entero decapitadas á golpes. A espaldas de los niños y niñas se ven varios geroglíficos egipcios, y otros muchos estan repartidos por todo el testero de la caberna. El P. Montfaucon opina que este monumento representa un sacrificio de los persas que se establecieron en Egipto despues de haberlo conquistado; ó que tal vez los mismos egipcios, tributarios ya de los persas, recibieron de ellos el culto del Sol, y lo agregaron á los muchos que se usaban en su pais, de lo cual son pruebas indudables los caracteres geroglíficos que se ven esculpidos en el testero de la caberna. Ello es cierto que los egipcios jamas adoraron al Sol en los tiempos antiguos, sino en el célebre símbolo del toro Apis ó en las estatuas de Osiris, como se colige de todos los demas monumentos egipcios que trae el Montfaucon. Pues la imagen del Sol radiante es símbolo que usaron los persas, y la tenian grabada en muchos de sus Pireos. Esto y el traje pérsico de los ministros no deja duda alguna acerca del origen de este monumento, así como los tres altares, los diez leños, los siete jarroncitos y los geroglíficos esculpidos en la piedra, demuestran la mistura del culto pérsico con el egipcio en aquella caberna; puesto que los tres altares denotan los tres decanos, los diez leños los diez grados de cada decano del signo de Aries, en el que tal vez consideraban al Sol, como quiere Dupuis, en aquel

sacrificio, y los siete jarros los siete planetas; objetos todos que se respetaron en el Egipto como sagrados, segun se ve en otros monumentos no muy antiguos de aquel pais.

Mas no parece que esta especie de culto misto tuviese mucho crédito ni duracion en el Egipto, pais muy tenazmente adherido á sus antiguas supersticiones, porque hasta ahora no se ha descubierto otro ningun monumento de esta clase, ni nos dicen una palabra de él los autores antiguos que trataron de la religion del Egipto; y por otra parte el haberse hallado este en el desierto, fuera de poblado y como escondido en una caberna, indica que nunca llegó á ser del todo público, sino que se celebró clandestinamente, de donde tal vez tomó ocasion el filósofo Eubulo para idear su antro-mithriaco.

Donde se admitió el culto pérsico y se estableció mas á las claras, fue en algunas de las provincias inmediatas á la Persia. Porque sucede, como facilmente puede observar cualquiera, que las costumbres, la religion de los pueblos varía por grados de uno á otro, al modo que sucede en la temperatura de la atmósfera y demas fenómenos naturales. Al pasar de un pais á otro inmediato las familias de plantas que son propias del primer suelo, van escaseando paso á paso, y á su vez empezamos á descubrir individuos de otras familias que son propias del nuevo suelo, por el que vamos entrando. Por semejante forma las ideas religiosas de los persas se encontraban en los paises limítrofes de aquel imperio

que tenían con él comunicacion y comercio; aunque no ya puras, sino mezcladas con las propias religiones y cultos de cada uno de aquellos países, como vimos en el Egipto de resultas de la dominacion de los persas. “Así, dice el Freret, sucedia á las naciones situadas al Occidente de la Persia. Estaban estas acostumbradas á una grosera idolatria, y así al adoptar para sí el culto pérsico, representaron al Sol, al que confundieron con Mithra que era la inteligencia que gobernaba aquel astro en la teología pérsica, en un ídolo que reverenciaron como símbolo del fuego y del mismo Sol. Por eso Estrabon que era natural de una de estas provincias de que vamos hablando, de la Capadocia, dice que los persas solamente adoraban á Mithra, porque este era el único genio entre los muchos que acataban los persas, cuyo culto habia penetrado hasta su país. El modo con que hablan así Estrabon como Tácito de la religion de los judíos, y Herodoto mismo de la de los persas, nos da bien á entender que aun los historiadores mas hábiles, así griegos como romanos, no podian concebir que hubiese una religion sin ídolos y sin divinidades sensibles, y así á su entender los judíos adoraban al aire y al cielo material y visible (1).”

Estos fueron los principios del culto mithriaco, reducido al principio á representar al Sol, ó bien bajo el símbolo de un semblante humano resplandeciente, rodeado de rayos, como vimos

(1) *Memor. Tom. 25 p. 253.*

en la caberna del Egipto, ó bien en figura de un personage al que llamaban Mithra, como en la Capadocia: culto sencillo en su origen, sin misterios ni alguna otra de las ceremonias de que lo revistieron despues los filósofos; pero culto del cual ni aun en este estado de sencillez se encuentra vestigio alguno en la antigua Persia. Alli jamas se dió culto á Mithra como á una divinidad, segun puede verse en los libros Zends. Se creía príncipe de los Izeds ó espíritus de segundo orden. Los de primer orden son los siete Armanschans, de los cuales Ormusd es el primero. Estos son los gefes superiores del universo. A estos dirigian principalmente sus preces, sus Izeschnes, y despues de estos á Mithra como á príncipe de los Izeds. “Yo hago, decian, Izeschné al Sol que no muere, brillante con su propia luz, corredor vigoroso; y á Mithra (á quien suponian acompañando y dirigiendo aquel astro) hago Izeschné que hace fértiles las tierras incultas, que dice la verdad en la asamblea de los Izeds, que tiene mil ojos activos penetrantes, mil oídos agudos, vigilantísimo, fuerte, que no duerme, siempre atento y despierto. Yo hago Izeschné á Mithra, gefe de todas las provincias, á aquel á quien Ormusd hizo mayor y mas brillante que todos los Izeds del cielo. Venga á mi socorro Mithra, rey escelso (1).” A esto se reducía todo el culto de Mithra en la Persia, pero ni tuvo jamás imágenes, ni templo alli, ni culto especial. El mismo

(1) *Jeschts. Sades Tom. 2º p. 10.*

Montfaucon aségura que jamas vió figura de Mithras venida de Persia, ni dibujo de alguna que hubiese habido en aquel pais, y en ninguno de los monumentos que copia en el capítulo 7.º del libro 4.º tomo 2.º, se ve cosa alguna que haga alusion á Mithra. En ninguno de ellos se simboliza al Sol, ni al fuego bajo figura humana, aunque copiados por el Chardin entre las ruinas de la antigua Persepolis. Las naciones sojuzgadas por los persas como el Egipto, ó vecinas á Persia como la Capadocia, acomodaron la idea que los persas tenian de Mithra, á sus supersticiones y al culto que daban á sus antiguos dioses, y asi comenzó á corromperse la religion de los persas, no en la Persia ni por ningun persa, sino fuera de ella y por otras naciones. Esto es cuanto puede decirse en orden á este culto mithriaco en el Oriente antes de la venida de Jesucristo

En el Occidente y á fines del siglo I ó principios del II de nuestra Era se ve aparecer el culto mithriaco, no solo corrompido cual lo vimos en el Egipto y en otras provincias del Oriente, y mezclado con las supersticiones de aquellos paises, sino revestido de mil accesorias raras y extravagantes: de bajos relieves, cuales describimos en la disertacion sobre el Zodíaco, de cabernas ó templos subterráneos, de una gerarquía de ministros, de iniciaciones y misterios, de pruebas y combates á veces sangrientos; las pruebas que se hacían con los aspirantes ó catecúmenos eran rigurosísimas: ayunaban por espacio de cin-

cuentā dias, sufrían crueles fustigaciones, soledad espantosa, baños de nieve, y en fin hasta ochenta trabajosísimas y peligrosísimas pruebas ó ejercicios se hacían con aquellos infelices embaucados, segun nos dicen Elías de Creta y el obispo Nicetas en sus escolios al Nacianceno. Al cabo entraban á la iniciacion y en ella habia combates terribles que sostener, luchaban los iniciandos armados de máscaras de varios animales, de leones, leopardos, águilas, gavilanes y cuervos: combates que llegaron á ser peligrosos y cruentos, y que por tanto llamaron la atencion del gobierno y fueron prohibidos aunque sin fruto en Roma. Si creemos á Celso, la iniciacion se reducía á representar á los iniciandos el movimiento de los astros, el de las estrellas fijas y el de los planetas, así como tambien el paso de las almas por los cuerpos celestes. Para marcar las propiedades de los planetas formaban una escala en la cual ponian siete puertas y una octava en todo lo alto. La primera de plomo, indicaba á Saturno: la segunda de estaño, á Venus: la tercera de cobre, á Júpiter: la cuarta de hierro, á Mercurio: la quinta de varios metales, á Marte: la sesta de plata, á la Luna; y la sétima de oro, al Sol. De los dichos de los antiguos colige Dupuis, que los iniciandos pasaban por siete grados. A lo menos es cierto, que entre las fiestas mithriacas unas se llamaban leónticas, otras heliacas, corácicas, pátricas. En cada uno de los grados ó en cada una de estas fiestas se veía una clase de ministros, presididos por uno principal en su clase, y el

grado supremo era el de los padres al que presidia el que ellos llamaban Pater Patratus.

Pero lo mas particular que se encuentra en los misterios mithriacos del Occidente, es una multitud de ceremonias en todo semejantes al culto cristiano. En ellos habia su tiempo de pruebas ó su catecumenado, como entonces se usaba en la Iglesia, al fin del cual, dice Tertuliano, que les ofrecian á los iniciados una corona clavada en la punta de una espada, y se la ponian sobre la cabeza, pero él la apartaba dejándosela caer sobre el hombro y decia: *Mithra es mi corona*; y desde entonces no admitia otra alguna. El mismo Tertuliano nos dice, que en aquellos misterios se remedaba nuestro bautismo. *Tinguit et ipse quosdam utique credentes: expiationem delictorum de lavacro repromittit::: signat illic in frontibus milites suos.* En este signo creen ver algunos un remedo de nuestra confirmacion, como de la penitencia en la espiacion de los delitos que alli se concedia á los iniciados. Finalmente, San Justino asegura que en los sacrificios de Mithra, cuando se celebraban sus misterios y se admitia á los iniciados, se ofrecia pan y agua consagrándolos con ciertas palabras, imitando en esto el misterio y sacrificio de nuestros altares. *Quod quidem etiam in misteriis atque initiis Mithræ fieri docuerunt per imitationem praci dæmones.* En una palabra, los mithriacos usaban de los mismos signos sensibles de que usamos los cristianos, para significar la operacion interior del Espíritu Santo en nuestras almas: tenian casi

los mismos sacramentos y los administraban con los mismos ritos que estableció nuestro Redentor Jesucristo y sus apóstoles en la Iglesia.

Ahora bien: ¿de dónde novedades tan inauditas? ¿De dónde tan feroces misterios? ¿De dónde un culto tan melancólico y tan oscuro? Esta es la cuestion que nos queda que resolver.

Si tuviéramos una historia filosófica de los misterios religiosos de la antigüedad pagana, en ella sin duda se demostraria la data reciente de los mithriacos y que su origen fue filosófico. Porque en esta materia, como en todas, los primeros ensayos han sido sencillos, y despues con el tiempo han ido complicándose y se han ido agregando ceremonias á ceremonias de tal suerte, que apenas puede conocerse por lo presente lo que fue en su principio. El fanatismo religioso y la supersticion crédula iba cargando de nuevas accesorias esta parte, la principal del culto, para hacerlo cada día mas suntuoso, mas grave, mas imponente. "Los cretenses, dice Dupuis citando á Diodoro Sículo, se jactaban de ser ellos los autores del ritual de las ceremonias sagradas, y principalmente de las iniciaciones y los misterios; y daban por prueba que la doctrina que entre los griegos y en Samothrácia y Trácia era secreta, en su isla era doctrina pública: que ella hacía el fondo de su religion primitiva y de la moral sagrada que se enseñaba entre ellos públicamente. De este testimonio se infiere, continúa Dupuis, que los sabios cretenses obraban como los cristianos, que no querian que su doctrina

religiosa y su moral fuesen doctrinas reservadas á una framacmasoneria ó asociacion particular y secreta, sino religion y moral pública, de lo que resulta que el secreto no se adoptó en lo sucesivo, sino por una especie de charlatanismo con el objeto de aumentar el número de los adeptos escitando su curiosidad (1)." No obstante, ni en el Egipto, ni en la Grecia fueron tan rigurosas, tan largas, tan complicadas las pruebas y demas ceremonias que sufrían y practicaban los adeptos, como en los misterios de Mithra. En Eleusis se disponían por medio de las purificaciones y baños que tomaban en el Iliso: luego eran admitidos á los misterios menores de Proserpina, y hasta la época mas ó menos distante en que habían de iniciarse en los grandes misterios de Ceres, permanecían en el estado de mistos ú ocultos, que era como el noviciado ó catecumenado, durante el cual cada uno acudía á sus negocios hasta que volvían á Eleusis. Si se les obligaba á la continencia era por muy pocos dias, y la abstinencia que se les prescribía era también suave. Todo lo cual demuestra que estos misterios mas sencillos son anteriores á los mithriacos, complicadísimos como hemos visto y aun veremos en adelante. Así es, que el mismo Dupuis confiesa que el rigorismo filosófico, hijo del fanatismo platónico, fue el que llevó al extremo ya dicho las pruebas de los pretendientes á la iniciación mithriaca, que llamaba el Nacianceno suplicios mis-

(1) Tomo 2º. pág. 37. de la 2ª parte.

ticos, cuando se aplicaron á la doctrina de los misterios los refinamientos de la filosofía pitagórica y platónica, obrando la filosofía y la mistagogia en un mismo sentido, caminando hácia un mismo fin y valiéndose de unos mismos medios.

Veamos ahora como y cuando sucedió esto. Examinemos primero si pudo suceder en la Persia, acerca de lo cual dejemos hablar al Freret, voto de primer orden en la materia. "Examinando, dice, de cerca las circunstancias del culto de Mithra entre los romanos, no encuentro en él semejanza alguna con la doctrina y prácticas de la religion de la Persia, contenida en los libros de Zoroastro. En la religion de los magos, fundada sobre principios de dulzura y humanidad, y que toda conspira á fomentar las ventajas de la sociedad, todos los preceptos morales se reducen al uso moderado de las pasiones, cuyo germen puso la naturaleza en todos los hombres, las cuales contempla esta religion como que son el fundamento de la sociedad, mientras que estan subordinadas á la razon. Condénanse en ella todos los escesos opuestos á la razon y á la naturaleza, capaces de turbar el orden de la sociedad, ó de hacer infelices á los que á ellos se entregan. Estan prohibidos los ayunos y abstinencias escesivas, asi como la intemperancia y la embriaguez. Si el adulterio y la disoluta lascivia se miraban como crímenes gravísimos, el celibato y la virginidad se miraban como un estado opuesto á las miras del Ser supremo, que ha colocado á los hombres sobre la tierra para poblarla.

Con respecto á esa especie de desórden, que los persas, por confesion del mismo Herodoto, no habian conocido, sino despues de haber tratado con los griegos, su religion se lo hace mirar con el mayor horror: la mancha de los culpables de aquella soez inmundicia era legalmente contagiosa y se comunicaba á cuantos conversaban con el impuro. (Sin embargo en algunos de los bajos relieves mithriacos se ven figuras cometiendo ese desórden con la mas asquerosa indecencia:...) Los principios de la religion de los magos eran absolutamente opuestos á los ayunos y á todas esas pruebas penosas, dolorosas y mortales á veces, con las que se preparaban los iniciados á la participacion de los misterios de Mithra. Tertuliano nos enseña que la religion de los mithriacos tenia personas de uno y otro sexo, que se consagraban al celibato y la virginidad. *Mithra habet et virgines, habet et continentes*. Entre los magos la virginidad y el celibato se miran como un estado de reprobacion: se casa á los jóvenes muy temprano, y si muere alguno sin haberse casado, se suple esta falta del modo que nos refiere Hyde. Todo el que muera sin dejar sucesion, dice el Sadder, por grandes que sean sus méritos en todo lo demas, será escluïdo del Paraíso (1).” Si á estas razones del Freret fuese necesario añadir aun otras, las hallaríamos en lo que refiere Anquetil de la religion de los persas, y á cada paso en el testo mismo del Zend-avesta,

(1) *Memor. Tom. 25. págs. 271 y 268.*

péro yo mé abstengo por no cansar en valde á mis lectores, de apuntarlas aquí, remitiendo al curioso á aquellos lugares.

Sin embargo, conviene observar con el mismo Freret en confirmacion de lo dicho, que el tiempo de la celebracion de las mithriacas no conviene con el que los persas celebraban sus fiestas á Mithra, llamadas Mirhagan. Estas se celebraban en Persia algunos dias despues del solsticio de Invierno, cuando el Sol empezaba á acercarse á nosotros, empero los misterios de Mithra se celebraban en Roma, como aparece en las datas ó fechas de las inscripciones ya referidas, muchos dias despues del equinoccio de Primavera, y no era sin causa el haber elegido esta estacion, porque Porfirio asegura que las figuras representadas en el antro-sagrado de Mithra, de las que vemos una imagen en los bajos relieves antiguos, tenian una relacion necesaria con el tránsito del Sol de la constelacion de Aries á la de Tauro.

Despues de haber demostrado el Freret que los misterios mithriacos del Occidente no traen su origen de la Persia, conjetura que pudieron provenir de la Caldea, y que fueron establecidos para celebrar la exaltacion del Sol en el signo de Tauro. He aquí las razones en que funda sus conjeturas. "Los magos de la Caldea y Asiria referian su religion al culto de los planetas y de las estrellas: toda ella era astronómica y á ella se refieren casi todas las ideas de su astrología judiciaria. Los sabís ó cristianos de San Juan han

conservado muchos dogmas particularés y propios de aquella religion, que han acomodado del mejor modo posible con el judaismo y el cristianismo::: Las cinco fiestas principales de los sabís eran las de la exaltacion de cinco planetas ó su llegada á cierto grado de un signo determinado, y segun las fechas de las inscripciones mithriacas convienen con la época en que celebraban los sabís la exaltacion del Sol en el grado diez y nueve del signo de Aries."

Para darle á esta conjetura todo el mérito y valor que ella se merece, es forzoso dar una rápida ojeada á la historia literaria de los caldeos. Son muy escasas las noticias que tenemos de la antigua religion y del estado de las ciencias en la Caldea durante el imperio de los asirios. Sabemos solamente que en los tiempos mas remotos adoraron á Dios Supremo á quien llamaban Baal; mas despues tributaron sus cultos á los astros que distinguian, segun Diodoro Sículo, en benéficos y maléficos. Son ademas célebres los antiguos caldeos por sus observaciones astronómicas, puesto que doscientos años despues de la ruina de aquel imperio por Ciro, habiendo penetrado Alejandro hasta Babilonia, halló allí catálogos de observaciones astronómicas, que remitió á su maestro Aristóteles por medio del filósofo Calistenes, de las cuales se aprovecharon despues los astrónomos de Alejandría y en particular Ptolomeo. Estas observaciones ascendian hasta los tiempos inmediatos á la confusion de las lenguas en las llanuras de Senaar, y se las

suponé de mil novecientos años de antigüedad. A los conocimientos astronómicos asociaron desde tiempos antiguos los sueños y cavilaciones de la astrología judiciaria. Y esto es todo lo que puede decirse con certidumbre. Mas por floreciente que fuera su religion y sus ciencias, mientras lo fue su dominacion, es cierto que destruido aquel imperio por Ciro, trasladada la corte á Susa, destruida la antigua Babilonia por Darío, allanados sus célebres muros y pasados al filo de la espada la parte mas escogida de sus habitantes, se eclipsó del todo la gloria de la Caldea, y los monarcas asirios, que habian sido el espanto y terror de todas las naciones, quedaron sepultados en eterno olvido. Su religion corrió la misma suerte, porque refundida, como digimos antes, en la de Zoroastro, vino á ser parte de la nueva doctrina religiosa que desde entonces adoptaron los persas, y si todavía quedaron algunos de los antiguos magos caldeos, estos ya no formaron un cuerpo ó asociacion separada de la de los magos persas, los cuales todos estaban sujetos á un arquimago, como lo era Hostanes en tiempo de Xerxes. De resultas de haberse confundido así por Zoroastro la religion caldaica con la périca, han creído muchos que hubo tambien en la Caldea otro Zoroastro distinto del persa ó medo, y aun suponen obra de aquel la que corre con el título de Oráculos Caldaicos. Pero aun el Foucher, que defiende la existencia de dos Zoroastros, no duda que fueron ambos persas, y todos los autores griegos, latinos y árabes convienen en que

Zoroastró fue natural de la Persia, y legislador y profeta de aquella nacion.

De aqui se sigue que los misterios mithriacos no han podido ser invencion de los caldeos antiguos; pues dado caso que lo hubiesen sido, habrian pasado á los siglos siguientes por el conducto de los persas, y especialmente de Zoroastro que los habria modificado para adaptarlos á su nuevo sistema religioso. Empero hemos visto y el señor Freret ha demostrado que los tales misterios lejos de acomodarse á este sistema, pugnan abiertamente con él; luego si no son hijos del culto pérsico, menos podrán ser nietos del de los antiguos caldeos. El nombre solo de Mithra divinidad que es el objeto de este culto, basta para hacer ver que no nació en la antigua Caldea, en cuyo idioma no se encuentra vestigio ni aun el mas remoto de esta palabra.

La Caldea conquista primero de los persas y despues de los griegos por Alejandro, lejos de recobrar en los siglos siguientes su primitivo esplendor y grandeza, fue decayendo cada dia mas y mas, por manera, que vino á dar en un estado de abatimiento incompatible con la cultura de las ciencias y sujeta á seguir la religion y los cultos de sus conquistadores. Quedarian tal vez dispersos y embrutecidos alli algunos sucesores de aquellas familias que conservaban, segun el testimonio de Diodoro Sículo, el depósito de la religion y de las ciencias, los cuales, semejantes á nuestros gitanos que todavía nos dicen la buena ventura, ganarian su vida haciendo pronósti-

cos tan infundados y necios, como podemos figurarnos de tales charlatanes: á tiempo que obligados á salir de Alejandría muchos de los filósofos que alli vivian por la cruel tirania de Ptolomeo el Barrigon, se dispersaron por varias provincias del Oriente, y llevaron el gusto de las ciencias y de las bellas artes al Asia menor é islas adyacentes, por los años de ciento y veinte antes de Jesucristo. Yo me reservo para otro lugar decir lo que enseñaron estos filósofos en varias provincias orientales, porque siguiendo ahora al Freret, debo examinar qué sabís son esos de los que él deriva el origen del culto mithriaco.

Los mas de los autores, y aun casi los únicos que nos hablan de estos sabís, son los árabes de los siglos VIII y siguientes de nuestra Era. Confunden estos los antiguos sabeos con estos sabís modernos ó cristianos de San Juan, suponiendo una perfecta identidad de opiniones y de doctrina en aquellos y estos, lo cual es falso absolutamente. Por sabeo se entiende ó debe entenderse el adorador de los astros y no de ídolos, y por sabeismo el culto del Sol y demas estrellas, así errantes como fijas, que se llaman en la Escritura la milicia del cielo. Esta religion ó este culto, como vimos en la primera parte, es antiquísimo, como que fue el primer grado de depravacion de la religion primitiva, y por espacio de muchos siglos fue general y estuvo estendido en todas las naciones á escepcion de la hebrea. De este sabeismo pudieron conservarse algunas reliquias en alguna otra nacion remota de los focos

principales de la idolatría, cuales eran el Egipto y la Grecia. Pero no es de estos sabeos, de quienes conjetura el Freret que pudo derivarse el culto mithriaco, sino de los modernos llamados tambien cristianos de San Juan. ¿Y cuáles fueron estos? Para que pueda atribuírseles sin contradiccion la gallarda invencion del culto mithriaco, es necesario convenir, en que los tales sabís fueron en su principio una de las sectas ó escuelas formadas por alguno de aquellos filósofos emigrados de Alejandría. Pero en lo sucesivo no hubo doctrina, no hubo religion, no hubo culto que no entrase en el absurdo sistema de estos fanáticos platónicos, sabeos, judíos, cristianos, hereges y al fin musulmanes; de todo esto tuvieron estos sabís, si hemos de estar á lo que de ellos nos dicen los autores árabes, y resulta de los libros simbólicos de esa secta, que en sentir de Tourmont y del abate Renaudot, todos son apócrifos y obra de escritores modernos, posteriores á la Era cristiana. Ellos tienen un libro que llaman Sidra La-adam ó revelacion hecha á Adan, tienen obras de Seth, de Abraham y otras de este jaez, en las que se encuentran doctrinas astrológicas, llamadas caldaicas ó atribuidas á los caldeos antiguos, doctrinas maniqueas, cristianas, judaicas, kabalísticas y mahometanas. Asi es, que en los tiempos inmediatos á la predicacion de Mahoma, habia en aquellas regiones, adonde florecian los sabís, cristianos como Juan Mesva, médico y maestro del califa Alnamon: habia judíos como Jacob Alkindi, célebre astró-

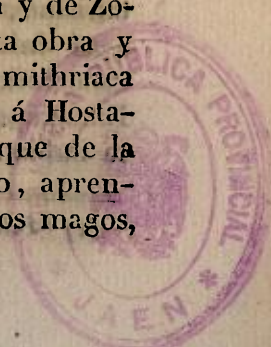
logó del mismo tiempo: habia finalmente árabes como Abulmasar el célebre, de que hablamos antes de ahora, que fue discípulo de Jacob Alkindi despues de haberlo querido asesinar (1). Estos sabíes se conservaron por muchos siglos formando una tribu ó nacion aparte separada de las demas, la cual tuvo, como decíamos, sus libros simbólicos, su religion compuesta de tiras y arapiezos de todas, su culto, sus sacrificios, y mas que todo sus teorías astrológicas tan extravagantes como vimos en las esferas índica y pérsica de Escaligero, obras sin duda de estos sabíes modernos.

¿Mas qué tuvo, ni ha tenido, ni tiene el culto de estos sabíes de parecido al de Mithra? Una sola cosa: la celebracion del Sol á principios de Primavera; pero ni los mithriacos celebraban como los sabíes las exaltaciones de los otros planetas; ni los sabíes usaron jamas del nombre de Mithra: estos celebraban la exaltacion del Sol en el grado diez y nueve de Aries; aquellos se sospecha que la celebraban al entrar en el signo de Tauro. Finalmente, ningun sabí, ningun mithriaco, han hecho hasta ahora mérito de esta filiacion: aquellos se han estado en su Oriente y estos en su Occidente, sin tener los unos con los otros la mas leve comunicacion. A vista de todo lo dicho, séame lícito no aceder á la conjetura del señor Freret, que me parece

(1) *Baillé. Hist. de la Astron. moderna. Tom. 1.º lib. 5.º de sus ilustraciones.*

falta de fundamento. Solamente la admitiré si se reduce á decir que aquellos primeros sabís ó fundadores del sabeismo moderno, que supongo fueron filósofos espulsos de Alejandría, como voy á hacer ver, contribuyeron á fomentar el culto de Mithra en aquellas provincias, en que lo adoraban en una estatua ó ídolo, que lo representaba, como sucedia en la Capadocia, y le empezaron á dar á este culto el caracter oscuro ó místico con que se presentó despues en el Occidente.

Para dar con los verdaderos inventores del culto que se tributó á Mithra en el Occidente, es necesario buscar unos hombres que reuniesen en su sistema religioso un sabeismo místico, un platonismo refinado, un desfigurado y corrompido cristianismo, porque todas tres cosas se hallan reunidas en aquel culto; y tales fueron los filósofos que se llamaron gnósticos. El sabeismo místico fue efecto de la aplicacion de las ideas platónicas á las doctrinas de Zoroastro y de los magos persas; el platonismo que llamo refinado son esas mismas ideas platónicas, llevadas á mayor punto de oscuridad que aquel en que las presentó el gefe de la Academia, y el cristianismo de los gnósticos estaba corrompido porque quisieron amalgamarlo con los sistemas de Platon y de Zoroastro. Dieron la primera mano á esta obra y echaron los cimientos de esta religion mithriaca los filósofos griegos que habiendo oido á Hostanes el de Xerxes, y á otro Hostanes que de la Persia trajo tambien consigo Alejandro, aprendieron de ellos la ciencia sagrada de los magos,



y para revestirla á la griega le ajustaron trages pitagóricos y platónicos, resultando de aqui el sistema que llamaron muchos sabios zoroástrico-pitagórico-platónico. En su formacion se ocuparon varios filósofos de la Grecia y despues en Alejandría Hermippo que escribió una obra que constaba de dos millones de versos (1), (¿será yerro de imprenta? asi opinan muchos) en la cual esponia todo el sistema de Zoroastro. Eubulo que segun Porfirio escribió varios libros esplicando el mismo sistema. Teopompo, citado por Plutarco, y otros que dieron á luz varias obras bajo el nombre del mismo Zoroastro, como fue el Octatenico que cita Eusebio en su Preparacion Evangélica. Veremos el resultado de sus trabajos y bases principales de la alianza y combinacion de las doctrinas orientales con la filosofia griega.

Ocurrió despues la emigracion de los filósofos alejandrinos, que separados de aquel centro de la sabiduría y dispersos por el Egipto, la Persia, la Siria y la Caldea, y aun por la Palestina, esparcieron por todas partes semillas del saber aunque muy viciadas. Como por donde quiera no encontraban sino tinieblas é ignorancia, y los pueblos los acataban por la novedad de su charlatanismo, se engrieron sobre manera, creyéndose á sí mismo como restauradores del verdadero conocimiento de Dios entre aquellas naciones. Emancipados de las escuelas alejandrinas, donde se habían criado, y libres de la emulacion que

(1) *Plinio histor. lib. 30, c. 1?*

descubría allí los defectos y reducía el mérito de cada uno á su justo valor, dieron libre curso á su orgullo, se jactaban de una inteligencia extraordinaria en las cosas divinas, y se daban por inspirados. A fin de conciliarse mas fácilmente el concepto y estima de los pueblos, vendían su doctrina por doctrina de los mas antiguos filósofos ó legisladores de las naciones, donde se establecían: en Egipto de Hermes, de Trimegisto y Esculapio: en Persia de Zoroastro: en la Caldea de sus antiguos magos. Adoptaban el culto de los dioses patrios, pero engalanándolo á su manera: en Egipto adoraban á Isis, en Persia á Mithra, en la Caldea á los astros. Dábanse á sí mismos el nombre de sabios, y se llamaban gnósticos, que significa eso mismo. Como obraban independientes unos de otros, cada uno quiso formar su secta y aun entre sus discípulos hubo muchos que las formaron distintas de las de sus maestros, resultando de aquí tal bodrio de doctrinas, que pone en confusion al que quiera deslindar las unas de las otras, para dar á cada una lo suyo. Llegó finalmente su orgullo hasta el extremo de desconocer y aun despreciar á sus maestros, y especialmente al mismo Platon, de quien decían que no habia penetrado lo mas secreto y profundo de la naturaleza divina. De donde tomó acaso pretesto el erudito J. L. Mosheim (1), para decir, "que si bien los doctores antiguos de la Iglesia, tanto griegos como latinos, que refuta-

(1) *Hist. Eccles. Tom. 1.º pág. 92.*

ron las varias sectas de gnósticos, las habian considerado como ramas de la filosofía de Platon, se engañaron en eso. Una aparente conformidad entre algunos artículos de la filosofía oriental y ciertas opiniones de Platon sedujo la sencillez de aquellos hombres, que ni conocian la primera y sabian muy poco de estas últimas (1)." Asercion á la verdad temeraria, falsa y desmentida por los mismos platónicos que conocian mejor á los gnósticos, pues vivian entre ellos. Plotino indignado de la arrogancia insolente de ellos, los reconviene con vehemencia diciéndoles: "Os haceis un mérito de lo que es motivo de acusacion contra vosotros mismos. Os teneis por mas sabios porque añadiendo vuestras estravagancias á las cosas sensatas que habeis tomado de nosotros, todo lo habeis echado á perder (2)." Porfirio habla de los gnósticos en el mismo sentido, y dice: "que profesaban una doctrina emanada de la antigua filosofía marchando bajo la direccion de Adelphio y Aquilino. Desprecian á Platon y solo hablan de Zoroastro, de Zostrian, de Nicotheo, de Melo, y se tienen por restauradores de la filosofía oriental (3)." Esto confesaban los mismos platónicos que indignados de tal proceder no se unieron jamas á ellos. Por lo demas no se como un sabio tan sagaz como Mosheim en esta materia pudo desconocer la mezcla del platonis-

(1) *Hist. Eccles. Tom. 1º pág. 91.*

(2) *Plot. Enneade 2ª lib. 9. c. 6º*

(3) *Porph. in vita Plotini.*

mo con los sistemas orientales en todas las sectas de los gnósticos, cosa que con Diderot confiesan cuantos han hablado de estas sectas, así antiguos como modernos (1). Aun hubo gnósticos que combinaron una y otra filosofía oriental y platónica con la ley de Moises: así es, que muchas sectas de gnósticos fueron fundadas por judíos como dice Mosheim (2). Muchos gnósticos hubo también después de la venida de Jesucristo, que viendo los milagros tan frecuentes, tan públicos y tan decisivos, que se obraban por los cristianos, y la pureza y santidad de la moral evangélica, llenos de admiración abrazaron el cristianismo, pero sin renunciar á sus monstruosos sistemas. Se dedicaron á conciliar sus ideas con los dogmas cristianos, y de estas mezcolanzas resultó aquel enjambre de herejes conocidos en la primitiva Iglesia bajo el nombre de gnósticos. Estos corrompieron la sencillez del Evangelio con las absurdas doctrinas que de antemano habían abrazado.

Para demostrar esta procedencia del culto mithriaco conviene compararlo con doctrinas de estos filósofos. El objeto de este culto era Mithra: el nombre es persico, pero la idea platónica. Sabemos que los persas entendían por Mithra la inteligencia que residía en el Sol y lo gobernaba. Eubulo dice que Mithra es el autor y padre de todas las cosas: y Teopompo, citado por Plutarco, que es un dios intermediario entre Oroma-

(1) *Enciclop. filosóf. artículo Gnósticos.*

(2) *Hist. Eccles. Tom. 1º pág. 225.*

zes y Ahriman, ideas ambas que no se encuentran en las obras de Zoroastro, ni en los rituales persas, y que se deriban de las opiniones platónicas de los filósofos alejandrinos. Suponian estos que el Dios supremo no se habia tomado el trabajo de sacar este mundo del caos, sino que habia confiado este negocio á una segunda inteligencia, que habia producido de su sustancia propia. En el Zarovam ó tiempo sin límites de Zoroastro entendian estar significado su Dios supremo: en el Oromazes, primera produccion ó emanacion de aquel, su segunda inteligencia ó el Demiourgos. Pues en Oromazes ó Demiourgos distinguian los platónicos, de que vamos hablando, dos cosas: primera, una luz suprema, la emanacion primera del Dios supremo, emanacion inaccesible á los ojos corpóreos; y la segunda, la misma sustancia del Sol ó el cuerpo solar de que se habia revestido aquella primera emanacion luminosa para hacerse sensible: un Sol inteligible y un Sol visible, como lo explica el mismo Dupuis con autoridades de muchos platónicos. Y como quiera que los persas adorasen al Sol como símbolo de la Divinidad, bien sea de Zarovam ó del Dios primitivo, bien de Oromazes en tiempos posteriores, como la mas pura emanacion de aquel, consideraron estos platónicos á ese mismo Sol como residencia del Demiourgos ó cuerpo suyo, y le llamaron Mithra, y por eso Eubulo llama á Mithra padre y autor de todas las cosas. Por lo que hace al dicho de Teopompo, explicando Plethon el lugar en que lo refiere Plutar-

co, dice: "que Zoroastro dividió el mundo en tres partes: asignó la mas elevada á Oromazes, que es el mismo á quien llaman los oráculos el padre: la última á Ahriman y la de enmedio á Mithra, al que apellidan los mismos oráculos la otra mente ó inteligencia::::: lo cual conviene con aquella sentencia de Platon. Todas las cosas estan al rededor del rey del universo, y para él existen y él es causa de todos los bienes. El segundo se ocupa en el gobierno de las de segundo orden, y el tercero en la administracion de las del tercer orden. Y las tres partes ó los tres órdenes, en que Zoroastro y Platon distribuyeron todas las cosas son estos: en el primero pusieron las eternas: en el segundo las que han tenido principio pero son inmortales, y en el tercero las corruptibles (1)." Aqui vemos al genio ó ángel Mithra, acomodado al sistema de Platon, convertido en segunda inteligencia y por consiguiente objeto acreedor segun estas ideas, á un culto y veneracion principal y superior á la que tributasen á otras divinidades.

Para comprobar mas bien haber sido los platónicos de Alejandría, quienes organizaron allá en sus celebros este numen zoroástrico-platónico, zoroástrico en el nombre, platónico en la idea, allegaré á lo dicho la autoridad de los dos comentadores de los oráculos, que se llamaron caldaicos y que se atribuían á Zoroastro, pero que son ciertamente obra de alguno de los filósofos

(1) *Plethon al fin de su com. á los Orac. caldaicos.*

alejandrinos. Pues Plethon el primer comentador afirma, "que los tales oráculos han sido confirmados por muchos esclarecidos varones; que seguían opiniones semejantes á las de aquel mago Zoroastro, pero principalmente por los pitagóricos y platónicos." Y Pselo acaba sus escolios á estos mismos oráculos con estas palabras. "Platon y Aristóteles recibieron muchas de las opiniones contenidas en estos oráculos." Esto lo dice por que los suponía anteriores á estos filósofos; y prosigue. "Mas Plotino y Yamblico, Porfirio y Proclo, y todos sus discípulos las aprobaron todas, y las admitieron sin exámen ni excepcion alguna, como oráculos y voces del mismo Dios (1)." De lo cual se colige evidentemente la mezcla que se hizo del sistema pérsico de Zoroastro con los de Pitágoras y de Platon, hasta venir á resultar de esta mezcla un nuevo sistema, que ni aquel ni estos lo reconocerian por suyo, ni lo entendieron los mismos que lo forjaron, ni menos se ha comprendido despues.

Hemos visto que el objeto del culto mithriaco es obra de los platónicos de Alejandría, y esto mismo voy á hacer ver respecto al local en que se tributaban estos cultos. Eran estos grutas ó cabernas subterráneas. Eubulo ya mencionado, que floreció en Alejandría en tiempo de los Ptolomeos citado por Porfirio, es el autor que yo sepa mas antiguo que haya hablado del antro ó caberna

(1) *Estas palabras de Plethon y Pselo son las últimas de sus comentarios.*

de Mithra construida por Zoroastro. Cuenta aquel, "que Zoroastro, habiendo encontrado en los montes inmediatos á la Persia, una caberna formada por la naturaleza, cuya entrada estaba cubierta de flores y regada por cristalinos arroyos, la consagró á Mithra, padre y autor de todas las cosas, porque le pareció que aquella caberna ofrecia una imagen sensible de esta especie de caberna que llamamos mundo, que ha sido formado por Mithra." Pero si vamos á buscar á la Persia y en sus inmediaciones esta caberna, no se encuentra de ella el mas leve vestigio, ni alguno de los que hablan de Zoroastro citan esta caberna, ni dicen cosa de que pueda inferirse esa consagracion que Eubulo solo cuenta. "Segun los libros persas, dice Anquetil (1), Zoroastro consultó á Ormusd sobre las montañas, y en tiempo de Dion Crisóstomo se aseguraba que este legislador, llevado de su amor á la sabiduría y la justicia, se habia separado de los hombres y habia vivido solo en un monte." ¿Pues á dónde fue á buscar Eubulo el tipo de esta caberna zoroástrico-mithriaca? No es difícil adivinarlo. En el Egipto vimos un nicho ó gruta abierta en piedra viva, en donde estaban esculpidos sacrificios pertenecientes á un culto que podemos llamar pérsico-egipciaco: tal vez habria en aquel pais otros monumentos de esta clase que ha devastado el tiempo que todo lo consume. El hallarse aquel mo-

(1) *Zend-avesta*, Tom. 1.^o part. 2.^a pág. 27. *Vida de Zoroastro*.

numento en un desierto, y acaso otros como este socavados en los peñascos ó en grutas á la falda de las montañas, pudo dar motivo á Eubulo para creer que semejante local era de esencia de aquel culto, y atribuyó á Zoroastro la que acaso era efecto de la clandestinidad con que se practicó en Egipto. Mas cuando no se quiera aceder á esta conjetura, ahí tenemos aquella célebre caberna por cuya descripcion empieza Platon el sétimo libro de su república, la cual es una figura ó copia en lo posible del mundo, como Eubulo asegura lo era la zoroástrica: ahí tenemos otra caberna adonde bajó aquel Ero armenio, á quien sin fundamento alguno llamó Zoroastro, Clemente de Alejandría, de la cual habla Platon al fin de su república; ni faltaban en la Grecia y en otros países cabernas consagradas á ciertas divinidades del pais que se miraban con cierto respeto y veneracion, de las cuales pudo tomar tambien Eubulo fundamento para forjar su caberna mithriaca. En la Persia jamas hubo grutas ni cabernas de esta clase; solo hubo altas cumbreres como el Albordy y magníficos pireos: en aquellas sacrificaban los persas antiguos, en estos se conservaba el fuego sacro desde el tiempo de Zoroastro.

Mas aunque primero en la Grecia y despues en Alejandría se hubiese trabajado por los filósofos en combinar la religion de Zoroastro con la filosofía de Platon, no sabemos que empezase el culto de Mithra en aquellos países antes de la venida de Jesucristo. Puede decirse que solo

se ocuparon en la parte teórica del nuevo sistema, sin deducir de él las consecuencias prácticas, en las que consiste la moral y el culto religioso: bien sea porque las circunstancias no les favorecian para llevar á cabo esta empresa, ó porque no gozaban de la opinion y valimiento necesario para acometerla, ó porque su caracter filosófico les hacía mirar con indiferencia todo lo perteneciente al culto esterno, ó finalmente por un efecto de la lentitud natural del espíritu humano, que despues de algunos siglos de haber descubierto ciertos principios, todavía no ha visto en ellos las consecuencias que al fin conoce contenidas en ellos. La verdad es que no hay ni testimonio de escritor, ni monumento público ni privado que dé indicios de este culto mithriaco en tiempos anteriores á nuestra Era, ni de él se halla vestigio alguno en todo el Oriente. Plutarco es quien en la vida de Pompeyo dice, que los piratas, vencidos y derrotados por aquel general, dieron á conocer á los romanos el culto de Mithra. "Pero estos piratas, como reflexiona con mucho juicio el Freret, eran unas gavillas de bandidos y aventureros de distintas naciones, á quienes la esperanza de enriquecerse en sus piraterías habia reunido, como hemos visto suceder en otras ocasiones; mas es absolutamente improbable que en esta canalla hubiese persas, partos, ni asirios, ni sugetos capaces de introducir un nuevo culto en aquella república. Estos piratas eran de la Pisidia, de la Cilicia, cipriotas y sirios, pueblos y naciones marítimas, acostum-

brados á la navegacion, en los cuales no estaba establecido el culto de Mithra. Asi, lo que dice Plutarco debe mirarse como una conjetura totalmente infundada.”

Los monumentos mas antiguos que se han descubierto hasta ahora relativos al culto mithriaco no suben del siglo II de nuestra Era. El Fre-ret dice, que la primera inscripcion en que se habla de Mithra es la dedicacion de un altar erigido al Sol bajo el nombre de Mithra, en el año ciento y uno de Cristo; y en otra que no trae fecha se llama á Mithra socio y compañero del Sol: *Deo::: Mithræ et Soli socio*; donde se ve aun conservada la distincion que hacían los persas del Sol y de su ángel ó conductor Mithra: por lo que me parece que estos monumentos hallados en Roma, son los que menos distan de la época en que este culto se tomó de las naciones inmediatas á la Persia ó de la Persia misma, pero viciándolo con imágenes ó ídolos que no se admitieron jamas en aquel imperio.

Por mucha antigüedad que se le quiera dar á este nuevo culto de Mithra, nunca podrá subir de la época que hemos indicado, y todas las razones que hemos espuesto conspiran á hacernos creer, que sus inventores fueron los gnósticos. Dejamos probado que asi la deidad, objeto de este culto, como el local en que se le tributaba, fueron invenciones de los zoroástrico-platónicos. El sistema de estos era un cuerpo de doctrina en que se ven combinadas las ideas de Zoroastro con las de Platon. Versábanse estas sobre las cau-

sas y principios del universo, sobre la naturaleza del hombre y especialmente la de su alma, sobre el origen de esta, y sobre su destino separada del cuerpo: en una palabra, componian un sistema teológico, cual se ve contenido en los oráculos caldáicos ya citados, esplicados á la platónica por Plethon y Pselo, del cual sistema se derivaba una religion, un culto, en que debian igualmente combinarse las ideas del legislador persa con las del filósofo griego. Y asi como al combinar aquellos dos sistemas de doctrina teórica, se habian atribuido al primero los fundamentos principales ó las bases del nuevo sistema, combinado para darle el peso de autoridad que concilia á estas cosas su origen remoto y distante mucho en tiempos y lugares desconocidos, casi por esta misma razon se supuso al mismo Zoroastro autor del nuevo culto, en el que sin embargo no pensó él jamas. Consideraban, como digimos, estos filósofos en su nuevo Mithra un objeto sensible del culto material, que era este Sol que vemos, en el cual adoraban á la segunda inteligencia ó á su Demiourgos incorporado en aquel astro, objeto invisible de un culto espiritual: el vulgo tributaba sus cultos al primero, los sabios al segundo: el culto de aquellos era grosero, el de estos simbólico ó místico. De aqui la necesidad de establecer misterios en el culto de Mithra y dos doctrinas, una pública y otra secreta que jamas conocieron los persas: pero misterios y doctrinas del todo platónicas, como vamos á ver examinando las pruebas que

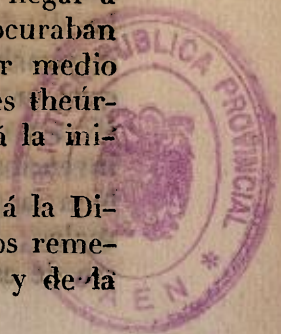
se hacían en estos misterios para llegar á la iniciación, y la doctrina que en esta se enseñaba á los iniciados. ¿Y cómo no habia de ser así, siendo todo invencion de aquellos filósofos vagamundos, criados en las escuelas de Alejandría, cuando en ellas no se enseñaba otra cosa que esta filosofía mista greco-oriental, si se nos permite llamarla de esta manera?

La razon de celebrarse los misterios mithriacos en cabernas, es mística segun Porfirio, á saber: que representando estos antros el mundo, y siendo este una prision, un calabozo segun los platónicos, adonde ha bajado el alma del hombre á vivir en tinieblas unida á la materia grosera de su cuerpo; era natural escoger las cabernas oscuras y profundas para representar aquellas fantasmagorías platónicas, en las que se hacían ver á los iniciandos el descenso de las almas á la tierra y su ascenso ó regreso á los cielos. El local, pues, de los misterios mithriacos está diciendo que su origen ó la eleccion que se hizo de él, fue invencion de los nuevos platónicos.

Otro tanto puede y debe decirse de las pruebas bárbaras que se exigian en aquellos misterios de los iniciandos. En los comentarios de Hierocles á los versos dorados de Pitágoras, versos muy semejantes á los oráculos caldaicos y que son posteriores al tiempo de Platon, segun prueba el Meiners, leemos lo que segun aquellos filósofos es necesario para purificar nuestras almas y hacerlas capaces de recibir las doctrinas místicas. Los pitagórico-platónicos suponian que la ma-

teria del cuerpo era el principio de todas las pasiones que turban la razon, distraen la mente y manchan la pureza del alma: y de aqui inferian que el hombre debe debilitar la accion de la materia sobre el alma, mediante los ayunos y otras maceraciones corporales. Es necesario huir de todo lo que es cuerpo, decia Porfirio, á fin de que pueda el alma reunirse á Dios y vivir feliz con él y bienaventurada. Este era un axioma deducido de los principios de la filosofía platónica, enseñada en el Phedon, y en el libro 7.^o de la república, dice Dupuis, donde este filósofo diserta estensamente sobre la bajada del alma al antro-subterráneo, y sobre su cautividad en la oscura prision del cuerpo, cuyos afectos son para ella un obstáculo gravísimo que le impide contemplar la verdad. De lo que deducia Platon, que era necesario libertar al alma del imperio de los sentidos, y preservarla del comercio íntimo con este su enemigo doméstico. Asi, el fin principal de la filosofía platónica era llevar á cabo este famoso divorcio, al que Platon y despues Plotino llamaron muerte filosófica. Este objeto moral que se proponia la filosofía para llegar á comprender las verdades abstractas, procuraban conseguirlo los gnósticos mithriacos por medio de su culto en fuerza de sus operaciones theúrgicas ó por las pruebas que precedian á la iniciacion.

Para facilitar al alma esta elevacion á la Divinidad trataban de aplicar al cuerpo los remedios de la continencia, de los ayunos, y de la



abstinencia de ciertos alimentos, poniéndolo en tal régimen que aminorase todo lo posible su influjo sobre el alma. Hierocles en los comentarios citados nos da por estenso las teorías de estas purificaciones. Siguiendo la doctrina platónica nos dice que el hombre se compone de cuerpo y alma, y de una sustancia media entre aquellas dos llamada vehículo del alma ú ochema. Debe, pues, purificarse el cuerpo: debe purificarse el ochema: debe purificarse el alma misma. Esta por el conocimiento de la pura verdad: el ochema por el desprendimiento de las cosas terrenas: el cuerpo por el uso de alimentos ligeros y sencillos: así va el hombre acostumbándose á salir de este lugar destinado á las generaciones y á la muerte, y á marchar y trasladarse á los campos Eliseos. Para purificar así á los iniciandos obraban de comun la filosofía y la religion en el nuevo culto. Una y otra conspiraban á libertar al hombre del influjo de la materia para reducirlo á una especie de apatía religiosa.

No me detengo en averiguar la significacion de los combates mímicos ó simulados que debian sostener los iniciandos, enmascarados con carátulas de diversos animales: pudieron idearse para inspirarles valor y ánimo, y avezarlos á la lucha que su alma debia sostener con las pasiones y afectos desordenados de su cuerpo, y esto seria invencion de los platónicos. Podian significar tambien la guerra de los espíritus buenos contra los malos, y esto respira doctrinas orientales. Mas sea de esto lo que se quiera, la doctrina misma

de la iniciacion mithriaca segun nos la indican Dion Crisóstomo y Celso, es platónica sin duda alguna. Aquel en su oracion treinta y seis Boristénica, que toda respira platonismo segun ya lo advirtió la sagaz crítica de Phocio, dice: "No hay cosa mas admirable que los cánticos de los magos en sus misterios secretos. Celebran estos las alabanzas del Ser supremo como primero y mas sabio conductor de la carroza mas hermosa (esto es del universo) porque dicen que la carroza del Sol por muy brillante que sea, es inferior á la de Júpiter, pues que es mas moderna que la de este, y no tan sublime como ella, supuesto que el Sol es visible á los ojos del cuerpo y todos le ven girar por el cielo. Ni Homero, ni Hesiodo cantaron tan dignamente la carroza de Júpiter. Esta gloria estaba reservada á Zoroastro y á sus discípulos. Saben estos esplicar la conducta de esta providencia igualmente sabia y fuerte, que antes del origen del mundo preparó los resortes mas propios para poner en movimiento á este Todo, y conservarlo en accion ordenada y continua. El vulgo ignora este movimiento armonioso que anima todas las partes del universo, y solo ve por sus ojos la carrera del Sol y de la Luna que gobiernan una sola parte del mundo (1)." Vemos aqui bien marcadas las dos doctrinas, el culto grosero del vulgo al Sol visible, y el místico de los iniciados á la segunda inteligencia que en él reside y que llama Júpiter.

(1) Orat. 36 Borysténica.

Celso en su impugnacion del cristianismo asegura que en los misterios mithriacos se veían símbolos de los movimientos de los astros, y del tránsito de las almas por los planetas. Consistia el símbolo de este viage de las almas en una escala altísima, subiendo por la cual se atravesaban ocho puertas hechas de varios metales, que en sus cualidades remedaban alguna propiedad de cada uno de los planetas. Es de advertir, que Origenes al proponerse este pasage no contesta á el directamente y duda de la existencia de los tales misterios mithriacos, y llama á esta secta ó culto oscurísimo, lo cual en un sabio tan erudito como Origenes prueba, dice el Freret, que ó no existian tales misterios en el Egipto, ó al menos eran mas secretos que entre nosotros las iniciaciones masónicas.

Mas dado que aquellos símbolos fuesen efectivamente una parte de la iniciacion mithriaca; ellos son tambien, como los combates de los enmascarados, vestigios de la filosofía oriental adoptados por los platónicos y despues por los gnósticos, y atemperados á las ideas platónicas. En el Oupnek-hat, se dice, que al salir de este mundo por la muerte hallan los hombres dos caminos, los buenos *kianís*, los iluminados que han contemplado á Bracma, pasan conducidos por el Mokel ó prefecto de la luz, el cual lo presenta al Mokel del dia, este al de la luna creciente, este al del Sol de Primavera y Verano, esto es, al que habita en el camino que hace el Sol en seis meses por el hemisferio boreal, y el Sol lo pre-

senta al Mokel del rayo, el cual lo introduce en el cielo ó mundo de Bracma ó del criador en donde vive feliz eternamente. Por el contrario, los malos los *akanies* ó ignorantes, que vivieron apegados á las cosas de la tierra, despues de su muerte toman otro camino. Recíbelos el Mokel del humo; este los entrega al Mokel de la noche; este al de Luna menguante, y ese los pone en poder del Mokel que dirige la marcha meridional del Sol en los seis meses de Otoño é Invierno. Este los conduce al Mokel encargado de las almas de los padres, y este los coloca en la Luna. Alli sirven de criados á los ángeles con lo cual reciben el premio correspondiente á las pocas obras buenas que hicieron. Entonces atraviesan la atmósfera, vuelven á la tierra, y en castigo de sus malas obras caen en el infierno que hay para ellos en este mundo, y consiste en vivir en figura de gusanillos, de mariposas, perros, culebras, alacranes y otros vichos de este jaez. Estas son las dos vias una del Paraíso y otra del infierno.

El Guines, versadísimo en lenguas y antigüedades orientales, en el extracto que hace en su memoria sobre los samanéos, de una obra indiana titulada Anbertkeud, copia ciertas fórmulas que á presencia de ciertas figuras deben pronunciarse dirigiéndose á los siete planetas por cuyo influjo recibe el alma ciertas cualidades. La figura dedicada á Saturno le inspira inteligencia, la dedicada á Marte la libra de enemigos. Júpiter nos hace zahories y nos preserva de hechizarias,

el Sol nos hace grandes, nobles y venerados de todos. Venus, felices en los amoríos. Mercurio envía sus genios que nos instruyan y defiendan, y la Luna preserva á los mortales del mal caduco y de las picaduras de animales ponzoñosos.

Estos son á mi parecer los embriones misteriosos del sistema místico-astrológico respecto á los caminos de las almas y á los influjos que en ellas ejercen los planetas, de los que adquirieron noticia ó pudieron adquirirla los filósofos de la Grecia de resultas de la expedición de Alejandro á la India, así como la tuvieron del sistema de Zoroastro por los dos magos llamados ambos Hostanés, el que trajo Xerxes consigo, y el que vino de la Persia con el mismo Alejandro. Veámos ahora estos mismos embriones fecundados en las fantasías platónicas, y dados á luz revestidos de mil primores y nuevas perfecciones.

“Empujadas las almas, dice Macrobio, desde el Zodíaco, y precipitadas de la vía lactea hasta las esferas inferiores de los planetas, al pasar por ellas van revistiéndose de aquellos ropages luminosos ó de aquel vehículo que digimos llamaban los platónicos Ochema, y van adquiriendo las cualidades de que han de estar adornadas en la tierra. En Saturno, reciben la inteligencia: en Júpiter, la fuerza para obrar: en Marte, el valor osado: en el Sol, la sensibilidad é imaginación: los deseos en Venus: la elocuencia en Mercurio, y la potencia generativa en la Luna. Esto es al bajar del cielo á la tierra: pero como en esta vida contraen resabios viciosos de que deben estar depu-

rádas para volver al cielo ; cuando suben á él , van dejándose en esas mismas esferas los vicios y malos hábitos que contrajeron en su vida mortal. En la Luna , la lascivia : en Mercurio , los fraudes y maquinaciones malignas : en Venus , el amor á los placeres : en el Sol , la ambicion insaciable : en Marte , la temeridad : en Júpiter , la codicia : en Saturno , las mentiras y engaños. Y entonces penetran los cielos desnudas de todo movimiento desordenado para alabar eternamente á Dios.” ¿Puede estar mas claro el origen y valor de las ocho puertas de la caberna mithriaca correspondientes á los siete planetas y al encumbrado Empíreo , y los siete grados de la iniciacion Mithriaca que admite Dupuis , en cada uno de los cuales iba el iniciando depurándose de los vicios de que cada planeta curaba al alma por su especial virtud?

Péro en los misterios mithriacos se encuentran además de las ideas platónico-orientales , ceremonias y ritos muy parecidos á los del cristianismo. Para acertar de donde pudo venir esta mezcla , recordemos lo que decíamos antes : que muchos gnósticos abrazaron el cristianismo y habiendo luego separándose de la Iglesia , introdujeron en sus conciliábulos y en su culto varias cosas de las que habian visto en el culto cristiano. Esta es una verdad que confiesan todos los eruditos investigadores de las opiniones y sectas filosóficas y religiosas de aquella edad , y comprobada por infinidad de monumentos , que conservados hasta el dia , no dejan duda alguna acerca de los introductores de los ritos cristianos en los

misterios de Mithra. Pues desde el primer siglo de la Iglesia y casi desde el nacimiento del cristianismo, se acercaron movidos de curiosidad muchos de estos filósofos gnósticos, y simulando pedir de buena fe el bautismo, como lo hizo aquel Simon mago á quien pone San Ireneo por el primer gnóstico, que habiendo abrazado la Religion cristiana se separó de la Iglesia para fundar una nueva secta; pretendieron combinar las doctrinas del gnosismo con los dogmas del Evangelio. Este Simon tuvo por discípulo á Menandro; á este se siguió Saturnino, Basilides, Carpocrates, Valentino y otros muchos fundadores de nuevas sectas ó heregías, ó adiccionadores de las de sus maestros, á los cuales se les dió en la Iglesia la comun denominacion de gnósticos, para indicar su verdadero origen y procedencia.

Estos hombres arrojados de la Iglesia y aun de la sinagoga, mal avenidos con las divinidades adoradas entonces por los griegos y los romanos, sin disposicion ni espíritu para arrostrar el martirio por no sacrificar á los ídolos; tomaron el recurso para salvar la vida sin abandonar su doctrina, de conformarse con el culto público, pero dándole un giro, una significacion, un sentido místico acomodado á sus ideas en orden á la Divinidad y á sus doctrinas filosóficas. Asi tributaban sus cultos á las divinidades patrias ó del pais, pero trasformadas en las que ellos reconocian. Dejaban subsistir los nombres: pero la historia de la Divinidad era nueva y nuevas las ceremonias de su culto. Asi como los griegos al

adoptar el culto de Isis egipcia la convirtieron, segun Dupuis, en su Ceres griega; así los gnósticos de Egipto apóstatas del cristianismo, simulaban el culto de Isis aplicándole á esta divinidad muchas cosas de la Virgen María. Los griegos habian convertido en Baco griego al Osiris egipcio. Los gnósticos mismos convirtieron á Serapis en su Demiourgos, al que aplicaban tambien algunas cosas propias de Jesucristo. Mithra era una deidad adorada por algunas provincias contiguas á la Persia, segun digimos, y en su culto se habian introducido ya acaso ciertas ceremonias ó se habian establecido misterios propios de las doctrinas teóricas que se habian combinado con la idea original que de aquel Mithra se tuvo al principio: pues de estos gnósticos mismos, los que vivian en estos paises donde estaba en boga este nuevo culto, despues de separados de la Iglesia, continuaban tributándoselo á Mithra, y á donde pudieron agregaron á las ceremonias establecidas otras nuevas tomadas del cristianismo, con lo cual seducian á muchos incautos y los hacían cómplices de su apostasía, y daban á aquellos misterios cierto aire de novedad que atraía á ellos mayor número de pretendientes y de iniciandos. Aun despues en la India, ó bien fuesen los precursores de Manés, ó Manés mismo, ó quizá sus discípulos, usaron de este mismo ardid como notó el Guines y prueba largamente el eruditísimo Georgi en su alfabéto tibetano.

San Ireneo y San Epifanio, hacen mencion de muchas de estas ceremonias cristianas, que

conservaron los gnósticos apóstatas y las establecieron en sus misterios gentílicos. Ellos bautizaban pronunciando fórmulas bárbaras á las que daban interpretaciones místicas. Ungian con opobálsamo á sus clientes, diciendo que aquella unción era señal de cierta suavidad suprema. Muchos de ellos condenaban el matrimonio y exigían el celibato, al menos en los que componían la clase superior de su secta. Condenaban otros el uso del vino, y queriendo conservar en sus conciliábulos un simulacro de nuestra Eucaristia, sustituyeron el agua, que con el pan ofrecían con falsa consagración en sus oblaciones. Con aquello de la corona que ponían sobre la cabeza del recluta mithriaco, quisieron tal vez remedar alguna de las ceremonias usadas en la Iglesia con los catecúmenos. A las purificaciones platónicas de que hablábamos antes, usadas en los misterios de Mithra añadieron ellos algunas otras prácticas de la Iglesia con respeto á los penitentes.

Tal es el origen de todas las ceremonias y ritos cristianos que se encontraban en los templos de Isis y de Serapis en Egipto, después de la venida de nuestro Redentor y en algunas cabernas mithriacas. De la Iglesia los llevaron á aquellos lugares los falsos cristianos que, ó no se iniciaron en la doctrina del Evangelio ni recibieron los sacramentos de la Iglesia sino con la dañada intención de abusar después de ellos profanándolos sacrílegamente, ó si los recibieron de buena fe, apóstatas después de su religion por

no atreverse á ser víctimas de ella, ó por otros motivos detestables, entregaron á puercos inmundos las preciosas margaritas de la Iglesia, y el pan de los hijos á los perros rabiosos. Estos fueron los ladrones, los plagiarios sacrílegos. La Iglesia rica con su culto sencillo, espiritual y divino, no mendigó jamas ni admitió la mas leve ceremonia de las que se le imputan haber copiado de los gentiles, que haya podido amancillar su pureza y su santidad. Y con esto basta á cualquiera imparcial para desvanecer toda esa baraunda de cosas que el Dupuis acina como espesa metralla contra nuestra sagrada Religion, estando yo seguro de que todo el que se tome el trabajo de profundizar en esta materia, hallará mayores motivos y mas fuertes razones en que afianzar mas y mas su convencimiento.

Mas como no todos podrán dedicarse á este estudio, añadiré á lo que llevo espuesto varios hechos que nos ofrece la historia, y algunos monumentos tan irrecusables, cuales no se encuentran en mayor número ni mas evidentes para comprobar ningun hecho histórico de la antigüedad. Sin ellos todavía se haria difícil de creer que hubiese podido adoptarse por hombres que habian profesado la Religion cristiana, aquella portentosa religion del Egipto de la que tantas veces hemos hablado, y que estos hubieran sido capaces de mezclar las monstruosidades de esta religion estravagante con los sagrados misterios del cristianismo. Pues esto es sin embargo lo que hicieron desde el segundo siglo de la Iglesia los

gnósticos basilidianos y valentinianos. De lo que presentaré una ú otra prueba.

Uno de los argumentos con que Dupuis intenta probar que la Virgen María es copia de la diosa Isis, está tomado de una ceremonia muy antigua en Egipto, á donde suponiendo que Isis habia dado á luz á Harpocrates hácia el solsticio de Invierno, celebraban en ese dia su parto, esto es, el veinte y uno de diciembre, y este dia sacaban los sacerdotes de lo interior del templo al Harpocrates recién-nacido, esponiéndolo á la veneracion del pueblo. *Ut parvulus videatur*, dice Macrobio, *hiemali solstitio qualem Ægyptii proferunt ex adito die certa: quod tunc brevissimus dies veluti parvulus et infans videatur*. Costumbre que cita San Doroteo en la vida de los profetas, y que refiere como testigo ocular el autor del Cronicon Alejandrino, ó al menos dice que se conservaba en su tiempo.

Si admitiésemos como cierto el origen que asignan aquel y este á la ceremonia citada, el argumento que deduce de ella Dupuis se convertia contra él mismo, ó perdía por lo menos toda su fuerza. Doroteo dice en su Sinopsis de la vida de los profetas hablando de Jeremaís. "Este anunció á los sacerdotes egipcios que algun dia serian derribados y desechos sus ídolos por un Salvador niño, que naceria de una Virgen y seria reclinado en un pesebre." Por lo cual aun el dia de hoy ponen la imagen de una vírgen en un lecho y al infante en un pesebre y lo adoran. Y habiéndoles preguntado el rey Ptolomeo

porque hacían aquello, respondieron que aquella ceremonia encerraba un misterio que ellos por tradicion habian aprendido de sus mayores, á quienes se lo habia enseñado el santo profeta Jeremías. El autor del Cronicon Alejandrino que descubrió en Sicilia nuestro Gerónimo Zurita, copia al pie de la letra lo que dice el Doroteo, y ambos tomaron alguna parte de lo que dicen de San Epifanio, que en la vida de Jeremías solamente dice que aquel profeta anunció á los sacerdotes egipcios, que llegaria tiempo en que caerian todos sus simulacros y serian derrocados todos sus ídolos, cuando entrase en Egipto con su hijo infante una virgen y madre semejante á Dios. *Ubi Ægyptum ascendet cum suo infante Virgo ennixa Deo similis.*

Pero es el caso que los dos primeros autores citados no merecen fe alguna en cuanto dicen acerca del origen de esta ceremonia, y aun lo de la profecía de Jeremías á los sacerdotes egipcios que cita San Epifanio, tiene en mi corto entender graves dificultades. Porque suponiendo que aquel Santo se guió en muchas cosas, como él mismo confiesa, por lo que oyó decir á muchos, de los cuales unos dirian verdad y otros no: cómo es posible que el Santo Profeta profetizase asi en el Egipto, y que á su profecía hubiesen dado asenso los sacerdotes del pais, cuando el mismo San Epifanio conviene en que fue perseguido alli aun por los mismos judíos, los cuales aborreciéndole por que les reprendia sus vicios y les anunciaba castigos del cielo, lo despreciaban

como á un misántropo, un fanático, hasta quitarle la vida apedreándolo, en cuyo tormento murió martir de la verdad? Tal vez los que sugirieron esta especie á San Epifanio, se equivocaban confundiendo á Isaías con Jeremías, y entendiendo en diverso sentido del inmediato y literal lo que aquel habia escrito en su capítulo 19. *Ecce Dominus ascendet super nubem levem, et ingredietur Ægyptum et commovebuntur simulacra Ægypti á facie eius.* Pero sea de esto lo que fuere, acerca de lo que no me atrevo yo á resolver, lo que me parece absolutamente falso es el enlace que hacen Doroteo y el cronista de Alejandría de aquella profecía con la ceremonia de que vamos hablando. No hay autor eclesiástico de alguna crítica que no desprecie al Pseudo-doroteo y á su Sinopsis, mirándola como un tegido de extravagantes fábulas. Para convencerse de esto no hay mas que leer dicha Sinopsis, dice el Belarmino: *Consulat lector quæ iste auctor scribit::: in cita Jeremiæ::: et in summa sciat ab isto numerari inter 72 discipulos Christi omnes qui ab Apostolo Paulo nominantur, etiam si Ethnici fuerint vel feminae, et illos omnes non solum discipulos Domini, sed etiam Episcopos facere* (1). Pues al autor de esta obra que probablemente se escribió á mediados del siglo V, y casi por los tiempos de Macrobio, copió fielmente el Cronicon de Alejandría, no menos fecundo en paparruchas que aquel. Asi que, no merecen crédito

(1) *De Scrip. Eccles.*

uno ni otro en lo que dicen acerca de la profecía de Jeremías, ni de la pregunta del Rey Ptolomeo y respuesta de los sacerdotes. Mas por lo que hace á la ceremonia usada en Egipto en el nacimiento de Harpocrates, como el autor del Cronicon dice que se conservaba en su tiempo, y Macrobio habla tambien de ella, no me atrevo á negar su existencia. Conviene empero indagar su antigüedad para saber cual pudo ser su origen.

Describe Plutarco en su tratado de Isis y Osiris menudamente todas las festividades que se celebraban en el Egipto en honor de aquellas divinidades, y las ceremonias de cada una: y aunque cita la opinion de algunos sacerdotes que decian que Isis habia dado á luz á Harpocrates, hácia el solsticio de Invierno; empero añade que no por eso se celebraba el parto de Isis en aquella estacion, sino en el equinoccio de Primavera, y refuta como ridícula semejante opinion: y añade, que en el dicho solsticio solo se ofrecian á la deidad unos cogollitos verdes de habas como primicias de la nueva vegetacion. *Eodem pacto culgares quoque et modestas sententias refellemus eorum qui::: dicunt Isim::: peperisse Harpocratem sub solstitium Hybernum imperfectum ac recentem quod tunc prævi flores et germina primenascuntur; ideoque ei fabarum nascentium primitias offerunt. Dies autem puerperii eius post æquinotium vernum solemnes agunt* (1). Y tratando de las fiestas del mes de diciembre solo habla

(1) *De Iside*, pág. 377.

de la que llamaban indagacion, y busca de Osiris ó del Sol considerándolo sumergido en lo mas profundo de su carrera por el hemisferio austral. Hacia el solsticio de Invierno, dice, llevan una baca y la hacen dar siete vueltas al templo, y llaman á esta ceremonia busca de Osiris ó vueltas del Sol, indicando en ella los deseos de Isis de las lluvias ó humedad del Invierno, *aquam hyeme desiderante dea*, y las vueltas que dan son siete para significar que al sétimo mes se volverá á ver el Sol encumbrado en el mas alto punto á que puede subir en el hemisferio boreal en el solsticio de Verano que es cuando celebraban en Egipto, segun el mismo Plutarco, las fiestas natalicias de los ojos de Horo, el Sol y la Luna. *Ultima die mensis Epiphi Sole et Luna in eadem linea coeuntibus ferias agunt natalitias oculorum Ori: quippe non Lunam modo, sed et Solem oculum, Lumenque Ori censentes* (1).

Este silencio de Plutarco respecto á la ceremonia Egipcia que refiere Macrobio es para mí de tanta fuerza en atencion á la proligidad de aquel y su exactitud en una obra en que ex profeso trata el asunto y debió tocar dicha ceremonia; y refiriendo otras que se celebraban en los dias que se asignan á aquella; que me hace creer que todo aquello de la diosa, de parto y del infante que los sacerdotes sacaban de lo mas secreto del templo para esponerlo á la veneracion del pueblo fue cosa introducida despues de la edad

(1) *De Iside*, pág. 372.

de Plutarco que sabemos floreció á principios del siglo II de la Iglesia: bien que estuviese ya en uso en tiempo de Macrobio que vivió en los últimos años del siglo IV en tiempo de Teodosio el grande en cuya corte obtuvo un empleo. Debiendo, pues, fijarse la introduccion de esta ceremonia á los fines del siglo II cuando mas, ¿quienes pudieron ser sus inventores sino los gnósticos del Egipto?

Los doctores orientales salieron de la oscuridad en que habian estado hasta entonces en el reinado de Adriano, y reunidos formaron, dice el Mosheim (1), en muchas provincias asambleas considerables. La historia antigua nos habla de muchas de estas sectas semicristianas de las que apenas conocemos los nombres por los que solamente se diferenciaban acaso: no obstante, hay una division general que puede tenerse como real y efectiva, y comprende las dos ramas principales que hicieron mas ruido entre la multitud de sectas casi infinitas que brotaron de un mismo origen. La primera de estas dos ramas pareció en el Asia::: La segunda que tuvo por fundador á Basilides, se formó en Egipto: y era una mezcla estravagante de las doctrinas orientales con la religion de aquel país llena de supersticiones y estravagancias. "De estos gnósticos dice San Epifanio, que habian escrito varios evangelios y otras obras apócrifas en las que mezclaban las verdades de la religion y los hechos cier-

(1) *Hist. Eccles. Tom. 1.º pág. 224.*

tos referidos por los apóstoles con un fárrago abominable de disparatadas fábulas, y cita entre otros el evangelio de la perfeccion, las profecías de Adan y de Seth, el evangelio de San Felipe, las interrogaciones y la genealogía de la Virgen María, *Stirps Mariæ*, en la que cuentan cosas horrendas y perniciosísimas. Y es de creer que aquí ó en otra parte mezclasen con lo que los egipcios referian de Isis lo que refieren de María Santísima nuestros evangelistas. Y como se creía por algunos sacerdotes de Isis que esta diosa habia dado á luz á Harpocrates niño tierno y débil en el solsticio de Invierno; estos gnósticos basiliidianos sustituyeron en sus conciliábulos á la ceremonia de la investigacion de Osiris, que se celebraba en aquel dia en tiempo de Plutarco, la del Nacimiento de Jesucristo de la Virgen María en los términos que la pintan Macrobio y el Cronicon Alejandrino, haciéndoles creer á los idólatras que celebraban el nacimiento de Harpocrates hijo de Isis en aquel dia.

Puede citarse tambien en prueba de esta verdad que vamos demostrando, una carta del emperador Adriano al consul Serviano, que nos ha conservado Flavio Vopisco en la vida del tirano Saturnino, cuyo tenor es el siguiente. "Adriano augusto á Serviano consul salud. Aquel Egipto que tanto me alababas, Serviano carísimo, lo he hallado ligero, voluble y que se va y se viene con cualquier rumor nuevo de fama popular. Los que adoran á Serapis son cristianos, y se consagran al culto de este dios los que se apelli-

dan obispos de Cristo. No hay alli ningun archisinagogo de los judíos, ningun samaritano, ningun presbítero de los cristianos, ningun matemático, ni adivino, ni bautizados. Aun el mismo patriarca cuando viniere á Egipto se verá obligado por unos á adorar á Serapis, por otros á tributar sus cultos á Cristo. Es en una palabra una nacion sediciosísima, vanísima, insolente, etc."

Toma Dupuis ocasion de esta epístola para decir, que el emperador Adriano daba en cara á los cristianos con que adoraban al Sol bajo el nombre de Serapis. Pero las reflexiones que hace sobre ella el P. Montfaucon bastan para desvanecer esta objecion de Dupuis, y demostrar por su contesto la abominable mistura que empezaban á hacer los gnósticos del culto cristiano con la religion del Egipto. ¿Cómo puede entenderse, dice aquel sabio, refutando la opinion de Casaubon y Salmasio, que creyeron que hablaba Adriano de algun patriarca cristiano? ¿cómo puede entenderse que fuera necesario violentar á ningun patriarca cristiano para que adorase á Cristo? Es, pues, claro que el emperador habla del patriarca de los judíos. Pues en aquel tiempo los judíos tenian sus patriarcas como se deduce de los testimonios de San Epifanio, de Orígenes y de otros autores. Mas entre los cristianos no hubo patriarcas hasta algunos siglos despues. Lo que dice el emperador, que se consagraban á Serapis los que se llamaban obispos de Cristo, es absolutamente improbable é increíble. Algunos entre los hereges se apellidarian obispos ó se atribuirian esta

dignidad, ó tal vez alguno ó algunos obispos cristianos habrian caido en tan miserable apostasía. Ello es que el cristianismo de Egipto por los años de Adriano está tan oscuro, que solo adivinando podemos hablar de él. Con mas fundamento puede decirse que el emperador solo adquirió noticias muy superficiales y vagas de aquel culto, como se ve por lo que añade que no habia sacerdotes de Cristo en el Egipto. Como quiera que ello sea, la mezcla del culto de Cristo con el de Serapis se asegura tan claramente en el principio de la epístola, que no admite duda haberlo sabido el emperador con certeza (1).

Pues lo que evidencia esta mezcla de la Religión cristiana con el culto no solo de Serapis sino de las demas divinidades egipcias, con el de Mithra y con casi todas las que se adoraban por los idólatras de los principales pueblos del mundo, son aquellas piedrezuelas llamadas Abraxas, porque esta es la voz que se halla esculpida en ellas con mas frecuencia, al paso que nos descubren los inventores de estas combinaciones sacrílegas. "Apénas hay un museo en Europa, dice el P. Montfaucon (2), donde no se conserven innumerables piedras, en las cuales con los nombres sagrados de Jao, que es el mismo de Jehova, Sabaot, Adonai, y mas á menudo con el de Abraxas, se ven esculpidas varias figuras, gallos, perros, leones, monos, sphinges. Véanse igualmente

(1) *Antig. explic. Tom. 2º lib. 3º c. 1º pág. 354.*

(2) *Ibid. pág. 353.*

en ellas á Isis, á Osiris, Serapis, Harpocrates, Canope, escarabajos, y en una palabra, cuantos avechuchos adoraron por dioses los egipcios. Hay Abraxas que llevan un leon con una abeja en la boca. Con el leon significaban á Mithra, y en la abeja indicaban el hecho de Sanson. Hay Abraxas con figuras de dioses griegos y romanos: en otros se ven escritos los nombres de Michael, Satoviel, Gabriel, Barrabas, Jesucristo, Ananías. Los hay con un hombre montado en un toro como Mithras, y otros con el sacrificio de Abrahan, todos los cuales pueden verse perfectamente grabados en el Montfaucon. Todos estos Abraxas eran otros tantos talismanes, amuletos ó medallas que repartian aquellos hereges á los infelices que tenían embaucados con sus errores, asegurándoles mil bienes que les resultarían de llevarlos consigo, y que se preservarian de varias enfermedades.

Ahora oigamos los testimonios de los Padres que nos digeron cuales habian sido los autores de estas supercherias. San Ireneo nos dice hablando de los discípulos de Basilides, que estos distribuían los lugares respectivos que ocupaban sus trescientos sesenta y cinco cielos, por el mismo orden que les asignaban los matemáticos; porque tomando de estos sus teoremas los trasladaron á su sistema, acomodándolos á él y vistiéndolos del caracter propio de su doctrina: finalmente decian que el príncipe de todos esos cielos era el Abraxas, y que por eso encerraba en sí el número trescientos sesenta y cinco. Y Tertuliano en su tratado de Prescripciones cuen-

ta que Basilides llamaba al Dios supremo Abraxas por quien habia sido criada la mente ó inteligencia llamada Noun. De esta habia emanado la palabra, de esta la providencia, de la providencia la virtud y la sabiduría, de estas los principados, las potestades y los demas ángeles los cuales eran casi infinitos, y que estos ángeles habian formado los trescientos sesenta y cinco cielos. Pues entre los ángeles mas bajos de los que criaron el mundo, coloca al Dios de los judíos, esto es, al Dios de la ley y de los profetas, que niega fuese Dios sino ángel. San Gerónimo hace varias veces mencion del Abraxas de los basilidianos, y en su comentario sobre el profeta Amós pone estas palabras: "Basilides da al Dios supremo el nombre estravagante de Abraxas y dice que está colocado y circunscripto en la órbita del Sol, por cuanto las letras de aquel nombre comprenden el número de dias que gasta el Sol en su carrera anua. A este Dios le llaman Mithra los gentiles, voz que abraza el mismo número que Abraxas." Lo que esplica San Agustín diciendo, que la voz Abraxas era muy sagrada para Basilides y sus discípulos, por cuanto sus letras griegas consideradas como notas numerales y dándoles á cada una el valor que tienen en aquella lengua, componen el número trescientos sesenta y cinco; y lo particular es que escrita la voz Mithras como se ve en muchos monumentos del tiempo de los basilidianos así, *Meitras*, sus letras suman tambien en griego los mismos trescientos sesenta y cinco. Por donde se echa de ver,

continúa el P. Montfaucon, como cosa cierta, que aquellos pseudo-cristianos adoraban al Sol bajo los nombres de Abraxas y de Mithras, y aun pensaron que Jesucristo verdadero Sol de justicia era ese mismo Sol material que vemos, de lo cual hacen fe muchas de esas piedrecitas que estamparemos mas adelante. En seguida cita el Montfaucon á San Justino y á Tertuliano, que de las semejanzas que dimos ya entre los misterios mithriacos y el culto cristiano, inferian los robos sacrílegos que habian hecho á la Iglesia de sus ceremonias las mas sagradas los gnósticos seducidos por el demonio.

Habia opuesto Celso á las ceremonias cristianas el culto y los misterios de Mithras: decia que en aquellas habia tambien las siete puertas que se veían en estos, é inferia de aqui que los cristianos éramos unos ridículos remedadores del culto, que llama él, pérsico. Orígenes le contesta lo que ya vimos, y añade: "Como quiera que antes de ahora no se desdeñó, Celso, de citar los hereges y heregías que habia conocido: aqui en este caso cuando debia hacerlo mas bien, pues sabia cual era la heregía de que iba á tomar la descripcion de los misterios cristianos, lo calló muy reservadamente, mas en su narracion echo yo de ver, dice Orígenes, que fue á tomar esta descripcion de los misterios cristianos de la secta oscurísima de los ophitas. Nosotros hemos dado con ella, y hallamos alli figmentos humanos como dice San Pablo. Tienen estos hereges un diagramma en el cual están pintados diez círculos unos

dentro de otros. Al mas excéntrico llaman Leviatan ó el alma universal, al mas interior Behemoth. Una línea negra que significa el infierno atraviesa todos estos círculos. Dicen tambien estos hereges, que hay siete ángeles que acompañan las almas al salir de sus cuerpos: adoran á la serpiente que engañó á Eva, porque dicen que ella fue la que enseñó á nuestros primeros padres la ciencia del bien y del mal: aborrecen á Jesucristo y no admiten en su secta á ninguno sin que antes lo haya execrado y renegado de él. El autor de esta secta fue un Eufrates. Viniendo despues á hablar de los siete espíritus principales que los cristianos no nombramos siquiera, los enumera por el mismo orden con que se encuentran en los diagrammas óphicos. El primero tiene figura de leon, y le llaman Miguel: el segundo de toro, y en el diagramma he visto que es llamado Suriel: el tercero de dragon anfibio ó serpiente, al que llaman Rafael: el cuarto de águila, y es llamado Gabriel: el quinto de oso, y es Thaut-habaoth: el sexto de perro, y es Erataoth: el sétimo de Asno y es llamado Onoel. Oigámos ahora lo que segun ellos debe decir el iniciado despues de haber salido de la morada de los vicios y haber atravesado las puertas de los príncipes. *Saludo al rey de una sola costumbre: vínculo de la ceguedad: olvido incircunspeto: saludo al primer poder, conservado por el espíritu de providencia y por la sabiduría, del que se desprende el rayo de luz del Hijo y del Padre. La gracia sea conmigo: asi sea padre:*

sea conmigo: y con esto dicen quẽ estan ya entre los principados de la Ogdoade. Repiten salu- taciones no menos extravagantes al llegar á la re- gion de cada uno de los otros ángeles, á seme- janza de la que se lee en algunos Abraxas. Dame la gracia y la victoria porque he pronunciado tu nombre oculto é inefable (1)."

El glorioso mártir y obispo de Leon San Ire- neo, que estudió á fondo los delirios de los gnós- ticos para refutarlos con el debido conocimiento, va señalando en el capítulo 19 de su libro 2.º las cenagosas fuentes de donde bebieron sus er- rores, y concluye diciendo. "Estos hombres no solo son miserables plagiarios de los cómicos grie- gos publicando como suyas las sentencias y di- chos de aquellos, sino que han reunido todo lo que encontraron en los autores que no conocie- ron el verdadero Dios, y llamamos filósofos, y de sus doctrinas y varios sistemas formaron un tejido compuesto de inmundos pañizuelos, dán- dolo con fementida agudeza de estilo un colorido nuevo, no teniendo en sí mas novedad que el arte con que supieron zurcir aquellos viejos retazos de sentencias perniciosas é impías (2)."

Concluyamos tambien nosotros una discusion en la que nos hemos estendido algo mas, por considerarla muy importante para rebatir con solidez á nuestro adversario, y concluyamos re-

(1) *Orig. Contra Celsum. Lib. 6º*

(2) *Irene. adv. hæres. Lib. 2º c. 19. véase á San Epi- fanio, hæresi 31.*

duciendo todo lo dicho á pocas y sencillas proposiciones, que abracen toda la discusion y presenten sus resultados segun el orden natural que les corresponde.

1.^a Los griegos adquirieron noticia de la doctrina de Zoroastro por aquel archimago Hostanés que trajo consigo Xerxes á la Grecia (1): y despues de resultas de las expediciones de Alejandro á la Persia y á la India, tomaron conocimiento de la religion y ciencias de los bracmanes y de los magos, y desde entonces empezaron á apropiárselas esplicándolas conforme á los sistemas que habian estudiado en sus escuelas, especialmente á los de Pitágoras y Platon.

2.^a Esta combinacion de doctrinas ensayada en la misma Grecia se hizo con mas libertad en Alejandría, luego que de Atenas pasaron á aquella ciudad los filósofos griegos, convidados por la proteccion que dispensó á los sabios Ptolomeo Filadelfo. Separados alli de sus escuelas pudieron con mas desembarazo desfigurar los dogmas de la filosofía griega, y estudiando mas á fondo los sistemas orientales, hacer de aquellos y de estós una combinacion mas íntima, de la que resultó un sistema mas homogéneo que podemos llamar griego-oriental ó platónico-zoroástrico.

3.^a Para acreditar este nuevo sistema lo entendieron y publicaron en varias obras que atribuían á los antiguos sabios asi griegos como

(3) *Léase el cap. 1º del lib. 30 de la Histo. nat. de Plinio.*

orientales, por ejemplo, los diálogos titulados Pimander y Asclepio, los versos de oro, los oráculos caldaicos, y en otros muchos escritos que ya no existen de Hermippo, Eubulo, Teopompo, etc.

4.^a Lanzados de Alejandría estos filósofos por Ptolomeo Psicon ó Barrigon, se diseminaron por todo el Oriente, penetraron hasta la Caldea, la Persia, la Siria, la Fenicia, la Palestina, y en todas estas regiones dándose por sabios iluminados se apropiaron el nombre de gnósticos.

5.^a Estos gnósticos para conciliarse la estimación y aplauso de las provincias en que fijó cada uno su residencia, adoptaron sus dioses, su religion respectiva y sus supersticiones: trabajaron en darle á aquellos cultos idolátricos que hallaron establecidos, un aire de misticismo, espiritualizándolos, digámoslo así, y enseñando las dos doctrinas pública y secreta, comunicaban esta á los iniciados en los misterios que al intento establecieron en varios países, y entonces comenzaron los misterios de Mithra.

6.^a No solo hubo gnósticos que establecidos en la Palestina quisieron amalgamar la religion judaica con su filosofía, sino que comenzándose á propagar la Religion cristiana, muchos de ellos se acercaron á examinarla de mala fe; y despues queriéndose atraer la muchedumbre de prosélitos que se entraban en la Iglesia, fundaron sectas y establecieron misterios gentílicos en la realidad como lo eran los de Mithra é Isis, pero adornados con ciertas ceremonias y ritos cristia-

nos con que seducian á los simples incautos, y este es el origen de las ceremonias cristianas que se veían en aquellos misterios en algunas partes.

7.^a Asi como los alejandrinos y los primeros gnósticos habian procurado acreditar sus nuevos sistemas y misterios religiosos, publicando obras bajo el nombre de los sabios antiguos: del mismo modo estos gnósticos pseudo-cristianos cuidaron de captarse autoridad para con sus discípulos, especialmente con los cristianos apóstatas, publicando aquel fárrago infinito de obras espurias citadas por los santos Ireneo y Epifanio, condenadas por San Gelasio, de las que por desgracia aun quedan algunas no tan generalmente desacreditadas como debian estarlo.

Capítulo Ouce.

VERDADERO ORIGEN DE LAS PRINCIPALES CEREMONIAS DEL CULTO CRISTIANO.

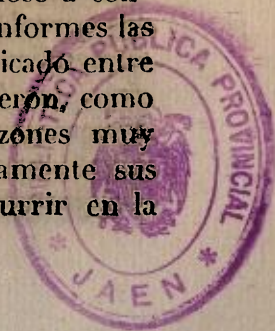
Si queremos indagar la naturaleza ó esencia del culto esterno en general sin contraernos al de alguna especial religion, veremos que es un language en parte de accion y en parte de sonidos articulados con el cual significamos ó espresamos los sentimientos de que está penetrado nuestro corazon respecto al objeto á que nos dirigimos, que es Dios. El temor, la esperanza llevan á los hombres al pie de los altares, ó para rogar á Dios los libre de los males que temen, ó para pedirle los bienes que desean y esperan recibir de él. Estos ruegos y súplicas suponen en el espíritu de los que las hacen la idea de un Ser sabio, bueno, libre y omnipotente al que se dirigen; y esta idea produce en ellos necesariamente afectos de respeto y veneracion hácia él: para conciliarse su benevolencia, para auventar de sí los males que temen,

procuran hacérselo propicio con dones que le ofrecen, y tributarle aquellos homenajes que creen le serán gratos. Si se consideran ellos mismos culpables de algun crimen que pueda atraerles el castigo de la Divinidad, cuidan de espiarlo por los medios que juzgan á propósito para desagraciarla, y procuran presentarse ante sus áras limpios y puros de toda mancha de pecado que pueda hacerlos indignos de los beneficios de su Dios. Si consiguen los bienes que le han pedido, ó se libran de los males que les amenazaban por un efecto de la divina proteccion, entonces naturalmente conciben sentimientos de gratitud en los que van envueltos afectos de amor, de confianza y aun fe. Porque es natural al hombre creer poderoso, sabio y bueno á aquel que así nos ha favorecido, y confiar en su bondad por las garantías que de ella nos ofrece en los bienes que nos ha concedido, y finalmente amarlo como á nuestro bienhechor generoso.

Pues así como estos sentimientos son unos mismos en todos los hombres que tributan culto á la Divinidad; así las acciones y palabras ó expresiones con que naturalmente los manifiestan deben ser muy semejantes, porque son signos, no de convencion, sino naturales de aquellos afectos que todos los hombres espresan de un mismo modo naturalmente y sin estudio alguno. Por tanto, cuando vemos estos signos naturales en varias religiones, no debemos decir que los han tomado las unas de las otras; sino que en todas las ha encontrado el hombre en sí mismo. Porque

siendo uno mismo el modo de sentir, y una misma la organizacion en todos, todos son afectados de un mismo modo por los mismos objetos en casos iguales: en todos resultan unos mismos sentimientos en circunstancias idénticas, y todos los espresan con unas mismas acciones ó gestos y con semejantes voces, sin otras diferencias que las que nacen del clima, temperamento, educacion, ideas y language, que son distintos en los distintos puntos del globo en cada nacion, en cada sociedad y aun en cada individuo. Asi que, no tiene que venir Dupuis á arguirnos de plagiarios á los cristianos en nuestro culto, si ve en él acciones y palabras que se hallan en los cultos paganos usados antes de la venida de Jesucristo. Débese esta semejanza á la misma naturaleza del culto, no á convencion alguna ni á imitacion que haya habido de unos á otros.

Y aun es mas todavía: en muchas de las prácticas y ceremonias que suponemos de mera convencion en el culto, puede haber cierta semejanza, sin ser por eso las unas copia de las otras; porque los hombres puestos en unas mismas circunstancias discurren de un mismo modo, sino hay causa secreta que produzca alguna anomalía: y asi, no es extraño que poniéndose á consultar sobre un mismo punto sean conformes las decisiones, aunque no se hayan comunicado entre sí. Los antiguos filósofos idólatras tuvieron, como confiesa Dupuis, varios motivos y razones muy poderosas para no publicar indistintamente sus dogmas y misterios. El temor de incurrir en la



nota de incrédulos y de atraerse la indignación de un pueblo cruel y supersticioso, cuyos funestos efectos sufrieron algunos: el deseo de conservar á sus doctrinas cierto aire de magestad sagrada, y cierto respeto y veneración á los santuarios, que si se abrian á todos se hacían vulgares y se esponian al menosprecio: el fin de excitar la curiosidad de los adeptos y de formar de ellos una clase mas ilustrada y respetable que el vulgo: estas y otras razones los movieron á enseñar dos doctrinas, una pública y otra secreta, y á establecer dos cultos, uno público en los templos que estaban abiertos para toda clase de gentes, y otro reservado en los misterios que se celebraban en lo mas recóndito de los santuarios. Pues de aqui resultaba como necesaria consecuencia, que no todos eran admitidos á oír la doctrina secreta ni á la iniciación oculta: los que se admitían debían estar adornados de ciertas cualidades que no se hallaban en todos: resultaba la necesidad de examinar á los que pretendían entrar á la participación de aquellas doctrinas é iniciaciones, para asegurarse de que poseían las cualidades requeridas para hacerlos participantes de ellas, ó no admitirlos si carecían de aquellos requisitos. Este exámen consistía en ciertas pruebas y ejercicios que debían sufrir los pretendientes, como ya vimos: pruebas que al principio fueron sencillas, mas con el tiempo se hicieron mas complicadas, mas prolijas, mas penosas, hasta degenerar en las bárbaras y crueles de que usaban los mithriacos.

En la Religion cristiana jamas hubo esta distincion de doctrinas ni esta duplicidad de culto. Su autor habló siempre en público y nada habló en secreto. Sus apóstoles siguieron su ejemplo y los siguió la Iglesia. Nada oculta á sus hijos: todo cristiano tiene la entrada franca en el santuario de la nueva alianza: todos son discípulos de un mismo maestro que á todos les enseña una misma doctrina: todos participan de unos mismos sacramentos: todos unidos tributan á Dios un mismo culto. Mas cuando esta Religion comenzaba á anunciarse á las naciones entregadas á la mas grosera idolatría, habia peligro en anunciarles de una vez y de un golpe sin orden todo el sublime sistema de sus dogmas y culto, y exigia la prudencia que se guardase cierto método en la enseñanza, comenzando, como lo hizo San Pablo en Atenas, por aquellas verdades que confesaban aun los mismos idólatras, ó por la autoridad de las Escrituras del antiguo testamento cuando hablaba con los judíos en sus sinagogas; y á proporcion de la docilidad que el Señor les inspiraba para oir y creer su palabra á los oyentes; iban desplegando los apóstoles todo el lleno de la doctrina de Jesucristo. Y como por otra parte estaba prohibido en aquellos tiempos el ejercicio de la Religion cristiana, no podian tributar á Dios su culto en público sino en secreto; y he aqui la diferencia entre los misterios de los paganos y el culto cristiano: aquellos y estos se celebraban en secreto, es verdad; pero en aquellos no se admitia á la mayor parte de los que profesaban la

misma religion, sino solo á los electos ó iniciados. A los misterios de la Iglesia eran admitidos todos los que habian abrazado una misma creencia: los misterios paganos eran exclusivos, los cristianos comunes, unos y otros ocultos; hasta que permitido el culto cristiano todo está manifestado en la Iglesia, nada se oculta ni aun al mas pequeño ni al mas despreciable al parecer de sus miembros.

Es verdad que las frecuentes apostasías efecto de la debilidad humana tentada con el temor del martirio, obligaron en tiempos posteriores al de los apóstoles, aunque no muy distantes, obligaron, digo, á los pastores á usar de cierta circunspeccion para admitir prosélitos: es verdad que se estableció un exámen de los que debian ser admitidos; que se sujetaron á ciertas pruebas, y se les detuvo en el estado de catecúmenos mas ó menos tiempo segun lo exigieron las circunstancias antes de admitirlos la Iglesia en su seno y hacerlos participantes de los sagrados misterios: mas esto se hacía con los estraños no con los propios: en vez de que los idólatras de los mismos propios admitian unos á la iniciacion y desechaban á otros. Ni movió á los pastores á establecer el catecumenado el temor de las persecuciones á las que muchas veces se esponian de grado, y nunca negaban su Religion ni simulaban como los gnósticos la agena (1). Tampoco la

(1) Véase á S. Ireneo, lib. 1º c. 1º y á S. Epifanio hablando de los valentinianos.

vanidad ni el orgullo, porque admitian aun á los mas pobres, rudos y despreciables segun el mundo, con tal que creyesen y obrasen segun el Evangelio: ni el designio de escitar la curiosidad de los hombres con dolo y ridículas arterías; porque todo su ministerio era de humildad y de sinceridad. Establecieron aquellas pruebas solo por obedecer el precepto de su maestro, que les habia prevenido no echasen margaritas á puercos, ni repartiesen el pan á los perros: esto es, que no enseñasen su celestial doctrina ni admitiesen á la participacion de los santos misterios á los que solo movidos de una vana curiosidad ó llenos de malicia, venian á buscarlos para abusar despues de ellos y profanarlos. Este fue el origen, esta la causa de la institucion del catecumenado. ¡Pero cuán distinto del de los mithriacos! Abusaria yo aquí de la paciencia de mis lectores si me detuviese á describir el tiempo, los ejercicios y demas circunstancias del catecumenado cristiano esplicadas perfectamente por el Duguet (1). Baste decir, que se les trataba á los catecúmenos con toda dulzura y amable caridad: que pasaban por tres grados, oyentes, postrados y competentes: que los primeros leían las santas Escrituras y se las esplicaban sus pastores en los términos que previene San Agustin en su aureo tratado *del método de catequizar á los rudos*, y asistian á la Iglesia hasta que se acababa la instruccion: recibian la sal bendita que era símbo-

(1) *Conferencias Eccles. Tom. 1.º Dissert. 18.*

lo de la divina sabiduría que iban aprendiendo en aquellos dias: los postrados se detenian algo mas en la Iglesia, hasta que postrados delante del obispo pronunciaba este sobre ellos ciertas oraciones y les daba su bendicion: los competentes daban su nombre ó se hacían inscribir en los cuadernos eclesiásticos, comprometiéndose á recibir el Bautismo que se les administraba á los cuarenta dias. Durante esta cuaresma ayunaban como los demas fieles, y eran exorcizados, guardaban continencia absteniéndose aun del uso del matrimonio. Nada habia en la Iglesia que se pareciese á la ceremonia mithriaca de la corona de que hablaba Tertuliano: en vez de aquella fanfarronada, cuando se acercaba el dia del Bautismo, en los de la semana Santa, salian los competentes de la sacristia cabizbajos, descalzos, cubiertos de un saco ó cilicio, y á presencia de los fieles hacían sus votos ó promesas solemnemente, y el obispo pronunciaba sobre ellos nuevos exorcismos con los cuales se lanzaba de ellos al enemigo, que hasta entonces los habia tenido cautivos, y asi eran en seguida admitidos al santo Bautismo.

Este sacramento es otra de las ceremonias que quiere Dupuis la hayamos recibido los cristianos de los idólatras, y en especial de los mithriacos. Pero no es así: recordemos el principio antes establecido, á saber, que pueden ser comunes á religiones distintas ciertas ceremonias y signos arbitrarios ó de institucion humana admitidos para significar las cosas invisibles que

son objeto de la religion y quieren espresarse en el culto de un modo sensible. Tal es el Bautismo. Lava el agua al cuerpo y lo limpia de toda mancha, de toda suciedad é inmundicia: aspiraban á presentarse puros y limpios los hombres de todas las naciones á sus deidades, y para significar la pureza de ánimo con que deseaban llegar á las áras, lavaban antes sus cuerpos, significando con esta ablucion exterior la interior que procuraban adquirir con el arrepentimiento de lo pasado y la detestacion de sus crímenes. Y á esta ablucion llamaron muchos bautismo. "Las naciones estrañas, dice el mismo Tertuliano (1), y ajenas de la inteligencia de las cosas espirituales, atribuyen á sus ídolos el poder de limpiar el alma por medio del bautismo con la misma eficacia que lo hace el nuestro: pero su agua es estéril, la nuestra fecunda. Y asi en muchos cultos gentílicos se usa del bautismo como en los de Isis y de Mithra, y aun acostumbraban á bautizar á sus mismos dioses, sin duda para limpiarlos y purificarlos del humo y polvo que se pegaba á sus estátuas. Bautizan y lavan las ciudades, las casas, los templos, rociando con agua todas las calles, especialmente en los juegos que llaman Apolinales y Pelusios, y con esto creen espiar sus crímenes y regenerarse para una nueva vida. Entre los antiguos el que habia cometido un homicidio se espiaba con el agua lustral." Esto dice Tertuliano y de es-

(1) *De Baptismo. c. 5º*

ta supersticion se burlaba Ovidio cuando decia:

*¡Ah nimium faciles, qui tristia crimina cædis,
Tolli fluminea posse putatis aqua!*

y aun era proverbio entre los griegos, que el agua limpiaba los pecados y defectos de todos los mortales.

Sabemos tambien que desde la mas remota antigüedad, fue costumbre de casi todas las naciones lavar con agua á los recién nacidos. *Natos ad flumina primum deferimus*, dice Virgilio hablando de ciertos pueblos de Italia, que acostumbraban llevar á los niños al punto que nacia y bañarlos en el río mas cercano: lo mismo hacían los gaulos en tiempo aun de San Gerónimo, y aun hoy dia, bien que de distinto modo, se hace entre nosotros. Pues á semejanza de estos bautismos bañaban los judíos en tiempo de nuestro Redentor á los prosélitos llamados de justicia para agregarlos al pueblo de Israel, ó bien porque considerándolos antes inmundos, estimasen necesaria y eficaz esta purificacion exterior y legal, ó bien aludiendo á su nuevo nacimiento espiritual y á la vida nueva que iban á principiar, pasando del culto de los ídolos al del Dios verdadero. De donde dice Seldeno (1), "que despues de este Bautismo, signo de aquella renovacion interior, se les consideraba como reengendrados y renovados y se les llamaba criaturas nuevas, hombres nuevos, y á aquel Bautismo regenera-

(1) *Seld. De Synedrio.*

cion." Espresiones que con la práctica del Bautismo han pasado á nuestra Religión.

Porque al establecer nuestro Redentor Jesucristo su Iglesia, queriendo usar de signos sensibles que manifestasen ó significasen los efectos interiores de la gracia, que por virtud divina producian en las almas de los fieles; adoptó y consagró en su nueva ley el Bautismo como signo de regeneracion y purificacion, é hizo que no fuese solamente signo exterior de aquellos efectos espirituales, sino causa instrumental ú moral, como se esplican los teólogos, de la pureza é inocencia que adquiria el alma por la ablucion exterior del cuerpo en el agua. En lo cual está la diferencia esencial entre los bautismos asi genéticos como judáicos, y nuestro Bautismo, que aquellos significaban la pureza que no podian dar al alma; pero el feliz sacramento de nuestra agua causa y produce eficazmente en el alma eso mismo que significa: no por virtud mágica que los cristianos atribuyamos al agua, sino por la invocacion de la Beatísima Trinidad y promesa indefectible de nuestro Redentor Jesucristo (1).

Al elemento del agua se allegan en nuestro Bautismo otras cosas sensibles, como símbolos de los efectos que produce la gracia en nosotros y de las cualidades con que adorna nuestras almas: tales son la sal y el aceite. Los paganos y aun los judíos rociaban con sal molida el feto apenas salia á luz, para preservar á sus cuerpecitos de

(1) *Du-Vert. Tom. 2º p. 407.*

toda corrupcion y mal olor, dar consistencia al cutis tierno, y soldar la cicatriz del cordon umbilical, como dicen Galeno y Avicena, y se colige del dicho de Ezequiel *nec sale salita*. Tambien tomaban unos granos de sal despues de haberse obligado á alguna cosa con juramento, en prueba de que serian fieles en cumplirla á su príncipe, y por eso se llamaban aquellos pactos *pactum salis* (1). Pues este rito, dice el P. Martene, recibido de los gentiles y los judíos, lo observan los cristianos cuando daban sal á los catecúmenos y se les da á los bautizados; sirviendo entre nosotros para significar la sabiduría y prudencia celestial que les comunica la gracia, ilustrando sus entendimientos con las verdades de la fe, y tambien como los preserva de la corrupcion del pecado, y es finalmente símbolo de la fidelidad con que se obliga el cristiano á cumplir las promesas que alli hace á su Dios. Para lo cual santifica la Iglesia con sus oraciones aquella misma sal de que usa, y al aplicarla al catecúmeno espresa con preciosas fórmulas los altos misterios y ocultos efectos que simboliza aquella ceremonia.

El ungir con aceite á los reciennacidos no era menos usado que el lavarlos con agua ó bañarlos como se colige de aquel mismo lugar de Ezequiel. Donde dice el Señor á su pueblo: "Te lavé con agua, y te limpié y purifiqué de la sangre en que estabas envuelto, y te ungué con

(1) Numeror. c. 18 v. 19.

óleo (1)." Y Teofilo Antioqueno supone esta misma costumbre cuando pregunta: ¿Quién es el hombre que al nacer no es ungido con óleo (2)? Galeno habla de ella y aun está en uso entre nosotros. No solo los recién nacidos sino los adultos se ungian con óleo antes de bañarse.

..... *Ungor olivo*

Ast ubi me fessum sol acrior ire lavatum.

Admonuit.

Hablando de esta costumbre, dice el eruditísimo Scaccho hermitaño agustino, que las dos acciones del baño y unción iban juntas; pero de modo que el baño precedía y seguía á la unción; y la unción á su vez precedía y seguía al baño, pues que no se ungian sin haberse antes bañado, así como también era costumbre bañarse de nuevo después de haberse ungido haciéndose frotar con aceite por todo el cuerpo. El baño templado abriendo los poros disponía y preparaba el cutis para recibir la unción, y el aceite penetrando los poros impedía que el baño alterase la máquina; y por eso en los baños públicos junto al sitio del baño había otro aposento destinado á frotarse en él con aceite y aromas. Entre los judíos era general esta costumbre como se colige de varios lugares del antiguo testamento; porque como después de bañarse se reseca la piel y se vuelve áspera, se untaban con aceite y aun con bálsamo para suavizarla, y

(1) *Ezeq.* 16. 9.

(2) *Ad Autol. lib.* 1º

con varios aromas para mayor aseo y fragancia. *Lacare et ungere* le decia Noemi á su nuera Ruth, y de David se dice: *lotus unctusque est. Judith lavit corpus suum, et unxit se myrro optimo*. Susana despues del baño mandó á sus doncellas que le llevasen *oleum et smigmata*. De Santiago el menor y de los Esenos se dice por cosa extraordinaria, que no se bañaban ni ungian. Usaban tambien de la uncion de aceite los atletas para disponerse al combate, á fin de adquirir mas soltura y agilidad en sus miembros para luchar mejor con el enemigo. He aqui, pues, el origen de ungir con aceite bendito á los bautizados, ceremonia que significa la agilidad y soltura que despues de aquel baño misterioso comunica la gracia de la regeneracion al neófito, para obrar bien y luchar con los enemigos espirituales que la combaten.

El uso del aceite y del bálsamo es tambien muy antiguo para ungir con el uno ó el otro ó con ambos juntos, aquellas cosas, ya animadas, ya inanimadas que se consagraban á Dios, se destinaban especialmente á su culto, y aun á los mismos reyes considerándolos como personas sagradas. Pues ese es el origen de nuestro crisma con que se nos unge en el Bautismo, y mas especialmente en la Confirmacion, para denotar lo mismo que antiguamente se queria dar á entender con esta ceremonia, que el cristiano es consagrado á Dios de un modo especial, y lleva en su alma un caracter indeleble que lo ennoblece y distingue asociándolo al real sacerdocio de Jesucristo.

Habiendo, pues, querido nuestro Redentor Jesucristo significar la regeneracion espiritual del cristiano por el Bautismo, no separó de él la Iglesia, aquellas unciones que en sus baños y en sus bautismos usaban, asi los recién nacidos como los adultos entre los hebreos, y dispuso que el catecúmeno fuese ungido con el óleo, no ya como una disposicion fisica que solo se dirigia á preparar el cuerpo para la ablucion que iba á recibir, á fin de que le fuese mas cómoda y saludable; sino como una disposicion á la lucha que iba á sostener contra los enemigos de su alma, á quienes declaraba la guerra separándose de sus banderas: y para significar con ellas la agilidad y desenvoltura que para esta lucha se le comunicaba por medio de la gracia. Conservó tambien la uncion con el crisma para significar con ella la dignidad real y sacerdotal que recibia el hombre en el Bautismo y Confirmacion, y que quedaba ya consagrado á su Dios de un modo especial. En una palabra, Cristo Señor nuestro, adoptó para que fuesen signos sensibles de las gracias que comunicaba á las almas de los que creían en él, aquellas mismas cosas ó elementos que se usaban de tiempo inmemorial en el pueblo judaico, acompañándolas con palabras que demostrasen esas mismas gracias que se conferian á los fieles por la eficacia que el Señor habia dado á estos mismos signos, llamados en la Iglesia Sacramentos: el baño ó Bautismo con la invocacion de la Trinidad para significar la regeneracion del cristiano: las unciones de óleo y de bálsamo en los sa-

cramentos del Bautismo y Confirmación, en la Estremauncion y en el Orden, como tambien lo usaban los hebreos con sus enfermos y con sus sacerdotes. La imposicion de las manos para confirmarlo en la fe y marcarlo por soldado de Cristo, para absolverlo de sus pecados en la Confesion, para aliviar sus dolencias corporales y espirituales en la Estremauncion, para consagrar al ministerio eclesiástico á los obispos, presbíteros y diáconos, ceremonia que en casos semejantes se practicaba de antes en la sinagoga (1). Este es el origen sencillo y natural de nuestras principales ceremonias y ritos: ellas nacieron en el pueblo judáico: muchas de ellas habian sido ordenadas por el mismo Dios: otras las usaba la sinagoga y las conservaba por tradicion muy antigua, y Cristo Señor nuestro no hizo mas que darle á estos signos sensibles una nueva eficacia que no tenian en la antigua alianza. Quien quiera acabar de convencerse de esta verdad, puede ver la copiosa y selecta erudicion con que la demuestra el benedictino Claudio Du-Vert, en su esplicacion simple, literal é histórica de las ceremonias eclesiásticas.

Pero los judíos no usaban de la oblacion del pan y del vino, ni en los rituales judáicos se encuentra cosa parecida á nuestros misterios. ¿Se habrán derivado estos por ventura del culto de los persas? Asi lo da por supuesto Dupuis. Oigámos sus razones: él cita á Tertuliano y á San Justi-

(1) *Du-Vert*, Tom. 2º, pág. 140 y siguientes.

no que hablan de una oblacion de pan y de agua que en sus misterios acostumbraban ofrecer los adoradores de Mithra : y no se diga que esta costumbre se introdujo en los antros mithriacos por los gnósticos separados de la Iglesia, como antes he probado, pues San Justino marca espresamente de donde la tomaron aquellos idólatras atribuyéndola á la mala inteligencia que dieron aun antes de la venida de Jesucristo á aquellas palabras de Isaías que cita así al intento. *Hic habitabit in excelso specu petræ fortis. Panis dabitur ei, et aqua eius fidelis. Regem cum gloria cidebitis* (1). En estas palabras opina el Santo doctor que hallaron los mithriacos sus antros ó cabernas, el pan y agua de sus oblaciones, y la especie de resurrección que simulaban en sus misterios, asegurando que el demonio cuidó de propagar entre los gentiles ciertos remedos y semejanzas de las verdades contenidas en los libros sagrados (2).

Pues acordándome yo de aquello de Horacio, *Nec Deus intersit, nisi dignus vindice nodus inciderit*, me parece que no nos hallamos en tanto apuro que sea necesario recurrir al diablo para señalar el origen de esa oblacion mithriaca: lo uno porque sin inspiracion ni obra de aquel enemigo pudieron leer los mithriacos ó sus precursores los filósofos alejandrinos aquellas palabras de Isaías en la version griega de los Seten-

(1) *Isaïæ c. 33, v. 17.*

(2) *Dial. cum Triph. pág. 294.*

ta intérpretes; y lo segundo, porque si de ellas se derivó aquella ceremonia, es tal la disonancia que hay entre aquellas y esta, y el significado que se les supone es tan distinto de lo que los espositores todos entienden en ellas; que me sería mas creíble que unos hombres fanáticos como aquellos filósofos hubiesen dado tan estravagante sentido á aquel pasage, que atribuirle al diablo una esposicion tan agena de él. Pero ni este ni aquellos creo yo que hayan tomado de las palabras de Isaías cosa alguna para sus misterios. Vimos ya cual fue el origen de celebrarse estos en grutas subterráneas. Isaías dice del justo que habitará en los riscos mas elevados y fuertes adonde estará libre y seguro de los asaltos de sus enemigos: por de contado habla en metáforas: pero no advierto como pueda entenderse de cuebas lo que la Vulgata traduce por la voz *munimenta petrarum*. Dice Isaías que alli cuidará Dios del justo, y que no le faltará el pan ni el agua en lo que se comprenden las cosas necesarias para su subsistencia: ¡cuánto va de este sentido á las oblaciones de los mithriacos! No dice que ofrecerá pan y agua, sino que se le dará lo uno y lo otro, que es todo lo contrario. Finalmente, dice que guarecido en tan sublime y segura mansion de las asechanzas de los enemigos, distante de los fracasos y turbacion de las cosas terrenas, y entregado á la contemplacion de las celestiales con la serenidad de espíritu que inspira la soledad, verá al Rey en toda su belleza. *Regem in decore suo videbunt oculi eius*, esto es

á su Dios. ¿Cómo deducir de aquí la farsa mithriaca de la subida al cielo atravesando las ocho puertas que dice Celso? ¿Ni qué tiene de comun aquella vision con la iniciacion mithriaca?

¿A qué, pues, recurrir á tan incierto origen cuando aquella oblacion lo tiene conocido? El mismo Dupuis lo insinúa citando á Beausobre. Los encratitas, dice este, los maniquéos y otros sectarios cristianos, es decir, otros hereges, empleaban el agua pura en lugar del vino en la consagracion; y aunque los encratitas son hereges posteriores á San Justino, que habla de esta oblacion de pan y agua; estos pudieron tomarla de los precursores de Manes y de otros gnósticos que florecieron antes de San Justino, los cuales separados de la Iglesia desde el siglo I.^o se unieron á los mithriacos y llevaron á los antros de Mithra varias ceremonias de los sacramentos cristianos. Tal pudo ser Scithiano, precursor de Manes, Cerdon, Marcion, Bardesanes, Basilides, que vivian á principios del siglo II. Aquel Basilides que habia reunido en su sistema muchos dogmas platónicos con varias opiniones de los magos: aquel Basilides que adoraba á Abraxas que es el mismo Mithra segun el valor numérico de entrambas voces, segun ya vimos: aquel Basilides que no estaba por dejarse matar por causa de Religion, y que por consiguiente no escrupulizaba en sacrificar á los ídolos en caso necesario é iniciarse en los misterios de los gentiles: aquel Basilides que reunia en sus talismanes á la imagen del Sol la palabra Abraxas, y en otros grababa un hom-

bre subido en un toro como Mithra con esta inscripcion. "Haced que entre en su lugar la matriz de esta muger, vos que dirigis la carrera del Sol (1)." Pues de este Basilides, de Marcion discípulo de Cerdon y de Saturnino, tomaron su doctrina los encratitas ó continentes que condenaban el matrimonio y reprobaban el uso del vino, y de aqui los célibes y vírgenes de Mithra, y el agua sustituida al vino en sus oblacones (2).

Dupuis habla de la solemnidad que celebran los persas á principios de año por el equinoccio de Primavera, á que llaman No-rouz, la cual dura seis dias. El rey da á los principales de su pueblo un banquete el último dia, en el que se sirven á la mesa las primicias de los nuevos frutos: se reparte de ellas á los labradores, y se regocija el monarca con sus vasallos despojándose para ello de las insignias de la magestad y tratándolos con franca llaneza. Pues á este convite, que como se ve es puramente civil, agrega Dupuis ciertas accesorias sacadas de su cabeza, pues de ellas no hace mencion ninguno de los autores ni viajeros que nos han descrito aquella fiesta; tales como que el rey bendice un pan compuesto de todas semillas, lo parte y lo distribuye á los convidados. "Paréceme que veo á Cristo, dice en seguida, en medio de los doce que formaban su corte, tomar el pan, bendecirlo, comer él mismo y distribuirlo á sus discípulos."

(1) Véanse las *Abraxas* del P. Montfaucon.

(2) S. Ireneo lib. 1º c. 30.

los y presentarles el vino diciéndoles: veis ahí la sangre del nuevo testamento.” ¡Habría diablo de hombre lo que ve! Pero aun pudiera ver mas si abriese los ojos, porque así entre las naciones idólatras como en el pueblo de Dios, una de las partes principales de sus solemnidades tanto civiles como religiosas, eran los banquetes y convites que se celebraban en los campos ú otros parages públicos inmediatos á los templos, en los cuales reinaba la franqueza, la alegría, la igualdad y abundancia. Uno de estos era la cena del cordero que celebró Jesus con sus apóstoles en el cenáculo. La cual concluida instituyó la Eucaristía, cena y convite dulcísimo con el que quiso regalar á los suyos hasta la consumacion de los siglos: los signos sensibles de que entonces usó, el manjar y bebida que repartió á los suyos, no fue imitado de persas ni griegos, sino de aquel antiguo rey de Salem que ofreció al Señor iguales dones, y los distribuyó á Abrahan y á su tropa cuando volvía triunfante de su expedicion contra los reyes de la Pentápolis, muchos siglos antes de que se instituyesen las Orgias de Baco, las Pamílias de Osiris, el No-rouz de los persas, ni algun otro de esos convites que quiere Dupuis que hayan sido tipos del convite de Jesucristo, sacerdote eterno segun el orden de Melchisedech. Este rey y sacerdote, sin padre, sin madre, sin genealogía, porque no sabemos cuales fueron sus ascendientes, de quien no se nos dice su nacimiento ni muerte, semejante en esto al Hijo de Dios, cuya generacion es inenarrable:

eterno y consustancial á su Padre Dios y Dios como él: rey de justicia y rey de paz: este Melchisedech fue el tipo ó figura de nuestro gran sacerdote Jesus; la oblacion de aquel, símbolo de la nuestra; aquel sacrificio sombra del nuestro, y es en vano buscar en otra parte cosa que tenga con él alguna semejanza (1).

“Pero al menos hay algunas ceremonias usadas en la Iglesia en ciertos dias del año cuyo origen es muy sospechoso. Todas las del sábado Santo, y sobre todo la del fuego nuevo y la del famoso cirio pascual, fueron instituidas en honor del triunfo del dios luz sobre las tinieblas, cuando en el equinoccio el fuego etéreo parecia descender del cielo para vivificar la naturaleza.”

Aqui habla Dupuis con su acostumbrada seguridad, mas no ofrece prueba ninguna de su dicho. No halló él en los cultos gentílicos antiguos ceremonias parecidas á las nuestras del sábado Santo; si las hubiera hallado las citaria como tipos de las cristianas. Y en estas, ¿qué es lo que encuentra que se parezca al culto del Sol? El fuego nuevo y el cirio pascual. Mas por lo que hace al fuego nuevo que se enciende y bendice el sábado Santo, ha de saber el señor Dupuis, que esa no fue en la Iglesia al principio ceremonia peculiar de aquel día: pues que era cosa que se hacía diariamente ó al menos en todas las vísperas de los dias festivos. En estas vís-

(1) *Ad Heb. c. 7,*

peras concurrían el clero y el pueblo cristiano en los templos para celebrar los oficios divinos al ponerse el Sol, y la oscuridad del lugar sagrado exigía se encendiese luz para ver y leer las santas Escrituras. Pues regularmente acabadas laudes al nacer el Sol se habían apagado todas las luces en las iglesias, considerándolas como inútiles en el curso del día; de lo que ha quedado la costumbre de no encenderlas por lo comun para rezar las horas diurnas, prima, tercia, sesta y nona; sino solo para los oficios nocturnos como maitines, y los de los crepúsculos como laudes y vísperas, y en cuaresma para la Misa porque se decia despues de nona y duraba algunas veces hasta entrada la noche. De aqui la necesidad de encender fuego y luz para principiar la Misa en cuaresma, y las vísperas en los que no eran días de ayuno. El encender el fuego ó la luz se hacía en las iglesias principales con cierta solemnidad, y esta accion se acompañaba con ciertas oraciones y se cantaba entre tanto un himno que se llamaba por eso lucernario ó *ad incensum lucernæ*. Esto que antes se practicaba todos los días se redujo despues á los tres últimos de la semana Santa, porque en ellos se apagan efectivamente todas las luces de la Iglesia despues de laudes, y por último el día de hoy segun el uso mas comun, solo se practica la ceremonia de encender fuego y luz el sábado Santo (1). He aqui el origen de una ceremonia que practicándose en

(1) *Du Vert. Exp. lit. de las cerem. Tom. 2º pág. 384.*

la Iglesia por todo el año, nada tuvo que ver ni despues ni en su origen con la estacion de la Primavera, ni pudo establecerse para significar los efectos del Sol en aquel equinoccio.

Ni es menos infundada que la antecedente objecion de Dupuis, la burla que hace de esta misma ceremonia, segun que se practica en el templo del Santo Sepulcro en Jerusalem. Al oir á Dupuis es una farsa cómica y ridícula, porque alli finge el preste que aquel fuego baja milagrosamente del cielo, con lo cual embauca al populacho supersticioso. Pero el relato que cita de Chardin y de Pedro del Valle en prueba de su dicho, desmiente tan necia calumnia. Porque Chardin dice espresamente, que el obispo de Jerusalem echa públicamente las yescas, *bat le briquet*, y asi enciende las velas; y Pedro del Valle dice, que se ve subir la luz de los cirios hasta el techo y las ventanas del templo. Luego el pueblo vé y sabe que el obispo enciende lumbre del modo que se enciende en la casa de cada particular, ve que la llama de las hachas y cirios sube no baja del cielo: asi que, las palabras del obispo no pueden desmentir lo que el pueblo toca por sus sentidos, y solo podrán en un sentido místico dar á entender que descende del cielo aquel fuego, esto es, que de alli nos viene la luz interior que nos comunica Jesucristo verdadero Sol de justicia, como se puede ver leyendo las oraciones que se usan en la Iglesia en aquella ceremonia en el dia de hoy.

En cuanto al cirio pascual es digno de leerse

lo que dice el citado Du-Vert, el cual esplica perfectamente las espresiones del *Exultet* que antes eran oscuras. En toda aquella bellísima y muy devota composicion destinada para la bendicion del cirio, nada hay que se refiera al Sol, nada á la Primavera, como puede verlo todo el que la lea y entienda. La solemnidad de aquella noche y los grandes concursos que en ella se reunian en las iglesias, y el hallarse las calles tan frecuentadas como de dia por los cristianos y catecúmenos, que llenos de júbilo celebraban la resurreccion del Señor y la ceremonia de su Bautismo, hizo que Constantino convertido á la fe mandase iluminar las calles de Constantinopla, segun refiere Eusebio, y los templos con hachas de cera de hechura y tamaño de columnas, y he aqui el origen tan verdadero como sencillo del que llamamos cirio pascual. Porque los cristianos procuraron imitar en todas partes la piedad del emperador iluminando aquella noche sus templos con grandes hachas, que fueron reduciéndose á menor número hasta quedar en un solo cirio, que despues los autores piadosos digeron que significaba en sentido místico la columna de fuego que guiaba á los israelitas en el Desierto, y aun al mismo Jesucristo que saliendo resucitado del sepulcro iluminaba al mundo, redimido ya con su preciosísima sangre.

Concluyámos esta materia, diciendo una palabra del santo madero de la Cruz. Es por cierto admirable y de mucha edificacion la piedad con que hablan los primeros ó mas antiguos Padres

de la Iglesia de este santo madero. Tertuliano en su apología responde á la acusacion que los gentiles hacían á los cristianos de que eran adoradores de la Cruz, convirtiendo contra ellos ese mismo argumento. "Vosotros, les dice, sois tambien adoradores de los maderos, porque aunque la forma sea distinta, la sustancia de vuestros ídolos es la misma que la de nuestra Cruz. Y aun ídolos teneis vosotros, y los adorais, muy parecidos á esta señal adorable de nuestra redencion. Tal es la imagen de la Palas ática, la de Ceres farrea que casi no son mas que un simple madero. Hastíles de cruces son esos leños que levantaiis en los campos para que sirvan de linderos á vuestras heredades. Vuestros dioses se tornean por el alfarero sobre una especie de cruz que forma la base de sus ruedas. Vuestras banderas militares: vuestros trofeos, los sipasos ó estandartes con sus bandaletes y estolas son cruces. Vosotros las adorais vestidas, nosotros desnudas." Y San Justino añade á aquellos símbolos ó semejanzas de la Cruz que se encontraban aun entre los gentiles otras muchas. Moises orando con los brazos abiertos sobre aquel monte: la figura del unicornio ó rinoceronte: la de la serpiente puesta en el Desierto sobre un madero: el asador en que se preparaba el cordero ó cabrito pascual: el mastil de los navíos: las teleras y reja de los arados: las azadas espiochas, martillos y otros varios instrumentos de las artes: el cuerpo humano todo entero y especialmente las narizes con las cejas forman una semejanza de Cruz. Mas

no por eso dirá ningun hombre de sano juicio que los cristianos hayamos tomado de aquellas cosas la imagen de nuestra Cruz, ni la costumbre de adorarla. Solo pudieron ser algunas de ellas símbolos proféticos ó anuncios del santo leñó en que se obró nuestra redencion, y tal lo fue por cierto la serpiente levantada de orden de Dios por Moises en el Desierto sobre un alto madero.

Dupuis cita el pasage muy sabido del historiador Sócrates, en el que refiere, que quando se demolió por orden del gran Teodosio el templo suntuosísimo que habia en Alejandría consagrado al dios Serapis, se encontraron grabadas en varias piedras del edificio letras geroglíficas que formaban figura de cruces. Los cristianos y los gentiles, añade, ignorantes unos y otros, las apropiaban cada uno á su religion. Los cristianos las tuvieron por cruces verdaderas, signos de la passion de nuestro Redentor. Los gentiles decian que eran signos comunes de Jesucristo y de Serapis, confundiendo en un solo personage á Serapis y á Jesucristo, y suponiendo que en el ídolo adoraban unos (estos serían aquellos gnósticos de que hablaba el emperador Adriano) á Jesucristo, y otros (á saber los gentiles egipcios) al dios que ellos llamaban Serapis. Esto ocasionó disputas entre los cristianos y los gentiles interpretando cada uno la cosa á su modo. Decian los gentiles neófitos ó recién-convertidos al cristianismo, que se preciaban de entender el sentido de los geroglíficos, que los que formaban figura de

cruz significaban la vida venidera y eterna. Los cristianos advirtiendo que les favorecia esta interpretacion, la adoptaron sin dificultad, y de ahí se dió en decir por los egipcios cristianos, que segun ciertas letras que se habian encontrado escritas de mucha antigüedad y tambien geroglíficas, estaba anunciado en ellas que aquel templo caeria por tierra cuando apareciesen cruces en él, de lo que resultó convertirse muchos de los gentiles á nuestra Religion (1).

Pero á mi parecer unos y otros se equivocaban. No acertaban los cristianos creyendo ser aquellas cruces signos ó imágenes de la Cruz de nuestro Redentor. No acertaban los gentiles interpretando aquel geroglífico como signos de la vida futura. No acierta Dupuis creyendo que era símbolo de la seccion del ecuador formada por la eclíptica, pues esta se figuraría así  en forma de X, y no de esta suerte $\top$ ó $\hat{\top}$ que era la forma de las célebres cruces de Serapis que imitaban el Tau de los griegos.

Para indagar cuál pudiese ser la verdadera significacion de este signo, advierte al abate Pluche, que los egipcios espresaban las crecientes del Nilo en una columna atravesada por una, dos ó tres barras en forma de cruz y coronada por un círculo ó globo símbolo de la Divinidad, denotando con esto la Providencia que dirigia este fenómeno el mas interesante para ellos. Co-

(1) Sócrates, *histor. lib. 5º c. 17.*

locaban estas columnas en ciertos pozos abiertos al intento, para observar en ellos la subida de las aguas del Nilo. En su escritura para significar estas mismas crecientes ponian una T, que era la columna coronada con una sola barra ó atravesada por dos á semejanza de nuestras cruces de Caravaca † y para abreviar, se contentaban con poner una sola T ó una crucecita +. Esta señal colocada sobre un vaso ó en otra parte, podria significar una creciente ordinaria. Y quando se formaban dos † significaba una inundacion mas copiosa.

No solo tuvo en Egipto esta significacion el signo de que hablamos, sino que unido á una presilla ó eslaboncito circular de este modo ; que equivale al globo con que se coronaban las columnas de que hablábamos antes, y puesto en la mano de Osiris, ó de Horo, ó en las uñas ó pico del gabilan, como se ve en los monumentos que copia el Montfaucon, significaba de un modo muy sencillo las crecientes del Nilo arregladas y dirigidas por el Sol, fortificadas y auxiliadas por los vientos, y sujetas á ciertas leyes que les habia señalado la Providencia, y obedientes á la destreza del labrador.

Pero en adelante vino á tener otro significado muy diferente. Porque esta cruz que en la escritura vulgar de los egipcios usada allí en tiempos posteriores, así como en la escritura an-

tigua de los hebreos que hoy llamamos caracteres samaritanos, y en la griega y en la latina era semejante á la letra Tau, ó era esta misma letra; era tambien la primera del nombre Typhon escrito en letra cursiva. De suerte, que esta figura asida al eslaboncillo ó círculo y pendiente de una cadenilla, les pareció símbolo propio para denotar á Typhon encadenado ó desarmado.

Que la Cruz ó la T colgando de un anillo ó cadenilla, se haya considerado en Egipto como símbolo de Typhon amarrado y preso, ó que fuese para los egipcios símbolo de preservacion de todo mal que viene á ser lo mismo, lo declaran varias prácticas y usos de aquel pais. Estos son ciertamente los intérpretes mas seguros del verdadero significado de aquel símbolo. En efecto, los egipcios acostumbraban colgar al cuello de los niños y aun de los enfermos con una hebillita ó cadenita estos typhones presos: los cosian á las fajas perfumadas con que envolvian sus momias, donde se encuentran aun hoy dia. ¿Y qué puede significar atendido el modo de pensar de ellos el Tau colgando de la cadenilla, y puesto sobre aquellos á quienes deseaban la salud y la vida, sino la preservacion de la enfermedad y de la muerte que esperaban obtener por esta práctica supersticiosa, de la que aun quedan vestigios entre nosotros? Es, pues, de creer que este T les pareció ser el principio y la abreviatura del nombre de su enemigo, y en la mano de que pendia ó en la cadenilla de que estaba asido vieron significado el poder benéfico por el que esperaban

preservarse del mal. Por donde se echa de ver el uso tan absurdo que vinieron á hacer de estas figuras, que en su origen se referian al Nilo y sus crecientes, cosa enteramente distinta de este sentido que se le dió en tiempos posteriores (1).

Cualquiera que sea el valor que se le quiera dar á estas conjeturas del Pluche, es cierta la costumbre egipcia de señalar en un liston de madera dividido en varios grados ó rayas que formaban escala, por medio de otro listoncito que venia corriendo de abajo arriba y abrazaba ajustado el primero los grados de incremento que iba tomando el Nilo en sus crecientes; al cual instrumento llamaban Codo en griego *Pechis*. Concluida la creciente de aquel año lo llevaban á los templos y lo dejaban alli colgado para memoria de la altura á que habia subido el Nilo, y como signo de gratitud y voto eucarístico consagrado á Dios, por cuya Providencia habian recibido aquel beneficio. Por tanto, no es extraño que el templo de Serapis abundase de aquellos amuletos y de estas tablillas, ni que ese signo aunque desfigurado, esto es, alterada su forma con respecto á la que se le daba en los últimos tiempos, se hallase grabado en varias piedras del edificio; como signo de Typhon preso y sujeto al poder del dios Serapis, á quien se daba alli culto. De lo que resultó la varia inteligencia que le daban los cristianos é idólatras, porque ya entonces se habia perdido la noticia de su antiguo significa-

(1) *Historia del cielo Tom. 1.º págs. 57 y 382.*

do, al menos en el vulgo ignorante de las supersticiones de sus antepasados. Luego nada tienen que ver las cruces egipcias con el madero sacrosanto de nuestra Cruz, patíbulo afrentosísimo, hasta que muriendo en él lo ennobleció nuestro Redentor Jesucristo.

Para satisfacer por último á alguna otra objecion que pudiese hacernos Dupuis ó alguno de sus sectarios tocante al origen de las ceremonias de la Iglesia, debo advertir en este lugar, que en los primeros siglos del cristianismo, como ya insinuamos antes, toleraron los pastores en los neófitos algunos resabios, algunas prácticas del culto gentílico, contentándose con espurgarlas de lo que tenían de vicioso entre los idólatras, y darlas una direccion sana y conforme al espíritu de nuestra Religion; hasta tanto que robustecida la fe de los pueblos, ó declinando en aquel uso á la supersticion de que se derivaba, lo abolieron del todo como sucedió con la práctica de orar vueltos hácia el Oriente. Sozomeno refiere, que continuando en Egipto la costumbre de formar en las casas aquellos codos en que señalaban los grados de las crecientes del Nilo, mandó el emperador Constantino que en vez de llevarlas despues al templo de Serapis, las ofreciesen y colocasen en los templos del Dios verdadero (1). De estas ceremonias se conservan aun muchas en la Iglesia, que aunque sean de origen gentílico, se han rectificado adaptándolas á nuestro culto, y espurgán-

(1) *Hist. lib. 1º c. 8º.*

dolas de cuanto pudiese oler á la vana supersticion de la idolatría sobre lo cual puede verse al citado Du-Vert.

Debemos advertir en segundo lugar, que hubo cristianos en aquellos primeros siglos que, ó por ignorancia, ó de mala fe, pero con reserva, conservaron prácticas enteramente opuestas al espíritu del cristianismo, las cuales, jamas se aprobaron por los pastores, antes por el contrario apenas las descubrian cuando las condenaban insistiendo con constante celo en su persecucion hasta lograr abolirlas del todo: como es de ver en la práctica supersticiosa conservada por algunos cristianos convertidos quizá del gnosticismo, los cuales llevaban aun despues de unidos á la Iglesia consigo ciertas medallas semejantes á los abraxas de Basilides y de Marco, y en ellas grabada la imagen ó busto de Alejandro, de las que habla el P. Montfaucon; y esplicando una que habia visto, dice: "Tal vez será uno de estos amuletos una medalla cuya descripcion me remitieron de Italia en la que de una parte se ve la cabeza de Alejandro Magno cubierta de piel de Leon, como está en otras monedas con la inscripcion D. N. IHUXPS DEI FILIUS, *Dominus noster Jesus Christus Dei filius*. Y añade: la costumbre supersticiosa de llevar consigo monedas ó medallas de Alejandro Magno, como si tuviesen virtud para preservar de mal, y auxiliar al que la llevaba, era muy comun entre los cristianos de Antioquia. Contra ella declama vehementemente el Crisóstomo en su oracion segunda al pueblo antioque-

no. ¿Y qué diremos, dice, de aquellos que usan de encantamientos y philtros, y prenden á su cabeza y pies monedas de Alejandro de Macedonia? ¿Es ésta nuestra esperanza? ¿La colocaremos en un rey de religion profana aun despues de la muerte y la Cruz de nuestro Salvador (1)? Derivóse sin duda esta práctica supersticiosa de los gnósticos y especialmente de los carpocracianos, de quienes dice San Ireneo que acostumbraban llevar consigo de estas medallas con el busto de Jesucristo, y por el reverso el de un filósofo, Platon, Aristóteles ú otro. Pues á pesar del celo de los obispos se conservaron de estas costumbres y ceremonias entre algunos cristianos supersticiosos que las usaban en secreto ó con cierto disimulo casi hasta nuestros dias, si es que aun no quedan algunas en el vulgo, especialmente en pueblos groseros, sin que las cartas pastorales de muchos sabios y virtuosos obispos, las excomuniones y demas medios aplicados para su total esterminio hayan podido conseguirlo del todo. Ni me atreveré yo á asegurar que eso sea posible atendida la propension del hombre á la supersticion y su tenacidad en sostener las que ha recibido de sus mayores.

En tercer lugar debo advertir, que desde el siglo III hubo en las provincias mas remotas del centro de la civilizacion del imperio ciertas Iglesias que podemos llamar semicristianas, á donde refugiados algunos heresiarcas perseguidos pri-

(1) *Antiq. expl. Tom. 2º pág. 372.*

mero por el celo de los obispos mas sabios, y despues por la condenacion de sus errores, que se anatematizaron en los concilios y los edictos de los príncipes cristianos que los desterraron de sus dominios, diseminaron sus heregías ó las desfiguraron algun tanto para engañar á los simples poco instruidos en la ciencia y verdadero culto de nuestra Religion. De estas iglesias fue aquella de que habla Niceforo Calisto en el libro 18, capítulo 53 de su historia, “fundada por un tal Jacobo, el cual formó una secta en la que reunia las heces de muchas heregías con los dogmas cristianos, y la propagó por la Armenia. Estos armenios jacobitas llamados tambien Chazinzaros y Stanrolatras, tenian ritos y ceremonias derivadas de los gentiles y de otros sectarios estravagantes. Celebraban los misterios de nuestro Redentor en distintos dias que nosotros. Consagraban en pan ácimo untado en aceite y en vino puro sin mezcla de agua. En la Pascua observaban el rito judáico sacrificando bueyes y ovejas, y tiñendo con su sangre los umbrales de sus casas, y cenan el cordero asado. Bautizan las cruces antes de adorarlas, y usan con ellas de otras supersticiones. Pintan imágenes del Padre y del Espíritu Santo, y para saludar las imágenes de los santos las tocan con el dedo y solo besan este, y se persignan con un dedo no mas llevándolo de derecha á izquierda á la contra que los demas cristianos. Y entierran la Santa Cruz el viernes Santo ó dia de Parasceves, poniéndola debajo de tierra, y alli la tienen hasta el domingo de Pascua.

Entonces van con hachas buscándola por todas partes hasta que últimamente la descubren celebrando su hallazgo." En lo que vemos una sombra de los misterios paganos de las pesquisas de Osiris, de Adonis, de Atis, de Baco y Proserpina: asi como el modo de celebrar la Pascua era tomado de los judíos y otros ritos de varios hebreos. ¿Y podrán llamarse tales extravagancias ceremonias de la Iglesia Católica? ¿Y deberá responder de su valor y mérito como si las hubiese adoptado jamás, cuando no ha hecho otra cosa que detestar semejantes delirios y llorar tales extravíos de sus hijos descarriados? De todas estas ceremonias, y de aquellas supersticiones de que hablé en la segunda advertencia, puede y debe decirse con San Agustin, "que la Iglesia de Dios envuelta en este mundo entre mucha paja y mucha zizaña tolera muchas de estas cosas, mas sin embargo, las que se oponen claramente á la fe ó á las buenas costumbres, ni las aprueba, ni las disimula, ni menos las hace (1)." Con lo que se responde á cuanto los incrédulos y los que se escandalizan sin reflexion nos puedan objetar sobre esta materia.

(1) *Epist. 2^a, ad Januarium. cap. 19.*



Capítulo Doce.

SATISFÁCESE Á ALGUNAS OBJECIONES SUELTAS DEL DUPUIS, Y CONCLUSION DE ESTA OBRA.

Dupuis semejante al frenético que al empuñar la espada para herir á su enemigo se corta la mano con su mismo filo, produce testimonios de santos Padres para batirnos, que ó son falsos ó truncados, ó bien entendidos destruyen su ruinoso sistema. Cita á San Leon asegurando que el Santo dice, que en su tiempo habia *algunos doctores* que afirmaban que la solemnidad del Nacimiento de nuestro Redentor, era mas venerable por celebrarse en aquel dia el nuevo nacimiento del Sol que la natividad de Cristo. Pero San Leon lo que hace es prevenir á los cristianos contra los errores de los maniquéos, que confundiendo al Sol material con Jesucristo, celebraban el uno y el otro en el mismo dia. No porque negasen la existencia de Jesucristo, como Dupuis la niega, sino porque creían que el Sol material era el trono

y la residencia de aquel Señor después que hubo subido á los cielos. *Ne tentator hæc ipsa præsentis diei gaudia suæ fallaciæ arte corrumpat illudens simplicibus animis de quorundam persuasione pestifera non tam de Nativitate Christi quam de novi, ut dicunt, Solis ortu venerabilis videatur* (1). Y he aquí una nueva prueba de la mezcla del culto del Sol con el culto cristiano: mezcla en la que los hereges habian tomado de este varias ceremonias para usarlas en aquel profanándolas. Asi es, que los gentiles no celebraron en Roma el nacimiento del Sol en el solsticio de Invierno, hasta que se introdujo alli el culto de Mithra y aun mucho despues, puesto que el monumento mas antiguo que cita Dupuis de esta festividad asignada á aquel dia, es un calendario romano del tiempo del emperador Juliano. Y para este tiempo se ve por lo que acabamos de decir en el capítulo 10 sobre el origen del culto de Mithra, que ya habian llevado á él los cristianos apóstatas varios ritos de los que habian aprendido en la Iglesia.

Despues de San Leon cita á San Justino afirmando que segun este Santo doctor, los sectarios del culto de Mithra referian que habia nacido en una gruta como lo contaban los cristianos de Jesucristo. Pero San Justino en el lugar (2) que cita, dice dos cosas: la primera, que los adoradores de Mithra creían que habia nacido de una

(1) *Serm. de Nativitate.*

(2) *Diálog. cum Tryphone, pág. 296.*

piedra, y esto significaba que el fuego representado ó simbolizado por aquel dios, sale ó se produce por el pedernal herido con el acero del eslabon: lo segundo que dice es, que los siervos de Mithra y los que en el creían, se juntaban en una caberna á celebrar sus misterios como ya hemos visto. No dice otra cosa mas acerca de Mithra en el lugar citado.

Pasemos á Tertuliano. Los Padres de la Iglesia, dice Dupuis con su acostumbrado magisterio, reconocieron que de todas las opiniones que habian formado los paganos de su religion, la mas racional y verosimil era la que la asemejaba á la religion de los persas. Tertuliano reúne todos los caracteres y notas de semejanza que habia entre las opiniones y las prácticas religiosas de estas dos sectas, á saber, la de Mithra y la de Cristo. Ea, ya tenemos aqui el gran paralelo y hecho nada menos que por el pincel de Tertuliano. Veámoslo. Habia este refutado la calumnia de los gentiles que acusaban á los cristianos de adorar la cabeza de un asno, fundados en que el cristianismo era una secta del judaismo, y que los judíos adoraban la cabeza de un asno segun el dicho de Tácito, por haberlos guiado un asno á las fuentes en el Desierto cuando sedientos lo atravesaron caminando del Egipto á la Palestina. Refuta, pues, esta calumnia, oponiendo á Tácito su mismo testimonio: porque refiriendo este autor adelante la toma de Jerusalem por Cneo Pompeyo, confiesa que este general al entrar en el templo no vió en él simulacro alguno. ¿Pues

si adoraban los judíos, añade, alguna deidad capaz de ser representada en alguna imagen material y visible, en dónde deberian haberla colocado con mas razon que en su santuario, tanto mas cuanto que un culto tan grosero no debia esponerse al ludibrio justo de los estraños? *Alii*, continúa en seguida, *humanius et verisimilius Solem credunt Deum nostrum*. Examinémos el verdadero valor de los adverbios comparativos *humanius et verisimilius*. Acababa de referir la opinion de los que decian que los cristianos adoraban la cabeza de asno, y comparando con esta la de los que opinaban que tributaban sus cultos al Sol, llama á esta mas humana y mas verosimil. Mas humana, no porque esta segunda lo sea, sino porque la primera era absolutamente disonante á la razon humana: mas verosimil, no porque la primera lo fuese, sino porque la segunda tenia algunos visos de probabilidad de que carecia aquella. Usanse estos adverbios á veces como adversativos, esto es, para significar que el primer término de la comparacion carece enteramente de las cualidades que tiene el segundo, no para denotar que las tenga en grado mas remiso. Y asi las palabras de Tertuliano hacen este sentido. Otros piensan que los cristianos adoramos al Sol, lo cual es menos chocante menos repugnante á la razon humana, que los que decian que adorábamos la cabeza del asno, y no es tan absurdo, porque al fin lo fundan en algo: bien que ese algo no vale nada: son meras apariencias. ¿Y cuáles son estas? Que los cristianos

oramos con el semblante vuelto al Oriente: pero á eso responde Tertuliano: ¿Por eso se dirá que adoramos al Sol como los persas? De ningun modo: por tres razones: la primera, porque esa misma costumbre la tienen muchos entre vosotros que sin embargo no adoran al Sol, y solo lo hacen por afectacion ó hipocresía, fastidiados del culto de los simulacros fingen dirigirse á mas sublimes deidades: la segunda, porque no sabemos que los persas guardasen tal ceremonia: la tercera, porque si los cristianos lo hicieron en algun tiempo, no enseñados por los apóstoles, como quiere el autor de las respuestas á las cuestiones de los ortodoxos, que corren entre las obras de San Justino, fue, como él mismo dice, porque esmerándose en destinar al Señor lo mas precioso y aventajado en todas las cosas, y siendo en la opinion de los hombres preferible el Oriente entre los demas puntos del horizonte, se dirigian hácia él para orar; á la manera que usaban de la mano derecha para bendecir y signarse con la señal de la Cruz; porque se cree que la diestra aventaja á la siniestra no por naturaleza sino por situacion. Mas luego que en lo sucesivo empezó aquella costumbre á degenerar en supersticion, se opuso á ella el celo de los pastores hasta derogarla: entre los cuales cita el mismo Dupuis al papa San Leon en el sermon sétimo de Natividad, en el que censura á algunos cristianos que creían obrar religiosamente volviendo el semblante al Oriente al subir las gradas del templo de San Pedro é inclinando sus cabezas *in hono-*

rem splendidi orbis, lo que atribuye el Santo ó á ignorancia ó á resabio que conservaban de la gentilidad, de lo cual se lamenta y duele, añadiendo: *Quin etsi quidam forte creatorem potius pulcri luminis quam ipsum lumen, quod est creatura venerantur; abstinendum tamen est ab huiusmodi specie officii.*

En cuanto á la costumbre ciertamente apostólica de consagrar al Señor el domingo ó dia sétimo, que se llamaba dia del Sol, no pudieron tomarla los cristianos de los idólatras ni de alguna de las naciones que adoraban al Sol, porque para ninguna de estas eran festivos los dias sétimos ó los domingos. De los judíos, añade Tertuliano, tenemos la costumbre de dedicar á Dios un dia cada semana, el cual era el sábado en la sinagoga, y la Iglesia lo trasladó al domingo en memoria de la resurreccion del Señor, y por eso se llamó Dominica ó dia del Señor. *Æque si diem Solis letitiæ indulgemus, alia longe ratione quam religione Solis. Secundo loco ab eis sumus qui diem Saturni otio et victui decernunt, exorbitantes et ipsi à judaico more quem ignorant (1).*

Insiste finalmente Dupuis en la autoridad de Julio Firmico Materno: dice, que este hizo un paralelo exacto del culto de Mithra con el culto cristiano; de la muerte, sepultura y resurreccion de Mithra con la de Jesucristo, perfectamente semejantes la una á la otra. Yo me he tomado el trabajo de leer el tratado de aquel autor de los

(1) *Apolog.* 16.

errores de las religiones profanas, y no he hallado tal paralelo. A la verdad, Firmico no me ha parecido autor de mucha ni de la mas fina crítica: es por cierto digno de alabanza el celo con que declama contra la idolatría espirante dirigiendo su voz á los hijos de Constantino y solicitando de ellos su esterminio total. Refiere los diversos cultos idolátricos usados en su tiempo, cuando ya los mas de ellos se celebraban en secreto y ocultamente por hallarse desacreditados y aun perseguidos. De esta misma clandestinidad resultaba hallarse desfigurados enteramente por la licencia que se tomaban los sacerdotes en aquellos conventículos para variar los ritos y ceremonias antiguas; y por imitar al culto cristiano que era el dominante, remedando algunas de sus ceremonias para sostener de ese modo los restos del paganismo. Asi es, que casi todo lo que refiere Firmico de los misterios paganos de su tiempo es nuevo, y no se encuentra en ninguno de los autores anteriores á la Era cristiana. De los persas y magos dice, que considerando en Júpiter dos poderes hacen un ídolo varon (1), y que tienen otro ídolo femenino con tres caras envuelto en serpientes: no sabemos que los persas hayan adorado jamas tales ídolos: algo parecidos á ellos los adoran los indios en sus pagodas. Empeñase ademas el buen Firmico en probar que los egipcios adoraban al patriarca José hijo de

(1) *A este, dice, le llaman Mithras y lo suponen bueyero, domador ó conductor de bueyes.*

Jacob en su ídolo Serapis, interpretando esta voz como si digéramos Saras-apo ó hijo de Sara, ó descendiente suyo: y que el calathó ó cesto que ponian sobre su cabeza, significaba el celemin con que José media el trigo repartiéndolo á los egipcios en los siete años de esterilidad. Y ya se ve que nada de esto lleva camino. Se sabe que el Serapis de los egipcios era deidad moderna en aquel país, introducida en tiempo de los Ptolomeos; y finalmente que era el mismo dios infernal Pluton de los griegos llamado Serapis ó Sarapis en Egipto (1). Pues aquello que cuenta Firmico de las fiestas lúgubres de Proserpina, en las que se esculpía una imagen de aquella diosa en un palo cortado á propósito, la cual conducida á la ciudad se lloraba y se le hacía el duelo por cuarenta noches y en la última se quemaba; es cosa inaudita hasta Firmico, ni se encuentra noticia de este ceremonial en autor ninguno. Ver en el palo de que hacían la imagen de la diosa, y en los que socababan á guisa de artesas para sepultar, como él dice, los ídolos de Atis y de Osiris, unas figuras ó símbolos del santo madero de la Cruz, es mucho ver, y perdóneme Julio que no lo vea: que eso va en ojos, unos son miopes y otros son presbitos. Tambien tiene mucho aire de cuento lo que refiere del jóven Atis. En Frigia, dice, en la festividad de la madre Cibeles se cortaba todos los años un pino y se ataba á él al

(1) *Plutar. De Iside*, pág. 361, y el *P. Montfaucon sobre Serapis*.

pobre de Atis; y no es menester mas para que Firmico vea en él un remedo sacrílego de nuestro Redentor Jesucristo clavado en la Cruz, que es cuanto podia desear nuestro Dupuis. Pero debe tener presente este señor lo que dijo en otro lugar hablando de las pasiones de los dioses de la gentilidad, "que todas aquellas fábulas cualesquiera que fuesen sus principios, venian á parar en mutilacion. Este era el grande objeto de las representaciones trágicas de la pasion de Atis despojado de su virilidad como Osiris, como Adonis y Camilo el de Samotracia (1)." Asi es, que ni Luciano en lo que habla del culto de Cibeles (2), ni otro autor, cita esa atadura de Atis al palo, que en sentir de Firmico equivale á crucifixion. El pino era árbol dedicado á Cibeles como símbolo de la fecundidad de la tierra á la que representaba aquella diosa. En los monumentos publicados por Montfaucon, se ve á Atis echado de espaldas contra el tronco de un pino suelto y desembarazado, alegre y festivo tocando un pandero y acompañando á su diosa. En otros se ve á Atis y detras de él á alguna distancia un pino y á su lado un carnero, y otro en la base y un toro bajo la imagen de Cibeles en el reverso. El toro y el carnero significan, dice Montfaucon, los taurobolios y los criobolios, sacrificios usados en el culto de la diosa Cibeles (3).

(1) *Tom. 2º p. 37.*

(2) *Diálog. De Dea Syria.*

(3) *Antig. exp. Tom. 1º p. 9.*

En el capítulo 23, sin tomar en boca Firmico á Mithra ni indicar siquiera que habla de sus misterios, cuenta que cierta noche sin decir donde, algunos idólatras ponen un ídolo tendido boca arriba en un feretro y le lloran como difunto entonando himnos lúgubres, mas luego que se han cansado de llorar entran luz, porque hasta alli habian llorado á oscuras. Entonces el sacerdote unta las gargantas de los llorones todos por si se han lastimado chillando. *Tunc à sacerdote omnium qui flebant faucès unguuntur*; y les dice callandico: *Animo, mistos, alegraos ya: que el Sol ha llegado y vuestro dios se ve libre de la muerte*. Por donde se echa de ver, dice Bou langer, que el cristianismo es mas antiguo de lo que se cree (1). ¡Estraña consecuencia!

O se trata de las fiestas lúgubres y de las alegres que celebraban los idólatras en distintas estaciones del año ó en distintos dias en celebridad de sus dioses: ó de esta ceremonia que se hacía en cierta noche en la que iba junto lo triste y lo alegre, siguiéndose inmediatamente lo uno á lo otro. Aquellas eran reliquias del antiguo culto de los astros y bajo diversas alegorías y distintas fábulas denotaban el descenso del Sol al hemisferio austral, y la esterilidad aparente de la tierra, y el crudo frio y los cortos dias del Otoño é Invierno: estos significaban las lúgubres que se celebraban al principio de aquellas estaciones, y las alegres que ocurrían al entrar la Primavera, in-

(1) Dup. Tom. 3º pág. 324, en las notas (n.aaa):

dicaban la fecundidad y el aumento de los días mas largos, y el calor suave que creciendo maduraba los frutos: efectos unos y otros de los varios aspectos del Sol con respecto á la tierra. Pues estas fiestas que hemos demostrado, aun con el testimonio de Plutarco, que se celebraban primero en honor del verdadero Dios ó del autor de la naturaleza, se celebraron despues en honor del Sol, al que suponian principio de la fecundidad de la tierra, y para significar como la fecundaba por medio de sus rayos que la iluminaban y calentaban; se valieron primero del símbolo del Lingam en la India, de donde probablemente tomaron los egipcios el Phalus que se sacaba en procesion en las fiestas de Primavera, y por eso tambien representaban al Sol en aquella estacion en ídolos ó imágenes humanas que manifestaban indecentemente sus órganos viriles en una disposicion extraordinaria. Luego que estos fenómenos naturales se revistieron ó encubrieron con las ficciones fabulosas, estas fueron tales que descubrian aun á ojos no muy perspicaces, al traves de la historia fingida, el verdadero significado fisico en que se debian entender. Por eso Osiris, Atis, Adonis, Camilo y otras varias deidades que representaban al Sol, se suponian haber sido castrados, y luego ellos ú otros personajes aparecian vivos y enteros en las fiestas alegres de Primavera. Y aun los mismos nombres con que se espresaban estos sucesos fabulosos en las solemnidades y misterios indicaban bien claro los fenómenos solares á que se referian. Que en unas

partes se decian *ocultacion* y *aparicion*: en otras *pérdida* y *hallazgo*. Los phrigios, dice Plutarco, opinando que su dios dormia en el Invierno y velaba en el Verano, le tributan cultos en ambas estaciones, con ciertos sueños en la primera, y despiertos en orgias bachicas en la segunda. Y los de Paphlagonia dicen que su dios está preso y amortecido en el Invierno, y que en la Primavera está libre y ágil (1). Todo esto, y aun la reunion de estas dos clases de fiestas en una misma estacion y en dias seguidos, es sin duda anterior al origen del cristianismo que nada tiene que ver con aquellos fenómenos.

Empero en los siglos primeros de la Iglesia avergonzados los filósofos idólatras de los absurdos del paganismo, y de su estravagente culto, que cada dia se hacía mas despreciable á vista de la pureza y santidad de nuestra Religion, trabajaron mucho en depurarlo de sus mas groseros errores, y espiritualizarlo, digámoslo así, creando una mística ó theúrgia á su modo, para hacerlo menos disonante á la razon: ni se detuvieron á veces en adaptarlo en cuanto podian al culto cristiano que veían aplaudido y seguido por todas partes, no para confundir el uno con el otro, ni para derivarlos de un origen comun, que á eso no se atrevió ninguno; sino solo para atraerse prosélitos con mas facilidad aun de entre los cristianos mas ignorantes, como ya digimos. Y no tiene duda que ninguno trabajó mas

(1) De *Iside*, pág. 378.

en esto que el Emperador Juliano, en prueba de lo cual citaré solo un pasage de su quinta oracion. "Como el Sol, dice alli, cuando llega al punto equinoccial de la Primavera acercándose á nosotros aumenta la duracion de los dias, ha debido mirarse esta estacion como la mas á propósito para celebrar estas fiestas. Porque prescindíndonos de la razon que se da deducida de la grande afinidad que hay entre la sustancia de la luz, y la naturaleza de los dioses; pienso yo que los rayos del Sol tienen una facultad atractiva propia para atraer las almas hácia su origen y favorable á aquellos que se esfuerzan por desprenderse de la materia generatriz de este mundo inferior: :::: Existiendo, pues, en los rayos del dios Sol una fuerza anagógica, como se echa de ver no solo por su energía manifiesta sino por su fuerza invisible, se sigue que las almas son atraídas á millares hácia la luz solar siguiendo el impulso del mas brillante de nuestros sentidos y mas parecido al mismo Sol."

De estas y otras nuevas teorías semejantes resultaron en el culto gentílico, y principalmente en los secretos misterios del paganismo las innovaciones que vemos en el tratado de Julio Firmico: las cuales, dado que quisiera alguno suponerlas parecidas en algo á los ritos cristianos, no prueban en manera alguna haber sido tipos ú originales de las ceremonias de nuestro culto, puesto que son evidentemente mas modernas que este. Mas á la verdad, ¿qué se hacía en la Iglesia en tiempo de Firmico en la semana mayor y Pas-

cua que se pareciese á la mogiganga que describe aquel en el citado capítulo 23? Se le parece y la remeda aquella farsa que segun Niceforo hacían en aquellos dias los staurolatras que la habrian copiado de aquellos conventículos nocturnos. Pero entre los cristianos, ¿qué ídolo se encerraba en el ataúd? ¿cuándo se celebraron los agapes á oscuras? ¿Oíanse por ventura en las Iglesias ó reuniones de los fieles esos descomunales chillidos y llantos semejantes á los de los sacerdotes de Baal, que dejaban rendidos á los llorones, y lastimadas sus gargantas? ¿cuándo se ungieron las de los cristianos con bálsamo? Todas esas fórmulas que pronunciaban los sacerdotes modernos del Sol indicaban los fenómenos de este astro y no otra cosa, como se puede ver en algunos autores curiosos que han malgastado el tiempo en descifrarlas. Por cierto, si el emperador Juliano enemigo el mas encarnizado de nuestra Religion, hubiese columbrado siquiera la mas leve semejanza entre nuestro culto y nuestras ceremonias, á que él asistió muchos años, con el culto y ceremonias gentílicas: si hubiese traslucido alguna afinidad aun remota entre el objeto de nuestros cultos y el del culto de los idólatras, ¿con cuánta osadia, con qué descaro no nos habria insultado reconviniéndonos como hipócritas fementidos, que celebrando bajo la fábula de Cristo la misma divinidad que ellos adoraban nos desdeñábamos de concurrir con ellos á sus misterios, y obstinados en nuestro disimulo nos entregábamos gustosos á los tormentos y á los mas

atroces suplicios solamente por no ser ingénuos y sinceros? Mejor hubiera manejado este argumento: mas bien pudiera haber descubierto esta superchería del culto cristiano, si en él la hubiese habido, que nuestro Dupuis: pero estaba reservada la invencion de tan atroz é insensata calumnia á nuestro ciudadano menos escrupuloso y mas insolente que aquel apóstata.

Y con esto demos fin á su impugnacion. Todavía se quedan por responder mil ridículas especiotas de su obra interminable; pero las omito y sus respuestas por tres razones: primera, porque muchas de ellas se han satisfecho en otras apologías de nuestra sagrada Religion, que pueden consultarse, sin aumentar esta ya harto voluminosa: segunda, otras estan respondidas con los mismos principios y razones que hemos sentido respondiendo á las espuestas en esta obra: tercera, porque las restantes son tan ridículas que no merecen se haga caso de ellas. Tales son las que apunta al fin sobre el origen de las fiestas de algunos santos de nuestros calendarios, que escitaron la risa y burlas de los que las oyeron la vez primera en el instituto nacional de Paris, como he leído en los periódicos de aquella época.

Al concluir este trabajo no puedo menos de desahogar mi corazon, manifestando francamente á los que han tenido la paciencia de repasarlo, cuan vivo dolor me causa la tenacidad de la razon humana en conservar sus errores, su facilidad para separarse de la verdad y su pereza é indiferencia para buscarla. Todo el Oriente vive.

sumido en la mas absurda y estravagante idolatría, tal como la profesaron sus antepasados hace quizá mas de tres mil años. Otra gran parte del Asia y toda el Africa respeta mil años ha y sigue ciegamente el sistema monstruoso del Alcoran. La Rusia con sus vastos dominios en Asia y en Europa marchan separados del centro de la unidad católica, los mas de ellos sin saber por que. Las potencias del Norte de la Europa y la Gran Bretaña suscriben á unas sectas que varían sus dogmas segun los varios caprichos de sus doctores. Aun en la Alemania y en las naciones del Mediodia muchísimos seducidos por la lectura de tanto libro como ha vomitado esa Francia contra la Religion, han claudicado en ella, la han abandonado ó la miran con la mas fria indiferencia. ¡Qué dolor! ¿Pues qué, no merece examinarse con alguna atencion un asunto del que depende nuestra eterna desgracia ó nuestra felicidad eterna? ¿En qué consiste que las misiones frecuentes, el roze y comercio con gentes de distintas creencias, los progresos de las luces, del saber, de la civilizacion, abran los ojos á tan pocos entre los estraviados? ¿Qué razon es esta del hombre que tanto se celebra, y de que él se vanagloria tanto?

Desde el origen casi de las sociedades políticas las naciones antiguas y modernas se precipitan de tiempo en tiempo desde los horrores de la anarquía hasta las crueles cadenas del despotismo: sacudiendo unas veces el yugo pesado de los tiranos para entregarse á los desórdenes de

una libertad desmedida, y otras oprimiendo aquellos con cetro de hierro á los pueblos cansados de buscar en vano sus derechos sin encontrar quien se los conserve y proteja con equidad y justicia : de los cuales vaivenes nos ofrecen un cuadro casi no interrumpido Grecia la sabia, y la varonil Roma. Mil años estuvo la especie humana sumergida en la mas brutal ignorancia, desde el tiempo de Teodosio el jóven y la invasion de las naciones bárbaras del Norte, hasta el siglo XV (1). Ni los bellos modelos que tenian á la vista y que destruían ferozmente, aquellos monumentos del buen gusto en las nobles artes que les dejaron Atenas y Roma : ni el amor á lo bello que parece ser natural instinto de algunas almas privilegiadas : ni la natural propension á la comodidad y regalo : ni las nobles ideas de sencillez y elegancia pudieron despertarlas de su letargo. ¿Por qué apenas aparecen en el Lacio los monumentos de la sabiduría griega conducidos por los transfugas de Constantinopla, se apresuran los hombres á afearlos mezclándolos con las sutilezas y marañas del escolasticismo sin aprovecharse casi nada de la sencillez, claridad y exactitud de un Aristóteles; y oscureciendo á Platon, bastante oscuro ya por sí mismo, con los comentarios inextricables de sus discípulos? ; Con qué rapidez pasaron los dias de un Miguel Angel, de un Rafael, de un Petrarca, de un Taso, para dar lugar á la nueva corrupcion del buen gusto en las bellas artes, que empezó á

(1) *Montfaucon. Antig. explic. Tom. 1.º en el prefacio.*

manifestarse en el siguiente siglo! Las ciencias se enseñan peor que cuando se empezaron á enseñar en Europa, sin haber cesado de declamar algunos genios sobresalientes contra los malos métodos de enseñanza: sin haber cesado de proponer nuevos métodos, de los cuales algunos ofrecen muy grandes y palpables ventajas. Vamos por donde íbamos sin embargo; no por donde conocemos que debíamos marchar; como decia mi paisano Séneca: *pergentes non qua eundum est; sed qua itur*. Parece que la razon humana semejante á un péndulo, toca en el punto de la perfeccion y en el justo medio en que está la verdad cuando llega al centro de sus oscilaciones: pero sin detenerse en él, sube hácia un extremo ú otro progresando rápidamente en la carrera del error y de la depravacion: del libertinage á la esclavitud: del fanatismo á la incredulidad: de la barbarie al pirronismo: de la groseria á la mole y fementida delicadeza: de la falta de gusto á su corrupcion: de la ignorancia á la sutileza futil que vicia y desfigura aun aquellas verdades que ya habia descubierto. Y si esto sucede en estas cosas de menor interes, y en cuya aplicacion á la práctica no halla el hombre tanta resistencia dentro de sí mismo, ¿qué extraño es lo que estamos viendo que sucede en materia de Religion?

Por tanto, no me lisongeo del fruto de mi trabajo: no me prometo desengañar con mis argumentos y razones, aunque por si convincentes, á ninguno de los que desgraciadamente se han querido alucinar con los especiosos sofismas del

Dupuis; si á la fuerza de raciocinio con que he procurado impugnarlo, no acompaña la inspiracion interior y oculta de la divina gracia que ilumine la razon de los seducidos, y les haga conocer el error y detestarlo, y les manifieste pura y brillante la verdad, y les conceda docilidad para amarla y abrazarla y seguirla. Dignaos, pues, Dios y Señor mio, fecundar de este modo las palabras y los discursos que Vos mismo habeis puesto en mi alma, y que acabo de estampar en este tratado, para que todo ceda en mayor honra y gloria vuestra, en beneficio y provecho de las almas de mis hermanos estraviados; siendo asi aceptables mis tareas á vuestros divinos ojos, que es la única recompensa que me propuse sacar desde el principio de ella hasta su conclusion.

FIN DE ESTA OBRA.



NOTA.

Para mas fácil inteligencia de lo que se dice en esta obra sobre los orientes y ocasos de los astros, debemos advertir que se dice que nacen heliácamente cuando asoman por el Oriente poco antes de apuntar el dia, como sucede á la Luna en los últimos dias de su cuarto menguante. Nacen cósmicamente cuando yendo en conjuncion con el Sol, nacen en el Oriente al mismo tiempo que él, como sucede á la Luna el dia primero ó en la Neomenia ó Luna nueva. Nacen acróicamente cuando estando en oposicion con el Sol salen al ponerse este, como la Luna el dia que llena.

FE DE ERRATAS DEL TOMO PRIMERO.

<u>PÁGINA.</u>	<u>LÍNEA.</u>	<u>DICE.</u>	<u>LÉASE.</u>
17.	14.	de Otoño. . . .	de Invierno
ibi.	28.	Latevis. . . .	Satevis
20.	4.	constelaciones.	asterismos
43.	nota.	tiranomaquia. .	Titanomaquia
44.	25.	que se llamaba.	que se llama tambien
51.	4.	menores. . . .	meros
51.	24.	Regk. . . .	Begk
87.	19.	Mendes.. . .	Mendes
93.	5.	Aries y. . . .	Aries ó
102.	26.	Erigenem. . . .	Erigonem
110.	30.	Ophínco. . . .	Ophiuco
111.	3.	Tlamsteed. . . .	Flamsteed
115.	25.	Oxionem.. . .	Orionem
132.	25.	sib. . . .	si
174.	7.	Tereschecahha..	Fereschtechha
179.	25.	megiotos. . . .	MEGISTOS
180.	26.	Terovers. . . .	Ferovers
204.	na 1a.	Ezour-Vedam. .	Oupnek-hat
205.	29.	To. . . .	Foo
208.	30.	antes J. C.. . .	antes de J. C.
291.	29.	Dûpolia. . . .	Diipolia
314.	21.	Raquel. . . .	Raguel
322.	28.	de estos. . . .	de estos á
331.	4.	Muaseas. . . .	Mnaseas

IDEM DEL SEGUNDO.

30.	10.	parecen. . . .	parece
ibi.	14.	lo. . . .	los
43.	21.	consulta. . . .	consultaba
52.	2.	origina. . . .	original
ibi.	3.	de donde. . . .	donde
56.	30.	puede. . . .	pueden
58.	30.	Cujumotli. . . .	Cujusmotli
74.	21.	sensible. . . .	alto
81.	3.	To ó Tutto. . . .	Fo ó Fotto
93.	28.	profeta.. . .	profeta
94.	4.	Toucher. . . .	Foucher
102.	8.	Los ministros. .	Los misterios
129.	11.	Liugan. . . .	Lingan
133.	10.	tierra uno. . . .	tierra de uno
136.	30.	descubrirse.. .	descubriese
137.	6.	en su. . . .	á su
180.	26.	destinadas. . .	detenidas
206.	15.	Tavardin. . . .	Favardin
229.	23.	coraza. . . .	morrión
275.	28.	muer. . . .	muerte
279.	8.	mises. . . .	mises
313.	10.	escuales. . . .	escuelas
321.	2.	fundores. . . .	fundadores
360.	4.	como lo. . . .	como la

DE DE ERRATAS DEL TOMO PRIMERO.

ERRATA	NUMERO	PAGINA	NOTA
de la...	12	17	
de la...	13	18	
de la...	14	19	
de la...	15	20	
de la...	16	21	
de la...	17	22	
de la...	18	23	
de la...	19	24	
de la...	20	25	
de la...	21	26	
de la...	22	27	
de la...	23	28	
de la...	24	29	
de la...	25	30	
de la...	26	31	
de la...	27	32	
de la...	28	33	
de la...	29	34	
de la...	30	35	
de la...	31	36	
de la...	32	37	
de la...	33	38	
de la...	34	39	
de la...	35	40	
de la...	36	41	
de la...	37	42	
de la...	38	43	
de la...	39	44	
de la...	40	45	
de la...	41	46	
de la...	42	47	
de la...	43	48	
de la...	44	49	
de la...	45	50	
de la...	46	51	
de la...	47	52	
de la...	48	53	
de la...	49	54	
de la...	50	55	
de la...	51	56	
de la...	52	57	
de la...	53	58	
de la...	54	59	
de la...	55	60	
de la...	56	61	
de la...	57	62	
de la...	58	63	
de la...	59	64	
de la...	60	65	
de la...	61	66	
de la...	62	67	
de la...	63	68	
de la...	64	69	
de la...	65	70	
de la...	66	71	
de la...	67	72	
de la...	68	73	
de la...	69	74	
de la...	70	75	
de la...	71	76	
de la...	72	77	
de la...	73	78	
de la...	74	79	
de la...	75	80	
de la...	76	81	
de la...	77	82	
de la...	78	83	
de la...	79	84	
de la...	80	85	
de la...	81	86	
de la...	82	87	
de la...	83	88	
de la...	84	89	
de la...	85	90	
de la...	86	91	
de la...	87	92	
de la...	88	93	
de la...	89	94	
de la...	90	95	
de la...	91	96	
de la...	92	97	
de la...	93	98	
de la...	94	99	
de la...	95	100	

IDEM DEL SEGUNDO.

de la...	101	102	
de la...	103	104	
de la...	105	106	
de la...	107	108	
de la...	109	110	
de la...	111	112	
de la...	113	114	
de la...	115	116	
de la...	117	118	
de la...	119	120	
de la...	121	122	
de la...	123	124	
de la...	125	126	
de la...	127	128	
de la...	129	130	
de la...	131	132	
de la...	133	134	
de la...	135	136	
de la...	137	138	
de la...	139	140	
de la...	141	142	
de la...	143	144	
de la...	145	146	
de la...	147	148	
de la...	149	150	
de la...	151	152	
de la...	153	154	
de la...	155	156	
de la...	157	158	
de la...	159	160	
de la...	161	162	
de la...	163	164	
de la...	165	166	
de la...	167	168	
de la...	169	170	
de la...	171	172	
de la...	173	174	
de la...	175	176	
de la...	177	178	
de la...	179	180	
de la...	181	182	
de la...	183	184	
de la...	185	186	
de la...	187	188	
de la...	189	190	
de la...	191	192	
de la...	193	194	
de la...	195	196	
de la...	197	198	
de la...	199	200	





